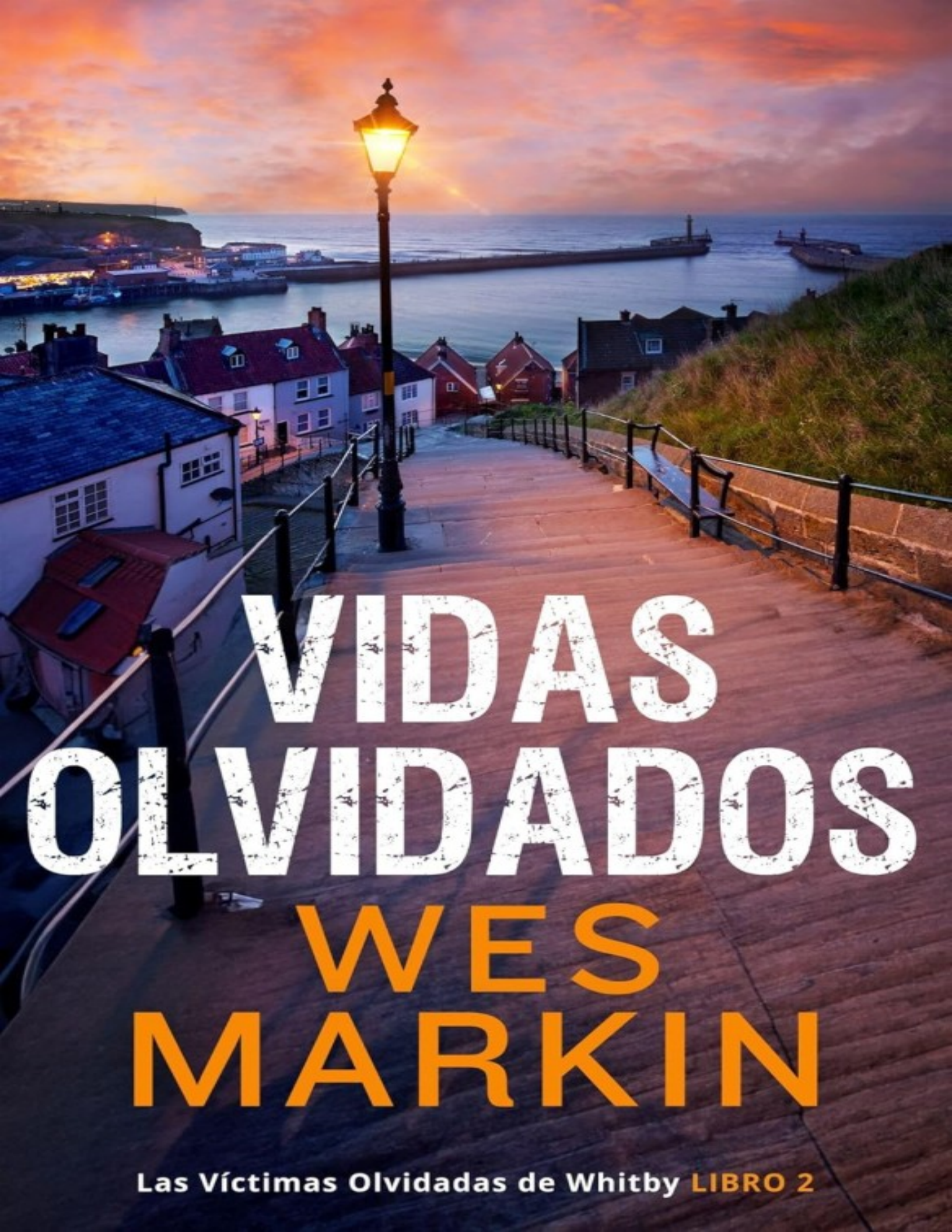

VIDAS
OLVIDADOS
WES
MARKIN
Las Víctimas Olvidadas de Whitby LIBRO 2

Vidas Olvidadas

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Libro 2

Wes Markin

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Epílogo

Agradecimientos
Postfacio

Para Hugo and Bea

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable DCI Frank Black y su ingenioso compañero, el DI Gerry Carver. También es autor de los thrillers del DCI Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados *(Forgotten Bones)*

Vidas Olvidadas *(Forgotten Lives)*

Almas Olvidadas *(Forgotten Souls)*

Tumbas Olvidadas *(Forgotten Graves)*

Sombras Olvidadas *(Forgotten Shadows)*

Profundidades Olvidadas *(Forgotten Depths)*

Thrillers del DCI Yorke

Una Última Oración *(One Last Prayer)*

La Serpiente Arrepentida *(The Repenting Serpent)*

El Silencio de la Separación *(The Silence of Severance)*

El Ascenso de los Rayos *(Rise of the Rays)*

Baile con el Segador *(Dance with the Reaper)*

Navidad con el Conducto *(Christmas with the Conduit)*

Mejor el Diablo *(Better the Devil)*

El Diario Secreto de Lacey Ray *(The Secret Diary of Lacey Ray)*

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino *(The Killing Pit)*

Fuego en los Huesos *(Fire in Bone)*

Cataratas Azules *(Blue Falls)*

El Núcleo Podrido *(The Rotten Core)*

Entre la Espada y la Pared *(Rock and a Hard Place)*

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

1

El pub Rusty Anchor era la crème de la crème... si la cosecha en cuestión resultara ser una recolección de cascarones decrépitos.

Ethan Crawley contempló las ventanas tapiadas, los agujeros irregulares que se abrían en el tejado y la mampostería desmoronada, preguntándose a qué idiota sádico habría molestado para que le asignaran este trabajo. Inspeccionar edificios abandonados nunca era precisamente una delicia, pero este lugar era el colmo de los colmos.

Tenía que ser un error.

Ethan verificó de nuevo la fecha en el portapapeles que sostenía con sus manos enguantadas.

No había error.

In-puñe-creíble. *¡Cinco años desde la última vez que sirvieron!* ¿Nadie podría haber frecuentado este sitio tan recientemente, verdad? ¿O sí?

El sentido común le decía a Ethan que debería informar que era un trabajo para dos personas y retrasar la inspección.

Se dio la vuelta. El cielo gris plomizo presionaba, ahogando los páramos en una lúgubre penumbra, pero seguía siendo tan pintoresco como siempre. No era de extrañar que la petición de arrasar el Rusty Anchor fuera tan insistente. El viejo pub era una auténtica mancha en el paisaje, arruinando acuarelas por doquier y asustando a las ovejas.

Volvió a centrarse en el Anchor. Tenía un trabajo que hacer y personas a las que impresionar. Manchar su reputación era impensable ahora. El reciente aumento de los tipos de interés había convertido su hipoteca de un inconveniente a una carga positivamente letal.

Con el portapapeles bien sujeto bajo el brazo, Ethan se puso los guantes de plástico y luego forcejeó con el candado oxidado que aseguraba la puerta principal. Hubo un momento de decepción cuando la llave no se partió dentro del mecanismo corroído.

¡Vaya suerte la suya! *Parece que voy a entrar después de todo*. Apretando los dientes, empujó la puerta con el hombro.

Joder. Retrocedió tambaleándose, con una mano tapándose la boca y la nariz. Un animal había muerto allí. No era inusual en propiedades abandonadas, pero no era algo a lo que uno pudiera acostumbrarse. Aun así, Ethan podía soportarlo. Murmuró un agradecimiento a su madre, cuya terrenal adherencia a la cocina tradicional de Yorkshire le había regalado un estómago verdaderamente a prueba de bombas. Luego se arrodilló para colocar una silla volcada en posición vertical y calzó la puerta principal con ella. La mayoría de las ventanas estaban tapiadas, así que no quería cerrar más el paso del sol; la luz ya era bastante limitada en noviembre. Se quitó la mochila, rebuscó una linterna, la encendió y proyectó un potente haz alrededor del sombrío interior del pub...

Un sonido de patitas correteando estalló sobre la barra, y casi se caga encima.

Con el corazón golpeándole contra las costillas, dirigió el haz de la linterna hacia el ruido. Un par de ojos brillantes destellaron en la oscuridad. Una rata.

Algo habitual en su línea de trabajo, pero Dios, cómo las odiaba.

Dejó escapar una risa temblorosa. —¿Qué tal está la cerveza, colega?

La criatura sarnosa movió los bigotes hacia él y salió disparada hacia las sombras.

—Vuelve cuando quieras. Eres el único cliente habitual que ha visto este sitio en años.

Suspiró y, con la linterna agarrada en una palma empapada de sudor, Ethan comenzó un cauteloso recorrido por el pub en ruinas. En la luz vacilante, casi era posible imaginar el lugar como habría sido en otros tiempos.

Mesas de fórmica relucientes, salpicadas de jarras de cerveza medio vacías y paquetes de patatas fritas espolvoreados de sal. Taburetes de vinilo en la barra, aún no destrozados por el tiempo y el pésimo mantenimiento, sosteniendo los traseros caídos de los clientes más veteranos. Los olores mezclados de cerveza derramada, humo rancio y algún que otro plato de queso con encurtidos descontrolado.

En su programa, tenía prevista una inspección para esta tarde y otra para mañana por la mañana. Dirigió la linterna hacia el techo, que más tarde comprobaría si tenía amianto, y luego bajó el haz a las paredes, sabiendo que la pintura estaría llena de plomo.

Comprobando cada paso para detectar puntos débiles en el suelo manchado de agua, Ethan se acercó a la barra. Caer a través de la madera podrida a la bodega no estaba en sus planes. Ya había comprobado antes que tenía cobertura en el móvil, por si acaso.

Algunos de los colegas de Ethan eran más despreocupados con estas inspecciones, especialmente cuando el edificio estaba programado para su demolición. ¿Por qué arriesgarse a gatear por un sitio de mierda lleno de amianto cuando la semana que viene sería escombros?

Ethan pensó en su padre, que siempre había abordado su trabajo con integridad, aunque nunca hubiera tratado con trabajos sucios como este. Le había enseñado a Ethan a hacer lo mismo, y la lección se había quedado con él a lo largo de su carrera.

Había normativas, y las seguiría. Eso no significaba que tuviera que batir ningún récord de velocidad. Se tomaría su tiempo en esta trampa mortal, muchas gracias. Lento y constante, con énfasis en no desplomarse entre las malditas tablas del suelo.

Sonrió cuando vislumbró la descolorida pizarra sobre la barra. Todavía conservaba los contornos fantasmales de los platos del día. 'Especialidad del chef: Queso fundido de Yorkshire'. Eso normalmente le habría hecho salivar, pero había un animal muerto

siendo consumido por bacterias cerca, generando unos efluvios bastante desagradables.

Ethan recorrió la longitud de la barra, pisando posavasos abandonados, y apartando vidrios rotos con sus resistentes Doc Martens.

Detrás de la barra, dos puertas montaban guardia en lados opuestos. Ambas conducirían a las entrañas húmedas y miserables del pub. La puerta de la izquierda estaba más cerca. Empezaría por ahí.

La puerta se resistió a su tirón al principio, así que le dio un fuerte jalón. Un chirrido torturado le hizo sobresaltarse. ¿Otra rata? Contuvo la respiración mientras miraba a sus pies para ver si estaba pisando la cola de una. No, gracias a Dios. Probablemente sólo eran las bisagras. *Es la última vez que hago uno de estos yo solo*.

Avanzó poco a poco y se detuvo, conteniendo una arcada. Incluso con su animal muerto, el piso de arriba era mucho más tolerable que el de abajo. Al menos arriba había una brisa constante gracias a la puerta principal y las ventanas mal tapiadas, pero sabe Dios qué estaba pasando ahí abajo.

Era hora de sacar la artillería pesada.

De su bolsa, sacó una mascarilla respiratoria de media cara. Gimiendo, se la puso. El sello de goma que se apretaba contra sus mejillas y mandíbula era horrible, las tiras elásticas se hundían en la parte posterior de su cabeza como un par de tornillos demasiado apretados, y el sabor acre de goma y productos químicos, subrayado por el leve e inconfundible olor de su propio aliento reciclado, era abrumador. Respiró hondo, a modo de prueba, sintiendo la resistencia de los filtros. Aunque lo protegía, cerraba uno de sus sentidos en lo que era un área peligrosa. Con los años, había desarrollado el hábito de confiar en su sentido del olfato: el hedor a huevo de una fuga de gas, el sabor a cobre quemado de un cableado defectuoso.

Aun así, la necesidad manda.

Descendió los escalones de piedra.

El haz de la linterna cortó la densa oscuridad, iluminando un estrecho pasillo con un techo bajo abovedado. Tres puertas, dos en

la pared izquierda, una en la derecha. La de la derecha estaba más cerca; lo más probable es que condujera a la bodega principal donde antes se guardaban los barriles y las botellas. Una rápida ojeada confirmó sus sospechas. Barriles desperdigados por el suelo. Humedad goteando del techo. Había charcos de agua estancada. Moho negro que cubría como pelaje las paredes de ladrillo. ¡Esta mascarilla respiratoria era un pequeño precio a pagar por no respirar esa mierda!

Cerró la puerta y luego probó la primera de las dos puertas de la izquierda. Estaba cerrada con llave, así que sacó el manojo de llaves que le habían proporcionado de su bolsillo. Las fue probando hasta que encontró una que encajaba en la puerta y la abrió.

Esta habitación era grande pero tenía un techo más bajo. No había señales de goteos ni moho aquí. Dio varios pasos dentro. Una gran mesa de roble ocupaba el centro de la sala, rodeada de sillas. Naipes gastados y un puñado de fichas de póquer yacían esparcidos por su superficie.

Sonriendo, Ethan dejó el portapapeles sobre la mesa y recogió el Rey de Corazones. —Este lugar no es digno de vos, Majestad —su voz sonaba metálica en el respirador—. El establecimiento ha dado un giro bastante precipitado.

Arrojó la carta de nuevo sobre la mesa y continuó su recorrido por la habitación, portapapeles en mano. Intentó evocar la escena que podría haberse desarrollado aquí tantas veces a lo largo de los años: un grupo de viejos curtidos inclinados sobre sus cartas, envueltos en humo, el aire cargado de obscenidades y el hedor de cerveza derramada. Habría habido dinero cambiando de manos, viejos rencores saliendo a la luz, chistes antiguos contados y recontados.

Una corriente fría le sacó de su ensoñación. Dejó el portapapeles y giró hacia la extensión desmoronada de ladrillo, la pared compartida con la habitación detrás de la última puerta que aún tenía que abrir. Un hueco irregular se abría donde varios ladrillos se habían desprendido del mortero en descomposición, feo como un diente arrancado. Era evidente incluso con la luz desigual que esta pared había sufrido alguna alteración reciente; varios de los ladrillos

eran notablemente menos erosionados, el mortero circundante más pálido que el resto.

Agachándose, Ethan pasó las manos enguantadas sobre los ladrillos.

Un trabajo de remiendos.

Sacó un trozo de ladrillo suelto y lo colocó en la mesa detrás de él.

Y no muy bueno, además.

Luego, usando su linterna, identificó un vacío sombrío detrás de la pared dañada. Un espacio que existía entre las dos habitaciones. No era inusual. El aislamiento ayudaba a mantener las temperaturas para almacenar cerveza. También podría servir como conducto para tuberías.

El brillante haz cayó sobre una extensión de tela azul descolorida, ¿un lienzo de algún tipo, quizás? No. La forma era irregular. Un escalofrío le recorrió mientras se inclinaba más cerca, con el corazón repentinamente latiendo demasiado rápido.

Una mochila. Había una vieja mochila enmohecida encajada en el hueco detrás de los ladrillos.

Dejando la linterna de modo que iluminara la pared, trabajó para liberar los ladrillos sueltos, ampliando el agujero. Era difícil con la incómoda mascarilla puesta, pero estaba lleno de curiosidad. Los ladrillos más viejos se desmoronaban bajo sus dedos inquisitivos, su mortero se había secado hasta convertirse en poco más que polvo rojizo, pero los más nuevos requirieron un poco más de persuasión. Le llevó unos minutos hacer el hueco lo suficientemente grande.

Arrastró la mochila azul por sus correas deshilachadas y dirigió la linterna hacia ella. El hallazgo descolorido y lleno de agujeros estaba en mal estado. Se incorporó, se levantó la mascarilla respiratoria por un momento sólo para refrescarse.

La vieja mochila apestaba. Cuando el hedor se asentó en su garganta, volvió a ponerse la mascarilla.

Tragando con dificultad, Ethan tiró de la cremallera de la mochila. Pero años de suciedad y oxidación habían dañado los dientes metálicos. Finalmente, sin embargo, la cremallera cedió dolorosamente hasta que se abrió.

Ethan metió la mano y sacó un libro de bolsillo, hinchado y deformado por la humedad. *Guía del autoestopista galáctico*. ¡Joder, menudo viaje al pasado! Él había devorado ese libro cuando era adolescente, adorando su visión absurda del frío e indiferente universo.

Todavía sonriendo levemente, el inspector dejó el libro a un lado y volvió a meter la mano en la bolsa, sus dedos rozando la tela resbaladiza y en descomposición hasta que se cerraron sobre el rectángulo de bordes afilados de una funda de plástico. La sacó. Era una funda de cómic. Parpadeó, reconociendo el logotipo familiar. Superman. Otra reliquia de sus días más jóvenes. La portada, descolorida y moteada por la humedad, le resultaba dolorosamente familiar.

Luego sacudió la mochila...

Un cuchillo cayó al suelo con un estrépito, y se le cortó la respiración.

El cuchillo era un objeto de aspecto cruel con su malvada hoja completamente extendida. Tenía manchas de una sustancia que solo podía ser sangre vieja y seca.

Los ojos de Ethan se agrandaron, y tomó una respiración descomunal.

Volvió a dirigir la linterna hacia el hueco. El haz cayó sobre una franja de tela pálida y sucia.

No, no era tela... era plástico.

¿Una lona de algún tipo, o quizás una bolsa de basura de alta resistencia?

Envolviendo algo.

Con el corazón latiéndole en los oídos, Ethan metió la mano.

Deslizó los dedos sobre los contornos fríos e inflexibles bajo el plástico, sabiendo con una certeza profunda y enfermiza lo que era.

Retiró la mano de golpe y se arrastró hacia atrás. La linterna se cayó de los dedos de su otra mano. Rodó por el suelo, su haz parpadeando. Retrocedió a gatas, la gravilla arañándole las palmas a través de los guantes de plástico.

La espalda de Ethan golpeó el borde de la mesa, y se enderezó, agarrando la linterna a su lado.

Salió de la habitación, dándose cuenta solo después de que había dejado el portapapeles en la mesa.

No quiso volver y subió las escaleras de tres en tres, con la mascarilla aún puesta, su corazón martilleándole contra las costillas, intentando desesperadamente dar sentido a lo que había visto.

¿Una partida de cartas que salió mal, quizás? ¿Una acusación de trampa, un puñetazo lanzado, un momento de locura entre brumas rojas? Y luego un cuerpo enfriándose en el suelo. Manos apresuradas metiendo las pruebas condenatorias de sus pecados en una bolsa, una lona, un agujero en la pared como una tumba improvisada...

Ethan irrumpió a través de la puerta de la bodega y de vuelta al cascarón del pub, arrancándose la mascarilla y jadeando en busca de aire.

Un correteo de garras en la barra llamó su atención. Dirigió el haz de la linterna hacia la rata. El roedor movió sus bigotes hacia él, inescrutable e indiferente.

Ethan sacó su móvil del bolsillo con manos temblorosas. La demolición del Rusty Anchor no tendría lugar el próximo martes. De hecho, hasta que la policía hubiera rastreado y catalogado cada centímetro macabro, la demolición del Anchor no tendría lugar en absoluto. Este pub abandonado, este monumento podrido y hundido a una época pasada, guardaba secretos mucho más peligrosos que el mero deterioro físico.

Con un dedo tembloroso, Ethan marcó el número de los servicios de emergencia.

Y mientras esperaba a que la llamada se conectara, la rata lo observaba con un ojo pequeño y brillante, sin parpadear.

2

—Tranquila, chica —El DCI Frank Black detuvo suavemente a Bertha, su Volvo familiar de los años 80, junto a la acera, mientras los amortiguadores protestaban de su manera habitual y caótica. Apagó el motor, sumiendo el coche en el silencio, y entrecerró los ojos mirando a través del parabrisas.

El anochecer ya había caído, lo que significaba que este tramo de acera estaba abarrotado. Y debido a Bertha, todas las miradas ahora estaban sobre él.

Después de aspirar su cigarrillo liado hasta el filtro, bajó la ventanilla y lo arrojó a la sórdida calle. Olió la desesperación mezclándose con el aroma acre de los gases de escape.

Suspirando, Frank observó a los jóvenes a lo largo de la calle. Vestidos con una mezcla de estilos, desde medias de rejilla rotas hasta cuero sintético. Las víctimas de la sociedad. Sus ojos, aunque pesados por la fatiga y el lastre de historias no contadas, todavía brillaban con un espíritu resiliente que se negaba a extinguirse.

Se quitó las gafas de la frente, las arrojó al asiento del copiloto y se masajeó las sienes. El dolor detrás de sus ojos era un auténtico cabrón. Pulsaba al ritmo de sus latidos.

También era una ocurrencia diaria y solo pasaba cuando había bebido algo. Pero eso vendría más tarde. Podría ser un desastre de hombre, pero no iba a sacrificar lo poco que quedaba de su integridad bebiendo y conduciendo.

Las trabajadoras sexuales gravitaban hacia su vehículo. Conocía la rutina. En cuestión de segundos, habría un golpe en la ventana. La bajaría, y comenzaría el interrogatorio sobre preferencias sexuales.

Una morena alta se separó del grupo. Optó por llamar a la ventanilla del copiloto. *Movimiento inteligente, chica. ¡Excepto que no tengo ventanillas eléctricas en Bertha!*

Se inclinó, gruñendo, con la espalda ardiendo de dolor, y bajó la ventanilla. Para cuando se había enderezado, estaba sin aliento, sudando y pareciendo, como era habitual, al borde de un infarto.

Ella se inclinó y lo miró.

Dios mío, pensó, *podría ser tu bisabuelo*.

—Hola, guapo. ¿Qué buscas...?

La interrumpió. —Está bien —Ya había escuchado el discurso antes. Le provocaba náuseas hasta lo más profundo de su alma—. Estoy buscando a alguien.

Una sonrisa irónica se extendió por su rostro. —¿No lo estamos todos?

Él la miró fijamente. —No, en serio —Cogió la fotografía de su asiento del copiloto y se la tendió—. Esta chica de aquí. Está en la treintena. Mayor que tú. Se llama Maddie Black —Se inclinó, reprimiendo un gemido, levantando la fotografía para que ella pudiera cogerla de sus manos—. No la he visto en meses.

Frank observó cómo su espesa ceja iba de arriba abajo, y sintió que la adrenalina le subía.

¿Se atrevía a tener esperanza?

—Lo siento, no. No la reconozco.

Frank suspiró para sus adentros, asintió y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacar un billete de veinte libras que tenía preparado e inclinándose de nuevo. —¿Podrías enseñársela a algunas de tus amigas?

Ella tomó el dinero y asintió.

Se movió entre la multitud. Frank escudriñó sus rostros, desesperado por ver si alguno de ellos se iluminaba con reconocimiento.

Después de cinco minutos, ella regresó y dejó caer la fotografía en el asiento.

Se encogió de hombros. —Lo siento. Si hubiera estado aquí, Cheryl lo sabría.

Frank suspiró. —Gracias —Alcanzó el encendido.

—¿Quién es, de todos modos?

Frank mantuvo los dedos en la llave mientras la miraba. Esta chica era tan joven. Era tan injusto. —Mi hija.

—¿Intentas llevarla a casa?

Asintió y miró hacia adelante. —Sí —Más adelante, vio a una trabajadora sexual subiendo a un Audi azul oscuro—. Me gustaría eso más que nada.

—Creo que está perdiendo el tiempo.

La miró. *Probablemente*. Sonrió. —Gracias. Sé que es una posibilidad remota. Pero está en Leeds en algún sitio. Y, mientras sepa eso, bueno... —Se interrumpió. *No puedo parar*, pensó.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y dos.

—¿No cree que puede decidir por sí misma dónde quiere estar?

Su pregunta le irritó, pero no iba a desquitarse con una joven cuya vida estaba en el arroyo. Además, era cierto. —Sí. Pero no puedo rendirme.

El peso de su asentimiento sugería que apreciaba esto. —Al menos lo está intentando. ¡No recuerdo que mi padre condujera nunca tratando de encontrarme!

No me hagas padre del año. Tuve una oportunidad y la jodí completamente. Otra vez.

—Me gustaría seguir ahora —dijo—. Y continuar buscando.

—Vale —Le dio el nombre de una calle a unos cinco minutos—. Hay muchas novatas por allí. Podría valer la pena echar un vistazo.

Se dio la vuelta para unirse a las demás.

Frank suspiró y puso en marcha a Bertha.

Todos en la calle lo observaron alejarse traqueteando.

3

La inspectora Gerry Carver apoyó sus manos sobre el menú cerrado con la correa de Rylan enrollada en una de sus muñecas.

No había necesitado abrir el menú. Siempre pedía lo mismo. Filete, bien hecho. Sin salsa. Patatas hervidas y brócoli salteado. Había alimentado a Rylan, su Labrador Dorado, antes de salir.

Tom Foley, su cita de cabello rubio arenoso, se removía inquieto en la silla frente a ella. Levantó la mirada y observó cómo sus ojos iban del menú que tenía en las manos a Rylan. —¿Te incomoda Rylan?

Tom negó vigorosamente con la cabeza mientras seguía leyendo el menú, *demasiado vigorosamente*. —No... no. Claro que no... — Pasó la página del menú y luego fijó la mirada en Gerry—. Es solo que nunca había visto a alguien traer una mascota a una primera cita.

—Rylan no es una mascota.

Tom bajó la mirada. —Lo siento... ya me lo explicaste antes. Es un perro de apoyo emocional.

—Un perro de terapia.

—Sí, eso es...

Gerry se sintió irritada. Efectivamente, le había explicado a Tom sobre Rylan. De hecho, le había enviado un documento de tres páginas antes de su cita, abordando sus necesidades.

Tomó un sorbo de agua. ¿Habría leído siquiera el documento? ¿O habría hecho lo que su jefe, Frank, había hecho cuando empezaron

a trabajar juntos, e ignorarlo completamente?

Tom cerró el menú. —Rylan es esencial para mantener tu equilibrio en situaciones sociales.

Gerry hizo un breve contacto visual con él.

Palabra por palabra. Después de todo, había leído el memorándum.

Por fin, una señal prometedora.

—Sugiero que pidamos inmediatamente. La comida es buena, y es el lugar más inclusivo de Whitby. —Gerry miró a Rylan, al que le permitían sentarse junto a ella precisamente por esa razón—. Pero no son los más rápidos. En seis de mis últimas ocho citas aquí, la comida tardó más de una hora en llegar.

Tom tosió. Dejó su vaso de cerveza y se dio palmaditas en el pecho. —Perdona... me ha ido por mal sitio. ¿Ocho citas, dices? Eso parece muchas citas.

Gerry lo pensó. —Quizás. Pero fueron durante un período de cuarenta y seis días.

Tom tenía espuma de cerveza en el labio superior.

—Supongo que estás buscando algo muy particular. Lo entiendo. Yo aún no he congeniado realmente con nadie. —Tom sonaba desanimado.

A menudo le resultaba interesante cuántas personas sufrían de soledad, así como con qué facilidad compartían su tristeza. La soledad nunca había sido algo que la hubiera atormentado, incluso antes de tener un perro de terapia. Aun así, si alguna vez se sentía sola o triste, dudaba que lo luciera como una especie de insignia.

Sus padres la habían criado bien, sin embargo. Se habían esforzado por inculcarle valores. Y, aunque no siempre le resultaran naturales, siempre lo intentaba. No quería herir los sentimientos de nadie. Se tocó el labio superior. —Tienes cerveza en la cara.

Sonrojándose, Tom se limpió la boca con el dorso de la mano. —Gracias.

El camarero se acercó y Tom pidió espaguetis a la boloñesa. Una elección sucia. La salsa podría salpicar.

Si Tom manchaba su camisa blanca con rojo, no podría volver a verle.

Extendió la mano hacia Rylan. Sintiendo su ansiedad, él le hocicó la mano.

Gerry pidió lo de siempre.

—¿En platos separados, señora?

—Sí, por favor.

Después de que el camarero se fuera, Gerry comenzó con sus preguntas sobre intereses y hábitos. Obviamente, ya había investigado a Tom. Trabajaba para el ayuntamiento, y su perfil social mostraba un gran interés por el golf. Necesitaba mucho más que eso. —¿Te gusta escuchar música?

—Tanto como a cualquiera.

—¿Vas a conciertos en directo?

—He visto a Ed Sheeran.

—Los encuentro demasiado ruidosos, pero me gusta Ed Sheeran. ¿Tienes alguna canción favorita?

—Tengo algunas, pero no soy bueno recordando sus nombres.

—Ya veo. ¿Ves mucha televisión?

Tom hizo una pausa, y de repente pareció abrumado.

No era la primera vez que obtenía esta reacción. ¿Por qué la gente siempre encontraba sus preguntas tan desconcertantes? ¡Eran sencillas y obvias!

Finalmente respondió. —Prefiero leer.

—¿Entonces no ves nada de televisión?

—Obviamente... algo... las noticias, algún concurso ocasional, pero como dije, me encantan los libros. Me gustan principalmente las autobiografías. Me interesa la gente.

Gerry asintió. Esa era una respuesta adecuada. A ella también le interesaba lo que hacía funcionar a los demás, suponía. Por eso se había unido a la policía. —¿Cuántas veces a la semana haces ejercicio?

Tom se rio.

—¿Qué tiene gracia? —preguntó Gerry.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¿Por qué es gracioso el ejercicio?

—No, quiero decir, seguramente la siguiente pregunta debería ser: ¿qué tipo de personas?

Gerry pensó en esto. Entendía su punto. En términos de interacción social, que ella estudiaba a fondo, localizar el terreno común, sus vínculos matizados en intereses, era clave. Aun así, se sentía impaciente. Después de todo, incluso si él prefería autobiografías escritas por líderes mundiales en lugar de personalidades deportivas, como le gustaban a ella, eso no sería suficiente. Necesitaba haber una serie de similitudes más amplias antes de profundizar en los matices.

—Tres veces a la semana —respondió él, claramente impacientándose con el silencio.

No está mal. Cuatro sería mejor. Aun así, tal vez ahora debería recompensarle con una pregunta que le gustaría. —Sin incluir el golf. No cuento el golf.

—Hay mucho caminar en el golf —dijo Tom.

—Deambular —dijo ella.

Él se rio. —Tres veces a la semana. Sin contar el golf.

—¿Qué tipo de ejercicio?

—Natación y correr.

Bien.

—Ah, y fútbol.

No tan bien. Juegos competitivos. Y un posible apego a una cultura agresiva.

—Me toca —dijo Tom—. ¿Qué haces en la policía entonces? Tu perfil no lo especificaba.

Ella sonrió. —Soy inspectora de policía.

Él ofreció una débil sonrisa. —Vaya. Supongo que eso explica tu, eh, técnica de interrogatorio bastante intensa.

Gerry frunció el ceño. —No te estaba interrogando. Estaba intentando encontrar el equilibrio entre mostrar interés y averiguar nuestra compatibilidad, como es la convención social en una cita.

—Claro, claro, por supuesto. —Tom tiró de su cuello—. Bueno, aprecio el esfuerzo. Sobresaliente. ¿Por qué no dijiste que eras inspectora de policía en tu perfil?

—Solía hacerlo —dijo Gerry—. Pero nadie respondía. Le pregunté a mi superior en el trabajo, Frank, y dijo que probablemente resultaba intimidante. Me resistía a quitarlo, sin embargo. Busco

compatibilidad. Pero simplemente no estaba funcionando. Había pagado la suscripción de un año al foro, así que no quería desperdiciar mi dinero.

—Ya veo —dijo Tom.

Gerry pensó que le daría un breve descanso de las preguntas y se contuvo. Sin embargo, la cita rápidamente cayó en un silencio incómodo. El ruido de los cubiertos y el murmullo de la conversación de las mesas vecinas se volvieron de repente abrumadores.

Gerry acarició a Rylan y notó que Tom estaba tragando cerveza. *No muy bueno*. Pero podría haber sido una señal de nerviosismo. Eso no sería una marca negativa todavía. —¿Estás listo para más preguntas?

—Si quieres.

Le hizo otras tres preguntas, y se alegró de oír que disfrutaba viajando, los animales y los largos paseos.

¡Realmente estaba marcando esas casillas!

Finalmente, Tom se aclaró la garganta. —Tengo que decir que esta tiene que ser la cita más singular que he tenido nunca.

—¿Te refieres al interrogatorio? —dijo Gerry.

—A la franqueza, sí, entre otras cosas. También puedes ser bastante directa.

—Creo que la honestidad es la mejor política en todos los tratos interpersonales.

Asintió con el ceño fruncido. —Ah. Bueno saberlo.

La comida llegó. Tom pidió su siguiente pinta. Le preguntó a Gerry si quería algo, pero ella rechazó. Estaba contenta con agua y nunca bebía alcohol.

Tom colocó una servilleta en su regazo. Los pantalones se salvarían de la salsa boloñesa... ¿pero qué hay de la camisa? Le miró enrollar espaguetis alrededor del tenedor, y después de que lo metiera en su boca, buscó salpicaduras. Nada. *Bien.* Un comensal cuidadoso.

Gerry cortó su filete en trozos pequeños.

Tom se detuvo, su tenedor a medio camino hacia su boca. —¿Por qué tu perro me mira así?

Gerry miró a Rylan.

Rylan se sentó, con las orejas erguidas, manteniendo sus ojos fijos en Tom.

—Oh, probablemente solo espera que dejes caer algo. Uno de mis colegas, Reggie, comenzó a alimentarlo en la sala de incidentes contra mis deseos. Lo ha vuelto más orientado a la comida. Estoy teniendo que trabajar en ello.

—Ah. Vale. —Tom se metió los espaguetis en la boca y masticó lentamente. Rylan siguió el movimiento, con la lengua colgando. Después de que Tom tragara, preguntó—: ¿Por qué no te mira a ti, entonces?

—Ah, él sabe que no hay posibilidad de que yo deje caer nada de la mesa.

—¿No puedes decirle que yo tampoco lo haré?

Gerry se rio. —¿En serio?

Tom no sonrió.

—No funciona así, me temo —dijo Gerry—. Como dije, estoy trabajando en ello.

Tragando con dificultad, Tom dejó los cubiertos. —No puedo. Es demasiado desagradable.

Esto preocupó a Gerry. —Cuando te pregunté antes, dijiste que te gustaban los animales.

—Me gustan... aunque, nunca especifiqué perros.

—¿No te gustan los perros?

Tom puso los ojos en blanco. —No estoy diciendo eso... pero no serían mi primera opción.

Gerry masticó un trozo grande de filete.

—Pero aún me gustan... los perros... —dijo Tom.

Bien.

—Pero —dejó su tenedor y suspiró— solo, ya sabes, yo también tengo necesidades, supongo. No me gusta que los perros me mendiguen mientras como.

—No está mendigando —le aseguró Gerry—. Eso se lo entrené para quitarlo completamente.

—¿Mirando fijamente entonces?

—Te está mirando con esperanza. No puedo controlar la esperanza, y no puedo controlar su mirada.

Tom suspiró y recogió su cuchillo y tenedor de nuevo. Murmuró entre dientes. —Genial.

—Pero es bueno saber sobre tus necesidades, también —dijo Gerry—. Es importante que las parejas sean conscientes el uno del otro y de sus desencadenantes.

Comieron en silencio durante unos minutos.

Gerry miró a Rylan. Su *mirada* inquebrantable estaba efectivamente perforando el lateral de la cabeza de Tom. Miró a su cita.

Bien, estaba comiendo ahora, aunque notó que la segunda pinta ya estaba casi terminada.

Terminaron sus comidas en silencio, y luego Tom pidió una tercera pinta. Esto le hizo más hablador. —¿Qué te hizo decidir probar las citas en línea?

—Mis padres estuvieron juntos y felices durante mucho tiempo. Se entendían mutuamente. Sentí que debería ser algo a lo que aspirar en mi vida, a pesar de los desafíos. Mi padre siempre decía que había alguien ahí fuera para cada uno. No vi razón para dudarlo. Las citas en línea me ofrecieron la oportunidad de recopilar datos. Me parecía el método de citas más eficiente para mí.

Tom levantó una ceja. —¿Recopilar datos?

—Conocer a la persona primero.

—Ah... —Tomó un trago de cerveza—. ¿Te das cuenta de que muchas personas están llenas de mierda en ese sitio?

—Por supuesto. —Gerry asintió—. Soy muy buena detectando inconsistencias. Identificando falsedades. De hecho, las propias falsedades pueden ser muy educativas cuando conoces a alguien.

—¿Qué te pareció de mí?

—Refrescantemente honesto. Aún lo creo.

Tom se rio. —Refrescantemente honesto. —Levantó su vaso—. Acepto eso.

—Sí. Blanco y negro. Yo soy similar. Hace todo más fácil.

Bebió y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Vas a tener que dejar de hacer eso, sin embargo, pensó.

—¿Más fácil? —Tom sonrió con suficiencia—. Raramente me quedo sin palabras en una cita como esta noche. Hasta ahora,

quizás. —Asintió hacia su pinta—. Me estoy soltando un poco. —Se rio—. ¿Sabes qué, Gerry? Me gusta bastante ser refrescantemente honesto.

Gerry tomó un sorbo de agua. —Entonces esto ha sido un éxito.

—¿Lo ha sido? —La frente de Tom se arrugó. Resopló—. ¿Entonces por qué se siente como una transacción comercial?

Gerry lo pensó por un momento. Veía su punto. —Es mejor así, creo. Mejor saber lo que estás obteniendo, a lo que te estás comprometiendo.

Tom tomó unos cuantos tragos más. ¿Sabía cuándo parar?

—¿Postre? —preguntó.

Gerry negó con la cabeza. —Para mí no. Demasiados aditivos y colorantes.

—Tienes razón. —Tom asintió—. Demasiados aditivos. Sabes, ha sido diferente, pero *creo* que he pasado una buena noche.

Gerry asintió. —Yo también. Pero por favor ten en cuenta que no vamos a tener relaciones sexuales.

Las cejas de Tom se elevaron, y dejó su vaso. —Yo... no estaba sugiriendo eso. —Su voz sonaba tensa.

—No esta noche, de todos modos. Todavía hay mucho por descubrir para ambos, pero con suerte, al final del mes, el sexo será permisible.

Tom hizo una señal al camarero para una cuarta pinta, con la mano ligeramente inestable.

Espero que pares después de esta, Tom. Si vas por una quinta, será volver a la casilla de salida.

4

Frank conducía por otra zona deteriorada de Leeds.

Mientras se acercaba a la calle que la trabajadora sexual había mencionado, un grupo de individuos desaliñados llamó su atención. Estaban acurrucados frente a una tienda abandonada. Se habían envuelto en mantas raídas sobre sus hombros delgados. Una protección inútil contra el frío de noviembre.

No tenía pruebas que sugirieran que Maddie había recurrido a la prostitución —eso era simplemente miedo—. Sin embargo, estaba seguro de que vivía en la calle. Sus compañeros en Yorkshire habían estado atentos por él, y uno había informado haberla visto un mes antes entre un grupo itinerante de personas sin hogar en Leeds.

Frank aparcó a Bertha y se bajó, crujiendo sus articulaciones. A diferencia de su parada anterior, nadie tenía los ojos puestos en él. Sospechaba que estaban intoxicados.

De cerca, captó el hedor acre de la marihuana.

Críos otra vez. Suspiró. *Siempre tan jodidamente jóvenes. Ya masticados por este mundo abandonado de Dios.*

Un chico larguirucho de unos veintitantos años, con una sudadera raída y vaqueros rotos, levantó la vista cuando Frank se acercó. Su rostro estaba demacrado y sus ojos inyectados en sangre, con profundas ojeras. Frank reprimió un segundo suspiro. El chaval parecía haber pasado por un infierno.

—¿Puedo ayudarte, colega?

Frank mantuvo un tono suave, no amenazante. —Solo estoy buscando a alguien.

—¿A quién?

—A mi hija.

El chico resopló, escupió en el suelo y miró a sus compañeros. No dijo nada más.

—¿Podría enseñarte una foto? —preguntó Frank.

—¿Para qué? No está aquí, ¿verdad?

—No... pero quizás si la pasas por ahí. —Sacó la fotografía del bolsillo de su chaqueta—. Alguno de vosotros podría haberla visto en algún momento.

El chico torció el labio. —No está aquí. Ahora lárgate.

Los demás permanecieron en silencio, con la mirada vidriosa. El estómago de Frank se revolvió mientras se preguntaba qué sustancias habría en sus cuerpos. La idea de que Maddie volviera a caer en las garras de la heroína le helaba la sangre.

Frank metió la mano en el bolsillo para sacar un billete de veinte libras, pero se dio cuenta de que ya se lo había dado a la chica del último lugar. Sacó la cartera del bolsillo trasero y extrajo dos billetes de diez libras. Los sostuvo en alto. —Por favor.

El chaval se puso de pie al instante. Se acercó, con movimientos bruscos y espasmódicos, y arrebató el dinero de la mano de Frank. Frank le tendió la fotografía. Cuando el chico la cogió, Frank sintió sus dedos fríos y húmedos rozar su piel.

El chaval examinó la foto mientras Frank observaba su rostro. Un mapa de penurias y sufrimiento. Una cicatriz irregular recorría su mejilla izquierda, y sus dientes estaban amarillos y torcidos.

—No. —El chico negó con la cabeza—. No la conozco.

—¿Y tus amigos? —Frank señaló a los demás.

El chaval resopló. —No son mis colegas. Solo les vendí algo de material, eso es todo. Míralos. Lo único que pueden hacer ahora mismo es babear sobre tu foto. —Miró a Frank—. ¿Buscas algo para relajarte? Vi que tenías algo de pasta en esa cartera...

—No... gracias. —Frank se dio la vuelta para marcharse, con el corazón apesadumbrado.

—Espera —le llamó el chico—. Déjame ver otra vez.

Frank se detuvo, sintiendo una débil chispa de esperanza en su pecho. Se giró y el chaval cogió la foto. Su repentina sonrisa le dijo a Frank lo que necesitaba saber. La había cagado. El agotamiento y la desesperación le habían vuelto descuidado.

El puño del chaval se estrelló contra su cara, y el dolor explotó detrás de sus ojos. Trastabilló hacia atrás.

A través de la neblina, Frank vio al chaval venir hacia él de nuevo. Intentó levantar las manos para bloquear el golpe, pero fue demasiado lento. El segundo puñetazo le alcanzó en el labio. Saboreó la sangre, caliente y cobriza. El tercer golpe le dio justo en la nariz, que apenas se había recuperado de un golpe con una pala varios meses atrás.

Frank cayó al suelo, boca abajo. El chaval le sacó la cartera del bolsillo trasero. —Joder —murmuró, con sangre goteando de su boca—. *Idiota*. —Negó con la cabeza, con la cara ardiendo—. *Maldito idiota*.

Sintió la cartera golpearle en la espalda. Debía haber optado por el efectivo y no por sus tarjetas. Eso era algo.

Para cuando Frank logró ponerse en pie tambaleándose, el chaval ya había salido corriendo. ¡Y pensar que antes de esta noche había estado quejándose de un dolor de cabeza! Ahora, toda su cara palpitaba al ritmo de su pulso.

Al menos el chaval había dejado caer la foto junto con la cartera. Se arrodilló, gimió y recogió ambas. Volvió tambaleándose hasta Bertha y se desplomó tras el volante.

El camino de vuelta a casa transcurrió en una nebulosa de dolor. Entrar a trompicones en su casa oscura y silenciosa se sintió como la más pura derrota. Cogió un paquete de cuatro cervezas de la nevera, se derrumbó en su sillón favorito y las bebió mientras miraba fijamente la pantalla del televisor.

Maddie.

Nada podía apartar su mente de ella.

Ni siquiera su rostro maltratado.

Finalmente, Frank volvió a la nevera a por más bebida.

Soñó con Maddie esa noche, como siempre lo hacía. Ella estaba de pie en una concurrida esquina, su largo cabello oscuro azotando

su rostro pálido y demacrado en el viento frío. Sus ojos, que una vez brillaron de risa, estaban ahora abiertos y atormentados, suplicando silenciosamente ayuda. Frank intentó gritarle, pero el ruido del tráfico engulló su voz. Extendió la mano hacia ella, sus dedos esforzándose por agarrar su mano delgada y temblorosa, pero ella parecía alejarse a la deriva, su imagen desvaneciéndose con cada segundo que pasaba. El pánico surgió a través de él, su corazón latiendo con fuerza en su pecho mientras luchaba por cerrar la distancia entre ellos. Pero era como agarrar humo. Ella se escapó, desvaneciéndose en la ciudad gris e implacable, dejándolo solo con un vacío doloroso en su alma. Se despertó sobresaltado, una lata de cerveza medio vacía todavía agarrada en su mano. Su cara palpitaba con un dolor sordo y persistente.

Pero eso no era nada, realmente.

La verdadera agonía estaba en lo más profundo.

Maddie.

Terminó la cerveza tibia y se tambaleó hasta la cama, con su nombre aún resonando en su mente.

5

Frank no sabía qué era lo que más le estaba provocando el dolor de cabeza. ¿Sería la paliza, que le había dejado un ojo morado, abollado su ya de por sí estropeada nariz y partido el labio superior? ¿Sería la cerveza que había consumido para ahogar el dolor? ¿O sería la opción tres? ¿Que le hubiera despertado la irritante voz del soso burócrata de cubículo, el Comisario Jefe Donald Oxley?

Fuera cual fuese la razón, hizo todo lo que pudo, que fue tomar dos paracetamoles y guardar el paquete en el bolsillo para cuando se les pasara el efecto.

Por mucho que adorara a Bertha, no podía soportar su traqueteo en su estado actual, así que cogió un taxi.

Después de confirmar que el destino era el Rusty Anchor, Frank observó al conductor, escrutándole en el espejo retrovisor.

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Quizás pasamos por el hospital?

Frank respondió con un gruñido, y el conductor tuvo la sensatez de no insistir.

Frank se bajó del taxi a dos minutos a pie del pub abandonado. La cuenca del ojo le palpitaba como mil demonios, y tenía la nariz obstruida por sangre seca.

Necesitaba una rápida ráfaga de aire fresco de noviembre, y este era el lugar perfecto para ello.

El Rusty Anchor estaba enclavado en un pequeño valle entre dos colinas ondulantes, mientras que la vasta extensión de los páramos se extendía tras él como un mar oscuro y amenazante. El aislamiento del pub había sido un atractivo para quienes querían escapar del turismo, pero también había atraído a personajes de dudosa reputación a los que les gustaba escapar de las miradas vigilantes que operaban en zonas más pobladas.

Los pubs remotos como el Anchor a menudo atraían a familias locales, y con ello venían las disputas históricas. En sus años más jóvenes, cuando Frank formaba parte del uniforme, le habían llamado con frecuencia a este lugar para separar a linajes enfrentados. Cuando el Anchor finalmente cerró sus puertas hace cinco años, hubo muchos agentes contentos en North Yorkshire. Eso fue hasta que las disputas y las peleas comenzaron a acercarse más a zonas pobladas, y todos se dieron cuenta de que había estado mejor contenido en medio de la nada.

El viento traía consigo el aroma del brezo, la turba y algo más: un tufo a descomposición, leve pero inconfundible.

Miró fijamente hacia los páramos. Ahí fuera, la inmensidad del paisaje parecía empequeñecer todas las preocupaciones humanas.

Sus heridas... La desaparición de Maddie... el hombre muerto aplastado en una cavidad detrás de un muro de ladrillos en el sótano de un pub abandonado...

¿Realmente importaba *algo* de eso?

¿Éramos todos simplemente restos flotantes? ¿Insignificantes? ¿Basura que el viento arrastraba por este páramo?

Probablemente.

Pero eso no pagaba el alquiler. Y los asesinatos le cabreaban de verdad.

Con un suspiro, Frank dio la espalda a los páramos y se encaminó pesadamente hacia el Rusty Anchor, un vestigio en descomposición del pasado, que guardaba secretos que exigían ser descubiertos.

6

Al acercarse al pub, Frank negó con la cabeza. El casco solitario y en decadencia contrastaba fuertemente con los relucientes vehículos policiales y las furgonetas de incidencias.

Odiaba llegar tarde a la fiesta.

Era mejor llegar pronto. Antes de que los jóvenes más inexpertos corrieran a toda velocidad, cometiendo errores y contaminando la escena con su entusiasmo ante la posibilidad de que fuera la investigación que les haría destacar.

Pero Frank llegaba tarde por una razón válida.

El pedante capullo, el Comisario Jefe Donald Oxley, había esperado hasta el último minuto para comunicar que Frank era el Oficial Investigador Principal. Donald lo había hecho para evitar un debate sobre si Frank podía entrar al pub.

El Comisario Jefe no quería que entrara allí. No quería cargar con la responsabilidad de enviar a un detective envejecido, tan cerca de la jubilación, a un entorno potencialmente peligroso. Así que Donald simplemente esperó hasta que la escena del crimen hubiera sido procesada antes de informar a Frank, dejándole sin argumentos.

Después de todo, no había necesidad de llevar un traje hazmat, casco, mascarilla respiratoria y arrastrarse entre escombros y suciedad, si el sótano ya había sido excavado.

¡Además, habría ratas ahí dentro!

Una vez, Mary había sacado la lavadora en el cuarto de la colada y había liberado un centenar de ratoncillos. Habían correteado por la

cocina mientras él se subía a una silla, y Mary los había barrido hacia la puerta principal. Ella se había reído durante días, pero él estaba seguro de que aquello le había dejado algún tipo de trauma no diagnosticado.

Con las ratas en mente, Frank se preguntaba ahora si Donald le había hecho un favor sin saberlo. Aunque nunca se lo admitiría al capullo.

Se acercó a un agente con cara de niño que estaba junto a un cordón tendido entre dos árboles que cruzaba el camino de tierra. Esta era la única forma de entrar y salir de la escena del crimen en vehículo, pero se podía llegar a pie desde otras direcciones. Esperaba que hubieran acordonado el perímetro del pub, pero lo comprobaría de todos modos. Nunca dar nada por sentado.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó el agente.

—Sí. ¿Por qué lo pregunta? —Frank sabía perfectamente que su cara herida alarmaba al muchacho.

El agente abrió torpemente su libro de registro. —Nada señor, solo parece... cansado... eso es todo.

—¿Cansado? Llevo en este trabajo desde que tú usabas pañales, hijo. —Frank mostró su identificación—. Estar agotado es mi estado habitual.

El muchacho tomó nota. —Debo admitir, señor, que es un trabajo agotador.

—No creas que mejora. —Frank resopló y continuó su camino.

Más adelante, cerca de la entrada del Anchor, divisó un grupo de figuras trajeadas. Un rostro familiar se separó de la multitud.

Familiar, pero no bienvenido.

Jesús Cristo. Allá vamos...

—¿Qué tal, Reggie?

—Joder, jefe —dijo el DS Reggie Moyes—. Parece que te has echado diez asaltos con Muhammad Ali.

—¿Diez asaltos? No habría durado tanto. —Frank sonrió, pero un destello de dolor le hizo estremecerse.

Reggie le miró con preocupación. —¿Estás en condiciones de...?

Frank levantó la mano. —Déjame preocuparme por eso a mí.

Reggie no solo era su colega más veterano, sino también el irritante más duradero en su vida.

Probablemente no era tanto culpa de Reggie como suya propia. Reggie tenía una excelente actitud hacia la salud, y poseía lo que rayaba en un cuerpo de playa, al menos la versión de un hombre maduro de un cuerpo de playa —piensa en Hugh Jackman o Tom Cruise.

Frank no tenía un cuerpo de playa.

En realidad, no sabía qué tipo de cuerpo tenía. Sospechaba que habría una definición, pero no tenía ningún deseo de conocerla.

Los ojos de Reggie le taladraban ahora, y Frank no podía soportarlo. —Mira... me caí. Lo normal para viejos como nosotros.

Nada de la preocupación desapareció del rostro de Reggie.

Pero, ¿por qué lo haría? Los hombres como Reggie no se caían, al menos no físicamente. Demasiado jodidamente robustos para eso. Además, nunca entendería cómo una caída podía causar ese tipo de daño, a menos que fuera desde un helicóptero.

Reggie no cedía. —Frank... —Incluso estaba usando su nombre. Inusual en él. Una verdadera señal de preocupación—. Eso no es una caída.

—Reboté... varias veces —dijo Frank—. Y aquí termina la conversación. —Señaló hacia una pequeña carpa cerca de la entrada. Un par de técnicos forenses daban vueltas alrededor—. ¿Has visto ya el cadáver?

—No. Igual que tú. Acabo de llegar.

—Pensaba que habrías sido el primero en la lista para la excavación. —Frank reprimió una sonrisa, sabiendo el dolor que le causaría.

—Ni de coña van a meterme ahí. Lleno de moho negro, seguro. —Se golpeó el pecho—. No se puede correr un maratón sin estos a pleno rendimiento.

Frank puso los ojos en blanco. —Sí, estaba pensando lo mismo. —Se tocó su propio pecho—. Necesito estos para el tabaco. —Levantó una ceja—. Aunque, si mal no recuerdo, este sitio ya estaba lleno de moho negro incluso cuando estaba abierto.

Reggie se rio.

Frank señaló con la cabeza hacia la carpa. —Llévame allí, Reggie.

7

AL ACERCARSE A LA TIENDA, Frank notó el acre olor a moho y humedad que emanaba del pub, mezclándose con la fresca brisa de los páramos. Los técnicos forenses se movían con energía decidida, como un enjambre de actividad contra la fachada deteriorada del pub. Levantó la lona de la entrada y vio el esqueleto dispuesto sobre la lona. Una mujer con traje estaba inclinada, examinando los huesos.

Frank se volvió hacia Reggie y señaló con la cabeza la bolsa sin abrir en sus manos. —¿Me prestas tu traje?

Sabiendo que no se prestaba un traje, ya que se desecharía después, Reggie suspiró y se lo tendió. Mientras Reggie buscaba a alguien para conseguir otro, Frank sacó el traje de su paquete, luchó para ponérselo y se agachó para entrar en la tienda. Una mujer desconocida le miró, su expresión indescifrable detrás de su máscara.

Le hizo un gesto con la cabeza. —DCI Frank Black. Supongo que usted es la patóloga forense.

La mujer asintió. Llevaba una máscara, así que no podía saber si sonreía o hacía una mueca. —Doctora Nasreen Quereshi —su voz sonaba amortiguada.

Él hizo un gesto para que se bajara la máscara. Ella lo hizo.

Frank la estudió por un momento, observando sus ojos inteligentes y la confianza que transmitían sus hombros bajo el traje

protector. Parecía joven para ser patóloga forense, pero había una agudeza en su mirada que sugería una gran experiencia.

Frank se arrodilló junto a ella, con la mayoría de sus articulaciones crujiendo, y se concentró en los huesos amarillentos dispuestos sobre una estera negra.

—¿A quién tenemos aquí entonces? —Recorrió con la mirada la curva de la mandíbula, el ángulo de los pómulos, intentando conjurar un rostro. Imposible, por supuesto. La chispa de vida que animaba a esta persona se había ido hace mucho. Esto era simplemente un andamio amarillento.

Los dedos enguantados de Nasreen trazaron la curva del cráneo. —Varón. La forma de la pelvis y del cráneo lo dejan claro. En cuanto a la edad, bien, mirando el desgaste de sus dientes y articulaciones, diría que de mediana edad. Treinta y tantos como mínimo. No mayor de cincuenta y pocos.

Frank asintió. El Anchor, en su día, había atraído a una clientela muy diversa.

¿Estaba mirando a un hombre de familia o a un viejo sinvergüenza, ahogándose en una vida de pecados? Frank prefería la más agradable de las dos opciones. Le ayudaría a mantener el interés durante los largos días que tenía por delante.

—Me dijeron que se encontró un cuchillo —dijo Frank.

Nasreen señaló unos huesos astillados y rasgados en el lado izquierdo de la caja torácica. —Justo debajo de la cuarta costilla. Esto habría perforado su pulmón, provocando su colapso. Y esta —señaló otra perforación, ligeramente más baja y en ángulo ascendente— fue directamente a su corazón. Cualquiera de las heridas podría ser mortal. ¿Juntas? Bueno, se habría desangrado en minutos, si no segundos.

Frank se balanceó sobre sus talones. —Un ataque frenético. Repentino. Violento.

—No se fue tranquilamente... no.

—Aunque ha estado bastante callado desde entonces, ¿eh?

Nasreen respiró hondo y suspiró. —Estuve allí abajo antes, supervisando la excavación.

—Valiente. Supongo que es a usted a quien debo agradecer el buen estado de los restos.

—Fue una tarea laboriosa.

—¿Cuánto tiempo cree que llevaba allí?

Nasreen se encogió de hombros. —Mire, en ese espacio, aislado de la luz solar y los carroñeros. Temperatura y humedad estables... eso podría ralentizar mucho la descomposición. Los huesos están secos y frágiles, pero lo estarían más si hubieran estado expuestos a los elementos... —Chasqueó la lengua—. Estamos hablando de años.

—¿Cuántos? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Veinte?

Nasreen negó con la cabeza, suspirando de nuevo. —Es realmente difícil decirlo sin más pruebas, y no quiero llevarle por caminos que...

—Su mejor estimación —interrumpió Frank.

—La decoloración de los huesos —el amarilleamiento— sugiere una antigüedad significativa. La completa ausencia de restos de tejido blando, incluso en los espacios articulares más protegidos. Yo diría un mínimo de una década. —Levantó una mano esquelética con dedos enguantados—. Los ligamentos y tendones están completamente descompuestos. ¿Nota la desalineación en los huesos de los dedos? —Volvió a chasquear la lengua—. Ya no están perfectamente articulados... así que, en realidad, voy a decir más de una década. —Le miró fijamente—. Pero podría ser, potencialmente, mucho más tiempo.

—Joder, el local solo cerró hace cinco años. *¿Cuántos clientes habían reído, bebido y peleado aquí, sin ser conscientes del macabro secreto que se pudría bajo sus pies?*

Frank entrecerró los ojos.

Alguien te hizo esto y quedó libre. Tú, dejado para pudrirte. Ellos, con sangre en las manos. No cuadra, colega, ¿verdad?

Si este hombre había sido un hombre de familia o un viejo sinvergüenza tenía que ser irrelevante. Quienquiera que fuese, había tenido una vida. Y sí, puede que hubiera sido lo suficientemente mayor como para haber cometido su buena parte de errores, pero...

Joder, ¿cuántos malditos errores he cometido yo? pensó.

Con un gemido, se incorporó con esfuerzo, su determinación endureciéndose junto con sus envejecidas articulaciones.

Miró al esqueleto.

¿Quién eres? ¿Qué ocurrió?

Mil vidas posibles, mil finales posibles, todos reducidos a este triste e innoble final.

Encontraré a quien te hizo esto.

8

Al salir de la tienda, Frank fijó inmediatamente su mirada en la inspectora Gerry Carver, quien estaba sola, estudiando el pub abandonado con una intensidad que parecía atravesar las propias paredes. Conocía bien esa mirada: era la misma que había conducido a innumerables avances en sus casos anteriores juntos.

A pesar de su intrincada comprensión del mundo físico, Gerry proyectaba poca confianza y siempre parecía algo perdida sin Rylan a su lado. Una escena del crimen era una situación que realmente no permitía un perro de terapia. Aunque Frank sabía que Rylan nunca se escaparía con un tobillo de una víctima, había muchos que no lo sabían, y estarían justificadamente paranoicos.

Acercándose, Frank la llamó.

—Gerry.

Ella se dio la vuelta, y cada una de las heridas de Frank ardió bajo su mirada clínica.

Intentó protegerse la cara como si de repente fuera un maldito vampiro escondiéndose del sol, pero era demasiado tarde. Ella se acercó a un ritmo acelerado. Iba a haber palabras.

Estaba preparando sus mentiras cuando fue tomado por sorpresa.

—¿Frank? —la jefa forense Helen Taylor le había flanqueado.

Él giró para enfrentarla. Su mirada era igual de punzante.

Helen había sido la mejor amiga de su difunta esposa, Mary. La edad había sido amable con ella, dejando solo líneas tenues

alrededor de sus ojos y boca, pero en este preciso momento, esas líneas parecían más profundas y pronunciadas que nunca.

Miró entre las dos colegas, que ahora le cerraban el paso en un movimiento de pinza. Tomó aire profundamente y se enderezó, listo para defenderse, a pesar de saber que sin una jaula de acero, no había defensa.

Helen sonaba atónita.

—¿Qué demonios...?

Él la interrumpió.

—¿Qué tal?

Ella gruñó.

Gerry le estaba mirando de arriba abajo. *Evaluándolo*.

—Mirad, no es lo que pensáis —dijo él.

—¿Y qué deberíamos pensar? —Helen se cruzó de brazos.

Frank suspiró. Ambas le habían visto en mal estado antes, pero esto era un nuevo mínimo. Normalmente, solo era su exceso de peso y su apariencia desaliñada.

—Tres pintas en el bar local y me choqué contra una farola —Frank levantó las cejas. Esto le causó un dolor insoportable en su ojo hinchado. Gimió.

—Mentiroso —dijo Helen.

—Un poco fuerte, Hel. Es la verdad.

—¿Cuándo has parado tú en tres pintas, Frank?

Él se rió, luchando contra el dolor.

—Buen punto.

—El sarcasmo nunca ayuda a hacer una situación menos seria —dijo Gerry.

Miró a su colega.

—¿Tu evaluación está completa?

—Sí... supongo que has ido al hospital.

—No supongas nada, Gerry.

—De acuerdo entonces. ¿Has ido al hospital?

—Mira, no es nada que unos cuantos lametones curativos de Rylan en la comisaría no puedan arreglar —movió sus ojos entre las dos expresiones enfadadas—. Ahora, ¿podemos continuar... *por favor*?

Frank ya conocía lo básico. Ethan Crawley, un topógrafo, estaba evaluando el sitio cuando descubrió el cuerpo. Donald había puesto una suspensión inmediata a la demolición del martes.

—El ayuntamiento cerró el lugar hace cinco años, después de considerarlo inseguro —dijo Gerry—. El dueño era Rory Calverdale.

Frank asintió.

—Conozco a Rory. Ahora es dueño del Whitby Arms. No muy lejos de la parte inferior de los 199 escalones que llevan a la Abadía. Bastante agradable...

—Sí —Reggie se había unido a ellos—. Un verdadero hombre entre hombres.

—¿Qué es un hombre entre hombres? —preguntó Gerry.

—Ya sabes —dijo Reggie—. Un hombre que se lleva bien con otros hombres.

—¿Y cómo se lleva con las mujeres? —Gerry frunció el ceño.

—No lo sé... —la cara de Reggie se enrojeció—. ¡Bien, me imagino! Es amistoso. Aunque está casado, si eso es lo que querías decir.

—No es eso lo que quería decir —dijo Helen.

Gerry negó con la cabeza.

—¿Pero cuál es la relevancia del término? ¿Indica que Rory Calverdale prefiere la compañía de hombres?

Frank tuvo que contener una sonrisa. Miró a Reggie, encantado de que la atención estuviera fuera de él por una vez.

—No exactamente. Es más como... no sé... que es un tío...

—¿Un tío? —Gerry levantó una ceja—. ¿Pero eso no es obvio?

—Es un estereotipo anticuado y absurdo —dijo Helen a Gerry—. Reggie está sugiriendo que es un hombre *tradicional*, que se comporta de ciertas maneras. Macho... varonil... —Dio una palmadita en el brazo a Frank y señaló su cara—. ¿Agresivo, quizás?

—¡Déjalo ya! No me metas en esto —Frank miró a Reggie—. ¿Podrías entrar en el siglo veintiuno, chaval? Deja de provocar a todo el mundo, para que podamos volver a lo nuestro.

Reggie miró furioso a Frank, pero luego bajó la cabeza.

—Bien. Mirad, conozco este lugar. Rory lo heredó de su padre —Frank asintió hacia el pub—. Lo mantuvo en orden, principalmente,

aunque hubo algunas escaramuzas a lo largo de los años. Cuando se dio cuenta de cuánto le iba a costar calmar los nervios del ayuntamiento, cerró el negocio y usó sus ahorros para comprar el Whitby Arms.

—Ha hecho un buen trabajo, la verdad —dijo Reggie—. La noche de preguntas y los torneos de billar son geniales.

Helen le miró con desdén a Reggie.

—Bueno, parece que tu hombre entre hombres tenía un cuerpo en la pared del sótano.

—Sí. Eso mancha una reputación bastante buena —dijo Frank—. Bien, sé lo del cuchillo, pero ¿se recuperaron algunos otros objetos?

—Sí —dijo Helen—. Por aquí.

Llevó a los detectives hasta un grupo de técnicos forenses, que estaban registrando las pruebas. Con manos enguantadas, cogió una bolsa de plástico que contenía un cómic de uno de sus colaboradores.

—Esto estaba en la mochila recuperada.

—Tienes que estar de broma —dijo Frank.

La portada mostraba una imagen de dibujos animados de Superman y Muhammad Ali involucrados en un intenso combate de boxeo en un ring de estadio abarrotado.

—Joder, jefe —dijo Reggie—. Justo estábamos hablando de Muhammad Ali. Coincidencia o...

Frank le miró y negó con la cabeza, silenciándolo. No le importaban las coincidencias, y ciertamente no le interesaba tener su rostro magullado bajo los focos de nuevo.

—Un hombre de mediana edad y un cómic para niños. ¿Tiene sentido? —dijo Frank.

—Hombres y mujeres de todas las edades leen cómics —Gerry fue objetiva. Como siempre.

Helen sonrió.

—Estereotipos de nuevo.

—Vale, soy tan malo como Reggie —Frank gruñó—. Un producto de una era muerta hace tiempo. Perdonadme.

—Y yo leo cómics —dijo Gerry—. De hecho, he leído ese. Es de 1978. Un clásico. Te costaría unos cientos de libras en eBay.

Frank la miró.

—¿Cuándo examinaste las pruebas?

—No lo he hecho.

—Entonces, ¿cómo sabías la fecha?

Gerry se encogió de hombros.

—¿Hay algo que no sepas?

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Bueno —dijo Frank—. Entonces, ¿podría ese cuerpo datar de 1978?

—Posible —Gerry se acercó—. Pero probablemente no. Fijaos, está en una cubierta protectora de plástico. La gente hace eso para preservar los cómics. ¿Es esa una etiqueta? —Gerry señaló.

Helen miró de cerca.

—Sí. Dice VG- £30-BC.

—Este cómic no fue comprado nuevo —dijo Gerry—. La mayoría de los comerciantes de cómics marcan las fundas de plástico con una indicación de la calidad del cómic. Y cuánto vale. Yo diría que esto se compró hace bastante tiempo, ya que ahora vale mucho más.

—¿VG? —dijo Frank.

Gerry lo pensó.

—Very good (Muy bueno).

Frank asintió.

—Tiene sentido. ¿BC?

—Bueno, no tiene nada que ver con el año —Reggie se rió—. Estoy bastante seguro de que los cómics se inventaron después de Cristo.

Frank puso los ojos en blanco.

—¿Crees que puedes hacer tu magia con esto, Gerry?

Gerry estaba escribiendo notas en su teléfono móvil, asintiendo al mismo tiempo.

—¿Qué más tenemos? —preguntó Frank.

Helen señaló la mochila, que había visto días mejores. Miró a Gerry, esperanzado. Por una vez, ella no ofreció nada. Esto en sí mismo era más sorprendente que algunas de sus revelaciones.

Echaron un vistazo rápido al cuchillo, que estaba cubierto de sangre seca. Finalmente, Helen señaló *Guía del autoestopista galáctico*.

—No soy un gran lector, pero he oído hablar de eso —dijo Frank —. ¿No es una comedia ambientada en el espacio?

—Es sátira social —dijo Gerry—. Una crítica mordaz de la incompetencia burocrática y el absurdo inherente a la existencia.

Frank simplemente la miró fijamente. Gerry parpadeó, indiferente a su desconcierto y su habitual admiración.

—Primero fue un drama radiofónico —intervino Helen—. Luego una serie de libros. Recuerdo enfrentarme a esos conceptos como estudiante de filosofía. Que no hay un significado inherente en la vida, que todos estamos simplemente tropezando, tratando de dar sentido a las casualidades aleatorias...

Reggie frunció el ceño.

—Suena un poco deprimente.

—No sé —Frank habló lentamente—. Un hombre asesinado, sellado y olvidado, sus posesiones terrenales un revoltijo aleatorio... Parece encajar con todo eso de "sin significado" —Se sacudió, tratando de desprenderse físicamente de los pensamientos sombríos. No ayudaba que su cabeza estuviera palpitando peor que nunca, su lengua gruesa y agria por el alcohol de anoche—. Bueno, Gerry, tienes el enfoque del cómic, ¿y puedes producir una lista de cada persona desaparecida en esta área que cubra nuestro rango de edad y género durante los últimos cuarenta años más o menos? Reggie, ¿puedes empezar a investigar la historia del Anchor?

Reggie y Gerry no hicieron demasiado drama con sus despedidas antes de marcharse arrastrando los pies; después de todo, Frank los volvería a ver en la sede de Scarborough en muy poco tiempo.

Se volvió para mirar el pub en ruinas.

—Oí que había cartas de juego allí abajo.

—Están todas embolsadas —dijo Helen.

—Nunca entendí las cartas, yo. Ni ningún juego, en realidad. Siempre me siento cabreado cuando pierdo. ¿Crees que eso es lo que pasó aquí? ¿Alguien estaba cabreado por perder en una partida de cartas?

Helen no respondió. Él sabía por qué. Después de tomar un respiro largo y profundo, suspiró.

—¿Tenemos que hacer esto ahora?

—Tienes un aspecto horrible.

—Siempre tengo un aspecto horrible.

—Nunca tan malo como ahora.

Frank unió sus palmas y las sacudió, suplicando.

—Tengo un dolor de cabeza tremendo, Hel. Por favor.

—Un día, será peor que un dolor de cabeza tremendo.

Frank asintió.

—Sí, ¡no hay mayor verdad! Pero es lo mismo para todos.

—No hay razón para apresurarlo.

—¡Tengo sesenta y cuatro años!

—Sería bueno jubilarse primero. ¿Eh?

Él se encogió de hombros.

—Hablabas de eso a principios de este año.

—Sí —se preguntó si debería simplemente desahogarse: *Sí, cuando saqué a Maddie de las drogas, pero luego volví a estropearlo, ¿verdad? Escondí su teléfono porque tenía los números de un montón de escoria en él. Le impedí recibir una llamada importante. Se sintió traicionada y desapareció de nuevo. Y ahora, no tengo idea de dónde está. Está cabreada y viviendo en las calles de Leeds...*

Decidió no hacerlo. Cargar a Helen no resolvería ningún problema. Ella había sido cercana a Mary. Si supiera de esto, querría involucrarse. Inmediatamente. Y Frank no sabía si podría manejar el arrastrar a alguien más al pozo negro de su vida.

—De acuerdo —dijo Frank—. Te haré una promesa... si me dejas en paz.

—¿Cuándo fue la última vez que cumpliste una promesa?

Él sonrió.

—Prometo cumplir esta.

Helen sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Continúa...

—Lo miraré.

—¿El qué?

—¡La jubilación! Lo prometo. Reservaré un crucero o algo. Me pondré una fecha como objetivo.

Helen arrugó la nariz.

—Me lo creeré cuando lo vea.

—Lo verás.

Ella negó con la cabeza, suspiró y se alejó. Un momento después, se volvió y tocó su brazo nuevamente.

—Todavía tienes una oportunidad, Frank —Asintió hacia la tienda —. Es bueno que te preocupes. Que impidas que estas personas sean olvidadas. Pero creo que en algún momento, tú también te has olvidado de ti mismo. Sabes que eres importante.

Frank sonrió, pensando para sí mismo: *¿Lo sé?*

9

El comisario jefe Donald Oxley no había dejado de negar con la cabeza desde que Frank había entrado en su despacho.

Después de sentarse, Frank no pudo contenerse más. —Diga lo que piensa de una vez, señor.

—Está bien. ¡Tienes un aspecto horrible!

Si no le doliera hacerlo, Frank habría sonreído. —Nadie ha sido tan directo hasta ahora.

—¿Qué te ha pasado?

No iba a usar la historia de la farola. Estaba cansado de mentir. Solo le metería en una disputa. Y para ser sincero, no le importaba realmente lo que pensara Donald. No respetaba al hombre. Y, a sus sesenta y cuatro años, hacía mucho que había dejado de adular a sus superiores. —Alguien me golpeó varias veces —dijo.

—Eso puedo verlo. ¿Quién?

—Es algo personal.

Donald puso los ojos en blanco. —No puedo ayudarte si no me dices quién fue.

No quiero tu ayuda. —Lo sé, señor.

—Terco como siempre.

Sí.

—¿Afectará a tu capacidad para hacer tu trabajo, Frank? —preguntó Donald.

—Desgraciadamente, no. Estoy funcionando a pleno rendimiento y disponible para el servicio.

El comisario jefe entrecerró los ojos y golpeó su escritorio. —Meterse en peleas podría desprestigiar al cuerpo, Frank.

Frank suspiró. Le dolía demasiado la cabeza para esto. —Tengo sesenta y cuatro años —contuvo las ganas de añadir: *veinte años más que usted*—. Dígame una sola vez en que haya desprestigiado al cuerpo.

—Tu historial es bueno, Frank, no estoy discutiendo...

—Sin embargo... —Frank sacó un bolígrafo y una libreta de su bolsillo—. Podría hacer una lista de todas aquellas personas con las que me he encontrado a lo largo de los años que *definitivamente* han desprestigiado al cuerpo. ¿Está listo, señor? Puede que estemos aquí un buen rato.

—Eres tan dramático. —Donald le hizo un gesto para que lo dejara—. Baja el bolígrafo. Solo dije que tenías mal aspecto.

Y en cualquier momento empezarás a insinuar mi jubilación, pensó Frank. *Has querido que me fuera desde que tengo memoria, Donald. Estás desesperado por conseguir un oficial más joven, más fresco y más barato...*

Frank cerró su libreta y la guardó en su bolsillo.

—Antes de que preguntes, he aprobado el equipo que has solicitado. —El tono de Donald era triunfante, como si hubiera trabajado muy duro para conseguirlo. Una tontería, por supuesto. La tarea había sido simple. Frank había solicitado a los detectives que nadie más quería—. ¿Estás conforme con eso?

—Sí.

Donald frunció el ceño. —Y yo siempre pensé que odiabas al sargento detective Moyes.

—No estoy seguro de que usaría la palabra odiar, señor. Está bien. Respondió la última vez.

Donald mantuvo su ceño fruncido, dejando claro que no creía nada de lo que Frank decía. —Y dijiste que la agente detective Groves se movía menos que un perezoso y que el agente detective Miller podía chupar la alegría de una habitación más rápido que un Dementor en la fiesta de cumpleaños de un niño.

—Sí, lo recuerdo.

—Entonces, ¿por qué los has solicitado?

—Porque en el momento crucial no me fallaron, y no lo harán de nuevo. Y soy débil ante las causas perdidas. No es como si yo hubiera sido la persona más popular.

Donald asintió.

¡El pomposo capullo estaba de acuerdo!

—Bueno, supongo que tienes a Gerry —dijo Donald—. Ella es eficaz.

—No hay nadie más eficaz.

Donald miró hacia la distancia con una expresión confusa.

—¿Ocurre algo? —preguntó Frank.

—Solo es extraño... inesperado...

—¿Señor?

—Que Gerry se haya acomodado contigo. Sin ofender, pero vosotros dos sois como la noche y el día.

—Nos llevamos muy bien, de hecho. Ella me entiende, y yo la entiendo a ella.

Donald inclinó la cabeza de un lado a otro como si no terminara de creerlo. —¡Para ser sincero, esperaba que hubiera solicitado un traslado a estas alturas!

—Siento decepcionarle, señor. —Frank intentó evitar que la irritación se notara en su voz, recordándose a sí mismo que no le importaba lo que Donald pensara de él. De todos modos, su superior estaba equivocado. La relación de Frank con Gerry ya había demostrado ser productiva, y estaba seguro de que estaban desarrollando un aprecio mutuo.

—Siempre se te ha dado bien leer a las personas, Frank, aunque no tan bien interactuar con ellas.

—Me lo tomo como un cumplido, señor. Siempre se me ha dado bien leerle a usted, creo.

Donald se rio. —Mejor terminemos esta conversación aquí, inspector jefe. En fin, antes de que te vayas... hay una cosa más.

Tus deseos son órdenes, imbécil, pensó Frank.

—Rory Calverdale, antiguo propietario del Rusty Anchor —dijo Donald.

Y el mejor amigo de Reggie. —Sé quién es.

Donald levantó una ceja. —Ve con cuidado.

—¿Cuidado?

Donald asintió. —Sí. Con todo el cuidado que puedas, Frank.

—Era el propietario de un pub con un cadáver en la pared, señor.

—Lo sé. Pero ambos sabemos que él no tendrá nada que ver con eso...

—Señor, ¿cómo demonios podemos saber eso?

—Sus servicios a la comunidad. Ha hecho mucho por la policía, ¿sabes?

Frank suspiró para sus adentros. —Y es su amigo.

—Es *nuestro* amigo. El amigo de la comunidad. Mira, no te estoy diciendo que le dejes pasar, Frank. Solo digo que no entres como un elefante en una cacharrería. Haz lo que debas, pero con profesionalidad.

Frank frunció el ceño. —¿Es por esto por lo que conseguí el equipo que quería tan rápido?

Donald se encogió de hombros. —Profesionalidad, por favor, Frank. Es todo lo que pido.

A Frank se le ocurrió algo más. Miró sus puños, apretados sobre su regazo. —¿Señor?

—¿Sí?

—¿Ha avisado a Rory Calverdale de que vamos a ir? —Frank levantó la mirada.

—¡Por supuesto que no! —Donald entrecerró los ojos y golpeó la mesa con la palma de la mano—. ¡Mira, no sé qué crees que está pasando aquí, pero no es nada siniestro! Y hace un momento te estaba elogiando por saber leer a las personas. Simplemente ten cuidado, joder. No lo traigas esposado. Su maldito pub acoge nuestra fiesta anual de Navidad. ¡Piensa en los medios!

Frank se puso de pie y se tocó la cabeza. —Siempre. —Se dirigió a la puerta.

—Ah, y Frank.

—¿Sí?

—Arréglate un poco primero.

—¿Por qué? ¿Por si acabo en la portada del periódico?

Donald sonrió.

Mientras salía, Frank pensó que el crucero de jubilación que le había sugerido a Helen sonaba más atractivo que nunca.

Si no fuera por el riesgo de alegrarle la semana a Donald, o incluso su año, Frank lo habría hecho allí mismo.

10

Frank quería otro par de ojos durante la entrevista inicial con Rory Calverdale.

Y no unos ojos cualquiera, cabe destacar.

A Frank le costaba interrumpir a Gerry, que estaba aporreando su teclado mientras rastreaba los orígenes del cómic, pero esos ojos eran de los mejores en el oficio.

Le pidió ayuda. Al principio, ella pareció dudar, pero entonces él le prometió que no tendría que acercarse a Bertha. Inmediatamente se mostró más tranquila.

¡Su ruidoso Volvo viejo realmente la ponía nerviosa!

Frank cogió prestado un Audi del parque móvil, y condujeron hasta Whitby. Tras aparcar, hicieron el trayecto a pie hasta la parte antigua de la ciudad con Rylan atado a su correa.

The Whitby Arms estaba situado cerca de la parte inferior de las 199 escaleras de Whitby que suben hasta la Abadía. Frank se detuvo y contempló los escalones de piedra, recordando una época en la que solía subirlos regularmente con Mary y una pequeña Maddie.

Gerry notó que Frank se había detenido. —¿Vienes?

—Sí. Solo estaba dando las gracias en silencio a nuestro Señor por no tener que subir estas escaleras.

—¿Sabías, Frank, que la esperanza de vida media para un hombre en el Reino Unido es de setenta y nueve años?

Frank la miró de reojo, pensando: *Jesús, muchacha. No empieces otra vez con mi salud.*

—Y que el ejercicio regular —continuó Gerry—, como subir escaleras, puede aumentar eso hasta en siete años?

Frank hizo las cuentas mentalmente. —Quince años felices sin hacerlo, veintidós años infelices haciéndolo. —Se dio la vuelta y entró en el pub.

El interior era todo madera oscura y latón brillante, el aire cargado con el aroma de la cerveza. Rory Calverdale, un hombre de pecho robusto con una mata de pelo plateado, estaba detrás de la barra, puliendo un vaso. Levantó la mirada cuando entraron, y su rostro rubicundo se transformó en una sonrisa de bienvenida.

—¡Frank! —Rodeó la barra, quedándose paralizado cuando vio las secuelas de batalla en la cara de Frank—. ¿Qué te ha pasado en la cara? —Tenía un fuerte acento de Yorkshire.

—Riesgo laboral.

Las cejas de Rory se elevaron. —¿Riesgo laboral? Parece más bien que te has pegado unos cuantos asaltos con un muro de ladrillos, y el muro ha ganado.

Frank no le encontraba ninguna gracia, pero se forzó a reír de todos modos.

—¿Te apetece una cerveza, Frank?

—Como te dije por teléfono, Rory, no es una visita social.

—Qué pena... No se lo diré a nadie si tú no lo haces... —Movió las cejas sugestivamente—. Ha aparecido la IPA Whitby Whaler que ganó el Festival de Cerveza de la Regata.

Cristo, eso suena bien. Podría quitarle el filo a esta resaca y al dolor pulsante en su cara. Miró a Gerry. Ella le haría trizas después si aceptaba. Suspiró para sus adentros. —No, gracias, amigo.

—¿El deber llama y todo eso?

—Así es —dijo Frank.

Rory se acercó a Rylan, se arrodilló y le rascó las orejas. —¿Quién es este buen chico? —Miró a Gerry.

—Rylan —dijo Gerry—. Y yo soy la inspectora Gerry Carver.

—Bueno, encantado de conoceros a ambos. ¿Le gustaría una galleta a Rylan?

—No, gracias —respondió Frank antes que Gerry. Sabía que su respuesta podría ser bastante fría y cortante. Nadie alimentaba a su

perro excepto ella—. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

—Por supuesto, por supuesto. Pasad a la parte de atrás. —Rory los condujo a una pequeña oficina, con las paredes revestidas de estanterías que se doblaban bajo el peso de libros de contabilidad y carpetas. Les indicó un par de gastados sillones de cuero—. Tomad asiento. Ahora, ¿qué es tan importante como para traer a los mejores de Whitby a mi puerta?

Frank y Gerry se acomodaron en los sillones. El cuero crujió bajo el peso de Frank. Rylan se sentó entre ellos, con sus ojos fijos en Rory. Frank sospechaba que estaba soñando con esa galleta y lo que podría haber sido.

—Es sobre el Rusty Anchor —dijo Frank.

Rory ladeó la cabeza. —Sabes que ya no es mío, ¿verdad? Se lo cedí al ayuntamiento. Lo último que supe es que lo iban a derribar en una semana o dos, para construir un centro de información para excursionistas y entusiastas de la naturaleza.

—Ya no lo van a derribar. —Frank sacó una libreta de su bolsillo interior—. Al menos por el momento.

Rory se inclinó hacia delante. —¿Eh?

—Mira, no hay una manera fácil de decir esto, Rory, pero el topógrafo que lo estaba preparando para la demolición descubrió restos humanos en el sótano.

Los ojos de Rory se agrandaron. —¡Tiene que ser una broma! —Se dejó caer en su silla.

—Y han estado allí durante bastante tiempo —añadió Gerry—. Sin duda desde la época en que el local estaba en funcionamiento.

Rory soltó una carcajada, con media sonrisa en la cara. Luego miró a ambos, una y otra vez, hasta que la sonrisa se desvaneció. —¡Venga ya, vosotros dos!

—Sí, es cierto —dijo Frank.

—¿Qué parte?

—No en la sala principal. Los restos estaban en la pared de separación entre las dos habitaciones en el lado izquierdo del sótano.

—¿En serio? ¿En la pared? —Rory se llevó una mano a la boca, y sus ojos se agrandaron.

—Sí.

Finalmente, Rory bajó la mano. —Mierda. ¿Exactamente cuánto tiempo?

Frank intercambió una mirada con Gerry. —¿Décadas? ¿Desde finales de los ochenta, quizás los noventa? Todavía estamos esperando para identificar el cuerpo.

Rory se pasó una mano por la cara, con los ojos aún muy abiertos e inquietos. Se estremeció. —Joder. —Miró a Gerry—. Lo siento... ¿Me estáis diciendo que había un cadáver justo debajo de mí... todo ese tiempo?

Frank describió cómo el topógrafo había descubierto el cuerpo.

—Esa habitación... —Estaba negando con la cabeza, todavía asimilándolo—. No la había usado en años.

—¿Puedes ser más específico? —preguntó Gerry.

—Era una sala de juegos, más o menos. Excepto que... —Estaba palideciendo ahora. La gravedad de la situación le estaba pesando. Había sido un shock, pero eso no le hacía inocente—. Solo se usaba realmente para cartas... póker... juegos... principalmente los fines de semana.

Frank asintió. —Eso explicaría las cartas de juego esparcidas sobre la mesa.

—Sí —dijo Rory—. Verás... cerré con llave la puerta de ese sótano cuando dejé los juegos... dejadme pensar... —Movió la cabeza arriba y abajo mientras repasaba fechas en su cabeza—. No fueron los noventa... —Hizo una pausa—. Finales de los ochenta... muy finales de los ochenta... tengo agosto en mente.

Frank tomó nota. —¿Hay alguna posibilidad de una fecha más específica?

—Lo pensaré. Hablaré con mi mujer.

—Gracias —dijo Frank.

—¿Por qué detuviste las noches de póker? —preguntó Gerry.

Rory respiró hondo y se enderezó, mostrándose más animado. Frank siempre le había conocido como un individuo de buen carácter. Querría ayudar. A menos que fuera el asesino, claro.

—Por esa pared. No estaba en las mejores condiciones allí abajo. Especialmente considerando la nueva era de salud y seguridad que se estaba imponiendo. Cancelé las noches de póker. Siempre estuve planeando arreglar la pared y reanudar los juegos de cartas. Pero con una cosa y otra, simplemente lo fui dejando. Cerré esa puerta para mantener alejada a la gente. Nunca me faltó espacio, y sabía que la pared estaba hecha polvo allí, así que seguí usando la sala principal del sótano. Creo que no volví a entrar allí hasta que el ayuntamiento empezó a husmear. ¿Habría olido ese cuerpo?

—Difícil saberlo con certeza —dijo Gerry—. Se había trabajado en esa pared. El hueco tal como estaba no habría sido lo suficientemente grande para el cuerpo, así que tiene sentido que alguien hiciera suficiente espacio para meter el cuerpo detrás, y luego volviera a sellar la pared. Supongo que, mientras la pared estuviera intacta, el olor podría haber quedado enmascarado, de alguna manera.

Rory sacó pecho. —Bueno, no fui yo. Como he dicho, nunca toqué esa maldita pared.

—Alguien lo hizo —dijo Frank—. ¿Alguna idea de quién? Quiero decir, no hicieron un trabajo tan bueno. Comenzó a deteriorarse de nuevo, principalmente porque dejaron parte de la estructura antigua y desmoronada en su lugar.

—¿Un trabajo apresurado? —dijo Rory.

—Exactamente —dijo Frank—. ¿Has dicho que el ayuntamiento vino a husmear?

—Sí. Me inspeccionaron. Querían que cerrara hasta que el lugar fuera seguro. Pero los costes para volver a ponerlo en funcionamiento de forma segura eran astronómicos. Para ser sincero, había tenido el ojo puesto en esta zona durante un tiempo. Algo más agradable. Allí podía ponerse difícil y un hombre se hace viejo, ¿sabes? Se cansa.

Frank asintió, sabiendo exactamente cómo se sentía eso.

—Lo tuve en el mercado durante un tiempo —dijo Rory—. Pero no hubo mucho interés. Al final, acabé cediéndoselo al ayuntamiento. Van a poner una placa en el centro de visitantes

planificado con el nombre de nuestra familia, ya sabes, como una especie de tributo a una época pasada.

—¿Y abriste esa puerta para el ayuntamiento cuando hicieron esas primeras inspecciones? —preguntó Gerry.

—Sí. Pero no olí nada, y no fui a inspeccionar la pared. Supongo que debieron inspeccionarla, pero no debieron detectar lo que había detrás.

—El topógrafo del otro día tuvo que excavar un poco —dijo Frank —. Como he dicho, alguien había intentado tapar esos huecos.

Frank tomó algunas notas, dando tiempo a Gerry para hacer algunas preguntas. Ella no aprovechó la oportunidad. Cuando volvió a mirar, Rory estaba blanco como el papel. —¿Significa esto que soy sospechoso? ¿Crees que yo puse a esta persona detrás de la pared?

Frank levantó una mano. —Rory, está bien. Todavía es muy temprano. Solo estamos haciendo preguntas.

Rory se llevó la mano al pecho. —Juro que nunca volví a entrar allí después de cerrarlo. Siempre almacenábamos todos los barriles en la habitación grande de la derecha. Guardaba todas mis herramientas y demás en la otra habitación más pequeña. Simplemente seguía planeando volver y arreglar la pared en algún momento, pero nunca lo hice. A lo largo de los años, seguía pensando en hacer algo con la habitación, pero la vida se interpuso. Siempre estaba tan ocupado.

Frank asintió. —¿Quién más tenía acceso a esa habitación en el sótano?

—Cualquiera, supongo —dijo Rory—. Personal de la barra. Mi mujer, supongo, cuando ayudaba.

—¿Alguien más tenía llave? —dijo Gerry.

—No... pero la guardaba en el local. En el cajón de una oficina detrás de la barra. —Señaló a su alrededor—. Muy parecida a esta habitación... Supongo que cualquiera podría haber tenido acceso a ella.

—¿Clientes? —preguntó Frank.

—Es posible.

—¿Es posible que simplemente cerraras la puerta con llave después de que alguien ocultara el cadáver allí y nadie la volviera a

abrir hasta que vino el ayuntamiento? —preguntó Frank.

—Supongo. No podría decirte si el cuerpo ya estaba allí cuando cerré esa puerta con llave. Como ya sabía que la pared estaba hecha un desastre, no tenía necesidad de inspeccionarla de nuevo. Si la pared hubiera sido arreglada, puede que no me hubiera dado cuenta.

—¿Podríamos obtener una lista de todos tus empleados mientras el negocio estuvo abierto? —preguntó Gerry.

—Haré todo lo posible. Tengo algunos libros de contabilidad antiguos por alguna parte. ¿Puedo enviaros un correo electrónico más tarde?

—Eso estaría bien —dijo Frank.

Rory se frotó las sienes y luego miró fijamente a Frank. —Mira, Frank. Amo esta comunidad.

¿Y? pensó Frank. *¿Qué tiene eso que ver con nada?* Simplemente asintió.

—He organizado eventos benéficos, patrocinado equipos deportivos locales.

Lo estaba exagerando. Era como estar de nuevo en la habitación con Donald.

—Tu comisario jefe viene aquí a beber —dijo Rory.

Frank reprimió un gemido. *Allá vamos.*

Sintió ganas de decir: *¿Cómo demuestra eso tu inocencia?* En cambio, volvió a asentir. —Volviendo a las noches de póker. ¿Cómo funcionaban?

—Principalmente las noches de fin de semana, desde principios de los ochenta. Entre cuatro y seis jugadores. Había unos cuantos habituales, pero bastantes vecinos probaron suerte en algún momento. A menudo se alargaban, después del horario de cierre. —Guiñó un ojo—. Una época diferente. Era más fácil salirse con la suya con un cierre de puertas. Debes recordarlo, Frank, ¿no?

—Sí. —Frank reprimió otro gemido—. Yo solía vigilarlos policialmente.

—Bueno, eso ya no ocurre ahora... *aquí*.

—¿No guardabas un registro de quién jugaba? —preguntó Gerry.

—Sí, pero esa información va a ser difícil de desenterrar. Lo intentaré.

—Eso estaría bien —dijo Frank—. ¿Podrías darnos algunos nombres mientras tanto? ¿Clientes que jugaban? ¿Podrías incluir eso en tu correo sobre los empleados?

Rory asintió.

Más tarde, después de la entrevista, Rory intentó volver a su habitual jovialidad, pero ahora parecía forzada. Habiendo olvidado que ya había sido rechazado una vez antes, Rory intentó ofrecer otra galleta a Rylan.

—Hace mucho que no te veo, Frank —dijo Rory cuando se iban.

La realidad era que Frank había estado optando por el Black Horse Inn cada vez más. Le gustaba disfrutar de una bolsa de rapé de Wilson y atiborrarse de Yapas (tapas de Yorkshire). También era un lugar que había frecuentado regularmente con Mary y le recordaba a ella.

—Pásate a tomar algo —dijo Rory—. Invita la casa. —Miró a Gerry—. Los dos. —Luego, a Rylan—. ¡En realidad, los tres!

No te preocupes, Rory, pensó Frank, *estoy absolutamente seguro de que volveremos pronto.*

11

Frank sugirió que estiraran las piernas por el muelle: proporcionaría una vista sin obstáculos sobre los tejados de tejas del antiguo puerto hasta los escarpados promontorios y las aguas inquietas del Mar del Norte.

—¿Qué opinas de él? —preguntó Frank.

—Sorpresa genuina —dijo Gerry.

—Pero eso no nos dice nada —dijo Frank—. Había pasado tanto tiempo. Habría pensado que se había salido con la suya. Claro que estaría sorprendido.

—Cierto, pero ¿no temería que la propia demolición descubriera el cadáver? ¿De verdad lo habría regalado al ayuntamiento? Y si lo hubiera hecho él, seguramente habría sacado el cuerpo primero.

Frank la miró, impresionado como siempre. —Estoy de acuerdo. Entonces, aceptamos que cerró esa puerta y no volvió a entrar durante décadas.

Gerry se encogió de hombros. —Es extraño. Pero no tan extraño como entregar a su víctima de asesinato al ayuntamiento.

—Es el menor de dos extrañezas —dijo Frank—. Aunque estaba muy a la defensiva, ¿verdad?

—Sí. Aunque se podría entender por qué.

—No me gusta esta conexión con Donald Oxley. ¿Te fijaste cuando lo mencionó?

Ella le dedicó un raro momento de contacto visual. —¿La táctica de intimidación? No estoy ciega.

Él sonrió. Nunca la había oído usar esa expresión sarcástica antes. La había asimilado de él.

—Pero nada de eso lo incluye ni lo excluye. Podríamos tener simplemente a un tipo comprometido con la comunidad que no quiere que lo arrastren por el fango. Pero no me gustó la forma en que Donald fue amable conmigo.

—¿No dijiste que el Jefe de Policía Oxley no podía ser amable?

—Bueno, eso es lo que pensaba. Siempre me ha visto como mierda en su zapato... una vieja mierda, además, ¿sabes? De esa que se ha secado y no se puede despegar... Pero hoy me dio un equipo que le pedí. ¡Para él, eso es territorio de la Madre Teresa!

—¿Eso te hace querer pisar con cuidado? —preguntó Gerry.

Un viento cortante se clavó en su rostro maltratado. Sonrió, tratando de ignorar el dolor. —¿Pisar con cuidado? ¡Ja! Me dan ganas de hacer temblar el maldito suelo con mis tallas 46. —Metió la mano en el bolsillo para sacar un cigarrillo ya liado.

12

Frank admiraba los escarpados acantilados y el mar embravecido mientras navegaba por la carretera costera. A su lado, el perfil de Gerry era iluminado por destellos intermitentes de sol que atravesaban las nubes, resaltando la determinación de su mandíbula mientras se concentraba en su teléfono. Sospechaba que estaba investigando el ángulo del cómic. El interior del coche estaba impregnado con el tenue aroma del aire salado. En un momento dado, ella levantó la cabeza y miró a Frank. Pensando que había descubierto algo, él se estremeció de emoción.

—Necesitas una ducha —Gerry volvió a su teléfono.

¡Dicho con tanta sutileza!

Sin embargo, hizo un cálculo rápido mentalmente de cuántos días habían pasado y se dio cuenta de que tenía razón.

Cuando Frank se detuvo ante un semáforo, se giró y acarició la cabeza de Rylan que asomaba entre los asientos. —Tú todavía me quieres, ¿verdad, amigo?

—Si es que te reconoce —dijo Gerry.

Frank suspiró mientras el semáforo cambiaba. —Realmente estás dando rienda suelta a ese ingenio mordaz tuyo, ¿no? —Volvió a concentrarse en la conducción—. Pensaba que quizás habíamos superado esa tensión de esta mañana...

—Creo de verdad que necesitas cuidarte mejor.

La irritación lo invadió. —Gerry, suenas como un disco rayado.

Su teléfono vibró y la pantalla se iluminó. Ella lo miró fijamente, asintió rápidamente y tecleó una respuesta con rapidez.

—Entonces el cómic —Frank estaba decidido a cambiar de tema —. ¿Por dónde vas?

El teléfono vibró de nuevo.

Esperó pacientemente a que ella leyera y respondiera, tamborileando con los dedos sobre el volante.

Después, lo intentó de nuevo. —¿Has avanzado algo con el ángulo del cómic...?

El teléfono vibró por tercera vez.

—¡Me rindo! —Le echó un vistazo mientras ella seguía tecleando, sin hacer ningún esfuerzo por parar y prestarle atención—. ¡Increíble! ¡Debe de ser condenadamente importante!

Ella terminó y lo miró. —¿Por qué dices eso?

—Bueno... —Quitó una mano del volante y se señaló a sí mismo —. Tu oficial superior de investigación te ha hecho una pregunta, así que supongo que *quienquiera que sea* ese —señaló ahora el teléfono, pero mantuvo los ojos en la carretera— debe estar comunicando alguna noticia que va a cambiar el mundo.

Ella no respondió. Por el rabillo del ojo, la vio escribir otro mensaje.

Dame fuerzas.

Finalmente, le concedió una respuesta. —Respecto al cómic, he programado una llamada antes. Alvin Prendergast. Hablaré con él en una hora. Es un experto en cómics. El mejor que pude encontrar.

—Un gurú de los cómics, ¿eh? Buena idea, Gerry...

Su teléfono sonó de nuevo...

—¿Quién demonios es *ese*? —Frank se dio cuenta demasiado tarde de que había elevado la voz. Eso era algo prohibido con Gerry, así que la bajó de nuevo, rápido—. ¿Tienes un acosador o algo así?

Ella escribió su mensaje, dando a Frank cierto alivio de que su arrebato no la hubiera asustado. Después, dijo: —Tom Foley.

—¿Quién? ¿Tiene que ver con el caso?

—No. Personal. Es un potencial nuevo compañero.

—¿Compañero?

—Acompañante.

Frank frunció el ceño, pero le dolía horrores el ojo, así que rápidamente dejó de hacerlo. —¿Como un novio?

Ella lo miró. —Sí, pero no me gusta ese término. Personas de géneros opuestos pueden ser amigos sin estar en una relación sexual.

Las sorpresas venían una tras otra con Gerry. De eso no había duda. —¿Entonces estás en una relación?

—No. Todavía no. Aún estamos en la fase de consideración.

Vaya. ¿La fase de consideración? ¿Era esto cosa de la generación más joven o una particularidad de Gerry?

—Bueno, considera esto —dijo él—. ¡El chico está interesado!

—¿Interesado en qué?

—¡En ti, Gerry, muchacha, en *ti*!

—No estoy segura de cómo has llegado a esa conclusión.

—Cuatro vibraciones en ¿qué? ¿Cuatro minutos? Escribe más rápido de lo que yo puedo pensar... —La señaló—. Y sin comentarios mordaces, gracias.

—Simplemente estamos organizando nuestro segundo encuentro —dijo Gerry.

—¿Segunda cita?

—Sí.

Contuvo una sonrisa, con los músculos de las mejillas temblando por el esfuerzo. —Bueno, no te me enamores, Gerry... tenemos unos viejos huesos que identificar.

Gerry mantuvo sus ojos fijos en él durante un tiempo prolongado. Era una mirada bastante penetrante. —El amor no tiene absolutamente nada que ver con esto, Frank —Rompió la mirada.

—Si tú lo dices. Aunque no es algo malo. Es bastante importante en el gran esquema de las cosas.

—¿Lo es? Simplemente busco eficiencia y fiabilidad. Las emociones complican las cosas innecesariamente. Tampoco garantizan una compañía satisfactoria.

Ya no pudo contener más la sonrisa, las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba, haciendo que le escociera el labio dañado. —¿Y cómo se siente nuestro caballero, Tom Foley, respecto a la falta de emoción?

—No lo sé —La voz de Gerry era pareja—. Ese será un tema de discusión en nuestro segundo encuentro.

—Cita.

—Sí. Evaluaré su pragmatismo.

Maldita sea, pensó Frank, sacudiendo la cabeza. *El muchacho no sabe lo que le espera.* Lo que el viento se llevó*, esto no es.*

13

Gerry estaba sentada en su escritorio en el despacho personal de Frank, con el sol de la tarde proyectando largas sombras por el espacio desordenado. Jugueteaba con un bolígrafo, con la mirada fija en el reloj mientras esperaba la llamada de Alvin Prendergast. El teléfono móvil de Gerry le pesaba en la mano. Esperó hasta que el reloj marcó dos minutos después de la hora en que Alvin Prendergast había prometido llamarla.

Demasiado tarde.

Ella le llamó. —¿Sr. Prendergast?

—Sí... ¿Inspectora Carver?

—Así es.

—Oh, estaba a punto de llamar...

—Ha faltado a nuestra cita.

—¿De verdad?

—Sí. Era a las cuatro.

—Ah... Apenas son pasadas las cuatro.

Gerry no dignificó esto con una respuesta. Sus labios se apretaron formando una fina línea. La puntualidad era esencial. Si no se respetaba, ¿cómo se podía esperar lograr algo?

—Bueno. Buenas noticias —la voz de Alvin crepitó por la línea—. Para confirmar, VG- significa Very Good minus (Muy Bueno menos). Treinta libras era el precio, lo que encajaría con su valoración entre 1988 y 1989. BC eran las iniciales del propietario original. También tenía razón sobre el distribuidor que usaba este formato de código.

Excelsior Comics. Desgraciadamente, ya no existe. Hablé con Riley Thorpe, el antiguo propietario. Lamentablemente, Riley ya no tiene los registros de los cómics con los que comerció en los años ochenta. Sin embargo, pudo decirme que BC corresponde a Bernie Charms.

Gerry asintió mientras anotaba Bernie Charms. Destacaba claramente en la página blanca. ¿Sería él el hombre recuperado del sótano? Supuso que no tendría sentido, ya que era el propietario original. ¿A menos que lo hubiera vuelto a comprar?

—Recuerdo bien a Bernie —dijo Alvin—. Solía trabajar en Charms' Comics en Scarborough.

—¿Está vivo el Sr. Charms?

—Hablé con él hace más de un año.

Definitivamente no era su cuerpo entonces. —¿Sabe cómo puedo ponerme en contacto con él?

—De hecho, sí lo sé. ¿Tiene un bolígrafo?

Gerry anotó la información de contacto, con una sensación de anticipación creciendo en su pecho. Agradeció a Alvin su ayuda y terminó la llamada, su mente ya trabajando con las posibilidades de lo que Bernie Charms podría saber.

Después de darle las gracias a Alvin, Gerry contactó con Bernie. Su esposa contestó al teléfono, con voz suave y vacilante. Explicó que Bernie tenía Alzheimer, pero que aún tenía momentos de lucidez. Fue a hablar con él. Cuando regresó, dijo que estaba dispuesto a ayudar tanto como pudiera y le pasó el teléfono.

Bernie se puso al teléfono sonando más jovial de lo que ella había esperado. Su voz era cálida y amistosa, a pesar de las pausas ocasionales mientras buscaba las palabras adecuadas. Uno de sus días lúcidos, esperaba Gerry. Suspiró, un sonido cargado de una mezcla de nostalgia y frustración. —Superman contra Muhammad Ali... dame un momento —. Durante un breve tiempo, el único sonido fue el leve crepitar de la estática—. Lo siento, pero mi cabeza ya no es lo que era. Hubo un tiempo en que recordaba cada portada y cada cómic que compraba y vendía en mi tienda. Agudo como una tachuela, era yo. Memoria fotográfica, decía mi esposa, Rose. ¿De qué año es el cómic?

—1978 —. Gerry podía sentir cómo la pista se evaporaba, la decepción asentándose como un peso de plomo en su estómago. Levantó la vista para ver que Frank había regresado y estaba sentándose. Percibió su impaciencia, pero no por su expresión; no podía leer nada en su rostro en su estado actual.

Dudaba que el resultado de esta pista fuera a mejorar su humor.

—1978 —. La voz de Bernie sonaba distante, como si estuviera llegando a través de los años—. ¿Y lo vendí por cuánto?

—¿Treinta libras?

Hubo un largo silencio, seguido de un suspiro. —Es una pesadilla terrible —. Su voz sonaba cargada de tristeza.

Gerry tuvo una idea. Le dijo que buscara un ordenador y buscara en Google el cómic en cuestión.

—¡Mira ese arte! —la voz de Bernie ahora estaba animada, llena de un asombro infantil—. Muhammad Ali. Recuerdo pensar que si alguien podía vencer a Superman, ese hombre podría... mira la definición alrededor de su torso... —Se interrumpió, una brusca inhalación resonando por la línea—. Espera un momento. Ya he tenido esta conversación antes.

Gerry se enderezó. Un destello de esperanza. Algo en la debilitada memoria de Bernie se había activado.

—¡Y él dijo que nadie vence a Superman, dijo... Adrian dijo! ¡Lo recuerdo! Adrian Hughes. ¡Adrian era un cliente habitual! Compró bastante en mi tienda. Buen tipo. Callado, pero muchos de los que venían lo eran. Tan conocedor de cómics. Otra vez, quizás no demasiado raro. Lo recuerdo ahora. ¡Realmente lo recuerdo!

Gerry miró a Frank. Él arqueó una ceja, una pregunta silenciosa en sus ojos. Ella le dio un rápido asentimiento, y él se puso de pie, con Rylan caminando a su lado, meneando la cola.

—Vale —dijo Gerry—. Va a ser difícil, pero ¿puede recordar cuándo le vio por última vez?

—Ah... Dios. No lo sé. Eso es difícil. Déjame pensar... —la voz de Bernie se apagó, y Gerry casi podía oír los engranajes girando en su mente mientras luchaba por recordar los detalles—. Sí, de repente dejó de venir. Recuerdo que eso me molestó. Déjame pensar... ¿por qué? —Hubo una pausa, el silencio extendiéndose entre ellos—. Oh

sí, recuerdo. Dijo que iba a traerme una caja de clásicos para vender en una convención de cómics que era... que era... —Dio una palmada. Claramente disfrutaba recordando cosas. La emoción del recuerdo era palpable incluso por teléfono—. En agosto. Siempre teníamos una convención de cómics en North Yorkshire ese mes... y, recuerdo, no apareció, y ¿sabes qué? Me decepcionó, porque había prometido algunas verdaderas rarezas en esa caja. ¿Sabes? No creo que volviera a verle nunca más...

—¿Pero agosto de qué año?

Lo pensó. —Sabes, realmente no puedo...

—El cómic estaba valorado en treinta libras entre el 88 y el 89 — dijo Gerry.

—En ese caso, debió de ser agosto del 89, porque empecé a comerciar en noviembre del 88.

Gerry rodeó con un círculo Agosto 1989.

Frank se inclinó sobre su hombro, estudiando las notas que había tomado. Ella lo miró, y él le dio un gesto de aprobación, un destello de emoción en sus ojos a pesar de su rostro magullado.

14

El zumbido del ordenador y el tecleo de Gerry llenaban el silencio de la oficina. Frank cambiaba el peso de un pie a otro, con los músculos entumecidos por permanecer demasiado tiempo en la misma posición.

Gerry mostró una imagen en su pantalla. Un hombre demacrado de piel pálida, con el pelo engominado hacia atrás y una mirada pensativa y triste en los ojos, como si de alguna manera supiera el destino que le había aguardado en un sótano húmedo y oscuro.

Hola, Adrian Hughes.

—¿Qué edad tenía, Gerry?

—Cuarenta años en la fecha en que se denunció su desaparición: 30 de agosto de 1989. Era trabajador social.

—Vale. —Frank se inclinó, estudiando la fotografía, recordando aquellas costillas, melladas por el cuchillo, que la Dra. Quereshi había señalado en el cuerpo—. Confirmémoslo con los registros dentales. ¿Quién denunció su desaparición?

Gerry pasó por varias pantallas más. —Moira Hennessey. Directora de la Casa Sunnybrook. Un hogar para niños tutelados que están en transición entre padres de acogida y adopciones. —Sus manos volaban sobre el teclado, con una velocidad y precisión impresionantes. Él se arrodilló y acarició a Rylan mientras Gerry conseguía más información—. Comenzó a trabajar allí en 1980. Moira denunció su desaparición cuando no se presentó a trabajar el lunes y el martes. Hizo la llamada el miércoles.

—Vale, convendría ponernos en contacto con Moira.

Gerry le miró brevemente. —Falleció hace cuatro años.

Él suspiró. —¿Otras personas relacionadas con Sunnybrook?

—Necesitamos investigar. Cerró en 2002.

Frank gimió. —Hace más de veinte años. Imprime el informe de persona desaparecida, por favor, Gerry.

Ambos lo leyeron.

Frank subrayó los detalles clave sobre Adrian mientras leía. Tranquilo... reservado... no hablaba mucho... eficiente en su trabajo... se mantenía al margen en el trabajo y leía cómics en los descansos. —Cómics. Parece nuestro hombre. ¿Cuánto hay de la investigación en el sistema, Gerry?

—Una buena parte. Hay una indicación de que hay más en la copia impresa en el almacén.

—Vale, imprimamos lo que podamos, y organizaré que traigan el resto. Pero echemos un vistazo rápido al principio, para saber dónde fue visto Adrian por última vez, con quién vivía...

Como siempre, Gerry iba un paso por delante. —Parece que tiene una hermana mayor que aún vive. Rowena Hughes. Compartían la casa que habían heredado de sus padres. Déjame comprobar... —Sus dedos bailaron sobre el teclado—. Sigue viva y en esa misma casa. Él nació dos años después que ella. Ahora tiene setenta y siete años.

—Una pregunta rápida —dijo Frank, pensando en voz alta—. Si vivía con su hermana, ¿por qué fue la directora del trabajo quien denunció su desaparición? ¿Por qué no ella?

Gerry hojeó los archivos. Su ceño se frunció en concentración. —Porque estaba fuera del país la semana que él desapareció. Estaba en una especie de retiro de meditación en Tailandia y no podían contactar con ella. Cuando se denunció su desaparición, la policía revisó su casa, pero no encontraron rastro de él.

Frank asintió. —¿Obtuvieron confirmación de que estaba en Tailandia cuando él desapareció?

Gerry asintió. —Sí. Comprobación de pasaporte.

—Vayamos a ver a Rowena entonces.

Gerry le miró con expresión interrogante. —¿Ahora?

—No hay mejor momento que el presente.

—¿No crees que sería mejor confirmarlo primero?

—¿Y esperar otro día o dos para los registros dentales? No. Es él. ¿Bernie Charms? ¿Leer cómics en el informe de persona desaparecida? Adelantémonos. Después, podemos volver aquí y procesar la investigación original y convocar una reunión informativa.

—Vale —dijo Gerry—. Pero necesito llevar a Rylan.

Ahora sabía que era mejor no cuestionar esto. Si necesitaba a Rylan, necesitaba a Rylan.

Frank bajó la mirada hacia el Labrador, que ahora estaba sentado atentamente a los pies de Gerry. —¿Qué dices, chico? ¿Listo para un viaje por carretera?

La cola de Rylan golpeó contra el suelo. Frank cogió su abrigo del respaldo de su silla. —Eso lo zanja. —Sacó dos paracetamoles de un blíster que llevaba en el bolsillo y los tragó con los restos de una taza de café—. Averigüemos quién era Adrian Hughes.

Sintió que un propósito entraba en su paso. Aquí había otra vida olvidada a punto de ser recordada.

15

A Mike Bailey le resultaba cada vez más difícil permanecer quieto. Su espalda y articulaciones ya no lo soportaban. El sofá crujió mientras se movía, quejándose. Buscó la toalla para secarse el sudor de la cabeza.

Había pasado menos de una hora desde la última vez que comió, y sin embargo, se sorprendió mirando de nuevo hacia el frigorífico. Suspiró. El trayecto por el salón-cocina de planta abierta no era tarea fácil, y necesitaba terminar su blog. Su audiencia esperaba un relato completo sobre la leyenda de las Hadas de Cottingley, basado en una serie de fotografías tomadas a principios del siglo XX que parecían mostrarlas bailando en un jardín.

Intentó forzar sus dedos sobre el portátil, pero los desvió en el último segundo hacia la caja de pizza para llevar abierta en el sofá junto a él. La pizza había desaparecido, pero buscó la salsa de ajo sin abrir. Despegó la tapa, vertió la salsa en su boca, saboreando el sabor ácido. Utilizando su dedo, sacó parte del contenido restante y finalmente lo limpió con su lengua.

Arrojó el recipiente vacío de nuevo en la caja y cerró la tapa.

—Eres jodidamente asqueroso.

Apretó los dientes y forzó sus dedos sobre las teclas y escribió: *Las fotografías, tomadas por Elsie Wright y Frances Griffiths, causaron sensación cuando se publicaron por primera vez en 1917.*

Después de esta única frase, cerró los ojos, sintiendo todo el peso de la falta de sueño.

—Vamos —dijo, abriendo los ojos. El número de suscriptores de *Yorkshire Folklore* había estado floreciendo. No era momento de dejarlo pasar.

Escribió la siguiente frase: *Muchos creyeron que las imágenes eran auténticas, incluido Sir Arthur Conan Doyle, creador de Sherlock Holmes.*

El agudo timbre de su móvil interrumpió su concentración. —¡Maldita sea! —Enfadado, cerró de golpe la tapa del portátil.

Cogió su móvil, suspirando cuando vio quién llamaba.

—Laurie.

—¡Dios mío! Has contestado.

—No empieces —dijo Mike—. Sabes que no siempre puedo contestar.

—Eso dices.

Mike gimió para sus adentros. Estaba de *ese* humor. —Es verdad —intentó masajearse la frente, pero sus dedos estaban resbaladizos por el sudor y se deslizaban hacia atrás y hacia adelante. Buscó la toalla de nuevo—. ¿Cómo está Noah?

Su esposa resopló.

Se secó la frente con la toalla.

—Por eso estoy llamando, de hecho —dijo Laurie—. Quiero decir, ¿por qué más? No te intereso yo.

—Eso no es cierto —dijo él.

—Lo que sea —dijo ella—. Y tampoco estoy llamando porque esté preocupada por ti.

—Bien. No quiero que te preocupes —dijo. Y lo decía de corazón.

—Ese barco zarpó cuando abandonaste nuestras vidas hace dos años —dijo Laurie—. Así que, ¿qué coño va a conseguir preocuparme?

Se contuvo de disculparse. No tenía sentido. Habían recorrido este camino demasiadas veces. —¿Noah está bien?

—No lo sé —la tristeza en su voz era palpable—. ¿Hay alguna razón? ¿Te interesa?

—Sí, claro —puso la mano plana sobre el portátil cerrado. Sus dedos grandes e hinchados le hicieron hacer una mueca—. ¿Qué le pasa a Noah?

Ella suspiró. —Lo de siempre. Un niño que necesita a su padre.

Mike necesitaba ser racional. Calmarse. Órdenes del médico. Se permitió varias respiraciones largas antes de responder. —Tiene un padre. Lo quiero mucho.

—¿Pero aun así no quieres verlo?

Se le cayó el alma a los pies. *No, Mike. Simplemente no cedas a la emoción. Sé racional.* —Es un niño. Nunca debería verme así. No quiero eso para él. ¿Cuántas veces lo hemos discutido? Apenas la semana pasada dijiste que estabas de acuerdo.

—He cambiado de opinión.

Negó con la cabeza. —No voy a envenenar a nuestro hijo... No voy a destruir sus recuerdos de mí.

—Su imaginación probablemente es peor que la realidad.

—¿Lo es, Laurie? ¿De verdad?

Ella no respondió.

—Puedo hablar con él... en cualquier momento... por teléfono —dijo Mike—. Ahora si quieres.

—¡Por el amor de Dios! ¡Si eso fuera suficiente! Escucha, Mike, se está metiendo en problemas. En el colegio. Anda con malas compañías. Tilly dice que son mala gente —Tilly era la mejor amiga de Laurie—. Metidos en drogas, al parecer.

A Mike se le heló la sangre. Buscó la toalla y se secó de nuevo. La toalla ya estaba mojada. Necesitando una fresca, la arrojó lejos de él. —Es un buen chico —su voz tembló—. No hará eso. Hablaré con él...

—¿Es que no estás escuchando una palabra de lo que digo? —su voz se elevó con ira—. Quiere verte. Ya no podrás hablar con él por teléfono. Me dijo este fin de semana que cree que es una excusa. Que no te interesa. Una parte de mí se pregunta si...

—No lo digas, Laurie, *por favor*. Mira. No puede venir aquí —Mike miró a su lado la caja de pizza y el envase de salsa vacío, la toalla empapada en sudor en el suelo y sus malditos dedos gordos encima del portátil—. Escúchame. No debes decirle dónde vivo.

Laurie estaba sollozando.

Mike se limpió las lágrimas de sus propios ojos. —Lo llamaré más tarde, lo prometo.

—Me estoy quedando sin opciones, Mike.

—Por favor. Estoy peor ahora que cuando me viste por última vez. Mucho peor. Si viene aquí, le hará daño. Le hará más daño de lo que ya le hace.

—Ya no estoy tan segura de eso —dijo Laurie, y luego la línea quedó muerta.

Suspiró y miró a la puerta principal, imaginando cómo se sentiría tener a su hijo llamando, desesperado por entrar, por *verlo*.

La angustia era abrumadora... al igual que su apetito...

Puso el portátil a un lado y alcanzó el mango del andador bariátrico. Después de tomar una respiración profunda, se impulsó hacia arriba con todas sus fuerzas, exhalando mientras lo hacía. Una vez que estuvo erguido, sujetando ambos mangos, inclinó ligeramente su volumen hacia adelante y jadeó. El sudor le corría hasta los ojos, pero no quería quitar las manos de los mangos, así que dejó que le escocieran.

Mientras avanzaba centímetro a centímetro, apoyándose en el andador, boqueando por aire, sus piernas temblaban. El recorrido desde el sofá hasta la cocineta, a pocos metros, parecía kilómetros para un hombre que pesaba 215 kg. Su corazón latía con fuerza, pero lo imaginaba como un frenético redoble de tambor animándole.

Después de lo que pareció una eternidad, Mike llegó a la encimera de la cocina. Se aferró agradecido a las barandillas fijadas, permitiendo que soportaran su volumen mientras recuperaba el aliento. Luego, con manos temblorosas, abrió el frigorífico de sobremesa y sacó otra caja de pizza para llevar.

Al abrir la tapa, miró la comida intacta. Había estado pensando en ella todo el día. Tomó un bocado. El queso frío y cuajado y el pepperoni grasiento se deslizaron por su garganta. El momentáneo consuelo se desvaneció inmediatamente después de tragar. Así que comió a toda velocidad. A mitad de la pizza, su estómago se rebeló y tuvo arcadas, luchando contra las ganas de vomitar. Hizo una pausa, y cuando se sintió lo suficientemente bien para continuar, devoró el resto de la comida hasta que la caja quedó vacía.

Después, se limpió la boca con el dorso de la mano y se apoyó en la barandilla, jadeando y temblando.

Cuando los temblores cesaron, se movió hacia un cajón, del que sacó un desgastado álbum de fotos. Con sus torpes dedos, pasó las páginas, con los ojos empañados. Ahí estaba Noah, a los dos años, sonriendo desdentado a la cámara mientras Mike, delgado y saludable, lo empujaba en un columpio. Noah, a los siete años, sentado junto a un castillo de arena, mientras Mike trabajaba con una pala con brazos delgados y musculosos. Noah, a los nueve años, sosteniendo un pez que había pescado; a su lado, Mike, radiante, erguido con una postura perfecta.

Mike cerró el álbum de golpe. Dolorosamente, se volvió y se inclinó sobre el fregadero, con el estómago revuelto, y vomitó.

16

—Absolutamente, George. —Con los ojos muy abiertos, Phoebe Turner se levantó detrás de su escritorio. Hizo un gesto a Mandy Briggs, que estaba sentada en el sofá al fondo de su despacho.

Su animada directora financiera voló a través de la habitación, con los ojos muy abiertos, articulando en silencio su pregunta. «¿Lo conseguimos?»

Phoebe levantó el pulgar y le guiñó un ojo. —Hay niños por todas partes hoy que te deben agradecer su futuro en la ciencia.

Colgó el teléfono y sonrió a Mandy. —Un programa de divulgación STEM multimillonario cortesía de Soltech. —Hizo un gesto de marcar en el aire—. Hecho.

Mandy aplaudió. —¡Sabías que lo conseguiría! ¡*Dijiste* que lo haría!

—Nunca lo dudé. ¿No has visto al viejo George frente a las cámaras? ¿Ese tupé rubio? ¡Ese traje de mil libras! Vive para los medios. Y ayudar a miles de niños desfavorecidos a acceder a la educación te compra un montón de cobertura mediática.

—¿Podemos decírselo al equipo *ya*? —preguntó Mandy.

Phoebe sonrió. Como directora ejecutiva de Brighter Horizons, había logrado muchos éxitos en el pasado, pero ninguno como este. Soltech era una de las "Tres Grandes", un actor principal. ¡Una maldita superpotencia! Agradecer a su equipo cuanto antes era esencial. —Sí.

—Les reuniré a todos en la sala principal. —Mandy volvió a aplaudir mientras salía de la habitación.

Phoebe se sentó tras su escritorio, ansiosa por llamar a Brad, su marido. Su más firme apoyo. Estaría tan nervioso como cualquiera por el resultado ahora mismo. Pero Mandy solo tardaría un minuto en reunir al equipo, y ella querría dedicar más tiempo a su conversación con Brad.

Su ordenador emitió un pitido. Un correo electrónico. Instintivamente, se inclinó sobre su escritorio. La línea de asunto de este nuevo correo estaba en blanco, y la dirección del remitente le resultaba desconocida. Frunciendo el ceño, Phoebe hizo clic.

Se llevó un puño a la boca.

Metal retorcido y carbonizado. Una imagen de un coche calcinado.

Los recuerdos volvieron de golpe. El humo acre, las llamas abrasadoras, los gritos.

Apretó los ojos, tratando de bloquear las imágenes, intentando no hundirse...

Un golpe en la puerta.

Abrió los ojos, tomó una profunda bocanada de aire y vio que Mandy asomaba la cabeza. —¿Lista?

Phoebe la miró fijamente. No podía hablar.

—¿Pheebs?

Sentía como si su corazón estuviera a punto de estallar fuera de su cuerpo.

Mandy había dado varios pasos dentro de la habitación con una ceja levantada en señal de preocupación.

Contrólate, Phoebe.

Ahora.

—Sí, es que me mareé un poco... ¿será por la emoción?

—Entonces quédate sentada. —Mandy gesticuló con las manos—. Fue una conversación telefónica intensa. ¿Me dejas que presente tus disculpas? Yo les pondré al día...

—No, ya estoy bien. Este es *nuestro* mayor logro. —Phoebe se puso de pie—. Voy.

Mandy sonrió y se marchó. Phoebe miró para ver si había algún mensaje adjunto a la imagen. No lo había. Miró el correo electrónico: goodietwoshoes@hotmail.com. ¿Quién demonios era goodietwoshoes?

¿Quién le había enviado esta maldita imagen?

El impulso de responder era fuerte, pero cerró el correo electrónico. *Nada impulsivo ahora, Phoebe.*

Al salir de la habitación, se dio cuenta de que alguien acababa de quitarle la alfombra de debajo, y estaba completamente descolocada.

Aun así, no se caería.

No se lo permitiría.

Quienquiera que seas, pensó, *si crees que voy a arrastrarme de rodillas hacia ti como una patética criatura, estás muy equivocado.*

Hace mucho que no funciono así.

Soy una directora ejecutiva.

Elige tus objetivos con más sabiduría.

Armándose de valor, Phoebe marchó hacia la sala para dirigirse a su personal. Nadie le iba a arrebatar este momento. Sonrió a su equipo, mostrando gratitud por su presencia y su dedicación.

—Acabo de hablar por teléfono con el Sr. Standish de Soltech. Han acordado financiar completamente nuestro programa de divulgación STEM.

Un vítore brotó de los empleados reunidos. Phoebe sintió una extraña mezcla de emociones.

Las lágrimas le escocían en los ojos.

¿Era porque ella y su equipo habían marcado la diferencia en una sociedad que a menudo estaba rota y era desigual?

¿O tenía que ver con ese coche calcinado?

—Gracias a todos. —Se dio cuenta de que le temblaba la voz.

Esperaba que vieran a una persona abrumada por la felicidad, en lugar de a una que se desmoronaba. Por dentro, sentía que la estaban desgarrando, el pasado y el presente chocaban en un vertiginoso torbellino de emociones. —Este programa va a marcar una gran diferencia para muchos niños. Niños que quizás nunca habrían tenido la oportunidad de descubrir su pasión por la ciencia,

por la tecnología, por la innovación. Niños que podrían haberse perdido entre las grietas, con su potencial sin realizar.

Metal retorcido y carbonizado. El humo acre, las llamas abrasadoras, los gritos.

Sentía como si el suelo pudiera ceder de repente. Desesperadamente, intentó concentrarse en las caras de su equipo, en la importancia de este momento, pero no le quedaba mucho tiempo antes de que necesitara encontrar un lugar donde estar sola, para dejar caer la máscara y permitir que el trauma la dominara.

¿Una cabina de baño, quizás?

¿Una habitación oscura en la esquina superior de su casa de cuatro plantas?

En cualquier sitio, menos aquí.

Se obligó a continuar, encontrando palabras que había usado antes en medio del caos. Transmitir su visión se había convertido en un hábito para ella. Esperaba que no sonara demasiado ensayado. —Gracias a vuestro trabajo duro, vuestro compromiso, vuestra creencia en nuestra misión... esos niños van a tener una oportunidad. Una oportunidad para aprender, para crecer, para convertirse en los líderes e innovadores del mañana. —Sus palabras se sentían huecas, como si pertenecieran a otra persona.

Aplaudió para todos ellos. Todos se unieron. El sonido resonó en sus oídos.

Luego, consiguió salir de la habitación, y sus aplausos se convirtieron en un eco distante, ahogado por el rugido de las llamas y los gritos que no la dejaban ir.

17

La ventana frontal del despacho de Rob Johnson, situado en el segundo piso, ofrecía una vista completa del expositor. Intentaba no pasar demasiado tiempo junto a ella. Parecía que fue ayer cuando estaba abajo en ese expositor, *en primera línea*, vendiendo coches, y recordaba vívidamente lo intimidante que resultaba tener al jefe observándote como un halcón.

Sin embargo, no pudo resistirse a echar un vistazo ahora, porque *aquello* era increíble.

Derek Reynolds estaba a punto de cerrar una venta de un Audi A8.

¡Su tercera venta en un solo día!

Derek, su vendedor del mes durante cinco meses consecutivos, estaba arrasando otra vez, y ¿cómo podía perderse eso? Además, a Derek no le importaba tener público. El hombre simplemente se crecía con ello.

La sonrisa suave y los gestos ensayados de Derek fascinaban a Rob. Le recordaba tanto a sí mismo cuando era un joven hambriento y decidido de veinticinco años, deleitándose en ese momento en el que finalmente te das cuenta de que realmente eres bueno en algo.

Derek se deslizaba alrededor del A8, con la pareja de mediana edad y bien vestida comiendo de su mano. Con un precio de más de 80.000 libras, el Audi era una inversión importante, pero Derek parecía tener a la pareja completamente convencida.

Rob recordó de nuevo sus propios días gloriosos en el área de ventas, y aquella primera vez que se dio cuenta de que poseía el poder de persuadir e influir en la gente. A partir de ese momento, se volvió casi imparable, y luego fue un vertiginoso ascenso mientras escalaba posiciones. Se apartó y miró su lujoso despacho.

Pero esto no puede durar para siempre, amigo. Y algún día, sin duda, todo esto será tuyo, Derek, y al igual que fue conmigo, lo tendrás bien merecido.

Caminó hacia su escritorio y miró la fotografía en la que aparecía con su esposa, Sarah, y sus tres hijos en Laponia, alrededor de Papá Noel, hace cinco años, cuando el más pequeño todavía creía. Sus hijos ahora eran mucho mayores, y bastante menos adorables e ingenuos, pero para él, siempre serían los mismos. Él y su Sarah siempre estarían ahí para ellos. La ingenuidad no desaparecía en la adolescencia, ni siquiera en los veinte. Simplemente adoptaba formas diferentes.

Sonó un golpe en su puerta. La puerta esmerilada le impedía ver quién era. Normalmente, Harry le llamaría por teléfono para avisarle de una visita, lo que significaba que sería Sophie, su hija de quince años, que siempre insistía en sorprenderle, con Harry, su recepcionista, feliz de seguirle el juego.

—Adelante —llamó Rob.

Sophie entró. Normalmente irrumpía riéndose y anunciando su presencia: «¡Sorpresa, es tu hija favorita!»

Hoy, no lo hizo. Algo debía pasarle. —Esa ha sido una entrada muy discreta.

—Ajá.

—Justo estaba pensando en ese viaje a Laponia —dijo Rob.

—¿Eh? —Los adolescentes de quince años eran geniales con las respuestas monosilábicas.

—¿Cuando conocimos a Papá Noel?

—Qué aleatorio.

Él se rió. —¿Recuerdas cuando le ponías trampas en Nochebuena porque no podías creer que nadie, por muy sobrenatural que fuera, pudiera cubrir la distancia desde Laponia hasta Scarborough en una sola noche?

—No creo que me dejes olvidarlo nunca.

Rob notó cierto nerviosismo en el comportamiento de Sophie. Se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros. —¿Qué te preocupa, pequeña? Hace tiempo que no pasas por aquí de camino a casa desde el colegio. Normalmente, el mundo de TikTok reclama tu presencia a estas horas.

La mirada de Sophie cayó al suelo, y sus dedos jugueteaban con el borde de su camisa. —Mañana.

—¿Nervios?

—Sí.

—Ya hablamos de esto.

—Lo sé.

—Dijimos que eran naturales, pero casi irrelevantes, porque lo tienes completamente asegurado.

Ella negó con la cabeza. —Repasé las líneas hoy en el colegio. Me había olvidado de algunas.

—Es normal. —Le dio un suave apretón en los hombros y esperó a que levantara la mirada y se encontrara con la suya—. En realidad, te sabes las palabras como la palma de tu mano. Yo lo sé, ¿verdad? ¿Cuántas veces las has repasado conmigo?

—Lo sé, pero es como si cuando no estás ahí, simplemente se me olvidaran.

Rob sacó pecho, frotándose los dedos contra la camisa y soplándose las uñas en una divertida muestra de orgullo. —Bueno, soy toda una inspiración. —Estaba intentando aligerar el ambiente.

Sophie esbozó una sonrisa, pero la preocupación persistía en sus ojos. —¿Y si no puedo verte mañana por la noche? ¿Y si llegas tarde o te llaman para algo?

—No llegaré tarde, no me llamarán para nada, y venga ya, primera fila, ¿cómo no vas a poder verme?

Ella asintió, tratando de parecer convencida y decidida. —Vale... ¿podemos repasar mis líneas ahora? ¿Solo una vez?

—Por supuesto. —Señaló la silla frente a él, al otro lado del escritorio.

Sophie sacó de su mochila un guion muy usado. Lo abrió por una página con la esquina doblada, con el título "Romeo y Julieta" visible

en la parte superior. Mientras recitaba sus líneas, su voz ganaba confianza con cada palabra, y Rob la observaba con una mezcla de orgullo y admiración.

—Oh Romeo, Romeo, ¿por qué eres tú Romeo? Niega a tu padre y rehúsa tu nombre; o, si no quieres, júrame tu amor, y ya no seré una Capuleto. —La interpretación de Sophie era apasionada, su talento natural brillaba.

Rob se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en el escritorio, totalmente absorto en la actuación de su hija. Sin embargo, el repentino sonido del teléfono del despacho interrumpió su momento. Con una sonrisa de disculpa, Rob cogió el auricular.

Harry habló al otro lado, con voz vacilante. —Rob, hay una señora aquí que insiste en hablar contigo. No es una cliente existente ni interesada.

—De acuerdo. ¿Dijo de qué se trata?

—No. Me dio su nombre. Louise Parkes. Y simplemente dijo que querrías atender la llamada.

Rob gesticuló "no tardaré" a Sophie. —Parece que Louise está intentando venderme algo, Harry. Dile que deje sus datos y la llamaré luego.

—Lo haré. —Harry colgó, dejando a Rob centrarse nuevamente en su hija.

—Ahora, ¿dónde estábamos? —Rob revisó el guion, encontrando su lugar—. Ah, aquí estamos. ¿Lista, cariño?

Sophie asintió, respirando hondo para concentrarse. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciar una palabra, el teléfono sonó de nuevo. Rob suspiró, con un destello de irritación cruzando su rostro. Agarró el auricular, con tono cortante. —¿Sí?

—Lo siento, Rob. Ella insiste. Está empeñada en hablar contigo. —La voz de Harry sonaba tensa.

Rob se pellizcó el puente de la nariz, con su paciencia al límite. —Si deja sus datos, la llamaré, ¿de acuerdo?

—Me dijo que te dijera que es sobre su padre, Bryan Parkes —dijo Harry.

El nombre impactó a Rob como un rayo. Se le cortó la respiración y de repente sintió como si el mundo se inclinara sobre su eje.

Negó con la cabeza. Debía haber oído mal. —¿Podrías repetir eso?

—Bryan Parkes. Dijo que lo sabrías.

De repente, Rob estaba en una habitación oscura, boca abajo, presionado, sintiendo como si fuera a asfixiarse.

—Papá... Papá...

Se obligó a volver de su visión, con el corazón acelerado, las palmas sudorosas, y miró a Sophie. Sus ojos estaban muy abiertos.

—Pónmela, Harry —dijo.

Cuando la línea hizo clic, Rob tomó aire para calmarse. —¿Diga?

—¿Es usted Rob Wake? —La voz de la mujer le era desconocida, pero ese nombre no.

Su mente daba vueltas. —No, se ha equivocado... soy Rob Johnson.

—Mi padre está muerto. —Las palabras de Louise fueron directas, cortando a través de la estática de la línea telefónica—. Bryan está muerto.

Rob sintió que la sangre se le iba de la cara. Agarró el auricular con tanta fuerza que le dolieron los dedos. Los ojos de Sophie estaban clavados en él, pero no podía encontrar la fuerza para devolverle la mirada.

—Lo siento... —Sacudió la cabeza, desesperado porque todo esto fuera producto de su imaginación—. Creo que se ha equivocado de número. —Colgó el teléfono, con el corazón latiendo aún más fuerte ahora.

La habitación giró, y ese recuerdo asfixiante lo acorraló. Se concentró en la foto de Laponia, dándose un punto fijo, obligándose a mantener el control. Sophie había llegado a su lado.

Podía sentir su mano en su hombro. —Papá, ¿estás bien? ¿Qué pasa?

Rob levantó la mirada, forzándose a encontrarse con los ojos de su hija. Sus ojos, tan llenos de amor y preocupación. La habían criado tan bien. Odiaba mentirle. —Estoy bien, cariño. Solo un pequeño mareo. Nada de qué preocuparse. Apenas he comido hoy.

—Quizás deberías tomarte un descanso, tomar un poco de aire fresco.

—No, estoy bien. Volvamos a tus líneas, ¿vale? Tienes una gran noche mañana.

Sophie dudó, sus ojos escrutando su rostro en busca de cualquier signo de angustia. Pero Rob le dio un rápido asentimiento, insistiendo en que continuara. Mientras ella volvía a su interpretación, su voz resonando con la pasión de una joven Julieta, Rob intentó apartar la llamada telefónica de su mente.

Pero incluso mientras escuchaba las palabras de su hija, persistía la sensación de que su fantásticamente construido mundo estaba a punto de desmoronarse a su alrededor, y estaba a punto de ser arrastrado, dolorosamente, de vuelta a aquellos momentos oscuros y *asfixiantes*.

18

Rowena Hughes era una amante de los perros que había perdido recientemente a su querido Cocker Spaniel, Daniel, y estaba encantada de acoger a Rylan. Era una mujer menuda de unos setenta y tantos años, con cabello plateado recogido en un pulcro moño. A pesar de las arrugas marcadas en su rostro, sus ojos azules brillaban con juventud y energía. Recibió a Frank y a Gerry con una suave sonrisa.

Una suave luz de la tarde se filtraba a través de las cortinas de encaje, bañando el salón con un resplandor tenue. Plantas de interior cuidadosamente atendidas adornaban el acogedor espacio.

Desde el momento en que todos tomaron asiento, Rylan tenía la cabeza en el regazo de Rowena y estaba siendo acariciado hasta la saciedad.

—Sin duda puede oler a Daniel por todas partes —dijo Rowena—. Lo perdí hace solo un mes. Todavía está muy presente aquí.

Frank asintió lentamente. —Lamento oír eso, Sra. Hughes.

—Rowena, por favor. —Acariciaba a Rylan mientras hablaba—. Y está bien. Tuvo una vida larga, buena y saludable. Me cuesta la idea de tener otro. Nadie podría reemplazarlo. —Miró a los ojos del Labrador—. Aunque tú encajarías muy bien aquí, ¿verdad? ¡Hermoso joven dorado!

Frank miró a Gerry, preguntándose cómo se sentiría ella al ver la atención de su perro acaparada. Ella ya había sacado su cuaderno y

parecía lista, así que supuso que estaba bien. Imaginó que a ella le reconfortaba ver a Rylan contento.

Mientras no le dé de comer, pensó Frank, *las cosas podrían complicarse*.

Rowena estaba haciendo cosquillas a Rylan bajo la barbilla cuando Frank decidió que era hora de explicar por qué estaban allí, pero ella se le adelantó. —Sé que es por Adrian.

Frank asintió. —Sí.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Gerry.

Ella sonrió a Gerry. —Tengo a dos detectives de alto rango en mi casa, querida. Y no es por el blanqueo de dinero.

Frank casi se río, pero se contuvo. No estaba preocupado de que Gerry se lo tomara literalmente, pero decidió que no quería arriesgarse a que lo cuestionara, así que intervino rápidamente. —Sí, Rowena. Creemos que lo hemos encontrado.

Ella arqueó una ceja hacia Frank. —¿Creen?

—Aún no está confirmado. Pero... sospechamos, con bastante certeza, que podría ser su hermano. Lo siento.

—Ya veo. —Volvió su atención a acariciar las sedosas y caídas orejas de Rylan—. ¿Cómo?

—Encontraron sus restos en el pub Rusty Anchor. ¿Lo conoce?

—Lo siento, no —dijo Rowena.

—¿Con vistas a los páramos de North York?

Ella negó con la cabeza. —Lo siento. Bastante lejos, entonces, ¿no?

—Sí.

—¿Un nombre extraño para un lugar tan lejos de la costa? —preguntó Rowena.

—Creo que el pub lo fundó alguien relacionado con la caza de ballenas. Hace mucho tiempo —dijo Frank.

—Ya veo. Bueno, los páramos son muy pintorescos. Solía llevar a Daniel. Pero, lo siento, no, el pub no me suena familiar.

—¿Tiene alguna idea de cómo podría haber acabado allí su hermano? —preguntó Frank.

Esta vez levantó ambas cejas. —¿Mi hermano? ¿Adrian? Dios mío. Adrian nunca fue un hombre que frecuentara pubs. De hecho,

¡no era mucho de ir a ninguna parte! Apenas salía de casa excepto para trabajar. A hacer compras, a veces. Visitaba tiendas de cómics. ¿Qué tan seguros están de que es Adrian? Me gustaría ver una foto del cuerpo... Podría decírselo.

—Los restos son esqueléticos —dijo Gerry—. Usaremos los registros dentales para hacer la identificación.

—Ah. —Su tono de voz sugirió que el tono habitualmente brusco de Gerry la había desconcertado.

—Gracias por la oferta, Rowena —dijo Frank—. Pero tenemos buenos indicios. Tenemos un cómic que fue comprado alrededor de la época en que desapareció.

Ella sonrió. —Le encantaban sus cómics. —Se quedó mirando al vacío.

Frank vio algunos pañuelos asomando de una caja a su derecha. Estaría listo para ofrecerle uno si se emocionaba. —Esperábamos que pudiera contarnos más sobre su hermano y el momento de su desaparición.

—Por supuesto. —Entrecerró los ojos, su voz flaqueando ligeramente—. ¿Fue un suicidio?

Tragó saliva con dificultad, sus ojos brillando. —¿Qué le hace decir eso? —preguntó Gerry.

—Siempre lo supuse. Como dije, era bastante reservado. Nunca encajó realmente en la sociedad. Siempre me pareció la razón más probable de que desapareciera repentinamente. —Su voz apenas era un susurro al final.

Frank asintió, su expresión suavizándose. —No creemos que fuera un suicidio.

Los ojos de ella se abrieron de par en par, una mezcla de conmoción e incredulidad cruzó su rostro. —Entonces... ¿alguien lo asesinó?

—El estado de los restos y su ubicación así lo indicarían —dijo Gerry.

—Dios mío. —Una lágrima resbaló por el rostro de Rowena.

Frank le sacó un pañuelo.

—Gracias. —Se secó los ojos con una mano mientras acariciaba a Rylan con la otra.

—Tómese su tiempo —dijo Frank.

—Estoy bien... solo un poco aturdida. Siempre había aceptado que no volvería a casa. Que alguien lo encontraría algún día. Pero nunca sospeché otra cosa que no fuera suicidio. La idea de que alguien quisiera hacerle daño a mi hermano... es absurdo, realmente.

—¿Podría explicar por qué, por favor?

Frank notó que aunque la elección de palabras de Gerry era educada, el tono sonaba a todo lo contrario.

—Era una persona peculiar —continuó Rowena—. Muy callado. Y muy reservado. Leía muchos cómics cuando no estaba trabajando y hacía muy poco más.

Frank tomó notas - esto coincidía con lo que su supervisora en Sunnybrook, Moira Hennessey, había dicho en el informe de persona desaparecida.

—¿Cómo era su relación? —preguntó Frank.

Ella se quedó mirando al vacío, considerándolo por un momento. —Buena... de alguna manera... Era hogareño, así que se sentía cómodo conmigo. Nunca hablaba mucho de nada. Esa era su naturaleza. Así que las conversaciones eran bastante cortas y bastante... ¿cuál es la palabra? ¿Funcionales? Organizar entregas, dividir facturas y ese tipo de cosas. Pero veíamos televisión juntos. A menudo, nos sentábamos en el salón mientras él leía cómics y yo leía libros. Teníamos gustos diferentes en comida, así que a menudo comíamos por separado. —Sus lágrimas eran más abundantes ahora.

—¿Necesita un descanso, Rowena, antes de continuar? —preguntó Frank—. ¿Una bebida, quizás?

Rowena negó con la cabeza. —No. Estoy bien. Es solo la idea del asesinato. Me ha desconcertado.

El asesinato tiene la costumbre de hacer eso, pensó Frank. *Nunca se espera, excepto, quizás, por el asesino.*

—Por favor, continúe. No quiero retrasar su investigación.

—Su supervisora, Moira Hennessey, lo reportó como desaparecido el miércoles 30 de agosto de 1989 —dijo Gerry—. Era el tercer día en que no se presentaba al trabajo. Estuvo en el trabajo

el viernes anterior. 25 de agosto de 1989. Así que, por el momento, es razonable suponer que desapareció durante ese fin de semana.

Rowena asintió. —Lo recuerdo, pero yo no estaba aquí. Estaba fuera del país. Me enteré de todo esto solo después de haber vuelto. —Rowena explicó que estaba en un retiro de meditación de dos semanas en el templo Wat Phra Dhammakaya en Bangkok, Tailandia —. Había estado fuera antes, con frecuencia, por períodos más cortos, dentro del Reino Unido, pero este fue un viaje de dos semanas fuera del país. Había estado extremadamente preocupada por dejarlo durante tanto tiempo, pero él me aseguró que estaría bien. —Bajó la mirada y suspiró—. Sabes, era un trabajador social competente. No necesitaba un cuidador. —Volvió a mirar—. Sí, hoy en día podrían etiquetarlo como autista o algo similar, pero funcionaba bien en la sociedad. Simplemente prefería su propia compañía. No tenía ni idea de que algo así pudiera suceder. Y yo necesitaba esos viajes, ¿sabes? Aún los necesito...

—No creo que haya necesidad de justificar esos viajes, Rowena. Como usted dijo, él no necesitaba un cuidador, y usted no lo estaba cuidando —dijo Frank.

—Es difícil no sentir cierta culpa, ¿sabes? Yo era su hermana mayor.

Frank, no ajeno a la naturaleza insidiosa de la culpa, asintió.

—Usted dijo que necesitaba estos viajes —dijo Gerry—. ¿Qué quería decir con eso, por favor?

Suspiró. —Sufro mucho de ansiedad y depresión. Desde que era niña. La meditación siempre me ha ayudado. Más que la medicación. Los retiros en Asia son incomparables. Ahorré durante años para ir. Pero aparte de ese viaje, la mayoría de los retiros han sido aquí, en el Reino Unido. Son mucho mejores hoy en día. El mundo se ha abierto, de alguna manera. Dudo que vuelva a ir al extranjero. No tengo dinero para ese tipo de cosas.

—¿Y volvió a casa el 4 de septiembre de 1989?

—Por esas fechas. Tendría que comprobar mis fechas. Había una nota para contactar a la policía en la puerta. Así que lo hice. Dos detectives vinieron directamente. No sabía de qué se trataba hasta

que me lo dijeron. Era un día laborable, así que había asumido que Adrian estaba en el trabajo.

—¿Y cuál fue su reacción inicial al hecho de que estuviera desaparecido? —preguntó Frank.

—Aturdida. Esto era inesperado.

—¿Qué pensó?

Bajó la mirada, negando con la cabeza. —Soy una persona ansiosa, así que inmediatamente pensé en el peor escenario. Te lo dije antes. Suicidio. ¿Adónde más podría haber ido?

—Entonces, ¿porque era reservado, inmediatamente asumió suicidio? —El tono de voz de Gerry sugería que no aceptaba eso como una razón para el suicidio.

—Entre otras cosas. —Rowena suspiró y bajó la mirada.

—¿Qué otras cosas?

Hubo un silencio prolongado. Frank miró a Gerry para advertirle que no la presionara de nuevo todavía. Que le diera algo de tiempo. Sin embargo, Gerry estaba demasiado ocupada observando a Rowena para notar su mirada de preocupación.

Entonces Rylan gimió y levantó sus patas sobre el cojín del sofá donde estaba sentada Rowena. Levantó su cabeza más alto, para que estuviera al nivel de su hombro, y gimió por segunda vez.

Rowena levantó la mirada, con lágrimas, y le acarició la cabeza. Luego sonrió.

La aguda conciencia de Rylan sobre las emociones de las personas era asombrosa.

Los dedos de Rowena se tensaron ligeramente, y tomó un respiro medido antes de continuar. —Mi hermano había sido gravemente dañado por su infancia.

Rylan gimió por tercera vez. Rowena le besó la cabeza. —No te preocupes, cariño —susurró. Lo volvió a acomodar y colocó su cabeza de nuevo en su regazo. Continuó acariciándolo mientras miraba entre Frank y Gerry—. De hecho, ambos sufrimos daños —dijo—. Nuestro padre. —Su voz tembló, y apretó los labios, como si se estuviera preparando contra una avalancha de recuerdos dolorosos.

El corazón de Frank se hundió, pero trató de que no se notara en su expresión y lenguaje corporal. —Lamento oír eso. No lo sabíamos.

—No hay registro de ningún abuso —dijo Gerry—. Y la investigación anterior nunca lo mencionó.

Rowena asintió. —Eso sería correcto, querida.

—¿Por qué no lo mencionó? —preguntó Gerry.

—No lo sé —dijo Rowena—. Esta es la primera vez que hablo de ello.

—Seguramente, ¿se habría dado cuenta de que era relevante? —insistió Gerry.

Frank podía sentir que la presión de Gerry se estaba descontrolando. —Está bien, Rowena, nosotros...

Ella levantó la mano. —No. La pregunta es justa. Por supuesto que era relevante, pero... el dolor todavía era muy reciente entonces. Simplemente no pude. —La respiración profunda de Rowena era audible—. Sufrimos abusos en los años cincuenta, y la sociedad no era lo que es ahora. No era transparente, y era mucho menos indulgente. Aprendimos desde muy pequeños a cerrarlo dentro, y mantenerlo cerrado. Ciertamente no estaba lista en 1989. De hecho, no estoy lista ahora. —Acarició a Rylan—. Si no fuera por este joven, creo que todavía podría haber luchado.

Frank asintió. El mundo, en efecto, había avanzado dramáticamente desde esa época. No había habido muchos lugares a los que un par de jóvenes aterrorizados pudieran correr en aquel entonces. Le entristecía pensar que habría muchas personas por aquí con historias no contadas como esta.

Rowena continuó. —Mi padre murió de un ataque al corazón bastante joven. Yo tenía veintidós años y Adrian veinte. Intentas convencerte de que puedes enterrar la verdad con ellos, y que no puedes hacerlos responsables, de todos modos. Todo tonterías, por supuesto.

—¿Su madre lo sabía? —preguntó Frank.

Rowena asintió. —Nadie habló nunca de ello, pero por supuesto que lo sabía. Pero, como dije, era una época diferente. Ella estaba igual de aterrorizada. El conocimiento de lo que había sucedido la

destrozó. Cuando él murió, ella era una sombra de sí misma. Y murió menos de dos años después.

Frank reprimió un suspiro.

—Sé que debería haberle dicho a la policía en aquel entonces... Lo sé. —Rowena se secó las lágrimas—. Lo siento... solo recuerdo que la policía también estaba tan convencida de que era un suicidio. Tenía antecedentes de ansiedad y depresión, como yo. Y había informado de pensamientos suicidas al médico antes. Estúpidamente decidí que era mejor no remover nuestro infierno viviente. Todo en lo que podía pensar era en dejarlo descansar en paz. Pero tal vez estaba siendo egoísta. De hecho, creo que lo fui. Solo quería protegerme a mí misma. No tener que hablar de esa horrible época. Pero estaba tan desesperada porque lo encontraran, para poder enterrarlo y despedirme de él. Puede llevar mucho tiempo recuperar los cuerpos, me dijeron. Especialmente si saltó al mar o a un río. Fui paciente. Quiero decir, ¿asesinato? ¿Cómo? ¿Por qué? No tenía enemigos, gente que lo lastimara... honestamente. Amaba a los niños. No lastimaría ni a una mosca. A menos que estuviera trabajando, estaba aquí, en esta casa, conmigo.

—Pero no puede confirmarlo, porque estaba fuera, ¿verdad? —preguntó Gerry.

—Bueno... no... pero ¿por qué esperaría hasta que yo no estuviera aquí antes de salir de casa?

—¿Para protegerla de algo? —sugirió Gerry—. ¿Algo sobre sí mismo que no quería que usted supiera, quizás? ¿Puede pensar en algo que llevara a Adrian fuera de casa?

Rowena negó con la cabeza. —Aparte de la obsesión por los cómics. Nada. Simplemente no puedo verlo. No. Nunca pareció tener ese impulso.

Es sorprendente lo que la gente puede ocultar, pensó Frank. —¿Había alguien en el trabajo de quien alguna vez hablara? —preguntó Frank—. ¿Alguien con quien se llevara bien? ¿Alguien con quien no, tal vez?

—No —dijo Rowena—. Solo hablaba de los niños a los que ayudaba. Estaba asombrado por esos niños. Los problemas que enfrentaban y superaban. Esto era principalmente todo lo que

hablaba conmigo, aparte de las cosas funcionales que mencioné antes.

—¿Alguna vez hablaron del abuso en sí? —preguntó Gerry.

—No. —Negó con la cabeza para reforzar esto—. Pero lo dañó. La ansiedad, los pensamientos suicidas, su naturaleza introvertida... todo provenía de eso. Lo sabía porque lo sentía, también. Dentro de mí. Comiéndome. Destruyéndome. Lo único bueno que surgió de nuestro infierno —si es apropiado decirlo así— es que ambos queríamos ayudar a los niños. Él se convirtió en trabajador social, y yo en maestra de primaria.

—¿Está bien con hablar sobre el abuso? —preguntó Frank—. ¿Al menos con respecto a su hermano? Entiendo si no desea hablar sobre usted misma.

Ella asintió, acarició ambas orejas de Rylan y proporcionó detalles de lo que había sucedido. El abuso había sido sexual.

Frank mantuvo una expresión comprensiva durante todo el relato, pero por dentro, estaba en tumulto. Quería gritar a todo pulmón y golpear las paredes con sus puños. A los sesenta y cuatro años, lo había oído todo, pero los niveles de depravación a los que un semejante podría descender todavía lo llenaban de angustia y rabia.

Después, ella lloró.

Él se inclinó hacia adelante, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. —Gracias, Rowena. Eso no pudo haber sido fácil. —Le ofreció otro pañuelo. Apretó los labios en una línea recta, y asintió lentamente, tanto compasivo como orgulloso de esta valiente señora.

Luego miró a Gerry, quien estaba tomando notas febrilmente, contento de que pudiera hacerlo. Sus manos temblorosas no podrían controlar un bolígrafo en este momento.

—Siempre me preocupó que Adrian me culpara —dijo Rowena.

—¿Por qué? —preguntó Gerry.

—Yo era dos años mayor. Fue solo después de que perdió interés en mí que pasó a Adrian. Sabía que estaba sucediendo. Al igual que mi madre. Sin embargo, no hice nada para detenerlo. —Miró a Frank —. ¿Eso me hace cómplice? Pregunta estúpida, realmente. Lo fui,

¿no? Un monstruo, también. No es de extrañar que estuviera demasiado avergonzada para hablar de ello.

—No. —Frank negó con la cabeza firmemente—. Estaba aterrorizada, Rowena. Una *niña* aterrorizada. Fue su padre quien era el monstruo. Y, como señaló antes, era una época diferente. Un hombre, entonces, tenía mucho control. Un hombre así sería difícil de detener. —Esperaba desesperadamente haber llegado a ella. No quería que se culpara. La idea era insoportable.

—Solía entrar en la habitación de Adrian el día después de que había sucedido —dijo Rowena—. Y él estaría leyendo sus cómics. Me miraría y no sonreiría. No me hablaría. No reconocería que estaba allí. Solo quería estar solo. Con sus cómics.

—Pero cuando creció, dice que se sentía cómodo con usted, Rowena —dijo Frank—. Que era hogareño cuando no estaba trabajando. Eso no suena como alguien que estaba resentido. —*Y*, pensó Frank para sí, *puede que te haya ocultado cosas, para protegerte*.

Ella sonrió y asintió. —Gracias.

Frank se preguntó qué secretos podría haber tenido. Sin duda, debía haber habido algunos. Había estado en ese sótano del Rusty Anchor. ¿Tal vez jugando a las cartas? Definitivamente muriendo al final de un cuchillo y sellado detrás de una pared.

—¿Con qué frecuencia se iba a estos retiros? —preguntó Gerry.

—Variaba, pero diría que dos veces al mes era la media —dijo Rowena.

—¿Cuánto duraban sus viajes? —preguntó Gerry.

—Siempre fines de semana por el trabajo. De viernes por la noche a domingo por la noche.

—¿Y cuándo comenzó a interesarse por los retiros?

—He estado yendo desde que tenía veintitantos años. Todavía lo hago. Con más regularidad ahora que estoy jubilada.

—Entonces —dijo Frank—. ¿Podría haber estado saliendo las noches que usted estaba fuera, y usted no lo habría sabido?

Ella negó con la cabeza. —Es posible, pero ya conoce mis pensamientos sobre eso.

—Entonces, ¿no tenía relaciones? ¿Novias, novios? —preguntó Frank.

Ella negó con la cabeza.

—¿Amigos? —preguntó Gerry.

De nuevo, negó con la cabeza. —Sé que suena poco realista, pero ese era el caso.

—¿Alguna vez llegaba tarde a casa del trabajo? —preguntó Frank.

Rowena pensó. —A veces... pero si lo hacía, llamaba por teléfono. Normalmente giraba en torno a un problema en el trabajo. Era muy concienzudo. Mirando hacia atrás, supongo que debió haberme visto como una figura materna.

Gerry continuó presionando, y Frank lo permitió. Compartía las dudas de su colega de que Adrian no tuviera secretos. Si hubiera tenido otra vida, podría haberla ocultado a Rowena. ¿Noches tardías en el trabajo? ¿Fines de semana sin supervisión?

Los investigadores en 1989 no habían encontrado un cuerpo acuchillado metido en la pared de un pub de mala reputación. El suicidio podría haber parecido la opción más probable. Pero seguía siendo imperdonable que hubieran avanzado tan rápidamente.

La gente tiene vidas secretas. Era una historia tan antigua como el tiempo.

Los investigadores deberían haber hecho más.

Finalmente, cuando quedó claro que estaban luchando por avanzar con lo que ya tenían, Frank dio por terminada la entrevista.

—Puedes dejarlo si quieres —dijo Rowena en la puerta, señalando a Rylan.

—No puedo hacer eso —dijo Gerry.

Frank, percibiendo lo literalmente que Gerry había tomado el comentario, se apresuró con una risa. —La comisaría sería un lugar sombrío sin él.

Rowena se rio, y Frank vio que había eliminado cualquier incomodidad.

—Le informaré tan pronto como tengamos confirmación de que es Adrian —dijo Frank.

—Gracias —dijo Rowena.

Mientras Frank se alejaba, Rowena lo llamó de nuevo. —¿DCI Black?

Él se volvió. —Frank, por favor.

—Frank. Nunca pregunté. ¿Cómo murió mi hermano?

Se acercó para no alertar a los vecinos. —Herida de cuchillo.

—Oh, Dios. —Se llevó las manos a la boca—. ¿Sufrió?

—Habría sido rápido.

—¿Quién haría tal cosa?

—Lo averiguaremos, Rowena.

Rowena bajó las manos. —Era un buen hombre, mi hermano.

19

Mike Bailey recogió un poco de nieve, la apretó formando una bola y comenzó a hacerla rodar por su jardín. El aire frío y cortante le pellizcaba las mejillas. Noah corría a su lado, animándole mientras la bola de nieve crecía.

Finalmente, sin aliento, Mike levantó el torso del muñeco de nieve en sus brazos y lo colocó cerca de la puerta del patio.

—¿Mike? —Una voz femenina... No era su esposa, Laurie.

Mike abrió los ojos y miró a la enfermera Emma Holloway. Sostenía una toalla húmeda en una mano.

Parpadeando mientras el sueño se desvanecía y la realidad volvía a imponerse, murmuró:

—¿Qué ha pasado?

—Compresa fría —Emma señaló la toalla—. Estaba usted dormido y ardiendo.

—Ah —miró el portátil abierto sobre sus grandes piernas—. Debo haberme quedado dormido. Lo siento. Mierda. Estoy cada vez más agotado.

Emma le miró con ojos llenos de preocupación.

—¿Se encuentra más fresco ahora?

—Sí. Estoy bien. No tengo fiebre.

—Lo sé. Le he tomado la temperatura.

—Debería estar helado. Acabo de soñar que jugaba en la nieve.

Emma arqueó una ceja.

—¿Un hombre adulto como usted?

—Nunca se es demasiado mayor para hacer un muñeco de nieve.

—¿Sabe? Creo que nunca he hecho un muñeco de nieve —el acento australiano de Emma se acentuó con su diversión. Solo se había mudado aquí hacía diez años, cuando estaba en la veintena. Recientemente había tenido una hija con su marido, un "quejica inglés".

—Bueno, si necesita formación para cuando Rosie sea lo suficientemente mayor, no busque más lejos. Soy un experto. Podría hacerlo dormido —le guiñó un ojo.

Ella se rio.

—¡Bueno, supongo que acaba de hacerlo! ¿Con quién estaba construyendo un muñeco de nieve? —preguntó Emma mientras preparaba el tensiómetro.

—Con Noah.

—Ah. Qué bien. Hace tiempo que no le oía mencionarle.

Mike se encogió de hombros.

—Suelo soñar con él, sin más.

—¿Por qué no me habla de él?

—Es un buen chico. Listo. Más listo que yo, en cualquier caso. Y más guapo, también —resopló—. ¡Créalo o no! Pero le diré lo que no sabe hacer: ¡no sabe hacer un muñeco de nieve ni de coña! Se queda atrás y me deja hacer todo a mí.

Emma se rio mientras aseguraba el manguito alrededor de su brazo y comenzaba a inflarlo. La habitación quedó en silencio salvo por el suave silbido de la máquina y el leve sonido del estetoscopio de Emma sobre la piel de Mike mientras escuchaba su latido.

Tras un momento, Emma retiró el manguito e hizo algunas anotaciones en la ficha de Mike. Él intentó leer su expresión, pero como siempre, ella mantenía una cara de póker profesional.

—¿Ataque al corazón inminente? —Levantó una ceja.

Ella le miró con desaprobación y continuó tomando notas.

—Lo siento —sabía que ella no querría responder a eso—. Entonces, ¿cuánto ha sido?

—180 sobre 120.

Él movió la cabeza de lado a lado.

—No está mal... ha estado peor, ¿no?

—Lo ha estado —dijo ella—. Pero sigue siendo alta.

—¿Peligrosamente?

Ella levantó una ceja.

No tenía sentido volver a repasar los riesgos con él. Ya había escuchado el sermón una y otra vez. Habían llegado a un punto en el que no aceptaría ayuda. Hace seis meses, le habían dicho que su riesgo de sufrir un ataque al corazón en los próximos doce meses era del 50 por ciento. Después de tres meses, bromeó diciendo que había superado un cuarto del camino y la enfermera de entonces le había echado una buena bronca. Le reprendió sobre su familia y su patética actitud. Cuando la enfermera volvió, descubrió que alguien había cambiado las cerraduras. Mike accedió a dejar entrar a una nueva enfermera solo si no le juzgaba. Aunque a Emma no le gustaba su actitud jovial hacia la mortalidad, era más paciente con él y le trataba con un humor divertido. Y mostraba un interés genuino en él, en lugar de simplemente condenarle como había hecho su predecesora.

—Vale, ¿le apetece hacer algo de ejercicio? —preguntó Emma.

—Me apetece jugar al voleibol de playa, pero el tiempo no acompaña.

—¿Qué tal diez kilómetros alrededor de la manzana?

—¡Diez! ¡Nunca estaré listo para el maratón de Londres con su plan de entrenamiento!

Ambos se rieron.

—Gracias de todos modos, Emma. Ya he subido y bajado varias veces hoy. ¡Eso es como correr un maratón estos días! ¿Hay alguna posibilidad de que pueda conseguir más medicina para ayudarme a dormir? Estoy agotado. A veces los dolores son tan fuertes que no puedo dormir.

—Hablaré con el médico otra vez, pero creo que ya está al máximo.

Él suspiró.

—Es que me quedo dormido mientras se supone que estoy escribiendo mi blog.

—Eso me recuerda, ¡acabo de leer tu último blog!

—¿El del Barguest?

Ella asintió.

—Estaré atenta.

—¡No hagas eso! —Mike se rio—. ¿Sabes qué pasa si lo ves?

—Ves a ese gran perro negro en las calles y páramos de Whitby, y estás condenado a morir en un año... —Su rostro decayó—. Lo siento...

Era la ironía.

Que Mike muriera en un año era una fuerte posibilidad, sin necesidad del Barguest.

Continuó con la conversación para que no se volviera incómoda.

—¿Por qué? De todos modos, ¿no te encanta el folclore? Es decir, totalmente increíble.

—No parece que no lo creas en tu blog.

—Bueno, si le dijera a todo el mundo que son sandeces, el blog perdería su misticismo.

Emma sonrió.

—Qué decepción. Me gusta que mis autores estén comprometidos.

—¡Lo estoy! Pero imagínate si me lo creyera. Y empezara a contarte sobre sus ojos brillantes mirando mi alma. Hablándome con una voz como un trueno —hizo una voz tonta y profunda—. Mike Bailey, tu hora se acerca. Haz las paces con tus pecados, porque pronto afrontarás el juicio. ¿Te imaginas? Entonces, no solo tendrías que lidiar con un hombre mórbidamente obeso, deprimido e hipertenso, sino también con un lunático delirante. ¿Te pagan lo suficiente para eso?

—¡Desde luego que no!

—Exactamente. Así que, mejor me quedo siendo realista.

—Si usted insiste.

—No me querría de otra manera, enfermera Emma Holloway.

Los dos cayeron en un silencio cómodo, el vínculo entre cuidadora y paciente era algo tangible. Emma terminó sus comprobaciones, haciendo anotaciones en la ficha de Mike. Su condición era estable, por ahora.

Después de que Emma se fuera, Mike volvió su atención a su portátil, con los dedos suspendidos sobre las teclas. Pero en lugar de

continuar con su blog, abrió un nuevo documento.

Una carta para Emma.

Mientras escribía, las emociones de Mike se agolpaban en su interior, una mezcla de gratitud, tristeza y una desesperada necesidad de asegurarse de que su trabajo sobreviviera.

Después, leyó la carta varias veces, pero había un párrafo al que volvía una y otra vez.

> Una vez te mentí sobre esas historias. Hay más verdad en ellas de lo que elegimos creer, Emma. Y lo veo claramente. Nunca te lo dije porque no quería que huyeras de mi casa. Has sido una buena amiga. La mejor. Y ahora que ese maldito Barguest ha vuelto sus brillantes ojos rojos y me ha elegido, me preguntaba si podrías continuar con mi blog. ¿O al menos encontrar a alguien que pudiera hacerlo? Estas historias nunca estuvieron destinadas a morir. Es solo una idea, Emma. Aquí están los detalles, si decides que te gustaría hacerlo.

Lo envió a su impresora. Lo recogería esta noche antes de acostarse, lo doblaría, escribiría su nombre en el frente y lo dejaría con sus pertenencias para cuando llegara el momento.

Reanimado, Mike volvió a su blog; las palabras fluían de sus dedos como el agua. Determinó que aún no estaba listo para irse. No solo tenía las historias, sino un hijo al que contactar. Miró su reloj. Intentaría llamarle dentro de una hora.

Un fuerte golpe en la puerta le sobresaltó mientras escribía.

Alcanzó su teléfono móvil y abrió la aplicación de la cámara que mostraba quién visitaba.

Era Noah.

20

Phoebe Turner arrancó una botella del botellero. Solo se dio cuenta de que era el Château Lafite —el vino carísimo que habían estado reservando para una ocasión especial— después de haber descorchado la botella.

La botella habría sido una elección perfecta esta noche de no ser por el correo electrónico.

Demasiado tarde ya.

Se sirvió una copa y la bebió en tres tragos, apenas apreciando los sabores ricos y complejos.

Sin embargo, sí que apreció ese disparo de alcohol.

Después de rellenar la copa, se sentó en la encimera y cerró los ojos.

Temprano por la mañana. Todavía oscuro. Observa desde el asiento del copiloto, fumando continuamente. BMW deportivo negro. Sentada en la entrada del cabrón. Otra de sus muchas recompensas por causar tanto sufrimiento. El estómago le da vueltas. Piensa que si sigue fumando, no vomitará. Error. Estará vomitando hasta bien entrada la noche-

Devuelta bruscamente al presente por el sonido del coche de David fuera, abrió los ojos.

—Contrólate —se dijo. Tomó otro gran sorbo de vino y abrió la puerta principal para recibirle.

Verle dar un pequeño saltito con su caro traje y zapatos mientras subía por el camino debería hacerla reír. Necesitó cada gramo de su

fuerza de voluntad para fingir diversión.

David llevaba su bolsa del portátil en una mano y una botella de champán en la otra. Obviamente había olvidado por completo el Château Lafite.

En la puerta, su marido la rodeó con los brazos y la besó. Luego retrocedió, sujetándola por los brazos. —Mi mujer. Ningún acuerdo —chasqueó los dedos— demasiado grande. Eres increíble.

—Gracias —dijo ella—. No fui solo yo.

—Lo sé. No hay "yo" en "equipo" —dejó la botella, la tomó de nuevo en sus brazos y la hizo girar—. Pero tú eres el corazón palpitante del equipo. Todo lo que haces por estos niños me deja asombrado.

Phoebe sabía que a David realmente no le importaban los niños. Nunca le habían importado. De hecho, apenas podía tolerarlos. La había obligado a aceptar desde el principio que nunca tendrían hijos. Phoebe había aprendido a aceptarlo. Eso le permitiría más tiempo para ayudar a otros, y podría conservar al hombre que adoraba. Sabía que él estaba genuinamente feliz ahora mismo. Y su amor por ella también era profundo.

A pesar del terror que le carcomía por dentro, estaba desesperada por no decepcionarle. Quería que él fuera feliz con su felicidad, y ciertamente no quería que supiera sobre los horrores de su pasado que habían regresado esta noche.

—Has empezado la celebración sin mí, veo —señaló su copa medio vacía sobre la mesa. Ella había guardado el Château Lafite detrás de algunos libros de cocina en el armario superior de la cocina, habiendo decidido que le comunicaría la noticia de que había abierto la botella cara sin él en otro momento.

—Necesitaba algo para relajarme —sabía que su voz sonaba tensa—. Ha sido un día largo.

—Me lo imagino. ¡Conseguir que George Standish aflojara! Joder. Es decir, ¿cómo?

Ella se encogió de hombros. —Encanto.

—Bueno, abramos este champán, pidamos algo para cenar, y luego... —sus ojos brillaron—. ¿Nos acostamos temprano? —asintió y se dirigió hacia las escaleras—. ¿Un cambio rápido, vale?

—Sí.

Regresó a la encimera, bebió más vino y levantó las puntas de sus dedos para encontrar que temblaban un poco menos. El alcohol estaba funcionando. Cerró los ojos de nuevo.

Agarra el asiento de cuero debajo de ella con una mano. Frío e inflexible. Fuma con la otra mano.

La puerta principal de Félix se abre.

Siempre empieza temprano.

—Apágalo —susurra Julián.

Aplasta el cigarrillo. Se desliza hacia abajo en la silla.

—No te preocupes. No puede vernos.

Félix abre su puerta principal.

El pánico la invade. Se estira y agarra el brazo de Julián.

Julián aprieta su mano. —Mírame —su voz es baja y urgente. Pelo negro largo y partido. Ojos intensos.

Ella los mira fijamente. Se siente segura. Brevemente.

—Recuerda —dice Julián—. Recuerda por qué.

Ella asiente. Él pone su mano tatuada en su cara.

Félix está sentado dentro del coche.

—¿Qué está esperando? —pregunta Julián.

La puerta principal se abre de nuevo. Una mujer joven sale.

Saborea la bilis.

—Mierda —dice Julián.

La mujer se sube al asiento del copiloto.

Ella aprieta su agarre en el brazo de Julián. —¡Páralo!

—No podemos-

La presión de las manos de David en sus hombros, masajeándola, la devolvió al presente. —Estás tensa.

—Estoy cansada.

—Estás temblando.

—Tengo frío después de abrir la puerta para ti —le dio unas palmaditas en las manos—. Necesito ir al baño.

Se puso de pie. Él le tomó la mano y la hizo girar para que lo mirara. Su rostro se había desmoronado en una máscara de preocupación. Ella le acarició la mejilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Nada, de verdad.

Con pasos pesados, fue al baño, con el corazón acelerado, las palmas húmedas. Cerró la puerta detrás de ella y se apoyó contra ella, respirando en agudas bocanadas. Frente al espejo, miró su reflejo. Mayor, más sabia de lo que había sido entonces.

Se salpicó agua fría en la cara y cerró los ojos. El recuerdo surgió de nuevo. No invitado. Imparable.

Se separa de Julián. Alcanza la manija de su puerta.

—¡No! —Julián la arrastra de vuelta. Los brazos tatuados la aprietan con fuerza.

Ella abre la boca para gritar. Demasiado tarde. La explosión desgarra la noche.

Contempla la bola de fuego. Julián la suelta. Las llamas iluminan su rostro. Sus ojos. Algo crudo ahí dentro.

Él sonríe.

¿Hasta dónde se ha permitido llegar?

Devuelta bruscamente al presente por el timbre, el corazón de Phoebe dio un vuelco en su pecho. Esperó un minuto a que David atendiera a quienquiera que fuese, y luego, después de obligarse a respirar lenta y uniformemente, se irguió.

Señalándose a sí misma en el reflejo, se hizo una promesa. *Disfruta esta comida tanto como puedas, un par de copas, responde al que envió la imagen, averigua qué quieren.*

Sintiéndose más resuelta, ahora que tenía un esbozo de plan, abrió la puerta del baño-

Se le cortó la respiración, y se apoyó contra la pared para estabilizarse, sus piernas amenazando con ceder bajo ella.

Hablando con David... En la puerta principal...

¡Mierda!

No. No podía ser. Tenía que estar imaginando esto.

—¡Pheebs! —Era David. Era probable que hubiera oído la puerta del baño. Venía hacia ella... y no estaba solo—. Pheebs... tienes una visita.

21

Rob Johnson estaba sentado en un banco desgastado en lo alto del East Cliff. El sol se ponía, proyectando un cálido resplandor dorado sobre los pintorescos barcos pesqueros en el puerto que se extendía abajo.

Rob cerró los ojos, dejando que la brisa salada acariciara su rostro, y pensó en la persona con quien solía compartir este banco cuando era adolescente. El chico de la contagiosa y profunda risa gutural que parecía brotar desde su misma alma.

Bryan Parkes.

Incluso ahora, Rob podía oírla resonando a través de los años, y cuando abrió los ojos, anhelaba ver a Bryan sentado allí.

Pero, por supuesto, no estaba.

Y nunca volvería a estar.

Su teléfono vibró en su bolsillo. Lo sacó, vio el nombre de Sarah en la pantalla y sintió una punzada de culpa. —Hola, cariño —forzó un tono despreocupado en su voz que ciertamente no sentía.

—¿Dónde estás? Sophie dijo que te dejó hace más de una hora y que estabas a punto de regresar.

—Lo siento. Solo necesitaba un poco de aire —observó algunas gaviotas revolotear sobre su cabeza—. Estaré en casa pronto, lo prometo.

Hubo una pausa, y casi podía verla mordiéndose el labio, como siempre hacía cuando estaba preocupada. —¿Está todo bien?

No, pensó. —Un poco decaído.

—Sophie estaba preocupada por ti. Dijo que recibiste una llamada extraña mientras ella estaba allí.

—No era nada al final —mintió, momentáneamente celoso de la libertad que experimentaban aquellas gaviotas.

—¿Estás seguro?

—Sí. Un poco más de tiempo, ¿vale, cielo? Solo un par de bocanadas más de aire marino, y luego a casa. ¿Vamos a The Magpie a por fish and chips?

—Estará bien. Sophie está desesperada por que vuelvas y practiques con ella.

El corazón de Rob se encogió. —Mi estrella brillante —dijo.

—¡Tu estrella brillante *ansiosa*!

—Va a resplandecer mañana.

—Eso espero. Sabes cuánto significa para ella, lo duro que ha trabajado para prepararse.

—Sé que estará maravillosa... Te quiero, ¿lo sabes, verdad?

—Lo sé, yo también te quiero. Solo date prisa, ¿vale?

—Lo haré —colgó, mirando fijamente el teléfono en su mano durante un largo momento, pensando en sí mismo a los dieciséis años, en este mismo banco con Bryan.

Dos chicos de dieciséis años acurrucados contra el viento cortante, las nubes grises amenazando con lluvia. Perdidos. Ambos víctimas de aquellos momentos oscuros y asfixiantes. Inseguros del siguiente paso. Pero sabiendo una cosa.

Se tenían el uno al otro.

—Pase lo que pase, sin importar adónde nos lleve la vida, siempre nos cubriremos las espaldas. ¿Sí? —la promesa de Rob.

—Sí. Hermanos, para siempre —la afirmación de Bryan.

Habían pasado veinticinco años desde la última vez que hablaron.

Demasiado tarde ya para hablar de nuevo.

Con un profundo suspiro, miró el número de teléfono que había garabateado en el reverso de una de sus propias tarjetas. Un número que le había pedido a Harry después de que Sophie se fuera.

Lo marcó.

—¿Louise?

—Sí... has vuelto a llamar —sonaba emocionada.

—Sabías que lo haría.

—No estaba segura. Es decir, papá me dijo que te sorprenderías al principio, y luego lo aceptarías, pero después de tu reacción, bueno, no estaba segura.

—Lo siento.

—No lo sientas.

—Tu padre era como un hermano para mí.

—Él decía lo mismo de ti.

—Teníamos un banco donde solíamos sentarnos cuando éramos jóvenes en East Cliff. Te enviaré la ubicación, ¿vale?

—Sí.

Después, ella le envió un mensaje diciendo que tardaría veinte minutos.

Una familia feliz pasó caminando, los padres balanceando entre ellos a su hijo que reía. Rob los observó alejarse, con una sonrisa agridulce asomando a sus labios. Se preguntó si aquel padre o madre guardaban terribles secretos, si su vida perfecta era meramente un disfraz, igual que la suya propia. Ocultando un campo de batalla de momentos oscuros y asfixiantes perdidos en las brumas del tiempo.

22

DURANTE LOS ÚLTIMOS MESES, cada vez que el día comenzaba a terminar, Frank deliberadamente empezaba a ponerse en marcha, preparándose para esas excursiones nocturnas para intentar encontrar a Maddie.

Sin embargo, el desastre de anoche le había dejado bastante maltrecho, y necesitaba conservar algo de energía para descubrir la verdad tras la muerte de Adrian. Había decidido dar un paso atrás en sus rondas por las calles de Leeds en el futuro próximo, a menos que recibiera alguna información de sus antiguos colegas que vigilaban los bajos fondos de la ciudad.

Aun así, incluso con esta promesa que se había hecho a sí mismo, se sentía cualquier cosa menos tranquilo.

Contempló fijamente la foto de Adrian clavada en el tablero de la sala de investigación. Ahora había una historia detrás de esa mirada triste y atormentada. El corazón de Frank se encogió al recordar las descripciones de Rowena sobre lo que su padre les había hecho.

Crueldad fría de alguien que debería quererte. De alguien en quien deberías poder confiar más que en nadie.

¿Podía haber algo más injusto que eso?

—Te he traído algo, Rylan —era Reggie, haciendo su habitual entrada de "¡Aquí estoy, todos!"

Un hueso de juguete masticable rebotó de repente en la pared junto a Frank.

—Tienes que estar de coña —murmuró Frank.

Se giró a tiempo para ver a Rylan volviendo hacia Reggie con su nuevo juguete.

Reggie dio unas palmadas en sus muslos y Rylan se subió por él para que Reggie pudiera quitarle el juguete de la boca.

—*¿En serio?* —preguntó Frank.

Reggie se encogió de hombros, sonriendo. Sus dientes resplandecientes como siempre. —Lo siento, jefe —acarició al labrador—. Echaba de menos al muchacho.

—Si lanzas cualquier cosa a través de la sala de investigación, tendrás que prepararte para echarlo aún más de menos. Quizás, para siempre.

La cara de Reggie enrojeció. Se acercó y ofreció el juguete a Gerry. Ella lo miró y luego levantó la vista hacia él. —Tiene tres juguetes. Todos certificados para no contener productos químicos y lo suficientemente resistentes como para no suponer riesgo de asfixia.

—Me costó ocho libras —Reggie le tendió el objeto.

Gerry volvió su atención a la pantalla del ordenador.

—Espero que hayas guardado el recibo —dijo Frank.

Frank había querido comenzar su reunión informativa de forma positiva. Reggie, la bola de demolición humana, había acabado con esa posibilidad.

Observó a su equipo, deteniendo su mirada en cada miembro por turno. La agente Sharon Miller, con su vibrante pelo rojo recogido en una pulcra coleta, sostuvo la mirada de Frank con determinación brillando en sus penetrantes ojos verdes. En contraste, el agente Sean Groves parecía encogerse sobre sí mismo, con los hombros hundidos y la mirada baja, el pelo rubio arenoso cayendo sin vida sobre su frente.

Sharon había madurado mucho desde su último caso juntos, su confianza floreciendo. Sean, sin embargo, parecía inseguro de sí mismo, vacilante. Frank se propuso tomar al chico bajo su tutela, para nutrir el potencial que veía brillar bajo la superficie. Incluyendo a Reggie, estos eran los oficiales que nadie más quería. Donald Oxley le había asignado despectivamente estos agentes en el último

caso, pero contra todo pronóstico, habían cumplido y le habían impresionado.

Puede que fueran los que nadie más quería, pero eran los que él había pedido específicamente. Eran su equipo. Su responsabilidad. Y que le condenaran si les fallaba.

Ya estaban al tanto del descubrimiento del cuerpo, pero lo repasó rápidamente de todos modos, ya que era su primera reunión.

—Hace poco más de una hora, tuvimos la confirmación mediante los registros dentales de que se trata de Adrian Hughes. Rápido como un rayo, lo sé —levantó la mirada—. Por una vez alguien nos sonríe desde arriba... Adrian estaba trabajando en Sunnybrook House el 25 de agosto de 1989, pero no se presentó ni el 28 ni el 29. Moira Hennessey, ahora fallecida, denunció su desaparición el miércoles 30. Entre esas fechas, muy probablemente en algún momento entre la noche del viernes y la del domingo, alguien lo apuñaló dos veces —señaló la fotografía de la hoja oxidada—. Y luego lo ocultó tras la pared del sótano del Rusty Anchor —movió el dedo hacia la pared—. Quien lo hizo rellenó con mortero nuevo y ladrillos.

—Una noche larga —dijo Reggie.

—¿Por qué presupones que fue de noche? —preguntó Frank.

—Para mantenerlo fuera del radar de Rory.

Frank le clavó la mirada. —A menos que *fuera* Rory Calverdale. En cuyo caso, podría tomarse su tiempo. Simplemente mantendría esa puerta cerrada con llave hasta que arreglara la pared. ¿Qué mejor momento para poner fin a las partidas de cartas en el sótano, dándose espacio?

—A Donald Oxley no le gustará que investiguemos a Rory. Son cercanos. Y Rory hace mucho por la comunidad.

—¿Te molesta eso, Reggie? —los ojos de Frank se entrecerraron.

Reggie se sonrojó. —No, solo lo señalaba.

—¿Esto va a ser un problema para alguien? —Frank miró sus caras—. ¿Alguna otra amistad cercana que deba conocer?

Todos negaron con la cabeza simultáneamente.

—Bien —dijo Frank—. Me importa un comino la advertencia de Oxley. No me importa si Calverdale está recaudando suficiente

dinero para convertir Whitby en la capital de Yorkshire, disfrutaré arrestándolo. Teniendo esto en cuenta, yo, personalmente, seguiré los pasos de Rory. Para empezar, pasaré mañana a primera hora para averiguar si conocía a Adrian.

Señaló una foto de la hermana de Adrian. —Rowena Hughes estaba fuera del país en las fechas en cuestión. Hemos confirmado esto con control de pasaportes. Volvió el lunes 4 de septiembre. Tanto Gerry como yo encontramos a Rowena sincera. Nos pintó la imagen de un individuo solitario que se perdía en los cómics y que realmente solo salía de casa para ir a trabajar a Sunnybrook, o para hacer alguna compra de comida o cómics. Realmente creo que está diciendo la verdad y que cree en ello. No vimos nada en su comportamiento que sugiriera lo contrario.

—Pero algo no encaja aquí. Había pasado de ser un solitario casero a acabar en la pared del sótano de un pub de mala reputación. Podría haber estado jugando. ¿Qué otra razón tenía para estar allí abajo? Además, fue apuñalado dos veces. Ahora, Rowena estaba ausente a menudo. Retiros de meditación por todo el Reino Unido en los que se ausentaba los viernes y sábados por la noche, a veces dos veces al mes. Esto le daba a Adrian amplias oportunidades de comportarse de manera diferente lejos de los ojos de su hermana.

—¿No sugeriría tal secretismo que podría haber estado haciendo algo malo? —el tono de Sharon era inquisitivo, no crítico.

—Es una posibilidad —dijo Frank—. Hay algo más que debemos considerar también —suspiró y bajó la mirada—. Rowena describió cómo su padre abusó sexualmente tanto de ella como de su hermano cuando eran niños.

Cuando levantó la cabeza, recorrió con la mirada sus expresiones entristecidas. El peso del sufrimiento de Adrian parecía asentarse sobre la habitación como un manto fúnebre.

Después de describir lo que Rowena le había contado, dijo: —Así que hay problemas psicológicos en juego. Ella se refirió a Adrian como "dañado" y por lo que estamos escuchando, él la veía como un apoyo. Casi como una figura paterna. Quizás se sentía contento y a gusto en su presencia. Pero en su ausencia... bueno... —se giró y lo

miró en el tablero—. Algo estaba sucediendo. ¿Tal vez alguien más estaba involucrado? ¿Quizás tenía a alguien más en quien apoyarse? ¿Alguien que lo estaba descarriando?

Gerry dijo: —A menudo, cuando las personas sufren abusos de esta naturaleza, se vuelven más vulnerables y más confiadas, con las personas equivocadas.

Frank se giró y asintió. —Necesitamos averiguar con quién se relacionaba Adrian durante ese período, aparte de su hermana. Así que estas son mis propuestas para mañana. Sharon, me gustaría que investigaras su trabajo social en Sunnybrook House. El lugar lleva tiempo cerrado, y varios empleados han fallecido, pero sin duda se habrá encontrado con muchas personas en su carrera. Tanto los niños a los que apoyaba como los colegas con los que trabajaba.

Ella asintió y tomó nota. Definitivamente parecía más entusiasmada que en el último caso.

—Esta noche, si es posible, me gustaría que todos leyerais la investigación de finales de 1989 y enviéis cualquier idea por correo electrónico a Sean, incluyéndome a mí. Sean, si surge algo, por favor, síguela.

Desafortunadamente, Sean no parecía tan entusiasmado como Sharon, y a Frank le molestaba la forma en que se hundía en su silla. Pero esta investigación sería una oportunidad para que Sean demostrara su valía. Frank atrapó la mirada de Sean, manteniéndola hasta que el chico se enderezó en su asiento. *Había acero en él*, pensó Frank. *En alguna parte.*

—Reggie, tienes la lista enviada por Rory. De todos los que recuerda que jugaban a las cartas durante esa época, y personas que trabajaban en el bar. ¿Podrías revisar la lista, haciendo referencia a Adrian Hughes y ver qué obtienes?

Reggie asintió. —Sí.

—Mientras tanto, Gerry y yo continuaremos siguiendo las pruebas. Como dije antes, comenzaremos con Rory de nuevo. Veremos si puede arrojar algo de luz sobre lo que podría haber estado sucediendo bajo sus narices todos esos años atrás —se volvió y miró a Adrian nuevamente y suspiró. Dejó que descendiera un breve silencio antes de mirar de nuevo a su equipo—. Siento que le

fallamos a Adrian Hughes cuando era niño. Los años cincuenta eran diferentes, sí, más invisibles, sin duda, pero aun así deberíamos aceptar cierta culpa. Fue abusado y quebrantado, y nadie levantó un dedo para ayudarlo. Luego, se dedica a ayudar a otros niños. Si podemos ofrecerle algo, cualquier cosa, con respecto a lo que le sucedió en agosto de 1989, debemos aprovechar la oportunidad, ¿de acuerdo?

Su equipo asintió e hizo sonidos de aprobación.

Bien, pensó Frank. *Esto es por otra vida olvidada que se escurrió entre las grietas.*

23

Después de que todos, excepto Gerry y Rylan, hubieran abandonado la sala de incidencias, el teléfono de Frank vibró.

Contestó. —Helen. ¿Cómo estás?

—¿Todavía en pie? —Había un tono juguetón en su voz.

Él gruñó. —¿Por qué no iba a estarlo?

—Bueno, cuando te vi, parecías necesitar la sala de urgencias. —Intentaba mantener un tono humorístico, pero era evidente que no lo consideraba un asunto de risa.

—Tengo el corazón de un toro.

—Los toros tampoco viven eternamente... En fin, buenas noticias.

—¿Una de las campanadas de Hel?

Una broma habitual entre ellos, un guiño a las innumerables veces en que los hallazgos de Helen habían sido la clave para resolver un caso.

—El tiempo lo dirá. Encontramos algo en la portada de ese libro de bolsillo: *Guía del autoestopista galáctico*. Había marcas en las páginas. Parece que Adrian estaba usando el libro como superficie improvisada para escribir. Mejoramos la impresión. ¿Tienes un bolígrafo?

—Sí. Continúa.

—Moonrise. Vie. 24 Mar.

La mente de Frank trabajaba a toda velocidad mientras lo anotaba. —Suena como una reserva de hotel.

—Eso sería mi apuesta —dijo Helen—. Ahora te toca a ti. También te enviaré la imagen por correo.

—Gracias Hel. Te lo agradezco mucho.

—Cuídate, Frank. —Ahora había dulzura en su voz.

—¿Sabes? Nunca supe cuánta gente se preocupaba por mí.

—Porque eres un ignorante redomado, siempre lo has sido. —Y con esas duras palabras, desapareció.

Inmediatamente se acercó a Gerry con la información. Ella estuvo un rato buscando el nombre Moonrise en Google mientras Frank la observaba.

—Aquí está. Un sitio pequeño. El Hotel Moonrise. En Scarborough. Veinticinco habitaciones.

—Déjame a mí. —Frank alcanzó el teléfono que había sobre la mesa.

Ella asintió, se levantó y cogió su chaqueta del respaldo de la silla.

Él arqueó una ceja. —¿Eh? Es temprano para ti, ¿no?

—Tengo una reunión.

—¿Otra cita?

—Sí.

—¿Dos en dos noches? ¿Entonces la cosa se está poniendo seria con el pequeño Tommy? —Frank se preguntó si la estaba provocando porque Helen acababa de hacerlo con él.

—Es Tom. ¿Y seria? ¿A qué te refieres exactamente con seria?

Frank se encogió de hombros. —Que os estáis involucrando, supongo.

Ella seguía pareciendo confundida.

—Románticamente —añadió él.

—Lo entiendes mal, Frank. Sí que soy seria, pero solo en cuanto a evaluar la compatibilidad. Solo después me involucraría románticamente.

Clínica como siempre. Frank negó con la cabeza. —¿Sabes que te mandé como tarea releer la investigación?

—Sí. Ya he leído la investigación varias veces. Acabo de enviar mis reflexiones a Sean por correo.

Por supuesto que lo había hecho.

—Estupendo... Supongo que es bueno que tengas vida social. Es decir... las noches en vela aquí eran buenas, las cosas que descubriste, pero socializar es importante...

—Mi cita es de *solo* noventa minutos —dijo Gerry—. Hablaremos de nuestro día, y luego quiero saber más sobre su familia. Aunque me queda poca familia, la familia puede ser importante en las relaciones estables. Quiero saber cuáles son sus dinámicas familiares. Si tienen el potencial de ser un obstáculo, acortaré la cita. Pase lo que pase, trabajaré al menos cuatro horas esta noche. —Frank se maravilló de su capacidad para compartimentar. Para programar su vida al minuto.

—Lo recuerdo. —Asintió—. Solo necesitas cuatro horas de sueño.

Ella le devolvió el asentimiento y se marchó.

Con el teléfono ya en la mano, Frank marcó el número del hotel que Adrian potencialmente había escrito en la portada de su libro.

—Hotel Moonrise. ¿En qué puedo ayudarle? —La voz al otro lado era joven y alegre, ese tipo de entusiasmo de atención al cliente que a Frank le ponía los nervios de punta.

—Soy el DCI Frank Black de la Policía de Scarborough. Necesito hablar con su gerente, por favor.

Hubo una breve pausa, seguida de un ruido de papeles. —Un momento, por favor.

Frank esperó, su impaciencia creciendo con cada segundo que pasaba. Finalmente, otra voz respondió, más mayor y con más autoridad.

—Soy Emily Hargreaves, la directora gerente. ¿En qué puedo ayudarle, DCI Black?

Frank se inclinó hacia delante, su mano libre cerrándose en un puño. Podía sentir el familiar zumbido de adrenalina, la emoción de una nueva pista. —Estoy investigando un crimen que ocurrió en 1989. Quiero saber si una persona se alojó en su establecimiento la noche del viernes 24 de marzo de 1989.

Hubo una larga pausa. Frank podía oír el débil sonido de teclas, el crujido de papeles. La espera era insoportable. Su corazón latía en su pecho mientras deseaba que ella encontrara algo, *cualquier cosa*, sobre Adrian.

—¿Ha dicho 1989? —La voz de Emily era vacilante—. Me temo que nuestro registro no llega tan atrás. Al menos en este sistema. Hemos cambiado de propietarios varias veces a lo largo de los años, y no toda la gestión anterior fue tan diligente como debería.

Frank reprimió una maldición. Por supuesto que no podía ser tan fácil. Nunca lo era. —Cualquier cosa que pueda encontrar, señora Hargreaves. Incluso el detalle más pequeño podría ser importante.

—Por supuesto, lo entiendo. ¿Me puede dar la tarde para hablar con los propietarios y ver qué podemos desenterrar? Me pondré en contacto en cuanto tenga algo. ¿Puedo tomar el nombre del individuo en cuestión?

—Adrian Hughes.

—Gracias. Lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Se lo agradezco. —Colgó, recostándose en su silla con un profundo suspiro. El peso parecía caer más pesadamente sobre sus hombros con cada momento que pasaba. Otra pista, otra espera. Pero jugaría tanto tiempo como fuera necesario.

24

Con el corazón acelerado, Mike observaba a Noah en la pantalla de su móvil. Noah estaba en el umbral de su puerta, vestido con una sudadera negra con capucha, vaqueros rotos y zapatillas desgastadas, alternando entre pulsar el timbre y golpear la puerta con firmeza. Tenía los hombros encogidos, la mandíbula tensa, y cada línea de su cuerpo irradiaba tensión.

Mike cerró los ojos con fuerza y sacudió el teléfono en su mano. Laurie debía de haberle dado su dirección. ¿Por qué no le había escuchado? ¿Qué demonios se suponía que debía hacer ahora?

¡Si Emma estuviera aquí para tomarle la tensión en este momento, llamaría a una ambulancia!

Cuando resultó obvio que Noah no iba a desistir, Mike pulsó el botón del interfono. —Noah...

Noah se quedó inmóvil, mirando fijamente al timbre interactivo. —¿Papá?

—Sí.

Noah negó con la cabeza. Cerró las manos en puños a sus costados. —¿Por qué no me dejas entrar?

La vergüenza de Mike le quemaba como ácido en la garganta.

—¿Papá? ¡*Háblame*! —la voz de Noah se quebró.

—Sigo aquí. Noah, hijo... lo siento. De verdad... Es solo que... no es buena idea que entres ahora mismo.

Mike podía ver la incredulidad en los ojos de su hijo. Una completa incapacidad para comprender esto. Pero su hijo no tenía ni

idea del estado en que realmente se encontraba su padre.

Soy un desastre, hijo, pensó. *Un maldito desastre.*

—No te he visto en más de un año, papá. —Noah se pasó la mano por el pelo, con la frustración ahora evidente en cada gesto.

—Lo sé. —La admisión pesaba en la lengua de Mike.

—¿Por qué? ¡No lo entiendo! —Noah golpeó la puerta con el puño—. ¡Déjame entrar!

Mike respiró hondo. La guerra entre su amor por Noah y el asco que sentía por sí mismo ardía en su pecho, amenazando con hacerlo pedazos. Necesitaba mantenerse firme. El impulso de abrir esa puerta y abrazar al chico que echaba de menos más que a nadie era abrumador, pero... las consecuencias de hacerlo eran impensables.

—Mamá dijo que querías verme. Me dio la dirección.

Confirmación de que ella había causado esto. *¡Maldita sea, Laurie!*

—¿Fue otra puta mentira?

Oír a su hijo de catorce años hablar así le hizo encogerse.

—No estoy bien, Noah. Para nada. Sabes esto. Es complicado.

—Tengo amigos con padres enfermos. Padres *moribundos*. Ellos no se esconden.

—Esto es diferente.

—¿Estás realmente enfermo? ¿O solo te escondes de mí? ¿De mamá? —La cara de Noah se estaba enrojeciendo.

Sí a todo, hijo. —No quiero que me veas así. —Mike tragó saliva con dificultad, tratando de mantener sus emociones bajo control.

—Eres egoísta. —Esta vez Noah pateó la puerta, el sonido reverberó por toda la casa—. Tan jodidamente egoísta. Mamá está luchando. Trabajando en dos empleos. Y tú, ¿qué? ¿Sentado en tu gordo trasero?

Algo así, pensó Mike. —Lo siento.

—Ella dice que eres patético. Intento defenderte, pero ¿para qué? —Lanzó las manos al aire.

No hay razón para hacerlo, hijo. —Puedes dejar de defenderme.

Su hijo pateó la puerta otra vez. La fuerza del golpe hizo que Mike se estremeciera, aunque no podía sentir el impacto.

Miró a Noah en su móvil. Dios, cómo quería abrazarlo. Calmarlo. Cuidarlo, como había hecho cuando era más pequeño.

Pero eso nunca volvería a suceder.

—¿Hay alguien más? ¿Otra mujer? —Noah pateó de nuevo, con el rostro retorcido por una mezcla de ira y dolor—. ¿Hay alguien ahí contigo?

—Eso es ridículo. Nunca haría eso.

Sin aliento ahora, su furioso hijo se detuvo.

¿Era esto? ¿Su hijo estaba a punto de marcharse? ¿Sería esta la última vez que lo vería?

—No te importa. —La voz de Noah sonaba inexpresiva.

Mike se mordió la lengua. Era mejor no responder. Dejar que se fuera.

—Y nunca te importó, ¿verdad, papá?

Aguanta, Mike, no te quiebres.

—No me quieres. —Noah se secó los ojos con el dorso de la mano.

Mike se frotó la frente. Era demasiado doloroso.

—Nunca lo hiciste.

No...

—Todo fue una mentira.

—No lo fue. —Soltó en el teléfono—. Te quiero. Siempre lo he hecho. Siempre lo haré. Más que a nada, Noah.

Noah levantó la mirada. Sus ojos estaban enrojecidos. —¡Entonces abre la puta puerta!

¡Idiota! Había vuelto a poner todo en marcha.

Necesitaba darle más a Noah. Más razones para marcharse. Para que entendiera que esto no era lo mejor. —No es tan simple. Estoy enfermo, hijo. Muy enfermo.

—¿Muriendo? —La voz de Noah de repente sonó pequeña, infantil.

Sí. Pero, ¿sería demasiado para soportar? —No lo sé.

—Mamá dice que puedes salir de este bache tú solo. ¿Es verdad? —Había un destello de esperanza en sus ojos.

—No lo sé. —La verdad es que nunca lo había intentado.

—¿No quieres hacerlo?

Suspiró. —Sí y no.

—Patético. —Las palabras de Noah fueron como una bofetada en la cara de Mike—. Si yo tuviera un hijo, me salvaría por él.

Porque eres mejor que yo, Noah, y eso es bueno, pensó. *Quiero que seas mejor que yo... es todo lo que realmente quiero ahora. Todo lo que queda por desear.*

—A menos que no les quisiera. —Noah estaba sollozando ahora, su cuerpo temblando. Esto se estaba volviendo cada vez más implacable.

Quería decir tanto pero sabía que solo prolongaría esto. Quería decir: *Nada de mi amor por ti ha sido mentira. Me sentaba a tu lado cada noche cuando eras pequeño, leyéndote cuentos hasta que te dormías. Te enseñé a lanzar un balón, a montar en bicicleta. Esos momentos lo significaban todo para mí.* Pero no lograría nada. En cambio, intentó de nuevo solo hacerle entender. —Algo cambió, Noah. Algo dentro de mí se rompió. Es difícil de explicar. Saber cómo sanar y poder hacerlo son dos cosas diferentes. Pero nunca tuvo nada que ver contigo. —Usó un tono suave, suplicando a su hijo que entendiera.

—Mamá dice que ya no quieres vivir.

Rara vez se equivoca tu madre, pensó Mike, usando una toalla para secarse las lágrimas. Vio a su hijo alejarse de la cámara, con pasos pesados.

Todo quedó en silencio.

Mike entró en pánico de repente, aunque era bueno que se marchara. —¿Noah?

Nada.

Alzó la voz. —Te llamaré, lo prometo.

Hubo un crujido fuerte y repentino, como un disparo en el silencio de la casa. Algo pesado había golpeado su ventana de doble acristalamiento. Se astilló, pero no se rompió. Una telaraña de fracturas se extendía desde el punto del impacto.

El corazón de Mike le dio un vuelco. Cerró los ojos, inhalando aire. Un impacto así tenía el potencial de acabar con él. Y no era como quería irse. Con Noah tan cerca.

Su hijo podría terminar culpándose a sí mismo.

Noah estaba de vuelta en la puerta, pateándola, con la cara contorsionada de nuevo, sus ojos más salvajes que nunca. —Si no la abres, seguiré lanzando ladrillos. Y romperé todas tus ventanas.

Mike usó la toalla para secarse la frente.

Noah sonaba serio.

Las opciones de Mike estaban disminuyendo.

Si le permitía lanzar ladrillos, no solo alguien acabaría herido, sino que un vecino podría llamar a la policía y hacer que arrestaran a su hijo.

Su hijo era condenadamente listo.

Mierda... esto iba a terminar mal. —Vale, no lo hagas.

—Abre la puerta entonces.

—Tendrás que darme un par de minutos...

—¿Minutos? ¿De qué hablas?

—¡Solo escucha, Noah! ¿Quieres? —Mike no pudo evitar elevar la voz ahora. Era un hombre vencido y frustrado. Lo impensable estaba a punto de suceder. Su hijo iba a verlo.

Impensable, o simplemente inevitable.

En el fondo, siempre supo que este día llegaría.

Mike podría haberse movido más rápido con el andador, pero le preocupaba sudar demasiado y quedarse sin aliento. Pasara lo que pasara, tendría un aspecto lamentable ante su hijo, pero sería mejor intentar no empeorarlo. Incluso a un ritmo más lento, era brutal. Cada respiración era un jadeo laborioso mientras el andador crujía y gemía bajo su peso.

Cuando llegó a la puerta, quitó el cerrojo con manos temblorosas. La abrió lo justo para poder asomar un ojo.

—Puede que te duela verme. —Mantuvo la voz suave—. ¿Estás seguro de que es lo que quieres?

—Sí. —La voz de Noah era resuelta.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Te quiero.

—Lo que sea.

—No. Dilo. Di: "Esto no tiene nada que ver conmigo".

Noah suspiró. —Vale. —Puso los ojos en blanco—. Esto no tiene nada que ver conmigo.

Mike retrocedió, dejando espacio para que Noah empujara la puerta. —Bien. Entra.

Noah empujó la puerta para abrirla.

Durante un largo momento, padre e hijo se miraron fijamente, y ocurrió muy poco.

Mike se atrevió a esperar que todo iría bien, pero entonces los ojos de Noah se agrandaron y palideció.

—Lo siento, Noah, pero recuerda, no tiene nada que ver contigo ni con tu madre.

El rostro de Noah se retorció.

Mike avanzó despacio.

Noah retrocedió. Levantó las manos como para protegerse de un golpe. —Aléjate.

Mike se detuvo y asintió. —Vale, lo entiendo.

—No eres mi padre.

El comentario le atravesó como un cuchillo. Ocultó el dolor en su rostro, tratando de mantener una expresión comprensiva.

—¿Qué pasó? —Noah negó con la cabeza. Su voz estaba confusa, como un niño tratando de dar sentido a una pesadilla.

Mike intentó moverse de nuevo, desesperado por estar cerca de su chico.

—Eres jodidamente asqueroso.

Estas palabras cortaron aún más profundo, desgarrando su corazón. Mike levantó una mano del andador y extendió sus dedos temblorosos hacia su hijo.

Noah se apartó bruscamente como si le hubieran quemado.

Mike bajó los ojos y se apoyó pesadamente en el andador, su cuerpo encorvándose.

Pasó un momento, y cuando el silencio se hizo insoportable, levantó los ojos de nuevo.

Las lágrimas corrían por la cara de Noah.

—Hijo mío. —Mike volvió a extender la mano, con la voz convertida en un susurro roto.

—Vete a la mierda. —Noah se dio la vuelta y huyó, con pasos que resonaban en la acera.

Por un tiempo, Mike siguió mirando el camino de entrada. Fijó sus ojos en el punto donde Noah había desaparecido de su vista, esperando que su hijo regresara.

Cuando quedó claro que eso no sucedería, cerró la puerta. El sonido fue como un acorde final y condenatorio, resonando en el silencio de la casa.

Tomó aire profundamente y dejó escapar un grito gutural de angustia. El sonido era crudo, primitivo, arrancado de lo más profundo de su alma.

Luego, cegado por las lágrimas, se tambaleó hacia la cocina, arremetiendo con un brazo, barriendo la encimera. Vasos y platos se hicieron añicos en el suelo, fragmentos de cerámica y vidrio esparciéndose por todas partes.

Con manos temblorosas, alcanzó el cajón en el que había estado antes, abriéndolo para revelar las fotos de ellos juntos. Pasó las páginas hasta encontrar la imagen que buscaba: una instantánea de él y Noah, sonriendo a la cámara, sus rostros iluminados de alegría. El décimo cumpleaños de Noah, un raro momento de felicidad sin freno.

Mike trazó el contorno del rostro de su hijo, su dedo dejando un rastro borroso en el papel brillante.

Se derrumbó contra la encimera, con grandes sollozos convulsivos sacudiendo su cuerpo. Su colosal figura temblaba por la fuerza de su dolor, sus lágrimas salpicando la fotografía en sus manos. Lo había perdido todo: su salud, su dignidad y ahora, a su hijo.

25

PHOEBE MANTUVO LA CABEZA AGACHADA, aspirando bocanadas entrecortadas mientras David la rodeaba con sus brazos por los hombros.

—¿Estás bien?

No, pensó, sintiendo como si hubiera tragado cristales rotos. *¿Ese hombre que acabas de dejar entrar en casa? ¿Tienes idea, David? ¿Tienes idea de lo que has hecho?*

Respiró hondo. ¿Cómo podía culpar a su marido? Él no sabía nada de su pasado.

—He comido algo que me ha sentado mal.

—Ya veo —le susurró al oído—. ¿Quieres que le diga a este Julian que se vaya?

Por dentro, gimió. Realmente estaba sucediendo. Sus ojos no la habían engañado. Julian estaba en su recibidor.

—Phoebe, ¿cómo estás? —Y ahí estaba la voz de Julian. Era inconfundible. Profunda, impregnada de confianza. No parecía haber envejecido ni un día.

Se irguió y se giró para verlo acercarse. Su pelo, antes largo, ahora era más corto, salpicado de canas, pero seguía peinado de una manera que irradiaba un aire de desafío. Llevaba una cazadora de cuero gastada, su superficie negra suavizada por años de uso, y unos vaqueros oscuros que se ceñían a su figura esbelta.

Sonrió. Ella encontró su mirada. *Aquellos ojos*, aún intensos y penetrantes, como habían sido aquella fatídica mañana después de

la explosión.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Julian... qué sorpresa. ¿Qué haces aquí? —Se esforzó por mantener la voz firme.

—Perdona. —Se acercó más—. No te he oído.

Se dio cuenta de que, en su estado de ansiedad, no había conseguido elevar la voz por encima de un susurro. Se repitió, forzando el volumen.

—¿Cómo estás? Hace mucho que no te veo.

Sonrió.

—Más de treinta años, Pheebs, ¿puedes creerlo? Pero el día que me fui, prometí que volvería algún día, ¿no?

—Así es.

Julian le había escrito desde la cárcel. Suplicándole que lo visitara. Lo intentó durante cinco años. Semanalmente. Sus cartas habían sido amables.

Hasta la última.

Esa había sido corta. Una frase. Directa. *Te veré cuando vuelva a casa.*

Había cumplido su promesa.

Phoebe abrió la boca para hablar, pero no salió nada.

David miró a ambos.

—¿De qué os conocéis, en realidad? ¿Y dónde has estado durante treinta años?

Julian sonrió a David.

—Viajando. —Luego volvió a centrar su atención en Phoebe—. Pero Pheebs y yo tenemos mucha historia. Solíamos movernos en los mismos círculos. En aquella época.

El estómago de Phoebe se contrajo. Los mismos círculos. Un círculo que había llevado a la muerte de dos personas en una bola de fuego.

Phoebe miró a David. Podía ver la sospecha apareciendo en sus ojos. Su marido era un hombre muy inteligente, y sabía leer muy bien a las personas y las situaciones.

—Phoebe nunca te ha mencionado antes. —Había una considerable dosis de intriga en el tono de David.

—Como he dicho, hace mucho tiempo. —Julian guiñó un ojo a Phoebe—. Una vida muy diferente, ¿verdad, Pheebs?

Phoebe tragó saliva con dificultad y asintió. Miró a David. Necesitaba tranquilizarlo y mantenerlo calmado. Julian era un hombre peligroso.

—No nos hemos visto en años. No desde que ambos dejamos Scarborough. Sería bueno ponernos al día. —Volvió a mirarlo—. Desafortunadamente, me has pillado desprevenida. En un mal momento. Tengo el estómago revuelto.

Julian asintió.

—Una pena. —Negó con la cabeza, abrió mucho los ojos y sonrió ampliamente—. Qué bueno verte. La famosa Phoebe Turner, saliendo a conquistar el mundo. Siempre supe que llegarías lejos. Siempre lo dije, ¿verdad?

—Así es —dijo Phoebe.

—Se lo decía a todo el que quisiera escuchar. Decía: «Esa Phoebe Turner. Tenedla en cuenta. Brillará».

Phoebe asintió. Se sobresaltó cuando sintió un brazo alrededor de su cintura, a pesar de saber que tenía que ser David.

—Esa es mi chica —dijo su marido.

Phoebe sentía la incomodidad que irradiaba su marido, la tensión en su cuerpo era palpable incluso a través de la tela de su camisa. El silencio que siguió fue pesado, cargado de preguntas no formuladas y creciente malestar.

La mente de Phoebe empezó a acelerarse. ¿Qué estaba pasando? ¿A dónde iba todo esto? ¿Estaba Julian aquí para hacerle daño? ¿A David? ¿A ambos? ¿Iba a revelar la verdad? ¿Que ella era una asesina eludiendo la justicia? ¿O era solo una advertencia? ¿El preludio de un chantaje? ¿Un intento de conseguir dinero? Respiró hondo.

¿Podría resolver esto con dinero? ¿De verdad?

Tenían mucho dinero. Por su libertad, y por quitarse a Julian de encima, pagaría con gusto.

—Bueno, se está haciendo tarde —dijo David—. Y Phoebe tiene un virus estomacal. Si dejas tu número, seguro que se pondrá en contacto contigo.

Julian no apartó los ojos de los de Phoebe. Esa mirada penetrante. Su sonrisa estaba llena de malicia. Ella se puso rígida contra su marido.

Julian asintió, juntó sus manos tatuadas y dio un rápido cabeceo.

—Por supuesto. Estoy interrumpiendo una celebración.

El estómago de Phoebe dio un vuelco. *¿Cómo lo sabía?*

—¿Celebración? —David arqueó una ceja—. ¿Por qué dices eso?

Julian sonrió y señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—El champán.

—Ah, sí —dijo David—. Bueno, estábamos celebrando, pero como he dicho, Pheebs tiene un virus estomacal, así que...

—En fin —dijo Julian—. Espero que te mejores pronto, Pheebs.

—Gracias —dijo Phoebe.

Phoebe y David permanecieron allí, esperando a que Julian se girara y se dirigiera a la puerta. Se estaba tomando su tiempo, sonriendo y contemplando a los dos.

Phoebe sentía agua helada corriendo por sus venas, el escalofrío del miedo extendiéndose por su cuerpo como un veneno. La vena malvada de Julian había sido kilométrica en aquel entonces, una oscuridad que lo había consumido a él y a todos los que lo rodeaban. Después de treinta años en prisión, no podía ni imaginar cuánto habría crecido, cuánto más retorcido y peligroso se habría vuelto.

—¿Te acompaño a la salida? —David se dirigió hacia él.

La mano de Phoebe salió disparada, agarrando el brazo de su marido, deteniéndolo. Él la miró. Esperaba que pudiera leer su expresión.

No te acerques demasiado.

David volvió a mirar a Julian. Luego de nuevo a Phoebe. Estaba confundido.

—¿Es necesario intercambiar números?

—No hace falta —dijo Julian—. Tengo tu email, Pheebs. De hecho, te he enviado uno antes para avisarte de que había vuelto. Parece que debes haberlo pasado por alto.

David dijo:

—Ha estado preocupada.

—Qué curioso. —Julian se rio—. La Phoebe que yo recuerdo siempre podía hablar por sí misma.

Phoebe respiró hondo.

—Envíame un email y organizaremos algo, Julian.

Julian desenlazó sus manos tatuadas y aplaudió.

—Brillante. Tenemos tanto de qué hablar.

—Sí. —Asintió, esforzándose por no vomitar.

Phoebe observó cómo David cambiaba, su paciencia agotándose. Su marido era un hombre poderoso, acostumbrado a salirse con la suya, y este extraño juego de poder ya había durado demasiado. Se soltó, se giró y avanzó hacia Julian, con el pecho hinchado. A un metro de él, David dijo:

—¿Quién eres tú?

—Julian...

—No —interrumpió David—. ¿Quién eres realmente?

—Déjalo, David —dijo Phoebe.

Él levantó una mano para silenciar a su esposa.

—No, Phoebe. Quiero saber qué está pasando aquí.

Julian observó el rostro de David. Inclinó la cabeza de un lado a otro, examinándolo.

—Yo que tú escucharía a tu mujer.

David se acercó más.

—David —dijo ella—. Déjalo. *Ahora.*

Julian metió la mano en su bolsillo.

Se le heló la sangre. Avanzó un paso.

David también había notado que había llevado la mano al bolsillo, y miró hacia abajo.

Su mano se movía... estaba buscando algo...

—Te enviaré un email esta noche. —Phoebe se colocó junto a su marido—. Te lo prometo.

Julian sonrió, sacó la mano y se la ofreció a David.

—Encantado de conocerte, David.

David le estrechó la mano.

—Eres un hombre muy afortunado. —Julian guiñó un ojo a Phoebe—. Pheebs. —Luego se dio la vuelta y se marchó.

Una vez que se fue, David cerró la puerta con llave y se volvió hacia Phoebe, con los ojos muy abiertos.

—¿De qué diablos iba todo esto?

Incapaz de contenerse por más tiempo, Phoebe avanzó tambaleándose y cayó en sus brazos.

26

Louise Parkes se sentó en el banco junto a Rob. Era la viva imagen de su padre. O, al menos, de la versión que él recordaba. Hacía veinticinco años que no veía a Bryan. Muchas cosas podrían haber cambiado en ese tiempo antes de su reciente fallecimiento.

Pómulos marcados y la misma determinación en la mandíbula. Su cabello cobrizo se agitaba con el viento que llegaba del Mar del Norte. No había duda de que era la hija de Bryan. Cuando miraba sus ojos verdes, era como si estuviera mirando de nuevo los ojos de Bryan a los dieciséis años cuando se declararon *hermanos para siempre.*

—Lo siento, Louise —dijo Rob—. Nunca supe de usted.

—No pasa nada —respondió ella—. Me contó que no habíais hablado desde que ambos teníais veintiséis años.

Rob miró hacia el mar. —Casi un cuarto de siglo, y pasa en un abrir y cerrar de ojos —volvió a mirarla y asintió—. Debió estar orgulloso de usted.

Louise se encogió de hombros. —Él decía que lo estaba.

—¿Con qué frecuencia?

Ella sonrió en lugar de responder.

—Todos los días, me apuesto algo. —Y hablaba por experiencia. Él estaba tan orgulloso de sus hijos, tanto por sus éxitos como por sus fracasos. De hecho, los admiraba, sabiendo que nunca cometerían los errores que él había cometido.

—Nunca me dijo por qué perdisteis el contacto —dijo Louise.

—Es una buena pregunta. No estoy seguro de que ninguno de los dos lo entendiera completamente. Yo me quedé en Whitby. Para él, era demasiado doloroso. Se fue a Middlesbrough. —La miró—. ¿Se quedó allí? ¿Todos estos años?

Ella asintió. —Construyó una nueva vida, pero el pasado siempre le atormentaba. La bebida... la depresión... supongo que era su forma de afrontarlo.

—¿Sabe? Solo discutimos una vez, y esa fue la última vez que nos vimos.

—¿Por qué fue? —preguntó ella.

—No lo sé, realmente. —Esto era mentira. Claro que lo sabía. Bryan había acusado a Rob de olvidar lo que habían pasado, casi negando que hubiera ocurrido. Rob había respondido que solo intentaba seguir adelante, construir una vida mejor para sí mismo. Al final, no pudieron reconciliar sus diferentes puntos de vista—. ¿Cómo falleció?

—El hígado. Sufría de alcoholismo.

Rob suspiró y bajó la mirada. *El daño causado por aquellos momentos oscuros y asfixiantes.* —Lo siento.

Louise metió la mano en su bolso y sacó un sobre gastado. —Dejó esto para usted. Me pidió que se lo entregara solo después de que se hubiera ido...

Rob cogió el sobre con mano temblorosa. —¿Sabe lo que hay dentro?

Louise asintió, con lágrimas en los ojos.

—¿Se lo contó?

—Sí. Todo.

Dios... ¡qué valiente! ¿O fue una estupidez? No podía decirlo con seguridad; quizás una mezcla de ambas cosas. Bueno, cualquiera que fuese el veredicto, él no haría lo mismo con sus propios hijos. —Es una historia terrible para que la escuche usted.

—Me dijo que quería que supiera por qué me había fallado tantas veces —dijo Louise.

—Ya veo —respondió Rob.

Louise fijó su mirada en él. —Pero nunca me falló. No realmente. Así es como él se sentía. Siempre estuvo tan lleno de culpa. Nunca

se lo mereció.

No, no se lo merecía. Rob abrió el sobre.

Dentro había un par de hojas de papel, cubiertas con la letra familiar de Bryan. La visión de Rob se nubló mientras leía las palabras, formándosele un nudo en la garganta.

Querido Rob,

Si estás leyendo esto, entonces supongo que estás sentado junto a mi hija. Es toda una aparición, ¿eh? Preciosa.

Quiero que sepas que me alegro de que hayas tenido tanto éxito. Aunque nuestra discusión aquella noche hace tanto tiempo nos distanció, ahora la veo como un punto de inflexión. Nos liberó de las cadenas de nuestro dolor compartido, permitiéndote construir la vida que siempre mereciste. Has hecho una buena vida para ti mismo. Me alegro de que lo lograras. Te mereces toda la felicidad del mundo, hermano mío.

Rob miró de nuevo a las gaviotas, conteniendo las lágrimas. La chica a su lado había perdido a su padre. No deseaba imponerle su dolor. Cuando recuperó el control, continuó.

Ojalá pudiera decir lo mismo de mí. Tuve momentos de felicidad, vislumbres fugaces de una vida mejor, pero la oscuridad siempre terminaba encontrándome. Los recuerdos de lo que soportamos, las cicatrices que aquel hombre dejó en nuestras almas, nunca sanaron realmente. Intenté enterrar el dolor, ahogarlo en alcohol, pero siempre volvía a la superficie, arrastrándome de nuevo a ese abismo.

Rob cerró los ojos y suspiró. Nadie olvida jamás. Esa era la verdad. Lo había intentado, pero era imposible. Algunos

simplemente aprenden a vivir mejor con la podredumbre dentro. *Lo siento, Bryan*, pensó. *Siento que yo aprendiera a vivir con ello, y tú simplemente no pudieras. Si hubiera podido sacar el infierno de ti y cargarlo yo mismo, lo habría hecho.*

Leyó la sección restante de la carta, todavía conteniendo las lágrimas. Era un relato trágico sobre un hombre finalmente consumido por la oscuridad, que terminaba más bien abruptamente con:

Al final, la botella ganó. Se llevó mi salud, mi esperanza y, finalmente, mi vida. Pero incluso en la muerte, me aferro a la promesa que hicimos hace tantos años, hermano mío.

Tu hermano,

Bryan.

P.D. Pídele a mi hija el segundo sobre.

Miró a Louise. —¿Tiene el segundo sobre?

Ella se lo entregó y él lo abrió.

Una parte de él esperaba esto, pero aun así se quedó mirando incrédulo.

Apenas podía respirar, y un escalofrío le recorría el cuerpo como no había sentido en muchos años.

Con manos temblorosas, sostuvo la fotografía de un hombre de unos treinta años. Las mejillas bulbosas, manchadas de sangre, y los ojos fríos y muertos le devolvían la mirada, un fantasma de su pasado que había intentado olvidar con tanto empeño. La escarapela azul prendida en la solapa del hombre parecía burlarse de él, un símbolo de poder y respetabilidad que ocultaba al monstruo debajo.

Hubo un tiempo en que esta fotografía habría provocado una oleada de ira, pero durante años, había trabajado en reprimir esa rabia para preservar una fachada de satisfacción para Sarah y sus hijos.

Pero ahora que Bryan estaba muerto, no podía evitar sentir que aquellas viejas brasas de ira se avivaban.

Dio la vuelta a la imagen y leyó las palabras. *Es hora.*

—No. —Rob intentó devolverle la foto a Louise.

—No es mía —dijo ella—. Él quiere que la tenga usted.

—No la quiero. —Se frotó las sienes—. Y no quiero hacer lo que me está pidiendo.

Ella se desplomó como si su padre estuviera asumiendo el peso del repentino rechazo de Rob a través de su cuerpo.

Volvió a mirar las palabras. *Es hora.*

Rob negó con la cabeza. —¿Por qué nunca lo hizo él mismo?

—Por la misma razón que usted no lo ha hecho. No quería arrastrar a su familia por ello.

Y sin embargo, ahí estaba, imponiéndole esta carga a Rob desde más allá de la tumba, esperando que destrozara la vida que había construido con tanto cuidado, que expusiera la fea verdad y enfrentara las consecuencias solo.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Yo. Se lo dije. Le dije que nadie puede sanar, nadie puede seguir adelante sin la verdad. Que dejar una injusticia así ardiendo en nuestras historias compartidas era abominable.

Rob se pasó una mano por el pelo y suspiró. —Abominable es una palabra para lo que ocurrió. Entonces, si estaba de acuerdo, ¿por qué ha esperado y me lo ha pasado a mí?

—Porque cuando estuvo de acuerdo, ya era demasiado tarde. Escribió esta carta para usted, Rob, solo días antes de morir.

Rob miró el reverso de la fotografía. No podía enfrentarse a darle la vuelta y mirar a ese hombre horrible de nuevo. —No puedo. Mi familia no lo sabe.

—Lo comprendo —dijo Louise—. Si le sirve de algo, me alegro de que mi padre me lo contara todo.

Rob la miró con severidad. No pudo evitarlo. —Eso no ayuda.

Louise asintió y apartó la mirada.

—Si es tan importante para usted, y para él, ¿por qué no lo hace usted? —preguntó Rob—. ¿Podría dejar mi nombre fuera de esto?

—Lo pensé. Incluso se lo sugerí a mi padre. Pero dice que no habría interés en ello. La víctima ya no está. Usted sí. Está vivo. Cuando exponga las cosas, la gente se verá obligada a escuchar.

—Por el amor de Dios. —Apretó los dientes y negó con la cabeza. Captó su expresión de asombro por el rabillo del ojo—. Perdón por las palabrotas. Debería saber comportarme mejor. No haría eso delante de mis hijos.

Louise puso una mano en su brazo y le dirigió una mirada comprensiva.

—No puedo. Simplemente no puedo. Destruirá a mi familia.

Ella mantuvo su mirada, sus ojos escrutando su rostro. —¿Lo hará? ¿O lo liberará?

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia adelante, repitiendo ese momento en su mente de nuevo:

Pase lo que pase, no importa adónde nos lleve la vida, siempre nos apoyaremos mutuamente. ¿Sí?

Sí. Hermanos, para siempre.

Louise retiró la mano de su brazo. Cuando abrió los ojos, ella estaba de pie mirándolo. Sostenía una pequeña llave. —Una caja de seguridad. —Le dio la ubicación—. Todo lo que necesita.

Él la cogió.

Ella se inclinó y le dio un suave beso en la frente, un gesto de consuelo y comprensión. —Sea cual sea su decisión, lo entiendo, y él también lo entendería.

Y luego se marchó. Tocó el punto húmedo en su frente donde ella le había besado y sintió la presencia de Bryan.

Durante mucho tiempo, permaneció sentado en el banco, viendo cómo el sol se hundía bajo el horizonte, pintando el cielo en tonos naranjas y rosados. Las gaviotas continuaban su danza interminable sobre las olas, sus gritos resonando a través del agua como una canción melancólica.

Sarah llamó por teléfono; se disculpó y mintió. Dijo que había tenido problemas con el jefe en la oficina central. Sugirió que pidiera pizza.

Con un profundo suspiro, echó un último vistazo a la fotografía, el rostro de su atormentador mirándole desde el pasado. La metió en su bolsillo junto con la carta de Bryan y la llave, con el peso de su decisión presionando sobre sus hombros.

Rob se levantó y se dirigió por el acantilado hacia su casa, hacia la luz y el amor que le esperaban allí.

Y mientras caminaba, casi podía sentir la presencia de Bryan junto a él, casi podía escuchar su voz susurrando en el viento. «Hermanos, para siempre».

27

El sol apenas se ocultaba bajo el horizonte cuando Frank entró en el Cementerio de Whitby. No recordaba la última vez que había venido antes de la hora de cierre, lo que le hacía sentirse bastante desorientado, teniendo que usar la entrada en lugar de escalar un muro.

También estaba completamente sobrio.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó a Mary ante su lápida.

Frank y Mary habían estado casados durante treinta y tres años. Siempre podía imaginarla con total claridad. En este momento, ella ocupaba su mente con su cálida sonrisa, su suave cabello castaño enmarcando su rostro, y esos ojos que siempre parecían ver a través de él.

Temía el día en que la claridad de su aspecto se desvaneciera de su mente.

—Sí, antes de que empieces, cariño, estoy hecho un desastre... Pero te alegrará saber que Hel ya me ha dado con todo.

Mary sonreía, con arruguitas en las comisuras de los ojos, aceptándolo con todos sus defectos. Siempre había sido tan paciente con él, incluso cuando estaba en su peor momento.

—Tendré más cuidado la próxima vez... pero no voy a parar —asintió bruscamente—. Esto es culpa mía, Mary. De nadie más. Le fallé a Maddie. Pensé que lo tenía bajo control. Me equivoqué. *Y luego, como un completo imbécil, le mentí, y desapareció en la noche como un fantasma.*

Bajó la cabeza, suspirando, sintiendo la presencia de Mary, imaginando sus palabras tranquilizadoras. *Hiciste lo que creías mejor. A veces es todo lo que podemos hacer.*

—Me das demasiado crédito, cariño. Siempre lo has hecho. Pero, como te dije, la encontraré de nuevo. Te lo juro. La saqué de esa mierda una vez, y lo haré de nuevo si es necesario. No importa lo que cueste, la traeré a casa.

En su mente, ella le miraba con expresión de complicidad y decía: *Eso no es todo, ¿verdad, cielo?*

Tomó una profunda respiración, tratando de serenarse mientras el aroma terroso del cementerio llenaba sus fosas nasales. —No. También está este caso. Adrian Hughes. Su propio padre abusó de él, Mary. Lo destrozó de formas en que ningún niño debería ser destrozado. Las cosas que sufrió. Y aun así alguien aparece y se deshace de él detrás de un viejo muro como si fuera un animal. No puedo tolerarlo.

Frank podía sentir la comprensión de Mary, su horror compartido ante la crueldad de este mundo. Ella siempre había tenido un corazón tan grande, siempre había querido ayudar a los necesitados.

Permaneció sentado en presencia de su esposa un rato más, desahogándose y extrayendo fuerza de su recuerdo. Cuando el último destello de luz se desvaneció del cielo, se puso en pie. —Te quiero —besó la punta de sus dedos y luego los presionó contra la fría piedra.

Frank intentó resistir el impulso de visitar *su* tumba. Ciertamente no podía mear sobre ella con todos esos ojos alrededor, y ya le había dado suficientes empapadas para toda una vida, de todos modos. Pero, como siempre, se sentía obligado a ir. Siempre podía sacar tiempo para murmurar rápidamente alguna obscenidad en su lugar de descanso.

Nigel Wainwright se había ganado ese privilegio.

No solo el cabrón había tenido una aventura con Mary, sino que había habido otras antes que ella, una cadena de infidelidades que habían dejado un rastro de corazones rotos a su paso. Luego, había conducido por el lado equivocado de la carretera, matando a Mary, a sí mismo y a una joven madre en otro coche.

Todo ello mientras iba por encima del límite de alcohol.

Así que, ¿respetar a los muertos?

¡Ja! ¡Déjame en paz! ¿Después de lo que hizo ese hombre?

Frank tenía sesenta y cuatro años, y probablemente no le quedaba mucho más tiempo en este mundo, y estaría más que feliz de dejar que cualquier Perico de los Palotes se soltara sobre su tumba para hacer lo que quisieran si él hubiera abandonado este mundo de una manera tan detestable como lo había hecho ese hombre.

Al acercarse a la tumba de Nigel, vio de reojo a una figura arrodillada. Se le cayó el alma a los pies cuando reconoció a la mujer.

¡Mierda!

Era la viuda de Nigel.

Giró, desesperado por marcharse.

—¿Frank?

Demasiado tarde. Evelyn Wainwright le había visto.

No podía obligarse a reconocerla.

—Frank —su voz era más fuerte. Se estaba acercando.

Se volvió, con la mandíbula apretada y los hombros tensos. Respirando hondo, forzó una expresión neutral en su rostro. —Evelyn. ¿Cómo está usted?

—¿Por qué sigue viniendo a la tumba de mi marido? —su tono era tajante, acusatorio, con un deje de sospecha.

Fingió sorpresa. —¿Eh? Vengo a ver a Mary.

—Mary está por allí —señaló hacia la lejanía.

—Sí. Supongo que he tomado un camino equivocado.

Evelyn sonrió con desdén. —Excepto que, hace un año, le vi merodeando por aquí —señaló varias filas más abajo—. Verá, mi hermano también está aquí. Hubo veces que estaba con él, y le he visto parado aquí, mirando fijamente la lápida de Nigel.

Gracias a Dios que no me has visto de noche cuando las puertas están cerradas. Estaría tras las rejas ahora mismo.

Suspiró y levantó las palmas. —Me ha pillado. Lo siento.

—¿Por qué, Frank?

Frank dudó, su mente trabajando a toda velocidad. Una mezcla de verdad e improvisación formó su respuesta. —Bueno, a veces me cuesta entender, ya sabe, por qué pasó todo esto. Así que vengo a preguntarle. Sí, es estúpido —se encogió de hombros por segunda vez, suavizando su voz—. Quiero decir, él no puede responderme, ¿verdad? Pero, lo siento, no volveré a venir.

—Si yo visitara la tumba de su esposa, Frank, ¿encontraría alguna respuesta?

No, Evelyn, pensó. *Ahora no.*

—Verá, yo también tengo preguntas.

Respiró hondo, se armó de valor y se volvió. —Lo siento, Evelyn.

Había avanzado un metro cuando ella dijo: —Me encantaría saber por qué Mary sedujo a mi marido.

Y ahí estaba.

El grito de guerra.

Mierda.

Se detuvo y dijo por encima del hombro. —Mary no sedujo a Nigel.

—Ah... ¿y usted está seguro de eso?

Le miró de nuevo. —Sí. Porque conocía a Mary. La pregunta es, ¿conocía usted a su marido?

Evelyn entrecerró los ojos. —Sí. Nigel no era así.

Frank reprimió las palabras que amenazaban con salir, la verdad sobre las indiscreciones pasadas de Nigel, el dolor que había causado a tantos. No quería herir a Evelyn, destrozar las ilusiones que había construido alrededor de su matrimonio, pero no podía permitir que la memoria de Mary fuera manchada por mentiras. —Es mejor que terminemos esta conversación ahora, Evelyn. Todos perdimos. Nadie ganó. No deberíamos empeorar la situación...

—¿Por qué no? No me queda nada, de todos modos. Nunca tuvimos hijos —negó con la cabeza—. Su esposa arruinó mi vida.

Frank apretó los dientes y bajó la mirada. *Mantén la calma. Ella no sabe la verdad, y nunca la verá a través del dolor.* —Siento su pérdida. Si quiere culpar a alguien, cúlpeme a mí, no a Mary. Yo debería haber estado ahí para ella... más. No lo estuve. Ella sufría por nuestra hija, y yo estaba perdido en mi trabajo. Le estoy

pidiendo —levantó la mirada y encontró sus ojos— que me culpe a mí. Yo hice que Mary se sintiera sola. *Pero ella nunca le habría seducido.*

—¿Qué está insinuando? —siseó—. ¿Está sugiriendo que yo no estuve ahí para Nigel, entonces? ¿Que él estaba solo? Fui una buena esposa para él.

—No es eso lo que estaba insinuando.

—Bien. Entonces, ¿estamos de acuerdo en que fue seducido?

Frank la señaló. Quería gritar obscenidades en su dirección. Le costó toda su fuerza de voluntad contenerlas. Negó con la cabeza. —Mire. Hay mucho dolor aquí. Pero no otra vez... —bajó la mirada—. Por favor. Esa es mi última advertencia.

Ella resopló. —¡Su esposa era una tentadora y *yo* estoy recibiendo una advertencia!

Frank sintió que sus mejillas se ruborizaban. —Su marido estaba borracho. Condujo de frente contra otro coche y dejó a una familia sin madre. Dos niños sin madre. Y a mí sin esposa. No puede esconderse de los hechos.

—¿Qué hechos? Había tomado un par de copas de vino. Difícilmente puede decir que estaba borracho.

—¡Lo estaba, y puedo decirlo!

—Tonterías.

—Bueno, estaba lo suficientemente borracho como para arruinar a tres familias al desviar su coche hacia el lado equivocado de la carretera.

Ahora ella le señalaba con el dedo. —Que le jodan, Frank. Mírese. ¿Me va a decir que nunca ha tomado varias copas y se ha puesto al volante? Es un gordinflón acabado. Y mirando su cara, parece que alguien más está de acuerdo.

Frank se encogió de hombros. —No me importa lo que diga sobre mí. Solo no se meta con mi esposa.

Evelyn se secó las lágrimas. —Él nunca me habría engañado si no fuera por ella.

Las palabras salieron de la boca de Frank antes de que pudiera detenerlas. —Ya había tenido tres aventuras antes.

El rostro de Evelyn se contrajo en incredulidad. —No es verdad.

Frank sintió un repentino y culpable alivio al liberarse finalmente de esa carga. —Tengo pruebas, Evelyn. Nombres, fechas, lugares. No quería decírselo, no quería causarle más dolor, pero no puedo permitir que culpe a Mary por los errores de Nigel.

—Está mintiendo —su voz se quebró, apenas por encima de un susurro. La lucha desapareció de su postura mientras su cabeza caía, y sollozaba.

La ira de Frank se disipó, reemplazada por una profunda y dolorosa tristeza. Dio un paso adelante, extendiendo una mano para consolarla, pero ella se apartó.

—Siento su pérdida —dijo—. De verdad que lo siento.

Ella asintió y levantó la mirada. —¿Cómo le va a su hija? —su tono era más suave ahora. La pregunta parecía genuina. ¿Estaba ofreciendo una rama de olivo? ¿Sentía culpa por el papel de su marido en quitarle la madre a alguien?

El corazón de Frank se encogió. No sabía qué decir. Sin embargo, hablar del desastre de su vida con la viuda de Nigel no era una opción.

Así que mintió. —Bien. Está bien.

Con eso, se alejó, con los hombros encorvados contra el repentino frío del aire. Mientras regresaba a su coche, no podía quitarse la sensación de que había manejado mal la situación. Había dejado que su ira le dominara, había dejado que la verdad saliera de una manera que solo había causado más dolor. Y esa rama de olivo, esa oportunidad para el entendimiento y el perdón, también la había dejado escapar, demasiado atrapado en su propio dolor y culpa como para alargar la mano y agarrarla.

Pero ahora tenía que dejar ir esta culpa. Porque lo único que importaba era encontrar a Maddie y conseguir justicia para Adrian. Todo lo demás era solo ruido, una distracción de las cosas que realmente importaban.

Aun así, mientras yacía en la cama esa noche, mirando al techo e intentando calmar sus pensamientos acelerados, no podía evitar darle vueltas al encuentro.

Cuando se trataba de oportunidades para encontrar algo de paz y cierre, ¿cuántas podía permitirse perder?

28

La luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas. Un tenue resplandor se asentaba sobre el dormitorio. Phoebe se removió. Sus ojos estaban pesados de agotamiento tras una noche inquieta. Cuando se giró para encontrar el lado de la cama de su marido vacío, los acontecimientos de la noche anterior regresaron de golpe. Una ola de desesperación se abatió sobre ella.

Se incorporó y se llevó el puño a la boca, recordando la visita de Julian, seguida de sollozos desgarradores y confesiones desesperadas sobre lo que ella y Julian habían hecho juntos treinta y cinco años atrás. Nunca podría borrar aquella expresión de pura angustia grabada en el rostro de su marido mientras ella revelaba sus secretos.

Después, hubo gritos, la voz de David temblando de rabia e incredulidad, antes de que agarrara la botella de champán con la que habían planeado celebrar y la vaciara a tragos.

Pero la noche había terminado mejor de lo que había comenzado. La ira de David había dado paso a una especie de aceptación cansada, antes de que la estrechara entre sus brazos, susurrándole palabras tranquilizadoras y promesas.

En la cama, Phoebe se había aferrado a él, su cuerpo aún sacudido por los sollozos, mientras él le acariciaba el pelo y le decía que se encargaría de todo.

Durante las largas horas de oscuridad, Phoebe había permanecido despierta, su mente acelerada con pensamientos sobre

hasta dónde podría llegar David para protegerla y evitar que su vida juntos se desmoronara.

David tenía un pasado turbio. Un pasado teñido de oscuridad por sus días en el despiadado mundo de la promoción inmobiliaria. Se había codeado con gente poco recomendable, había tomado decisiones cuestionables, pero había conseguido salir de aquella vida, decidido a ser un hombre mejor por ella.

Esta mañana, bajo la pálida luz, entre sábanas arrugadas, se dio cuenta de que nunca había sentido un miedo como este.

Miedo por lo que Julian pudiera hacer. Miedo por las consecuencias de sus acciones de todos aquellos años atrás. Y miedo por los extremos a los que David podría llegar.

El pitido de un correo electrónico entrante interrumpió sus pensamientos, y el corazón de Phoebe le dio un vuelco. Con dedos temblorosos, alcanzó su teléfono, con un nudo de temor en el estómago.

El correo era de goodietwoshoes@hotmail.com otra vez.

Esta vez era una fotografía del bosque de Larpool. Ofrecía paseos arbolados y apartados en las afueras de Whitby. Ella y Julian solían ir allí juntos.

En la imagen, la luz moteada se filtraba a través del dosel esmeralda, proyectando un resplandor casi etéreo sobre el sendero muy transitado. Casi podía sentir el calor de la palma de él contra la suya, oír el suave crujido de las hojas bajo sus pies.

Aquel tiempo juntos había sido una mentira.

Un exterior apuesto y rugoso había ocultado al verdadero Julian. Un hombre que la había deslumbrado con opiniones y creencias apasionadas. Descubrió la verdad de quién era realmente mucho más tarde.

Cerró los ojos y recordó el rostro de Julian iluminado por el infierno, sus ojos en carne viva, consumidos por una intensidad febril. Ya no estaba el amante, lleno de corazón e integridad, reemplazado por un hombre llevado al límite por sus obsesiones, un hombre que no dejaría que nada ni nadie se interpusiera en su camino. Los gritos, el hedor acre del humo, el calor abrasador... todo volvió de golpe, amenazando con abrumarla.

A Phoebe se le cortó la respiración, su mente ya conjurando imágenes de David enfrentándose a Julian, de la violencia que podría producirse. No podía permitir que eso ocurriera, no después de todo lo que habían construido juntos.

El sonido de pasos en el pasillo llamó su atención. David apareció en la puerta con dos tazas de té.

—He recibido otro correo. Quiere 100.000 libras. Creo que deberíamos pagárselas, David.

Él palideció. —¿Le has respondido?

—No... todavía no.

Suspiró. —Bien. —Dejó las tazas—. Enséñamelo.

David cogió una libreta del cajón superior de la mesilla y anotó la información del correo electrónico.

Phoebe sintió que las lágrimas volvían a brotar, desmoronándose su compostura. —David, deberíamos pagarle. Podemos permitírnoslo. Podríamos vender la propiedad de York y...

David negó con la cabeza. —¿Crees que eso será suficiente para un hombre como ese? Volverá antes de que acabe el año.

—Quizás. Pero, ¿no merece la pena intentarlo primero?

David respiró hondo y negó con la cabeza. Le tomó la mano. —Le miré a los ojos anoche, Pheebs. Ese hombre va a seguir volviendo hasta que te destruya. —Bajó la voz—. Tenemos que adelantarnos.

Phoebe se echó hacia atrás, escudriñando su rostro. —¿Qué vas a hacer?

Él tomó su cara entre sus manos, su tacto suave pero firme. —Lo correcto. —Su voz no dejaba lugar a discusión—. Voy a asegurarme de que todos esos niños tengan las oportunidades que merecen, y dormiré tranquilo sabiendo que he contribuido a ello.

—David, yo...

La besó, interrumpiéndola.

Se apartó. —Una vez que nos haya quitado todo, te verá en la cárcel, cariño. Eso no sirve de nada al mundo, ni a los niños que hay en él. No va a ocurrir.

Phoebe sintió que su corazón se contraía, con una mezcla de miedo y alivio luchando en su interior. Sabía que no podría disuadir a su marido de lo que estuviera planeando. A él no le preocupaban los

niños. Todo eso lo había dicho por su bien; él simplemente haría lo que fuera necesario para protegerla.

La habitación se oscureció cuando el sol se ocultó tras las nubes.

—Mañana a estas horas —dijo David—. Todo habrá sido una pesadilla.

29

Por primera vez en mucho tiempo, Frank no sentía los efectos del alcohol que había consumido la noche anterior. ¿Estaría en la pendiente resbaladiza del alcoholismo? Mientras Bertha traqueteaba al entrar en el aparcamiento, se convenció de que era su cara palpitante la que le distraía de la resaca, pero se prometió a sí mismo moderar la bebida durante los próximos días, por si acaso.

Aunque había llegado temprano, no le sorprendió en absoluto ver a Gerry tecleando en su ordenador; casi siempre era la primera en llegar al edificio. Rylan se acercó a saludarle antes de volver junto a ella, con la cola golpeando el suelo.

—¿Qué tal?

Ella no levantó la mirada y continuó escribiendo.

—Yo también estoy bien, gracias —dijo Frank.

Se arrodilló y acarició a Rylan de nuevo. Notó una legaña en la comisura del ojo del labrador y se la quitó.

—¡Frank! Debo pedirte que tengas cuidado al tocarle los ojos. Es una forma común de introducir bacterias y causar infecciones.

Vaya por Dios, ¿acaso Gerry tenía ojos en la nuca? —Ah... vale... lo tendré en cuenta.

Se puso de pie, sintiéndose regañado, pero al menos contento de que hubiera notado su existencia. —¿Alguna novedad?

—Emily Hargreaves del Hotel Moonrise llamó anoche tarde y dejó un mensaje para que la llamásemos a su móvil —Gerry no levantó la

mirada y mantuvo su atención en la pantalla—. Acabo de colgar con ella.

Él miró su reloj. —¡Joder, Gerry! ¡Qué temprano! Seguro que no le ha hecho ninguna gracia.

Gerry arrugó la nariz. —No esperaba gratitud.

—Ya... ¿y qué ha dicho?

—Localizaron algunos registros antiguos y confirmaron que Adrian Hughes se alojó allí el viernes 4 de marzo.

—¡Bingo! —Frank dio una palmada. Gerry se sobresaltó—. Perdona... así que teníamos razón. Cuando el gato no está, los ratones juegan.

Gerry frunció el ceño.

—Es una expresión. Rowena habría estado fuera, supongo, y Adrian estaba divirtiéndose —le guiñó un ojo—. Su doble vida.

La expresión de Gerry no cambió. Miró sus notas. —Otras personas que se alojaron allí esa misma noche: Laura Bauer, Jan Nowak y una pareja, Tessa y James Garrick.

—¿Poca gente para un hotel?

—Sí. Emily dijo lo mismo. He comprobado el tiempo de ese día. Tormentoso. De hecho, habían tenido una semana de tormentas eléctricas, lo que probablemente explica por qué nadie estaba muy interesado en reservar.

—¿Puedes comprobar el tiempo de 1989?

—Por supuesto —dijo Gerry.

A veces olvidaba lo mucho que había avanzado esta era de la información. Eso era lo que le hacía estar anticuado. ¡Jamás se le habría ocurrido ser tan minucioso!

—¿Podrías ponerte en contacto con ellos, Gerry?

Ella levantó la mirada por primera vez. —Pensaba que querías que te acompañase a ver a Rory de nuevo.

—Estaré bien. Esta es una buena pista. Intenta ponerte en contacto con estos cuatro huéspedes. Si están vivos, hazme saber qué pueden recordar.

Gerry asintió.

—¿Qué tal la cita? —preguntó Frank.

—Tom no apareció —Gerry tecleaba con la expresión imperturbable. Frank se preguntó si estaba haciendo un esfuerzo por parecer valiente.

—Vaya. Lo siento —dijo Frank.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó ella, sin dejar de teclear.

Él se encogió de hombros. —Habrá sido decepcionante, ¿no?

Dejó de teclear.

—¿Incluso vergonzoso? —continuó él.

—Nada de eso —le miró—. Me ahorró tiempo haciendo preguntas irrelevantes. Su ausencia me dio todas las respuestas que necesitaba.

—Sí. Menudo imbécil, ¿eh?

Ella frunció el ceño. —¿Por qué?

—¿Por dejarte plantada?

Se encogió de hombros. —No estaba interesado. Fue información importante.

—Sí, pero podría haber llamado. Esa sería la convención social habitual.

—¿Qué tal? —Era Reggie, afortunadamente, que llegaba para interrumpir esta conversación bastante incómoda.

Frank se dio la vuelta. Reggie llevaba su ropa de correr de lycra.

Frank abrió los ojos de par en par. —¡Joder! ¡Un poco temprano para eso!

Reggie se encogió de hombros. —El mejor momento para correr es a primera hora.

—No quería decir que fuera demasiado temprano para correr. ¡Quería decir que era demasiado temprano para verte así! ¡Cristo! Ya no necesitaré mi café. ¡Ahora estoy totalmente despejado!

Mientras Frank salía, se hizo una nota mental de llevarles comida a él y a Gerry a la vuelta de entrevistar a Rory de nuevo. Un pequeño gesto, pero con el que esperaba transmitir su aprecio por la dedicación de ella y que simpatizaba por haber sido plantada, aunque a ella pareciera importarle un comino.

30

Mike Bailey pasó el dedo por los restos grasos que manchaban el fondo de su freidora de aire. Haciendo una mueca, examinó la bolita de grasa en la punta de su dedo. «Eres asqueroso». Se chupó la grasa del dedo.

Después, se quedó mirando el paquete familiar vacío de salchichas, preguntándose si debería cocinar el segundo paquete de su frigorífico. Tomó la resolución de esperar. De lo contrario, estaría pidiendo más comida a domicilio antes del mediodía.

Usando su andador, se dirigió de vuelta al sofá. Tras haberse atiborrando antes del esfuerzo, tuvo que parar varias veces mientras su estómago protestaba. Finalmente, llegó al sofá y se dejó caer con cuidado, pues los días de desplomarse quedaban ya muy atrás. Rompería el sofá, y probablemente también a sí mismo.

Mike siempre estaba exhausto, pero esta mañana había llegado al punto de sentirse totalmente alterado. La noche anterior en la cama había sido *tan* mala. El recuerdo de la horrorizada reacción de Noah le había atormentado. El esfuerzo por reconectar en la puerta solo había dejado a su hijo con más cicatrices de las que ya tenía.

Mike maldijo a Laurie, la madre de Noah, por revelar su dirección, antes de darse cuenta de que estaba culpando a la persona equivocada. Solo había realmente un culpable en todo esto.

A pesar de sentirse alterado y creer que dormir era una mera fantasía, Mike logró echar una siesta, aunque fue intranquila. En

estos días, el Barghest siempre acechaba en el mundo de sus sueños, con sus ojos rojos brillantes taladrandole el alma.

El sonido del timbre despertó a Mike de golpe.

Con el corazón acelerado, miró la pantalla de su móvil. La culpable. Esperaba que no estuviera aquí para golpearle con un palo por lo de ayer. Fue ella quien lo envió, ¡joder!

Contempló a su ex mujer en la pantalla con un suspiro. Laurie solía cuidar su apariencia; últimamente siempre aparecía pálida y desaliñada.

Más estragos que has dejado a tu paso, Mike.

Presionó el botón del interfono en el teléfono. —Laurie, yo...

Ella le interrumpió golpeando la puerta. —Solo abre la puta puerta, Mike.

Suspiró. Bien podría hacerlo. Ella ya le había visto así varias veces. Además, estaba enfadado con ella por enviar a Noah, y estaba decidido a decírselo. Las otras veces que ella había visitado, él se había esforzado por llegar hasta la puerta. Pero ahora mismo, se sentía demasiado agotado para moverse.

—Hay una llave —dijo—. Bajo la quinta maceta debajo de la ventana de la cocina.

La llave estaba allí para repartidores de comida y paquetes. Su enfermera, Emma, no la necesitaba, sin embargo. Ella tenía la suya propia. ¿Tendría que cambiar de sitio su llave ahora? ¿Se lo diría Laurie a Noah? Bueno, no podía arriesgarse, aunque sospechaba que las probabilidades de que Noah volviera alguna vez eran prácticamente nulas.

Laurie entró en silencio y se sentó en una silla individual frente a él. Todavía no le había mirado. Tenía la cabeza gacha. Cuando finalmente levantó la mirada, sus ojos estaban rojos e hinchados de tanto llorar.

Él sentía compasión, pero no podía ocultar la frustración que sentía por lo que ella había hecho. —Laurie, eso fue un error.

Ella entrecerró los ojos. —¿Tu hijo? ¿Desesperado por verte? ¿Un error?

Mike suspiró. Últimamente no se enfadaba, en realidad. No solo porque probablemente le mataría, sino porque simplemente tenía

poca energía. Así que mantuvo su voz suave. —¿Te contó lo que pasó?

Ella negó con la cabeza. —No. Dijo que iba a venir a verte, y luego no ha vuelto a casa.

A Mike se le cortó la respiración. —Mierda... Yo...

Ella negó con la cabeza. —Para. Llamó por teléfono. No se trata de eso. Está en casa de un amigo.

—Gracias a Dios...

—Se trata de esto. —Le lanzó algo. Cayó en el sofá junto a él—. Encontré *esto* en su habitación.

Cogió una pequeña bolsa de plástico con cierre hermético llena de pastillas del sofá. Las sostuvo a contraluz en un rayo de luz que entraba por la ventana. Cada pastilla tenía algún tipo de personaje de dibujos animados impreso.

El estómago de Mike se revolvió como lo había hecho antes en el trayecto hacia el sofá. Sintió que su sangre corría, helada, y la mano que sujetaba las pastillas temblaba. —Oh no. Oh Dios.

Miró a su ex mujer, que ahora sollozaba, golpeando el suelo con el pie y retorciéndose las manos. —¿Lo ves? ¿Ves lo que está pasando? Está descontrolándose.

—¿Estás segura de que son suyas?

Ella le miró furiosa. —Estaban en su cajón superior.

Mike miró las pastillas de nuevo. Debía de haber más de cincuenta. —No pueden ser todas para él.

—¿Hablas en serio, Mike? ¿Qué te pasa?

Negó con la cabeza. —Lo siento... estoy cansado...

—Está traficando, Mike. Tu hijo es un traficante de drogas.

Cerró las manos alrededor de la bolsa resellable, ocultándola de la vista. —Para. Solo para. Por favor.

Ella resopló. —¿Por qué? ¿Para que puedas hacer la vista gorda ante esto, patético bastardo autocompasivo?

—No, es que no me siento bien. —El pecho de Mike se tensaba, su respiración se volvió corta y superficial. Sus nudillos se volvieron blancos, y esperaba estar reduciendo las pastillas a polvo. Su corazón se aceleró y un sudor frío perló su frente.

Las palabras de Laurie resonaban en su mente, cada sílaba una daga en su corazón. Patético. Autocompasivo. Bastardo. El peso de sus fracasos le oprimía, expulsando el aire de sus pulmones. Quería gritar, negarlo todo, pero la verdad de sus palabras se asentó como un peso de plomo en sus entrañas.

Las lágrimas le escocían en los ojos mientras luchaba por recuperar el control, por estabilizar su respiración y ralentizar su pulso atronador. Pero el pánico se había apoderado de él, sus gélidos dedos envueltos alrededor de su garganta, apretando hasta que manchas negras bailaron en los bordes de su visión.

—Lo siento —murmuró entre respiraciones entrecortadas—. Lo siento mucho.

El resto de la conversación pasó como una nebulosa detrás de su ataque de pánico. Solo después de que ella se fuera, y él estaba volviendo en sí, pudo reconstruir momentos de la misma...

Él suplicando y rogando perdón. Él prometiendo que haría lo que pudiera para ayudar a su hijo.

El tono cortante de ella nunca había flaqueado. Había puesto toda la culpa a sus pies. Luego había lanzado una última llamada a las armas y se había marchado. «Si realmente quisieras salvar a tu hijo, buscarías ayuda».

Fue solo después de que se fuera cuando él soltó sus débiles excusas a la silla ahora vacía.

«No es tan simple... Lo he intentado, Laurie... Estoy atrapado... no es tan fácil como piensas...»

Con lágrimas en los ojos, miró de nuevo la bolsa en su mano temblorosa, y luego se esforzó por levantarse y agarrarse a su andador, sujetando las pastillas entre la palma de su mano y el mango.

Con su cuerpo en tensión, emprendió el viaje hacia el baño. Sus músculos ardían y sus pulmones se esforzaban mientras luchaba contra las limitaciones de su propia carne.

Pero incluso cuando su forma física vacilaba, Mike se obligó a continuar.

Ponte las pilas, Mike. Noah te necesita.

Ahora, más que nunca, tenía que romper estos muros que él mismo había construido. Destrozar las cadenas de apatía y autocompasión que le habían mantenido cautivo durante tanto tiempo.

Sin embargo, incluso mientras esta determinación recorría sus venas, Mike sintió el familiar tirón de la desesperanza, el susurro insidioso que le decía que estaba demasiado perdido, demasiado roto para cambiar realmente. Era una voz que conocía demasiado bien, una compañera constante en sus momentos más oscuros.

Con cada paso agonizante, Mike libraba una guerra interna, su desesperación por salvar a su hijo luchando contra los patrones arraigados de pensamiento que le mantenían sumido en su propia miseria. Quería ser el padre que Noah merecía, elevarse por encima de su propio dolor y ser la luz guía que su hijo necesitaba desesperadamente. Pero los fantasmas de sus fracasos se cernían, una barrera aparentemente insuperable entre el hombre que era y el hombre que anhelaba ser.

En el baño, contempló las pastillas en la pequeña bolsa. Consideró tragárselas todas.

Una visión mórbida cruzó la mente de Mike, vívida e inesperada. Noah, de pie junto a una tumba fresca, su joven rostro marcado por el dolor y la ira. Ojos que alguna vez estuvieron llenos de vida y risa, ahora huecos y atormentados. Y Mike, convertido en un espectro impotente, viendo a su hijo alejarse arrastrado, buscando ese camino de autodestrucción.

De tal palo, tal astilla.

La visión golpeó a Mike como un golpe físico, robándole el aliento de los pulmones y enviando una punzada de miedo helado a través de su corazón.

No. Encontrar a Mike muerto en este baño no mejoraría la situación. Sería otra carga para que su hijo llevara.

Abrió la pequeña bolsa, la volcó sobre el inodoro y observó cómo las pastillas desaparecían en el agua que giraba.

A la mierda tu fracaso, Mike. No más. ¿Me oyes? No más.

En los oscuros recovecos de su conciencia, los ojos del Barghest brillaban, un recordatorio inquietante de aquello a lo que se

enfrentaba.

31

Rory estaba ocupado apilando vasos detrás de la barra. —¡Frank! Justo a tiempo. ¡Acabo de recibir mi nueva cafetera La Marzocco Linea Classic!

—¿Tu qué?

—Una cafetera conocida por su control preciso de temperatura y extracción constante del espresso. ¿Te apetece probar mi café?

Aunque Frank no entendió nada de lo que Rory acababa de decir, un café sonaba bien. —Sí, venga. —Miró alrededor del pub, sintiéndose repentinamente nostálgico por aquellos días en que podría haber complementado el café con un cigarrillo liado.

Mientras Rory manejaba la máquina, calentando la leche y extrayendo los shots de espresso, primero le preguntó a Frank por su cara magullada.

—Puede que no lo parezca, pero me siento mejor —mintió Frank.

—¿Cómo va la investigación?

—Avanzando —dijo. *Apenas*.

—Perdona, Frank, dame un momento para concentrarme... es solo la tercera vez que la uso. No quiero estropearlo.

Frank golpeaba el suelo con el pie. Consideró detenerlo y decirle que no hacía falta tanto esfuerzo por su café. ¡Se preguntó por qué la gente se molestaba en esperar en un pub! Era más rápido y fácil que te sirvieran una cerveza.

—Ya casi —dijo Rory—. Sabes, apenas parece que hayan pasado cinco minutos desde la última vez que hablamos.

¿Estás preocupado por algo, Rory? pensó Frank.

Rory se dio la vuelta con el café recién hecho. —Te va a encantar esto, Frank.

Frank sacó una fotografía del bolsillo interior de su chaqueta. —Te lo cambio. —Puso la foto sobre la barra, y Rory colocó la taza de café a su lado.

Rory la cogió y entrecerró los ojos. Se bajó las gafas desde la cabeza y acercó la foto. Luego, asintió.

¿Lo reconocía? Una oleada de adrenalina recorrió a Frank.

Rory levantó la mirada y sostuvo la imagen en alto. —¿Este es la víctima?

—Sí.

—Sí. Solía venir al Anchor. Hace mucho tiempo. No lo conocía personalmente, vaya.

—¿Te dice algo el nombre de Adrian Hughes? —Frank acercó la taza de café hacia sí. El rico aroma subió para saludarlo.

—Me temo que no. —Miró la foto nuevamente—. Adrian Hughes, ¿eh? ¿Qué te pasó en mi pub?

—Buena pregunta. —Frank se llevó la taza a los labios y dio un sorbo. Un sabor intenso y suave—. Es un café excelente.

—Pues claro que lo es. —Rory le guiñó un ojo.

—¿Puedes recordar cuándo vino Adrian Hughes al Anchor?

—¡Joder, Frank!

—Aproximadamente. ¿Jugaba a las cartas? Tiene sentido que pudiera haber muerto en ese sótano.

—¿En los ochenta?

Frank tomó otro sorbo de café. —Podría acostumbrarme a esto. —Asintió apreciativamente hacia la taza.

Rory asintió, claramente orgulloso de su café.

—¿Podrías ser más específico que "los ochenta", Rory?

Levantó una ceja. —Lo intentaré. Si confías en mi memoria.

—Confío.

—No era un cliente habitual, pero recuerdo haberlo visto algunas veces. Principalmente por las cartas. Fue hacia finales de los ochenta, recuerdo que el viejo Jed Harris se quejaba de cómo le había sacado el cheque del paro de esa semana. Elegante, ¿eh?

Recuerdo que Jed murió poco después. —Se dio unos golpecitos en el pecho—. Problemas del corazón. Eso fue alrededor de 1988, o quizás 1989... Hablé con mi mujer anoche, como prometí. Ahora ella recuerda que detuvimos los juegos a finales de agosto, como pensé ayer. ¿Sabes ya cuándo desapareció?

—Entonces. —Frank miró fijamente a Rory con los ojos entrecerrados—. 30 de agosto.

El rostro de Rory se ensombreció. —Mierda. No me gusta cómo me estás mirando.

—Bueno, veamos esto desde mi perspectiva —dijo Frank—. Adrian Hughes fue reportado como desaparecido el 30 de agosto de 1989. Sospechábamos que realmente desapareció durante el fin de semana anterior, del 25 al 27 de agosto. ¿Y ahora descubro que cerraste el sótano de las cartas y bloqueaste la puerta justo después de ese fin de semana? Menuda coincidencia, ¿no crees?

—Bueno, no dije específicamente ese fin de semana.

—Pero es el último de agosto. Y dijiste que no hubo más cartas después de eso.

Rory tragó saliva. —¿Realmente crees, Frank, que si yo hubiera matado a este Adrian, quienquiera que...

—Hughes.

—Sí, Adrian Hughes. Un hombre que apenas conocía... ¿lo habría mantenido en mi propio sótano?

—¿Y luego dárselo al ayuntamiento para que venga y lo encuentre? —preguntó Frank, ayudando a Rory a pintar un retrato absurdo.

—Exactamente. ¿Sería realmente tan imbécil?

Frank se encogió de hombros. —Nunca dejan de sorprenderme las cosas. Y, créeme, eso no sería lo más estúpido con lo que me he encontrado. *Aunque bastante alto en la escala, ciertamente*, pensó Frank.

Rory le clavó la mirada. —No fui yo. Ni de coña. ¡Apenas conocía al hombre!

—Pero parece extraño. Que fuera el último fin de semana. Una coincidencia.

—No puedo explicarlo, excepto decir que venía de lejos. La pared estaba hecha una mierda, como te dije. Después de un fin de semana, simplemente puse fin al riesgo.

Frank terminó su café, asintiendo. —Delicioso.

—Más vale que lo sea. La máquina costó 10.000 libras.

Frank miró su café como si fuera algo de otro mundo. *Joder*. —Supongo que comprarme una de estas máquinas queda descartado entonces.

—Es más barato si la compras reacondicionada —dijo Rory.

—Aun así estaría fuera de mi presupuesto. Rory, ¿qué recuerdas sobre Adrian Hughes?

—No mucho. Aunque recuerdo un par de ocasiones en que vino con un chico mucho más joven. Hacían una pareja extraña. En el 89, algunos de mis empleados no siempre eran lo bastante diligentes para comprobar la identificación de nuestros clientes más jóvenes. Hoy en día, no le servirían en ningún sitio por aquí.

Frank asintió. —¿Dices que era una pareja extraña?

—Sí. Calculo que le doblaba la edad. —Levantó una ceja de manera sugerente.

Frank frunció el ceño. —¿Así que pensabas que estaban liados?

—No estaban besándose ni abrazándose ni nada, pero recuerdo que algunos de mis clientes se quejaban. Obviamente lo pensaban. Yo no quería hacer suposiciones. —Rory levantó las manos a la defensiva—. Pero no se veían muchos, eh, estilos de vida alternativos en aquella época, si entiendes lo que quiero decir. Especialmente en un lugar como el Rusty Anchor.

—¿El joven también jugaba a las cartas?

—No, pero creo recordar que acompañaba a Adrian allí abajo.

Frank asintió lentamente, asimilando esta nueva información. —Ya veo. ¿Y alguna vez interactuaste directamente con Adrian? ¿Te hiciste una idea de quién era?

Rory se encogió de hombros. —No realmente, para ser honesto. Como dije, parecía tranquilo. Estaba solo, o con este joven. Y jugaba a las cartas. Es todo lo que puedo decirte realmente...

—¿Recuerdas si alguien tuvo algún enfrentamiento con él?

—¿Quieres decir, si me peleé con él y lo puse detrás de la pared de mi sótano? No.

Frank asintió. —¿Y el chico? ¿Algún altercado con él?

—Ninguno. —La respuesta de Rory fue tajante. Se estaba poniendo más a la defensiva.

A Frank no le importaba. Él no era Donald Oxley.

Frank se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en la barra. —Rory, si hay algo que no me estás contando, ahora es el momento de ser sincero. Cualquier cosa que sepas podría ser crucial para esta investigación.

—Te he contado todo lo que sé, Frank. No tuve ningún problema con Adrian ni con el chico.

Frank mantuvo la mirada de Rory durante un largo momento, buscando cualquier indicio de engaño. Pero los ojos de Rory permanecieron firmes, su expresión resuelta. Frank se reclinó en su asiento preguntándose si su presión llegaría al jefe de policía. —¿Podrías darme una descripción del chico que estaba con Adrian?

Suspiró. —Lo intentaré.

Frank sacó su cuaderno para tomar notas.

Después de eso, Frank rechazó una segunda taza de café. Estaba delicioso, pero necesitaba volver.

En su coche, Frank consideró el hecho de que Rory había cerrado el sótano ese mismo fin de semana. Era demasiada coincidencia. Sin embargo, no creía que fuera Rory. El instinto de Frank, perfeccionado tras años de trabajo policial, le decía que Rory no era su hombre.

Por un lado, la reacción de Rory parecía genuinamente sorprendida y preocupada cuando se le confrontó con el momento. Si hubiera estado involucrado, Frank habría esperado más nerviosismo o respuestas ensayadas. Además, la disposición de Rory para compartir información sobre Adrian y el joven no concordaba con alguien que tratara de encubrir un asesinato.

También estaba el aspecto práctico. Como Rory había señalado, mantener un cuerpo en su propio sótano durante décadas, y luego entregar la propiedad al ayuntamiento, sería un movimiento increíblemente arriesgado y estúpido para un asesino. Frank había

encontrado criminales bastante tontos en su carrera, pero este nivel de estupidez parecía improbable, especialmente para alguien que había dirigido un pub con éxito durante años.

Entonces, si no fue Rory, ¿qué sugería eso? ¿Había alguien convencido a Rory de cerrar ese mismo fin de semana? No sonaba así. El propio Rory estaba bastante seguro de haber sido él quien tomó la decisión, así que ¿podría alguien haberlo influido sutilmente, dejando muy poca huella en su memoria?

Frank se frotó la barbilla, meditando.

Si no fue Rory, ¿entonces quién? ¿Y cómo se las arreglaron para sincronizar las cosas tan perfectamente con el cierre del sótano?

También era significativo este hombre más joven que había acompañado a Adrian.

Potencialmente demasiado joven para estar en el pub, pero con la sugerencia de que era el novio de Adrian.

Ya no había duda de que Adrian Hughes tenía una vida secreta que había ocultado a su hermana.

Frank intentó mantenerse positivo diciéndose a sí mismo que secreto no siempre significa malo. Pero mentiría si dijera que no estaba empezando a preocuparse.

32

Rob nunca había sido ciego a su trauma.

Simplemente había hecho un trabajo condenadamente bueno ocultando su existencia a todos, mientras permanecía en los rincones más oscuros y silenciosos de su mente, agotándolo.

Aun así, hasta la fecha, lo había conseguido sobrellevar. De manera admirable, en su opinión. Había construido una carrera y una familia.

Una unidad sólida.

O eso había creído.

Ahora, tras la muerte de Bryan y su encuentro con Louise, esa unidad sólida se sentía más como un castillo de naipes.

Y se tambaleaba al borde del colapso.

Hacía tanto tiempo que no experimentaba flashbacks de aquellos oscuros y asfixiantes momentos. Pero aquí estaban. En todo su esplendor. Visitándole en esos breves segundos entre la vigilia y el sueño, donde la mente comenzaba a dar vueltas. Hasta que ese peso aplastante y asfixiante del corpulento cuerpo de Gideon era demasiado, y se veía arrastrado a incorporarse, sudoroso y gritando en el aquí y ahora.

Sarah nunca le había visto así. Le abrazaba de madrugada, queriendo saber qué le ocurría. Al final, había renunciado a dormir y salido a dar un paseo, evitando a su familia aquellos gritos atormentados.

Después de que Rob usara la llave y su pasaporte para recuperar un sobre marrón de la caja de seguridad en el banco, lo cogió y caminó hasta el muelle de piedra para abrirlo. Todavía era temprano. Aparte de algunos pescadores que se balanceaban en el agua, estaba solo.

Miró hacia las ruinas góticas de la Abadía de Whitby que se alzaban sobre los acantilados. Respiró profundamente el olor salobre del mar y abrió el sobre.

Una cinta de casete TDK. La carcasa de plástico negro estaba rayada, la etiqueta descolorida por el tiempo. Rob pasó su pulgar sobre las letras en relieve, sintiendo los bultos y hendiduras bajo su piel.

Un círculo de gaviotas graznó, haciéndole sobresaltar, y casi dejó caer la cinta al mar.

Quizás habría sido lo mejor. Este pequeño rectángulo tan sencillo tenía el poder de cambiarlo todo, de traer los secretos más oscuros de su pasado gritando a la luz.

Recordó las palabras de Bryan como si fuera ayer. «Lo grabé todo».

Rob le dio vueltas a la cinta en su mano, su peso mucho mayor que su masa física. Nunca la había escuchado. Nunca había necesitado hacerlo realmente. Había experimentado las desagradables instrucciones y la cruel voz de Gideon Blackwell de primera mano. Estaba grabado en su cerebro, para siempre. Como evidenciaba la peor noche de sueño que había tenido en mucho tiempo.

Rob cerró los ojos, el sonido de las olas desvaneciéndose en el fondo mientras pensaba en su familia.

Sophie. Una estrella en el escenario, su pasión por el teatro ardiendo con fuerza. Recordaba el orgullo que había hinchado su pecho mientras la veía hacer su primera reverencia, la forma en que sus ojos habían brillado con alegría y triunfo. Tenía un futuro por delante, un mundo de posibilidades esperando ser conquistadas.

Nathan, su hijo mediano. Un científico en ciernes con una mente afilada como una navaja. Rob se maravillaba del intelecto del chico, de la forma en que parecía absorber conocimientos como una

esponja. Nathan ya había ganado innumerables galardones por sus logros académicos, y Rob sabía que estaba destinado a la grandeza.

Lily, su pequeña. Un alma gentil con corazón de artista. Pensó en las incontables horas que había pasado inclinada sobre su cuaderno de dibujo, sus diminutas manos dando vida a las maravillas de su imaginación. Tenía un don poco común, una sensibilidad y profundidad emocional que Rob a veces temía que pudiera ser su perdición en este mundo cruel.

—¿No lo entiendes, Bryan? —preguntó en voz alta—. Ya no somos solo tú y yo. Dos niños solitarios en un banco.

El pasado podía ser poderoso. Potencialmente demasiado poderoso para el presente. ¿Cómo afectaría la vergüenza y el escándalo de toda una vida atrás a las vidas actuales de las personas que amaba?

¿Qué le haría a la incipiente carrera de Sophie tener la sórdida historia de su padre esparcida en los titulares? ¿Cómo les iría a Nathan y Lily en el colegio, con sus compañeros susurrando y señalando, su inocencia manchada para siempre por los pecados de su padre?

¿No estaba ya decidido?

Echó la mano hacia atrás, dispuesto a arrojar la cinta al mar embravecido. —Lo siento, Bryan.

Hermanos para siempre.

—Pero no puedo. Me pides que defina el legado de mi familia con esto. Tienen tanto potencial. Sus futuros son tan brillantes. Preferiría ir al agua con esta puta cinta antes que arriesgar todo eso.

Casi podía ver la tristeza en el rostro de su amigo perdido, la expresión que Bryan había mostrado durante su conversación tantos años atrás, sentados juntos en su banco especial.

—¿Por qué no lo hiciste entonces? ¿Por qué no lo llevaste ante la justicia?

Pero Louise había sido clara en eso. Para cuando Bryan se había dado cuenta de que era lo correcto, estaba demasiado débil. Además, habría sabido desde el principio que su historia caería en saco roto. Bryan era un borracho acabado. No habría habido voluntad de derribar al ex diputado Gideon Blackwell por un hombre

tan manchado. De alguna manera, esta evidencia sería enterrada. Sin embargo, Rob era diferente. Él había tenido éxito. La gente le escuchaba. Imaginad si contara la verdad sobre lo que les había sucedido. La gente escucharía. El mundo exigiría justicia.

—Pero ¿qué pasa cuando salga a la luz la verdad sobre quién fui? —gritó al viento—. Podría perderlo todo. Mi familia podría perderlo todo. —Apretó los dientes, preparándose para lanzar la cinta.

Entonces, sin que nadie las invocara, algunas palabras de la nota de Bryan resonaron en su mente.

Te dejé en paz todos estos años. Te di la libertad que querías y merecías. Pero ahora me he ido. Me he ido y lo que me sucedió paraliza a mi hija. Por dentro, lo sé, todavía te paraliza a ti. Deja todo mal. Gideon no ha sido juzgado. Lo que hizo me destruyó. Y a pesar de todas tus afirmaciones, creo que también destruyó una parte de ti.

Ha sido una sombra.

Todavía es una puta sombra.

Es hora de hacer brillar la luz, hermano.

Rob apretó la cinta contra su pecho y lloró.

Y entonces se le ocurrió una idea.

Se apartó del muelle, con un compromiso claro en su mente.

¿Necesitaba luz para eliminar una sombra?

Más oscuridad podría funcionar perfectamente.

Especialmente si mantendría sus propios demonios enterrados.

33

Frank compró dos bocadillos de beicon por el camino de vuelta.

Cuando le presentó una grasienta bolsa de papel a Gerry, ella la miró de la misma manera que había mirado el hueso de juguete de Reggie el día anterior.

—Vamos, cógelo.

Ella negó con la cabeza.

—Al menos mira lo que hay dentro.

—No puedo tocar esa bolsa —dijo Gerry.

Él sacó el bocadillo de beicon para ella. —Mira. No te dejes engañar por la bolsa. Pan esponjoso. Beicon crujiente.

Ella volvió a negar con la cabeza. —Los niveles de grasas saturadas y sodio son demasiado altos. Por no mencionar los compuestos cancerígenos que se forman durante el proceso de curado... no deberías comerlos. Nadie debería comerlos.

Frank la observó. Tom había sido un cabrón mezquino al darle plantón, sin duda, pero se había librado de una buena. ¿Te imaginas estar emparejado con Gerry y no poder disfrutar nunca más del sabor del beicon?

Suspiró, miró a Rylan y consideró ofrecerle el beicon. Por supuesto, no podía, porque Gerry sin duda acabaría con su existencia. En su lugar, lo sostuvo en el aire. —¿Alguien quiere un bocadillo de beicon?

Reggie, que ya se había quitado el licra, se dio una palmadita en el estómago. —No, gracias, jefe. He desayunado lichi.

—¿Eh? —Frank se quedó desconcertado—. ¿Qué? En realidad, no sigas, Reggie. Mejor no saberlo.

—Yo lo cojo, jefe —Sean levantó la mano.

Frank lo puso en la mano de su agente, mirando a Gerry con expresión de suficiencia. Pero ella ya había pasado página. Volvió a mirar a Sean. —Con una condición, eso sí. Que te espabile, chaval. Adivina qué: mi norma de no-encorvarse entra en vigor hoy.

—Oh —Sean lo miró con timidez—. ¿Qué es eso?

—Significa que si te veo encorvado sobre un escritorio después de invitarte a un bocata que me ha costado 3,99 libras, voy a atarte una regla de un metro a la espalda. *Bien apretada.*

—Sí, jefe —Sean corrigió su postura. Quizás demasiado.

—Sí, bien, pero no te hernies un disco, ¿eh?

Frank pidió atención a la sala y puso a todos al corriente de su visita a Rory. —Identificar a ese joven va a ser clave y... —Miró a Reggie—. Tenemos un problema con Rory. No estoy diciendo que lo considere sospechoso del asesinato, pero el hombre cerró su sótano de cartas inmediatamente después de que Adrian encontrara allí su fin. Hay algo que falta aquí. Algo que ha olvidado o que está ocultando —Mantuvo la mirada en Reggie—. Sin embargo, mantened esto entre estas cuatro paredes por ahora.

Reggie asintió, sabiendo que se dirigía a él. Estaba más cerca de Donald Oxley que el resto de ellos y había salido a beber con él. Aun así, aunque Reggie le sacaba de quicio, confiaba en él. ¡De lo contrario no estaría sentado aquí!

—Así que, Reggie —dijo Frank—. Avanza con esa lista de jugadores de cartas y personal que ha trabajado en el Anchor a lo largo de los años. Interrógalos a todos sobre Adrian Hughes. Muestra su foto como si fuera confeti. Y averigüemos la identidad del misterioso chico. Alguien sabe algo.

Reggie asintió. —Pocos siguen vivos. Muchos de esos jugadores de cartas ya estaban con un pie en la tumba.

—Estoy seguro de que pronto tendrás un golpe de suerte... ¿Gerry?

Gerry miró su pantalla mientras exponía sus hallazgos. —Me he puesto en contacto con los huéspedes del Hotel Moonrise que se

alojaron el viernes 24 de marzo de 1989 —dijo Gerry—. Laura Bauer y Jan Nowak no recuerdan haber visto o interactuado con Adrian en absoluto. Pero Tessa y James Garrick lo recuerdan muy bien.

Frank se inclinó sobre su escritorio, con los ojos muy abiertos.

Ahí va. Gerry Carver. La central de los avances.

—Emigraron a Australia cuando tenían sesenta y tantos años. Tessa no ha estado muy bien, así que hablé solo con James a través de Zoom. James Garrick reconoció la foto y recordó haber visto a Adrian esa noche. Estaba en el vestíbulo, sentado con Tessa, esperando a que Adrian terminara en recepción para poder registrarse —Gerry recorrió con la mirada a su audiencia por primera vez—. Estaba con un hombre mucho más joven. Al principio, James Garrick pensó que eran padre e hijo.

Dios mío, pensó Frank. *¿Es este el mismo chico del que Rory acaba de hablar? ¿El que Adrian estaba arrastrando al Anchor con él?*

—El joven empezó a discutir con el director del hotel. La cosa se puso muy tensa. Supongo que esto explica por qué quedó tan vívido en la memoria de James. Resulta que ya habían prohibido al joven alojarse allí. James recuerda que Adrian estuvo casi en silencio durante toda la discusión. Se mantuvo al margen mientras su acompañante acusaba a la dirección de tratarlo como basura. Finalmente, tanto Adrian como su enfadado acompañante se marcharon con sus maletas.

—¿Así que Adrian nunca llegó a alojarse allí?

—Sí —Gerry asintió—. Pero hay más. James conocía al director. Un tal Felix Cotton. Así que mientras James se registraba, interrogó a Felix sobre la discusión. Felix reveló que el joven era un acompañante masculino que ofrecía servicios sexuales, y por eso no podía alojarse en el hotel.

—Joder —dijo Frank—. ¿Podríamos ponernos en contacto con Felix?

—Falleció en 2017.

Mierda. Frank se giró y miró la foto de Adrian y luego volvió a mirar a su equipo. —Utilizaba prostitutos masculinos. Joder.

—Explica por qué mantenía sus salidas en secreto para su hermana —dijo Reggie.

—¿Quién era este joven? —preguntó Frank—. ¿Era el mismo que estaba en el Anchor? Necesitamos averiguar esto, chicos, lo antes posible.

—Tengo algo más —dijo Gerry—. Hablé con uno de los colegas de Felix de aquella época. No recuerda este incidente específicamente, pero recuerda una agencia local. Este joven no fue el primer trabajador sexual que cruzó su umbral. Había habido unos cuantos por aquella época. Todos trabajaban para una agencia llamada *The Sapphire Companions.* —Volvió a su pantalla del ordenador—. La agencia cerró en el 92. La propietaria y gerente, Kath Fielding, cumplió una pena de prisión por problemas fiscales.

—¿En lugar de por solicitar sexo? —Reggie resopló.

—Nunca la encontraron culpable de solicitar sexo, y nunca probaron que la agencia ofreciera nada más que compañía para eventos sociales y cosas así.

Frank puso las manos sobre la mesa, se inclinó y miró fijamente a Gerry. —Gerry, dime que está viva y coleando.

—Está viva.

—Bien hecho —Frank golpeó la mesa con la palma de la mano.

—Está en la residencia Whispering Willows.

Frank se enderezó, asintiendo. —Bueno, esperemos que la estén cuidando mejor de lo que ella cuidó a esos jóvenes en los ochenta.

Sonrió en dirección a Gerry, pero ella ya había vuelto a prestar atención al ordenador.

En ese momento, incluso la perdonó por rechazar descortésmente su oferta de desayuno bien intencionada, aunque bastante desacertada.

Frank dio por terminada la reunión para que Gerry y él pudieran ver a Kath, pero la vida secreta de Adrian realmente le preocupaba. No quería que su equipo tuviera ninguna duda. Seguían adelante y lo daban todo.

—Vale, si utilizaba prostitutos, que parece ser el caso, no lo hace menos merecedor de nuestro enfoque y atención. Si acaso, lo hace más. Recordad lo que le ocurrió de niño, recordad lo dañado que

estaba. Se lo debemos a él y a su hermana para obtener el panorama completo. ¿De acuerdo?

Todos gruñeron su afirmación.

¿Estaban de acuerdo?

Quién sabía.

Ahora mismo, ni siquiera sabía si estaba de acuerdo consigo mismo.

34

La opulenta fachada de la residencia Whispering Willows contrastaba notablemente con el sombrío propósito de la visita de Frank y Gerry. La extensa mansión victoriana, ubicada entre jardines meticulosamente cuidados, atendía a la élite adinerada en sus últimos años. Frank no pudo evitar sentir una punzada de repugnancia mientras se acercaban a la entrada, sabiendo que una parte significativa de las ganancias mal obtenidas de Kath Fielding probablemente habían financiado su estancia en este lujoso establecimiento.

Debido a su deteriorada salud, les llevó casi todo el día organizar esta reunión, pero finalmente consiguieron la cita. Whispering Willows no permitía perros en ninguna parte, así que Reggie había accedido a cuidar de Rylan, pero no sin que antes Gerry le advirtiera severamente que no le diera al Labrador ningún hueso de juguete.

Mientras los guiaban por los lujosos pasillos, Frank se preparó mentalmente, dejando a un lado sus sentimientos personales. Ya le había pedido a Gerry que dirigiera la entrevista. Temía estar demasiado nublado por sus juicios, especialmente después de hablar con una trabajadora sexual la otra noche y temer que su propia hija pudiera haber seguido el mismo camino. El enfoque pragmático de Gerry era necesario.

Encontraron a Kath sentada en su habitación junto a la ventana, sus frágiles manos manipulando hábilmente una gastada baraja de cartas. Las líneas grabadas en el rostro de Kath hablaban de una

vida vivida duramente, pero sus ojos aún brillaban con una agudeza que desmentía su edad. Parecía tener mejor salud de lo que las anteriores llamadas telefónicas habían hecho creer a Frank.

—Paciencia —dijo ella.

Al principio, sonaba como si les estuviera amonestando por su entusiasta aproximación, pero entonces Frank se dio cuenta de que simplemente se refería al juego.

—Lo aprendí bastante tarde en la vida. En prisión. —Levantó la mirada hacia ellos por primera vez—. Mantiene mi mente ágil. Si no fuera por las cartas, se habría convertido en polvo hace mucho tiempo.

Frank, que ya había tenido más que suficiente charla sobre cartas en esta investigación, presentó a Gerry y a sí mismo. Ambos se acomodaron en sillas alrededor de la mesa donde ella estaba jugando.

—He pagado mis deudas. —Dejó las cartas en una pila ordenada, sus movimientos deliberados y precisos—. Me niego a ser juzgada de nuevo.

Niégate todo lo que quieras, pero ¿qué diferencia hará? pensó Frank. *Considerando lo que hiciste, imagino que todo el mundo que conoces te juzga. Aunque no te lo digan a la cara.*

—Solo necesitamos información para ayudar con una investigación de asesinato —dijo Gerry—. Esto no tiene que ver con tu responsabilidad o culpa.

—¿Culpa? —Alzó una ceja—. Tuve algunos problemas respecto a la decisión del tribunal sobre mi culpabilidad en esos cargos fiscales.

—Como hemos dicho —intervino Frank—. Solo unas pocas preguntas.

Gerry colocó una fotografía sobre la mesa frente a ella.

—¿Recuerdas a Adrian Hughes?

Le echó un breve vistazo, su expresión impasible.

—Sí. Como confirmé antes cuando me llamasteis. ¿Pensabais que habría aceptado esta reunión si no lo recordara? Quiero ayudar.

Claro que quieres, pensó Frank. *Pero no habrías podido detenernos. Habríamos conseguido acceso a ti eventualmente.*

—¿Cómo murió? —Miró a Frank. Él vio la morbosa curiosidad brillando en sus ojos.

No estaba de humor para satisfacer esa pregunta con una respuesta.

—Alguien lo asesinó. —Gerry recondujo la conversación hacia ella sin dar detalles específicos—. ¿Qué recuerdas sobre Adrian Hughes?

Kath miró con desdén a Frank y se volvió hacia Gerry.

—Que era un cliente habitual y que siempre pedía a la misma persona.

—¿Y quién sería esa persona? —preguntó Gerry.

—Se llamaba Robert Wake.

Frank anotó el nombre. Presionó con fuerza el bolígrafo sobre su cuaderno.

—¿Y qué edad tenía? —Frank quería escuchar las palabras salir de su boca.

—Dieciséis. —Como si hablara del tiempo.

—Muy joven, ¿eh? —Frank entrecerró los ojos.

—Lo suficientemente mayor para trabajar. —Kath se encogió de hombros.

Frank clavó el bolígrafo con más fuerza en su cuaderno.

—¿Sabes cómo podemos ponernos en contacto con este Robert Wake? —La voz de Gerry era tranquila, y debía de sonar ridículamente profesional junto a la suya.

—Sí. Dirige un concesionario de coches. —Les dio la ubicación—. Hace unos cinco años, antes de que viniera aquí, fui con mi nieta a comprar un coche. Cuando lo reconocí, dejé que ella se encargara antes de que él me viera. Afortunadamente, ella no comparte mi apellido, o quizá no habría conseguido un descuento tan considerable. —Sonrió.

Qué pena habría sido, pensó Frank.

—¿Puedes contarnos algo más sobre la relación entre tu empleado, Robert Wake, y tu cliente, Adrian Hughes? —preguntó Gerry.

—Solo que de repente se agrió. Por eso lo recuerdo, ¿sabes? Lo cual es una suerte, ya que no tengo registros reales.

Frank respiró profundamente cuando detectó el fantasma de una sonrisa en su rostro.

—¿Cómo se agrió? —preguntó Gerry.

—Bueno, duró un tiempo. Supongo que alrededor de un año, pero no puedo precisarlo. Se veían cada par de semanas. Pero entonces Adrian se volvió posesivo, o eso afirmaba Robert. Yo no tenía ni idea.

Sin poder contenerse, Frank dijo:

—Adrian pedía a Robert cada vez y ¿no sospechaste que estaba siendo posesivo?

Kath se encogió de hombros.

—Era común que los clientes quisieran al mismo acompañante.

—¿Y qué te dijo Robert? —preguntó Gerry.

—Dijo que no vería más a Adrian. Que se lo estaba tomando demasiado en serio.

—¿Y qué pasó?

Ella asintió bruscamente, sus ojos duros e inflexibles.

—Le dije que hiciera su trabajo.

—¿Y pensaste que eso era lo correcto? —preguntó Frank.

—Absolutamente. Se le pagaba. —Sus palabras fueron cortantes y definitivas.

Escucharla justificarse hizo que el corazón de Frank martilleara en su pecho. Respiró profundamente, cediendo de nuevo la palabra a Gerry.

—Tu empresa ofrecía un servicio a hombres y mujeres. Alguien que pudiera acompañarlos a eventos y ofrecerles compañía en restaurantes. ¿Correcto?

—Exactamente. —Asintió.

—¿No relaciones sexuales? —preguntó Gerry.

Kath fingió una expresión confusa, sus ojos abiertos con fingida inocencia.

—Ofrecíamos un servicio para personas solitarias o solteras que necesitaban compañía. Si pasaba algo más, yo no sabía nada.

Mentirosa, pensó Frank.

—¿Sabías si Adrian y Robert mantenían una relación sexual? —Gerry mantuvo la presión.

Kath suspiró.

—No podría responder a eso. No puedo ser responsable de todo lo que mi empleado hiciera fuera del lugar de trabajo.

Frank sacudió la cabeza. ¡No podía soportar más estas tonterías!

—¿Sentías alguna responsabilidad por el bienestar de Robert?

—Le pagábamos bien. —Su tono era desdeñoso.

—Entonces, ¿su salud mental no era importante?

Ella se rio entre dientes. Un sonido bajo y chirriante que atravesó a Frank.

—Vamos, DCI. ¡Era un mundo diferente entonces, como bien sabes!

—Quizá, pero no recuerdo que fuera tan bárbaro.

Ella puso los ojos en blanco.

—Entonces, ¿qué pasó cuando exigiste que Robert siguiera viendo a Adrian? —La voz de Gerry cortó la tensión.

—Se fue y renunció.

Bien por él, pensó Frank.

—¿Te sorprende?

Kath se encogió de hombros.

—¿Sabes qué pasó con Robert después de eso? —preguntó Gerry.

—Claro que no. Una vez que dejó de estar en nómina, dejó de estar en nómina. Luego, como he dicho, hace cinco años, lo vi en ese concesionario, ¡con todo el aspecto de haber triunfado! Se ha hecho una buena vida. —Sonrió con suficiencia—. Me gusta pensar que jugué algún papel en eso.

Frank sintió una oleada de ira ante la ligereza en la voz de Kath, como si todo el sórdido asunto fuera solo una anécdota moderadamente interesante para contar en cenas. La forma casual en que hablaba del trauma del chico, la manera en que restaba importancia a su propia complicidad en su sufrimiento, le revolvía el estómago a Frank.

—Jesús —dijo Frank—. El chico tenía dieciséis años. ¿No tienes ninguna vergüenza?

—Como dije antes, pagábamos bien. Era un buen trabajo. ¡Ofrecer compañía mientras cenaba en buenos restaurantes e iba a

fiestas de cócteles! Estoy segura de que no todo era malo.

—No puedes hablar en serio ahora mismo. ¡Dieciséis! Lo pusiste en peligro.

—¡Compórtate! —Kath lo apartó con un gesto. Era un ademán que hablaba de toda una vida de racionalizaciones—. ¿Un chico de dieciséis años? Son condenadamente fuertes. ¿Has olvidado cuando eras joven, DCI? Me aseguré de que todas nuestras chicas fueran mayores de dieciocho.

—¿Has intentado justificar esto ante tu nieta? —preguntó Frank.

—Ella no pregunta.

—¿Porque le estabas comprando un coche?

—Porque conoce la verdad. —Kath suspiró, tratando de transmitir una paciencia sufrida—. ¿Algo más en lo que pueda ayudaros antes de que os vayáis?

—¿Adrian solicitó alguna vez a alguien más? —preguntó Gerry.

—Sí... pero solo después de que Robert se fuera. No puedo recordar cuántas veces. No tantas. Eventualmente, perdimos su negocio. Supongo que se sintió traicionado por la situación con Robert. Siempre es una lástima, la verdad. Perder a un cliente habitual.

Frank soltó una carcajada.

—Perdiste el negocio porque alguien lo apuñaló y lo selló detrás de una pared.

Kath levantó una ceja y Frank se arrepintió inmediatamente de haber satisfecho esa curiosidad mórbida que ella había mostrado antes.

—A finales de agosto de 1989 —dijo Gerry.

Kath asintió.

—Hace tanto tiempo... así que esa es la verdadera razón por la que nunca volvimos a saber de Adrian. Interesante.

—¿Quién era el joven que Adrian solicitó después de Robert? —preguntó Gerry.

Kath suspiró y sacudió la cabeza.

—Mi memoria me está fallando. Solo recuerdo a Robert por nuestra disputa sobre todo aquello. Para ser honesta, teníamos muchos empleados por entonces. —Fijó su mirada en Frank—. Pero

te lo diría si pudiera recordarlo. —Sonaba sincera, pero él no podía evitar dudar de sus palabras.

—¿Puedes recordar si Adrian alguna vez solicitó compañía para el pub Rusty Anchor? —preguntó Gerry, con su bolígrafo suspendido sobre su cuaderno.

Ella se lo pensó un momento, su ceño fruncido en concentración.

—Me suena familiar. Pero las piezas no siempre encajan en mi cabeza ya.

—¿Qué hay del Hotel Moonrise? —preguntó Frank.

Kath se encogió de hombros.

—Lo siento.

Frank se dio cuenta de que era la primera vez que Kath se disculpaba por algo desde que habían entrado en la habitación.

Después de otra serie de preguntas que no produjeron nada, Frank se levantó y se marchó sin despedirse, dejando a Gerry las cortesías.

De vuelta en el coche, un Audi prestado del trabajo debido a la aversión de Gerry hacia Bertha, Frank dijo:

—Es toda una pieza, pero al menos tenemos un nombre. Robert Wake. Pero si su memoria es precisa, tenemos otro joven por identificar. Lo más probable es que fuera este segundo joven quien estaba con él en el Rusty Anchor.

Gerry investigó en su teléfono, usando la información del concesionario de coches que les había dado Kath.

—Robert Johnson —dijo—, dirige este concesionario. Lo ha hecho durante diez años.

—Kath dijo hace cinco años, así que confirmemos que cambió su nombre de Wake a Johnson antes de hablar con él.

Gerry asintió.

Mientras Gerry hacía la llamada telefónica, Frank reflexionó sobre el primer momento en que había visto los restos de Adrian, y el impulso que había sentido por encontrar la verdad y obtener justicia.

Si Adrian realmente había acosado a Robert Wake de dieciséis años, y le había pagado dinero por sexo, entonces todo lo que Frank había sentido hasta este punto estaría bajo un severo escrutinio.

Pero era importante contener el juicio hasta tener todos los hechos.

Y si resultaba ser verdad, ¿podría encontrar factores atenuantes? ¿Alguna pizca de contexto que pudiera explicar, si no excusar, las acciones de Adrian?

Tal vez Adrian nunca supo que Robert era tan joven.

O quizá Adrian, destrozado por su propia experiencia de abuso, no podía formar relaciones adecuadas y se sentía atraído por la prostitución.

Pero ¿cuánta atenuación se le podría permitir? ¿En qué punto la comprensión y la empatía cedían paso a la responsabilidad y las consecuencias?

Fuera lo que fuera lo siguiente, una cosa era obvia.

Las revelaciones se estaban volviendo cada vez más turbias, y a Frank realmente no le gustaba.

Ni un poco.

35

DURANTE LAS ÚLTIMAS HORAS, Rob había estado sentado en su coche cerca de la gran casa georgiana de Sir Gideon Blackwell en las afueras de Whitby. Su teléfono había sonado varias veces desde un número desconocido. Un tal DCI Frank Black había dejado un mensaje. Una solicitud para hablar con él sobre una antigua investigación.

Un asunto urgente.

Ahora no, había pensado, frotándose las sienes. *Sea lo que sea, DCI, no puedo hacer eso ahora. Ya hay demasiadas cosas ocurriendo.*

Sarah también había dejado varios mensajes presionándole sobre cuándo volvería a casa para prepararse para ir a la obra de Sophie.

Había considerado llamarla, decirle que no se preocupara, que volvería pronto, pero la verdad era que no sabía si lo haría.

Con toda honestidad, no sabía qué estaba haciendo.

El mundo estaba dando vueltas.

Otro mensaje de texto de su esposa solo intensificó la situación.

> La policía ha pasado por aquí. ¡Un tal DCI Frank Black! Necesitan tu ayuda con algo. ¿Qué está pasando?

Buena pregunta, pensó. *No tengo ni idea.*

Después de que oscureciera, acercó su coche a la imponente propiedad de Gideon. Sus ventanas brillaban a la luz de la luna como

ojos vigilantes.

Agarrando el volante, intentó comprender qué le había llevado a este lugar, pero su mente era un torbellino de emociones contradictorias. Rabia hacia el hombre en esa casa; preocupación por la familia que adoraba; y culpa por su obligación hacia Bryan.

Su teléfono vibró en su bolsillo, y miró su reloj inteligente para ver un mensaje de su esposa.

> ¡La actuación de Sophie está a punto de comenzar!
> ¿¿¿Dónde estás???

Rob cerró los ojos y vio lo que debería estar sucediendo.

Él, entre el público, viendo cómo brillaba su hija. El padre orgulloso. Agarrando la mano de la mujer que adoraba. El marido amoroso.

Esto era quien él era. Quien siempre había querido ser.

Abrió los ojos y volvió a mirar la casa de Gideon. Aquellas ventanas intimidantes de repente se difuminaron en los ojos de aquel depredador de mediana edad a finales de los ochenta, mirando a Rob mientras le exigía que se tumbara en una cama.

Salió de su vehículo y caminó por el sinuoso camino de entrada, mirando con desprecio la casa de Gideon. Un monumento al éxito del monstruo. Un símbolo del poder que una vez ejerció y que le había valido un título de caballero.

El ex diputado conservador, Gideon, había sido una figura controvertida: alabado por algunos por sus esfuerzos para revitalizar la industria turística de Whitby, odiado por otros por su firme apoyo a las medidas de austeridad que habían dejado a innumerables familias luchando para llegar a fin de mes.

Rob tocó el timbre, su corazón latiendo fuertemente en su pecho mientras esperaba una respuesta. Un momento después, la puerta se abrió revelando al propio Gideon, sentado en una silla de ruedas, la mitad de su rostro paralizada en una mueca permanente. Rob había leído en algún sitio sobre su derrame cerebral, pero no sabía la magnitud del daño que había causado.

—¿Puedo ayudarle? —El habla de Gideon era arrastrada y difícil de entender.

Rob forzó una sonrisa. —Sir Gideon Blackwell, soy amigo de su hijo, Neil. Esperaba poder entrar y hablar con usted un momento. Me llamo Rob Johnson.

No hubo reconocimiento. Pero, ¿por qué habría de haberlo, después de tantos años?

Este individuo salvaje no había perdido tiempo en conocer a las personas que consumía.

—¿De qué se trata? —preguntó Gideon.

—Una propuesta de negocio. Neil dijo que estaría interesado.

Gideon lo pensó, luego con su único ojo bueno entrecerrado, asintió y retrocedió con su silla de ruedas alejándose de la puerta, permitiendo que Rob entrara.

El interior de la casa era tan grandioso como el exterior, todo madera pulida y mármol reluciente. Rob siguió a Gideon hasta el salón y observó los lujosos muebles y las diversas modificaciones hechas para adaptarse a los problemas de movilidad de Gideon: las estanterías bajadas, las puertas ampliadas y las barandillas que recorrían todas las paredes.

—¿Le gustaría tomar algo? —Gideon señaló hacia el bien surtido bar en la esquina de la habitación—. ¿Whisky, quizás?

Rob asintió. —Sí, por favor. —Observó, con la boca seca, cómo Gideon dirigía su silla de ruedas motorizada hacia el bar, sus movimientos lentos y torpes.

¡Cómo han caído los poderosos, Gideon!

El labio superior de Rob se curvó hacia arriba mientras recordaba a Gideon tirando de su brazo con fuerza hacia atrás y presionándolo firmemente, boca abajo, contra la cama, asfixiándolo...

Ver a este hombre una vez poderoso reducido a esto —una sombra de su antiguo yo, probablemente dependiente de otros incluso para las tareas más básicas— le producía cierta satisfacción.

¿Habría sido suficiente para ti, Bryan?

Por supuesto, no sería suficiente. Y Rob se dio cuenta de algo más, también. Se dio cuenta de que ver a Gideon de nuevo así, después de todos estos años, tampoco era suficiente para él.

Mientras Gideon servía las bebidas, Rob deambuló por la habitación, sus ojos saltando de un caro adorno a otro.

La mirada de Rob se posó en un conjunto de figuras de marfil intrincadamente talladas, sus delicadas características testimonio de la habilidad del artesano. Un globo terráqueo bañado en oro descansaba sobre un soporte de caoba, los continentes grabados con minucioso detalle. En la repisa de la chimenea, una serie de decantadores de cristal brillaban con la suave luz, sus contenidos sin duda tan raros y costosos como los recipientes que los contenían.

Inventó una historia sobre su amistad con Neil.

—Neil y yo nos conocemos desde hace mucho —Rob mantuvo un tono casual—. Estuvimos juntos en Oxford, ¿sabe?

Gideon hizo una pausa en sus esfuerzos por servir el whisky, su ojo bueno entrecerrándose. —¿Es así? Neil nunca le mencionó.

Rob se rio, un sonido hueco incluso para sus propios oídos. —Bueno, ya sabe cómo es esto. Indiscreciones juveniles y todo eso. Estoy seguro de que hay muchas cosas sobre sus días en Oxford que Neil no le ha contado.

Observó cómo Gideon luchaba con el pesado decantador de cristal, sus manos temblando con el esfuerzo. El líquido ámbar se agitaba peligrosamente cerca del borde de los vasos, pero de alguna manera, Gideon los llenó sin derramar ni una gota.

—Aunque lo pasamos bien —Las mentiras fluían con facilidad ahora—. Noches tardías en el pub, persiguiendo chicas, ese tipo de cosas. Recuerdo una vez...

Mientras inventaba falsas anécdotas, sus oscuros pensamientos continuaban susurrando.

El derrame ha destruido parcialmente a este hombre, ¿pero es lo parcial realmente suficiente?

¿Hay algo que no sea la destrucción completa que sea suficiente?

Incluso si no puede moverse, puede recordar, ¿verdad? ¿Perderse en los recuerdos de lo que nos hizo? Disfrutar...

Interrumpió las anécdotas, reconociendo lo que era este monstruo.

Gideon lo había invadido. Tanto a él como a Bryan. Los había tratado como carne. No solo una vez, sino una y otra vez. Durante

varios meses. Los había contratado como acompañantes, para que su palabra no significara nada. ¿Y cuando se había aburrido de ellos? ¿Quién vendría después? No lo sabía, pero ciertamente había ocurrido.

Este hombre era un verdadero depredador.

Gideon había erosionado su autoestima. Había reducido a Bryan a una cáscara destrozada. Rob podría haberse reconstruido, desarrollado una vida que merecía la pena, pero aun así, sus entrañas seguían doliendo por el daño causado.

Mirando al patético hombre ahora, nunca podría haber imaginado una oportunidad tan fácil. Jamás en sus sueños más salvajes.

Estaba indefenso. Si tuviera un accidente, ¿alguien lo cuestionaría?

Podría ser tan simple como una caída.

Gideon se acercaba a él ahora en su silla de ruedas motorizada, una bandeja sujeta a un soporte en el lateral, sosteniendo los dos vasos de cristal de whisky.

Los dedos de Rob se crisparon. Pero cuánto más gratificante sería enroscar sus dedos alrededor del cuello de aquel asqueroso hombre. Ver cómo la luz abandonaba sus ojos.

—Hablando de Neil... —Rob aceptó el vaso de whisky de Gideon —. Le va bien. En nuestro grupo, nadie esperaba que fuera el más exitoso. No deberíamos haber dudado de sus habilidades como arquitecto.

Gideon asintió, un destello de orgullo cruzando sus devastadas facciones. —Sí, siempre ha tenido talento para el diseño. Incluso de niño, siempre estaba dibujando modelos de edificios. Sabía que llegaría a ser alguien.

Rob bebió su whisky, el suave ardor del alcohol haciendo poco para aplacar la rabia que hervía en sus entrañas. —Debe ser agradable tener un hijo así. Alguien que continúe el apellido familiar, que le haga sentir orgulloso.

El teléfono de Rob volvió a vibrar en su bolsillo, otro mensaje de Sarah apareciendo en su reloj.

¡Está en el escenario ahora! ¡¡Es preciosa!! Esto la disgustará mucho. Por favor, date prisa.

—Entonces —dijo Gideon—. ¿Cuál es esa propuesta?

Y entonces, la combinación de saber que estaba bebiendo con un hombre que le había robado tanto a él y a Bryan, y que había decepcionado a su hija, provocó una oleada de ira. Una furia candente que amenazaba con consumirlo. Miró a Gideon y sintió el impulso de arremeter, de hacerle pagar por todo el dolor que había causado. —No hay ninguna.

—No comprendo.

Rob bebió el whisky de un trago.

—Creo que es hora de que se vaya —Las palabras de Gideon apenas eran inteligibles—. No sé quién es usted, pero no es amigo de Neil.

Rob vio a Gideon moviéndose hacia la pared lejana, donde había un botón de pánico convenientemente colocado a una altura que podía alcanzar fácilmente. Rob se abalanzó hacia delante, agarrando la parte trasera de la silla de ruedas de Gideon y deteniéndolo bruscamente.

—Es demasiado tarde.

Dio la vuelta al otro lado de la silla de ruedas y miró a Gideon. El único ojo bueno de Gideon se ensanchó, miedo y confusión mezclándose en su profundidad. El lado funcional de su boca se abrió para hablar, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, el teléfono de Rob volvió a vibrar, y miró su reloj.

No puedo creer que te estés perdiendo esto. ¡Por el amor de Dios!

Rob sintió que la rabia dentro de él ardía más intensamente que nunca, consumiendo cada pensamiento racional. Su mirada cayó sobre la chimenea, el hogar de piedra adquiriendo un nuevo y siniestro significado. Rodeó la parte trasera de la silla de ruedas y la giró para enfrentarla a la chimenea.

Rob casi podía ver cómo se desarrollaba en su mente: el cráneo de Gideon rompiéndose contra el implacable hogar de piedra, la sangre formando un charco alrededor de su cuerpo sin vida.

—Es lo que te mereces —dijo en voz alta.

36

El último de los compañeros de Phoebe se despidió y abandonó el edificio, sus voces desvaneciéndose en la noche. Afuera, la oscuridad había caído como una manta gruesa y sofocante, pero Phoebe no podía obligarse a marcharse, aún no, aunque concentrarse en el trabajo parecía una tarea imposible.

Había pasado más de una hora desde que debería haberse encontrado con Julian en el Bosque de Larpool. Con cada segundo que pasaba, el nudo en su estómago se apretaba más, la sensación de temor se hacía más palpable. No había recibido noticias de David sobre lo que había ocurrido en el punto de encuentro, y el silencio era ensordecedor, un vacío que su imaginación se apresuraba a llenar con miles de posibilidades horripilantes. Phoebe sabía, en el fondo, que recibiría una actualización cuando regresara a casa, pero que no sería la imagen completa.

David simplemente le diría que todo había terminado, que ya no tenía que preocuparse más. No sería suficiente, y ella se lo diría. ¿Cómo podría dejar de preocuparse si él no era completamente transparente con ella? El pasado de su marido distaba mucho de ser intachable. A él no le gustaba hablar de ello, de la misma manera que a ella no le gustaba hablar del suyo, pero tenía sus sospechas.

Aún, hasta el día de hoy, no podía creer lo afortunada que había sido. Tras las muertes de Felix Delaney y Theresa Long, la policía nunca la había relacionado con Julian Sims o con el crimen.

David haría cualquier cosa para evitar que eso sucediera. Si alguna vez se supiera la verdad sobre lo ocurrido en 1990, ella iría a la cárcel.

En el fondo, sabía que Julian Sims no saldría vivo de esa reunión.

Con un suspiro tembloroso, observó los diversos premios que decoraban las paredes de su oficina, testimonios de su éxito, su filantropía. La placa de "Líder Visionaria" del Consejo Nacional para Organizaciones Voluntarias, el certificado de "Contribución Sobresaliente a la Educación" del Departamento de Educación... cada uno un recordatorio del bien que había hecho, de las vidas que había tocado. Y, sin embargo, en ese momento, se sentían huecos, sin sentido frente a las sombras que amenazaban con engullirla.

Sin quererlo, las palabras de su marido aquella mañana resonaron en su mente.

Mañana a esta hora, todo será una pesadilla pasada.

Pero, ¿sería realmente así?

¿Podría alguien borrar realmente manchas tan viles de su pasado?

¿Enterrar pecados que se adhieren a ti como una segunda piel?

Miró su teléfono. La pantalla permanecía oscura y silenciosa, burlándose de ella con su vacuidad.

Con el estómago revuelto, se dirigió al baño.

Su lugar de trabajo resultaba inquietante en su vacío, los pasillos que antes bullían de vida ahora tan silenciosos como una tumba. La mayoría de las luces estaban apagadas, los sensores de movimiento habían renunciado hace tiempo a detectar cualquier señal de movimiento, y los pasos de Phoebe resonaban con fuerza en el pasillo desierto, cada uno un recordatorio discordante de su soledad. Cada sombra parecía albergar una amenaza, cada destello de movimiento un peligro oculto. El débil zumbido del sistema de ventilación sonaba anormalmente fuerte en la quietud. Varias veces, se detuvo con la mano apretada contra su pecho, con el corazón acelerado mientras escudriñaba la oscuridad, segura de haber visto algo al acecho justo fuera de su vista.

Cuando finalmente llegó al baño, las luces automáticas se encendieron, duras y cegadoras después de la penumbra del

corredor. Phoebe se apoyó en el lavabo, su reflejo le devolvía la mirada desde el espejo, pálido y atormentado. Cerró los ojos...

Y allí estaba, el recuerdo que nunca dejaba de enviarle un escalofrío por la espalda. La cara de Julian, iluminada por el infierno, sus ojos en carne viva.

Jadeando, abrió los ojos, abrió el grifo y se salpicó agua fría en la cara. El agua helada se sentía como agujas en su piel enrojecida, pero la conmoción la devolvió al presente.

Pero los pensamientos no la abandonaban, las preguntas que la habían atormentado durante tanto tiempo. Si no hubiera huido al día siguiente, si se hubiera quedado con Julian en lugar de buscar el santuario de sus padres, ¿qué rumbo habría tomado su vida? ¿Habría sido arrastrada a la oscuridad con él, consumida por la misma locura que lo había llevado a actos tan desesperados?

El repentino timbre de su teléfono sacó a Phoebe de sus cavilaciones, el sonido anormalmente fuerte en la quietud del baño. Con dedos temblorosos, rebuscó en el bolsillo de su traje, con las manos temblando mientras finalmente extraía el dispositivo y contestaba.

—¿Pheebs?

—David, gracias a Dios.

—Escúchame. —Su voz estaba tensa por el pánico—. Tienes que subir a tu coche y venir a casa. Ahora mismo.

—¿Qué ha pasado? —Su voz sonaba pequeña, incluso para sus propios oídos, una cosa frágil en la vastedad de la habitación vacía —. ¿David?

—No hay tiempo, Pheebs. ¡Solo ven a casa! Te lo ruego.

Su mente daba vueltas. Él hablaba en un tono cortante y urgente que nunca antes le había oído. Pero ella no sería pasiva. Después de lo que había pasado en 1990, había jurado no volver a ser esa persona. —¿Qué ha pasado?

—Lo jodieron, Pheebs. Se escapó.

La realidad de la situación se hundió en ella, y con ella llegó una ola de miedo tan intensa que casi la hizo caer de rodillas. —Vale.

Después de colgar, se quedó mirando su teléfono en estado de shock, sin poder moverse. Pensó en el vasto y vacío edificio en el

que estaba sola. Ya no un santuario sino una trampa, un laberinto de rincones oscuros y amenazas ocultas. Miró alrededor del silencioso baño, con el corazón martilleándole en el pecho.

Con un inmenso esfuerzo de voluntad, se apartó del lavabo, respirando profundamente e intentando calmarse.

En el espejo, notó que una de las puertas de los cubículos estaba casi cerrada.

El corazón de Phoebe saltó a su garganta, su pulso retumbando en sus oídos mientras miraba fijamente la puerta, cada músculo de su cuerpo tenso para luchar o huir.

—¿Hola? —llamó.

Nada. Los segundos parecían estirarse hasta la eternidad mientras permanecía allí, apenas atreviéndose a respirar.

Entonces, se arrodilló y miró debajo de la puerta del cubículo, esperando ver pies.

Al no ver nada, se ordenó a sí misma recomponerse, se levantó y se lanzó hacia la puerta del baño.

Marchando de vuelta hacia su oficina, con el corazón tronando, observó las sombras en movimiento en la oscuridad. Parecían multiplicarse con cada paso. Cada una un potencial agresor, un espectro de su pasado, que venía a llevársela. Se obligó a mantener la calma. Aunque tenía la boca seca y la lengua se le pegaba al paladar.

Después de coger su bolso de la oficina, salió de su planta, deteniéndose solo lo suficiente para comprobar que todas las puertas quedaban bien cerradas tras ella. Corrió hasta el ascensor. Sin aliento, golpeó el botón mientras miraba a izquierda y derecha por el pasillo vacío. —Vamos... vamos... —La espera era interminable, cada segundo pasando con una lentitud agonizante, y se encontró mirando por encima de su hombro una y otra vez, segura de que en cualquier momento, Julian se materializaría de entre las sombras.

Las puertas se abrieron. —Gracias a Dios. —Se deslizó dentro del ascensor.

Pulsó el botón del aparcamiento subterráneo una y otra vez. Su corazón realmente parecía que iba a estallar de su pecho. —Por el

amor de Dios, ciérrate.

Las puertas se cerraron. Mientras descendía, se apoyó contra la fría pared metálica del ascensor, sintiendo la humedad de su camisa pegándose a su piel, cerrando los ojos, recuperando el aliento. —Está bien. —En su mente, visualizó dónde había aparcado. Había dado marcha atrás y estaba contra la pared justo a la izquierda de este ascensor.

Estarás en tu coche en cuestión de segundos.

Abrió los ojos. Las puertas del ascensor se abrieron con un suave timbre. Phoebe salió al aparcamiento. Las luces automáticas parpadearon en lo alto. El duro resplandor fluorescente conjuró una serie de espeluznantes sombras en las paredes de hormigón. Su lugar de trabajo había sido inquietante en la tercera planta, pero esto era un nivel completamente nuevo. El espacio casi desierto estaba quieto y opresivo. Quedaban tres vehículos, incluido el suyo. Se dirigió a la izquierda hacia su BMW, mirando hacia la cámara de CCTV montada en la esquina, su ojo inexpresivo era un ligero consuelo. No se arriesgaría a nada aquí, ¿verdad?

Con un suspiro profundo, sacó sus llaves y apretó el botón. El suave pitido de los seguros al abrirse hizo eco en la cavernosa extensión.

Extendió la mano hacia la manija...

Y entonces, por el rabillo del ojo, vislumbró un movimiento al otro lado del coche. Alguien se estaba levantando de una posición agachada, una figura oscura desplegándose de entre las sombras.

A Phoebe se le cortó la respiración mientras abría la puerta de un tirón, desesperada por poner una barrera, cualquier barrera, entre ella y la amenaza desconocida.

Apenas había puesto un pie dentro del coche cuando la figura, vestida con pasamontañas y chándal, había rodeado la parte delantera del vehículo y le había tirado de la cabeza hacia atrás agarrándola por el pelo.

Su agresor tiró, arrastrándola fuera del vehículo. El dolor en su cuero cabelludo le llenó los ojos de lágrimas. —¡Suéltame! —Clavó sus uñas en los dedos enredados en su pelo.

La figura la golpeó contra la puerta trasera cerrada del BMW, sacándole el aire de los pulmones.

Tragó aire, parpadeando para disipar las manchas que nublaban su visión.

Entonces reconoció los ojos que la miraban desde detrás del pasamontañas. *En carne viva. Iluminados por un coche en llamas.* —Julian...

Su mano se cerró alrededor de su garganta, cortando sus palabras y su aire.

Se inclinó cerca, su aliento caliente contra su oreja mientras siseaba:

—Todos esos años, me mantuve callado. —Apretó más fuerte, sus dedos hundiéndose en la suave carne de su cuello—. No creí estar pidiendo mucho. Tú conseguiste una vida. Yo no.

El mundo se oscurecía por los bordes. Sus sienes palpitaban mientras sus pulmones gritaban por aire. Arañó la mano de Julian, pero fue inútil contra su agarre de hierro. —¿Y luego alguien me dispara en el bosque?

Phoebe oyó las palabras pero estaba demasiado consumida por el pánico y la desesperación para comprenderlas. Se centró en un único y solitario pensamiento en su mente.

Sobrevivir.

Impulsada por pura adrenalina, actuando más por instinto que por pensamiento consciente, levantó la rodilla, golpeándolo en la ingle.

Él gruñó de dolor, aflojando su agarre lo suficiente para que Phoebe se liberara, jadeando y tosiendo mientras el aire volvía a sus pulmones hambrientos.

Julian tropezó hacia atrás, y ella golpeó de nuevo. Esta vez, su rodilla. Él se desplomó en el suelo. Ella rodó por el lateral del vehículo, permitiéndose caer por la puerta abierta. Retrajo sus piernas, se enderezó en el asiento y cerró la puerta de golpe con la suficiente fuerza como para hacer temblar las ventanas. Con manos temblorosas, presionó los seguros automáticos. Se activaron con un satisfactorio chasquido.

Pulsó el botón de encendido. El motor rugió. Confundida, pero jubilosa de que él aún no hubiera reaparecido, pisó el acelerador...

Se escuchó un fuerte estrépito cuando Julian aterrizó sobre el capó.

Que te jodan.

Presionó con más fuerza el acelerador, haciendo que el coche avanzara con ímpetu. Levantó la mirada, directamente a esos ojos de nuevo, asomándose por el pasamontañas. Más llenos de odio que nunca.

¿Y por qué no habrían de estarlo?

Había pasado toda su vida en prisión, sin traicionarla ni una sola vez, y ella se había quedado de brazos cruzados cuando su marido envió a alguien para acabar con su vida en el Bosque de Larpool.

Pisó los frenos.

Julian salió volando del capó. Su cuerpo se sacudió como un muñeco de trapo en el aire hasta que su cabeza se estrelló contra una baliza. Cayó al suelo con un crujido, boca abajo.

Phoebe simplemente se quedó allí sentada, con las manos aferrando el volante hasta tener los nudillos blancos, mirándolo a través del parabrisas.

Intentó calmar su respiración, pero era muy difícil hacerlo.

Tirado en ese montón retorcido, Julian parecía casi sin huesos.

Esperó, anticipando algún atisbo de movimiento. Si veía el más mínimo temblor, pisaría el acelerador a fondo y desaparecería en la noche, dejándolo roto y sangrando a su paso.

Pero no hubo nada, solo el zumbido constante del motor de su BMW, el áspero sonido de su propia respiración trabajosa.

Lentamente, apenas atreviéndose a creer que todo había terminado, acercó el coche a él, girando mientras lo hacía, hasta que estuvo a su lado. Él estaba tumbado sobre su mejilla derecha, así que podía ver su ojo izquierdo a través del pasamontañas. El ojo miraba al frente, vidriado y vacío. Un charco de sangre se extendía alrededor de su cabeza deforme, oscuro y brillante bajo la dura luz.

Podía saborear la bilis.

Oh Dios. ¿Qué había hecho? Él estaba muerto.

¿Por qué no le habían pagado sin más?

¿100.000 libras o esto?

Apretó los dientes. *Deberían haberle pagado, joder.*

Y ahora tenía un problema real.

No podía simplemente irse en coche y dejarlo atrás. Había cámaras de CCTV por todas partes, ojos mecánicos fríos que habían sido testigos del asesinato.

Con dedos temblorosos, marcó el número de David. —Soy yo. — Su voz era espesa y ahogada mientras seguía jadeando por aire.

—¿Estás vinien...?

—¡Para, David! Escucha... está muerto. Yo... yo lo maté.

—*¿Qué?* Jesús, ¿qué...?

—Me atacó en el aparcamiento. Llevaba un pasamontañas, ¡pero era él! Fue un accidente. Estaba en mi capó. Intenté escapar. Se golpeó contra una baliza...

—Pheebs, tranquilízate... —Intentó mantener su voz calmada, pero ella podía oír la corriente subyacente de pánico.

—Hay CCTV. Estoy jodida.

—Un momento. —Hubo una larga pausa mientras pensaba—. Vale, Pheebs, escúchame con atención. —La voz de David era tranquila, controlada, un salvavidas en el caos que amenazaba con consumirla. Le instruyó sobre el mejor curso de acción. Sonaba razonable, excepto...

—Sí, pero ¿y si descubren que lo conozco?

—¿Por qué sospecharían eso? Llevaba un pasamontañas, así que nunca viste su cara. Y, si te dan su nombre, no delates nada en tu expresión. ¿Lo entiendes?

—Sí. —La palabra fue poco más que un susurro—. Sí, puedo hacerlo.

—Bien. Te quiero, Pheebs. Superaremos esto. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Por un breve y histérico momento, Phoebe se preguntó si todo esto era algún sueño retorcido, producto de su psique fracturada que finalmente se hacía añicos bajo el peso de tantos secretos, tantas mentiras.

Pero la sangre en el suelo era real. El cuerpo yaciendo roto e inmóvil, eso también era real.

Con mano temblorosa, marcó el 999, su corazón latiendo como un tambor mientras esperaba a que el operador respondiera.

37

Abadía de Whitby. Piedra desgastada. Arcos imponentes.

Ojos rojos taladrando su espalda.

199 escalones. Pantorrillas doloridas.

Su corazón late con fuerza.

Viento salado. Mares embravecidos. Gaviotas llorando.

Su respiración se vuelve entrecortada.

El casco antiguo de Whitby. Desierto. Callejones serpenteantes.

El eco de patas sobre los adoquines.

Church Street. Antiguas casas de pescadores. Tejados de tejas rojas. Muros castigados por el tiempo.

Un aliento caliente le quema la nuca.

El Puente Giratorio. Seguridad. Sobre el río Esk.

Casi ha llegado.

Una oportunidad.

Ninguna oportunidad.

La forma masiva del perro espectral bloquea el camino.

Ojos rojos brillantes fijos en su rostro.

Fauces abiertas.

Un abismo de oscuridad-

El Barghest se abalanza.

Los ojos de Mike se abrieron de golpe, recorriendo frenéticamente la habitación oscura y desconocida. Las sombras le oprimían por todos lados, sofocantes y desorientadoras. Su corazón se aceleró, golpeando contra su caja torácica. «¿Dónde estoy?»

Giró la cabeza de lado a lado, con movimientos lentos y descoordinados, y luego miró hacia su pesado pecho, que subía y bajaba rápidamente con cada respiración laboriosa.

Lentamente, rostros preocupados fueron apareciendo a su alrededor, sus rasgos borrosos e indistintos al principio, como figuras en la niebla.

—¿Emma? —Su garganta estaba en carne viva, su boca seca como el polvo. Entrecerró los ojos, tratando de entender la escena que tenía ante él.

—Soy yo, Mike. Estoy aquí —la voz de Emma estaba cargada de emoción mientras le apretaba la mano, sus dedos cálidos y reconfortantes contra su piel húmeda y fría.

Podía ver lágrimas en sus ojos. —Gracias a Dios, Emma. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

—Mike... —las palabras de Emma parecían venir de lejos, amortiguadas y distorsionadas—. Mike... has sufrido un infarto.

Logró asentir levemente, mientras su mirada recorría una vez más la habitación, observando las paredes blancas y estériles, los monitores que emitían pitidos, el enredo de tubos y cables conectados a su cuerpo. Una oleada de pavor le invadió, fría e inexorable.

—¿Ha llegado mi hora? ¿Es este el final? —Su voz se quebró, apenas audible.

Los labios de Emma se movieron, su expresión urgente y suplicante, pero sus palabras se desvanecieron en el fondo, ahogadas por el sonido de la sangre en sus oídos. La habitación giró, la oscuridad invadiendo los bordes de su visión como nubes de tormenta que se acercaban.

Mientras Mike sentía que volvía a sumirse en la inconsciencia, habría jurado que vio un par de ojos rojos brillantes observándole desde las sombras: el Barghest esperando para reclamar su alma.

38

A PESAR DE las revelaciones de la entrevista con Kath, el día se había esfumado rápidamente.

Rob Johnson, anteriormente conocido como Robert Wake, no había estado en el trabajo, ni en casa. Tampoco respondía a su móvil.

Frank había visitado la residencia de los Johnson más temprano. Sarah, la esposa de Rob, le aseguró a Frank que su marido regresaría pronto a casa porque no se perdería por nada del mundo la actuación de su hija en la representación de *Romeo y Julieta*. Le dijo que le transmitiría el mensaje y preguntó de qué se trataba. Frank había sido deliberadamente ambiguo. —Nada de qué preocuparse. Solo necesitamos su ayuda con una investigación.

Mientras Bertha hacía rebotar su cuerpo cansado por el camino a casa, Frank se dio cuenta de que la falta de progreso lo había dejado inquieto e insatisfecho. El carácter emergente de su víctima también lo atormentaba. Era difícil conciliar la descripción de Rowena del hermano amable y amante de los cómics con el hombre que explotaba a jóvenes vulnerables para su propia satisfacción.

Este hilo de pensamiento lo llevó a Maddie. Como Adrian, ella había ocultado partes de sí misma a sus seres queridos.

El impulso de adormecer su mente turbada con una copa era fuerte, pero ya se había prometido poner fin a eso. Se recordó a sí mismo el motivo. *Si no lo controlo ahora, entonces me controlará por completo. Y entonces, ¿de qué sirvo? Vale, estoy destinado al*

desguace, pero cuando finalmente me tumbe en él, quiero hacerlo con dignidad...

Sin embargo, se permitiría tomar algunos analgésicos. Se miró en el espejo retrovisor. Aún tenía el ojo morado y el labio hinchado. En cierto modo, el labio era lo peor. Hacía más difícil fumar cigarrillos liados.

Aunque reducir los cigarrillos liados sería un buen movimiento, no tenía prisa por hacerlo. Primero la bebida. ¡Ya era demasiado viejo para ir al todo o nada!

Consideró detenerse a ver a Mary, pero el encuentro con Evelyn todavía estaba fresco y vívido en su mente, y no quería arriesgarse a una revancha.

Orgulloso de sí mismo por no abrir la nevera para tomar una cerveza al llegar a casa, celebró con tres rebanadas de pan tostado cubiertas de mantequilla, dos paracetamoles, y luego fumó tres cigarrillos liados en el jardín.

A medida que avanzaba la noche, un vacío desgarrador en su interior se intensificó. En el fondo, sabía que sería imposible llenarlo sin alcohol, pero se mantuvo firme. Cuando se volvió demasiado insoportable, se encontró atraído hacia la habitación de Maddie, esperando llenar el vacío con recuerdos de ella.

La habitación era una instantánea de la vida de Maddie antes de su desaparición. Botellas de agua vacías se encontraban sobre la mesilla de noche, un testimonio de los desesperados intentos de Frank por mantenerla hidratada durante su desintoxicación. El cajón superior de su cómoda estaba abierto, revelando paquetes de patatas fritas sin abrir. Provisiones que había dejado para ella cuando la había encerrado, decidido a ayudarla a sacudirse las cadenas de su adicción a la heroína.

El corazón de Frank se contrajo al ver su cama, todavía hecha, las sábanas sin cambiar desde la última vez que había dormido allí. Cerró los ojos, y un vívido recuerdo lo invadió. La noche en que había entrado en esta habitación y, en un raro momento de vulnerabilidad, Maddie le había pedido que se quedara con ella.

—¿Papá? Papá, tengo frío —su voz había sido pequeña y asustada, como cuando era una niña—. Papá, tengo frío. Mamá no

está. ¿Puedo dormir contigo?

Tal como lo había hecho entonces, se acostó en la cama. Excepto que esta vez, cuando intentó poner su brazo alrededor de su hija, no había nada allí.

Abrió los ojos y suspiró.

Las lágrimas corrían por sus mejillas, empapando su almohada.

Cerrando los ojos una vez más, Frank se perdió en el recuerdo de aquella noche. Le había acariciado el pelo hasta que su respiración se volvió regular y se quedó dormida.

—Te recuperé —susurró, con la voz ahogada por la emoción—. Te recuperé, Maddie. Volviste a mí en busca de consuelo y protección, y...

Las palabras se le atascaron en la garganta, el dolor de su ausencia era una agonía física en su pecho.

Se quitó los zapatos, abrazó su almohada y sollozó.

—Lo siento tanto, Maddie. Fue un error quitarte el teléfono. Solo intentaba mantenerte a salvo. Por favor. No puedo perderte otra vez...

Mientras el agotamiento se apoderaba de él, Frank se encontró a medio camino entre este mundo y el mundo de los sueños. En ese espacio nebuloso, casi podía sentir la mano de Maddie deslizarse en la suya, su voz tranquilizadora en su oído. —Shh, papá, está bien. Sé que estabas cuidando de mí. Me salvaste de mí misma. Nunca me habría limpiado sin ti.

Con esas palabras reconfortantes resonando en su mente, Frank se sumió en un sueño inquieto, aferrándose al recuerdo de esa noche preciosa, cuando su amor había sido suficiente para proteger a Maddie de sus demonios, aunque solo fuera por un momento.

39

Rob Johnson seguía sin contestar a su teléfono móvil, así que Frank contactó con el concesionario. La recepcionista le informó de que Rob había llamado para decir que estaba enfermo.

Eres un maldito escurridizo, pensó Frank.

Contactó con Gerry, que ya estaba en la comisaría. —Si puedes dejar a Rylan, te agradecería que me acompañaras a la entrevista con Rob.

—Reggie está aquí, así que Rylan puede quedarse con él. Cogeré un taxi.

En menos de una hora, Frank y Gerry estaban uno al lado del otro frente a la puerta de Rob.

Ella observó su rostro mientras esperaban. —La hinchazón está bajando.

—Sí —dijo Frank—. Hoy me he fumado mi primer cigarrillo liado sin hacer muecas.

Sarah Johnson abrió la puerta. Reconoció a Frank del día anterior. Tenía los ojos enrojecidos y parecía que había estado llorando.

—Está en la cama —dijo—. No se encuentra bien.

—Es importante. —Frank mantuvo la mirada de Sarah, con expresión firme—. No podemos esperar más.

Ni hablar de que se nos escape ahora.

—Entonces pasad.

—Gracias —dijo Frank.

Esperaron en el pasillo hasta que Rob hizo acto de presencia cinco minutos después. Su bata colgaba suelta de sus hombros. El olor agrio del sudor y la enfermedad se adhería a él, y tenía los ojos inyectados en sangre, hundidos en su rostro pálido y húmedo.

Quizás esté enfermo después de todo, pensó Frank.

Frank decidió no acercarse demasiado. Lo último que quería era quedarse en cama con todo lo que estaba pasando.

Frank mostró su placa. —DCI Frank Black, y esta es la DI Gerry Carver.

—No es necesario. —Rob hizo un gesto para que bajara la placa —. Mi mujer me dijo que os habíais puesto en contacto. —Su voz estaba ronca.

Frank asintió. —Sin embargo, ¿no has devuelto la llamada?

—Lo siento. —Rob levantó las manos—. He estado fatal. Este virus estomacal. He pasado la mayor parte de la noche mirando el interior del inodoro.

Frank asintió. —Debe de haberte entrado de repente, ¿no? Tu mujer dice que saliste ayer por la tarde y que ibas a la obra de teatro de tu hija.

—Sí, así fue. No llegué a la obra de mi hija. Como he dicho, he pasado mucho tiempo en el baño. Y simplemente no tenía ánimos para devolverte la llamada.

—Bueno, no te preocupes —dijo Frank—. Ya estamos todos aquí. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

Los ojos de Rob se movieron nerviosamente entre los dos detectives. Tragó saliva con dificultad, su nuez de Adán subiendo y bajando en su garganta. —¿De verdad queréis contagiaros? ¿Quizás podríamos concertar una cita para más adelante esta semana?

—No, es urgente, señor —dijo Frank.

—¿De qué se trata exactamente?

—Mejor en privado. —Frank podía ver a Sarah dando vueltas en el salón, cerca de ellos.

El rostro de Rob perdió el poco color que le quedaba, su frente húmeda de sudor. —Todo esto suena bastante intimidante. ¿Debería llamar a mi abogado? —Se tambaleó ligeramente, como si fuera a vomitar en cualquier momento.

—Es su derecho, por supuesto... Aunque no entiendo cómo hemos sido intimidantes. —Frank se inclinó para que Sarah no pudiera oírle—. Solo te estoy dando la oportunidad de mantener esto en privado... señor Wake.

Sus ojos se abrieron. Aunque seguía pálido, su expresión estaba de repente más alerta. Parecía que su antiguo nombre era un buen antídoto para esa espesa niebla que lo envolvía.

—Vale. —Miró por encima de su hombro, hacia su mujer, que estaba enviando un mensaje a alguien en su móvil. Señaló hacia arriba con un dedo tembloroso—. Os llevaré al despacho. Los niños han salido todos.

40

Rob les condujo a su despacho, una habitación espaciosa con un gran escritorio de caoba y estanterías que llegaban del suelo al techo cubriendo las paredes. Varias fotografías enmarcadas adornaban las paredes, mostrando a Rob estrechando manos con diversas celebridades y personalidades. Intercalados entre estas imágenes había docenas de dibujos infantiles, cada uno amorosamente conservado tras un cristal. Era un santuario al éxito de Rob y a su papel como hombre de familia, una exhibición cuidadosamente seleccionada diseñada para proyectar una imagen de respetabilidad y valores íntegros.

Señaló su bata. —Voy a ponerme algo de ropa y comprobar que Sarah sabe que necesitamos privacidad.

Rob regresó unos minutos después, vestido con una camisa blanca impecable y pantalones gris oscuro a medida. Esto le daba un aspecto más compuesto, pero su rostro seguía cenizo y húmedo por la transpiración.

Frank señaló un dibujo infantil, sintiendo una punzada de nostalgia. —Recuerdo bien esta época.

—Enmarco todo lo que mis hijos han hecho para mí. Hay más en mi oficina del concesionario... y muchísimos más guardados en el piso de arriba.

A Frank le pareció un poco excesivo. ¿Demasiado ostentoso, quizás? Aun así, no quería criticar ni condenar a un hombre que se tomaba la paternidad en serio. —Está usted muy orgulloso de ellos...

—Mucho. Y ellos lo están de mí. —Se volvió hacia la puerta del despacho y la cerró—. Una familia orgullosa. Así es como quiero mantenerla. —El pestillo de la puerta hizo clic. Se dio la vuelta y miró a los dos detectives—. Nadie aquí sabe sobre Rob Wake. Mi madre, que en paz descanse, hace tiempo que no está. Por lo que todos saben, mi padre era un bastardo y mi madre me crió sola. Después, tuve suerte y me convertí en aprendiz de un mecánico cuando tenía diecisiete años. Todo esto es verdad, me apresuro a añadir. —Suspiró—. Miren, les imploro que lo mantengan así. Haré lo que sea para ayudar. Lo que sea. Pero por favor... se lo suplico.

Frank asintió. —Escucho su súplica, señor Johnson. Y no ignoramos su situación, pero usted no sabe por qué estamos aquí. De hecho, me intriga que no sienta más curiosidad sobre qué nos ha traído a su puerta. La mayoría de la gente no ignora las llamadas telefónicas de la policía, especialmente de detectives de alto rango.

—Ya lo expliqué antes. He estado fuera de combate. Además, supuse que tenía que ver con mi identidad después de su revelación abajo. Y si ese es el caso, le aseguro, inspector jefe, que todo es legítimo. Seguí todos los canales correctos y...

—Permítame detenerle ahí. —Frank tenía la mano en alto—. No estamos aquí por fraude de identidad.

—Oh. —Rob arqueó las cejas—. Ahora estoy confundido. Entonces, ¿por qué están aquí?

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Frank.

Una vez que estaban todos sentados, Rob frente a ellos y detrás de su escritorio, Frank fue al grano. —Estamos aquí por un asesinato. ¿Inspectora Carver? —Hizo un gesto hacia Gerry, indicando que era el momento de que ella interviniera con los hechos y las pruebas.

Gerry encontró la mirada de Rob; su expresión era indescifrable. En una entrevista, este era uno de los raros momentos en que ella voluntariamente salía de su zona de confort, sabiendo que el contacto visual directo era esencial para evaluar las reacciones de un sospechoso. Explicó el macabro descubrimiento del cuerpo de Adrian Hughes en el Rusty Anchor.

Rob se estaba hundiendo en su silla antes de que Gerry hubiera terminado, como si el peso de sus palabras le estuviera aplastando físicamente.

La mera mención de este fantasma de la antigua vida de Rob fue suficiente para sacudir los cimientos de su nueva identidad cuidadosamente construida.

—¿Cuándo? —logró articular Rob, con una voz apenas audible.

—Sospechamos que ocurrió en 1989 entre el viernes 25 y el domingo 27 de agosto —el tono de Gerry era clínico y distante.

Rob respiró hondo y se enderezó en su silla. —Hace mucho tiempo, entonces.

—Sí —dijo Frank—. Pero no lo suficiente como para permanecer enterrado.

—¿Cómo murió? —preguntó Rob.

—Fue apuñalado dos veces. Es imposible saber cuál de las dos heridas de cuchillo lo mató.

Frank arqueó una ceja. La declaración de Gerry parecía extrañamente específica, casi pedante. ¿Realmente importaba qué golpe había sido fatal? Alguien había asesinado brutalmente al hombre y lo había dejado pudriéndose en una tumba improvisada. Pero Gerry era precisa, su mente siempre buscando la versión más exacta de la verdad.

—¿Sabía usted que Adrian desapareció? —preguntó Gerry, presionando.

Rob negó con la cabeza. —No exactamente... no... ¿cuánto saben ya sobre mí? ¿Sobre Rob Wake?

Gerry explicó todos sus hallazgos sobre Sapphire Companions y la conversación con Kath Fielding. Cada vez que mencionaban su nombre, él hacía una mueca de desprecio. Parecía que no había ningún cariño por allí entonces.

—¿Cómo llegó a trabajar por primera vez para Sapphire Companions?

Rob tomó una respiración profunda y temblorosa. —Fue un punto bajo. Un punto realmente jodido. —Miró entre sus caras, con las mejillas sonrojadas por la vergüenza. Frank notó que Rob había bajado la voz, aterrorizado de que su esposa pudiera oír—. Tuve una

infancia terrible. Mi padre era un borracho, y nos pegaba a mi madre y a mí hasta dejarnos morados. —Suspiró—. Estoy seguro de que lo han oído mil veces.

—No importa cuántas veces lo escuchemos —dijo Frank—. No es aceptable.

Rob asintió. —En fin... cuando mi padre murió, dejó a mi madre con una montaña de deudas. —La voz de Rob adquirió un tono amargo—. Deudas ilegales, entienden. No tenía elección. Esa gente no iba a desaparecer. Lo intentó, pero estaba luchando para llegar a fin de mes. Le dije que trabajaría y pagaría mi parte. Pero los aprendizajes no pagan mucho, realmente. Así que, cuando tenía dieciséis años, me enteré de Sapphire. No estaba seguro de cuáles eran los requisitos, pero era deportista y estaba bien formado para mi edad. También era guapo. Al menos, eso suponía. Nunca me había faltado el interés de las chicas. —Se frotó la frente húmeda—. No lo sabía, ¿vale?

—¿Qué no sabía? —preguntó Gerry.

Bajó las manos y puso los ojos en blanco. —¡Ya saben qué! ¿Quieren hacerme decirlo?

—Es mejor ser claro, señor Johnson —dijo Frank.

Bajó la voz. —No sabía que el sexo era parte de ello. Cuando pasé por allí, dijeron que era un servicio de acompañantes, ¿saben? Acompañar a hombres y mujeres a eventos, ser un compañero agradable. Asumí que serían solo mujeres. Ingenuo, ¿eh? El dinero era demasiado bueno para dejarlo pasar.

Frank sintió una oleada de simpatía. La desesperación en la voz de Rob era palpable, y casi podía ver al asustado chico de dieciséis años detrás de la fachada del exitoso empresario.

Sanguijuelas como Kath Fielding se alimentan de la desesperación, pensó.

—Entonces, ¿nunca mencionaron el sexo en la descripción del trabajo? —La pregunta de Gerry quedó suspendida en el aire.

—No. No iban a incriminarse con eso, ¿verdad? Aun así, pronto captabas el mensaje. Comienza con estos clientes ofreciéndote cantidades considerables de dinero al final de la noche. Ya sabes, el tipo de dinero que un chico en mi situación necesitaba. —Apretó sus

manos sobre la mesa—. Piensas que es dinero no declarado, que lo es, así que aceptas, cierras los ojos y piensas en el pago. Solo después, Kath haría que uno de sus empleados más corpulentos de la oficina te exigiera el 60 por ciento de ese dinero caído del cielo. Resulta que no hay secretos reales. Los clientes eran transparentes con la empresa, solo que nunca se ponía por escrito. ¡Sesenta por ciento! Bastante demoledor para el alma, ¿eh? Nunca me había sentido tan degradado. Y no era el único.

Apuesto a que no, pensó Frank, suspirando interiormente.

—¿Pero continuó? —El tono de Gerry era neutral, pero sus ojos eran penetrantes. Estaba evaluándolo.

Rob asintió.

—¿Por qué?

—¡El cuarenta por ciento de eso era mejor que el 40 por ciento de una mierda! Y como todo, se hizo más fácil. ¿Están asqueados conmigo?

—No —dijo Gerry.

—Estamos asqueados con las personas que le manipularon para esto, señor Johnson —dijo Frank.

Miró a Frank y asintió. —Gracias. Significa mucho escuchar eso.

—¿Sacó a su madre de las deudas? —preguntó Gerry.

Rob asintió. —Sí. Y entonces lo dejé.

—¿Cuánto tiempo le tomó? —preguntó Frank.

—Menos de un año. Mucho menos. Comencé alrededor de mi decimosexto cumpleaños en... —Hizo un rápido cálculo mental—. Habría sido en septiembre de 1988. Terminé en abril de 1989. Eso es seguro porque entonces comencé mi aprendizaje. Así que, siete u ocho meses.

Cuatro meses antes de que Adrian muriera en el Rusty Anchor, pensó Frank.

—¿Su madre no sentía curiosidad? —preguntó Gerry—. ¿Sobre de dónde venía el dinero?

—Por supuesto. Pero le dije que no preguntara. Obviamente, ella asumió que eran drogas, ¡pero mejor eso que la verdad! Lo odiaba. Estaba desesperada por que lo dejara.

—¿Pero aun así aceptó el dinero? —Frank arqueó una ceja.

—Sí. —Rob entrecerró los ojos—. Se lo impuse. Le dije que yo mismo vería a aquellos con los que estábamos endeudados si ella quería. Estaba aterrorizada por eso. Pensaba que podría meterme en una pelea con ellos. Resultar gravemente herido. Para ser sincero, probablemente tenía razón.

Suspiró y miró al vacío, sumido en sus pensamientos. —Debería haber visto la cara de mi madre el día que le dije que me había inscrito como aprendiz. Que mis días de jugar a ser *Scarface* habían terminado. —Un fantasma de sonrisa apareció en su rostro—. Estaba en la gloria.

—¿Cuántos clientes tuvo durante ese período? —preguntó Gerry.

—No puedo recordar. —Frank oyó la sinceridad en su tono de voz —. Demasiados, supongo. —Sus ojos se llenaron de vergüenza, y bajó la mirada—. Hombres y mujeres. Normalmente mucho mayores. —Resopló—. Algunas celebridades. —Hizo una mueca y asintió—. Políticos. —Se encogió de hombros—. Supongo que podría destruir a muchas personas con lo que sé. —Volvió a mirar a Frank —. O al menos destruirme a mí mismo en el proceso de intentarlo.

—Aparte de Adrian, del que hablaremos en breve, ¿tuvo clientes habituales? —preguntó Gerry.

Asintió. —Eso era común. Algunos intentaban sacarte de los libros y asociarse contigo. Algunas personas que conocí siguieron ese camino. Nunca vi el sentido. Kath ya me estaba pisoteando. ¿Por qué molestarse en cambiarla por alguien más que solo haría lo mismo?

—¿Quién le habló de Sapphire en primer lugar? —preguntó Frank.

Rob reflexionó. —Encontré una tarjeta en una cabina telefónica.

Frank tomó nota. ¿El tiempo que tardó en responder coincidía con la respuesta? Percibió que se había detenido allí para inventar su mentira.

—Bien, Kath Fielding nos dijo que usted denunció a Adrian por volverse obsesivo —dijo Gerry.

—Ah, ¿eso dijo? —Hizo una mueca al pensar en ella, y no por primera vez—. Me sorprende que lo recordara. No parecía importarle una mierda en aquel entonces.

—¿Podría contarnos qué pasó con Adrian? —Gerry preparó su bolígrafo sobre su cuaderno.

—Primero, no sé qué están pensando, pero yo no lo maté. Como he dicho, había terminado con ese juego en abril de 1989, y dicen que fue asesinado en agosto, ¿no? Yo era un aprendiz a tiempo completo. Preferiría que no se acercaran a mi primer jefe, Steve Wicks, para una coartada, pero pueden hacerlo si deben.

—Gracias —dijo Frank, pensando, *Aunque realmente no es una coartada, ¿verdad? Aún podrías haberlo asesinado por la noche, fuera del trabajo. Y ¿quién dice que no seguías trabajando por libre? Debió ser tentador tras la repentina caída de ingresos al comenzar un aprendizaje.*

—Al principio, Adrian parecía estar bien, para ser honesto. Tranquilo, ¿saben? Algunos de ellos —arrugó la cara—, algunos te ponían las manos encima todo el tiempo. Adrian no era así. Parecía un buen cliente habitual. —Se estremeció—. Cristo, no puedo creer que esté hablando así. Fue hace toda una vida. Parece una persona completamente diferente, ¿saben?

—Entiendo que debe ser difícil —dijo Frank.

La expresión de Rob se oscureció. —De todos modos, pronto quedó claro que algo estaba realmente mal con Adrian.

¿Aparte del hecho de que pagaba a trabajadores sexuales de dieciséis años? pensó. Mantuvo su expresión neutral, sin embargo, asintiendo para mostrar que seguía la línea de pensamiento de Rob. —¿En qué sentido?

—Comenzó con la forma en que me miraba... Ya sé... suena ridículo. Pero se quedaba mirándome fijamente. Durante largos períodos. —Se dio palmadas en el pecho—. Penetrando en ti. —Puso los ojos en blanco—. Difícil de explicar. Como dije, mantenía sus manos quietas en público, pero cuando estábamos solos, me agarraba con más fuerza. Tenía que decirle constantemente que aflojara.

De repente, se oyó un crujido fuera de la puerta. La cabeza de Rob giró bruscamente hacia el sonido, su rostro perdiendo el poco color que le quedaba. Todos esperaron en silencio hasta que pudieron oír pasos que se alejaban por las escaleras cercanas.

Suspiró. —Lo siento... no oí subir a Sarah.

—Volviendo a lo que estaba diciendo —dijo Frank—. ¿Fue Adrian alguna vez violento con usted?

—No, no exactamente. Los abrazos tan apretados no eran agresivos. Paraba cuando yo se lo pedía. Como dije antes, era gentil. Físicamente, al menos. Pero supongo que había formas en las que no era tan gentil. Se volvió intenso. Posesivo. Comenzó a hacerme preguntas sobre mi vida, con quién me veía, cuáles eran mis planes. Si pensaba que veía a otros clientes, se ponía triste, así que intentaba negarlo con la mayor frecuencia posible. Estaba desesperado por saber qué papel jugaba en mis planes. Al principio, pensé que se estaba enamorando de mí, pero luego me di cuenta de que intentaba poseerme.

—Tenemos constancia de que a usted y a Adrian se les pidió abandonar el Hotel Moonrise el viernes 24 de marzo de 1989 —dijo Gerry—. ¿Recuerda ese incidente?

Él asintió, impresionado. —Vaya. ¿Cómo habéis desenterrado eso?

—Adrian había dejado una nota de la cita entre sus pertenencias.

Rob arqueó una ceja. —¿En serio? Qué extraño. Sí, lo recuerdo. —Asintió—. Teníamos previsto pasar la noche allí, y yo iba a decirle a Adrian que esto se acababa, que no lo vería más. Sin embargo, nos dijeron que abandonáramos el hotel. Nunca olvidaré cómo me habló aquel encargado. Me llamó chapero... me acusó de propagar el SIDA... se reía cuando me llamaba "chico de la noche". Si no me sentía ya lo bastante degradado por la vida que llevaba, él se aseguró de que así fuera en ese momento. Después de salir del hotel, estaba emocionalmente alterado, enfadado, y simplemente le dije a Adrian directamente que todo había terminado. Que no quería que se me acercara.

Frank oyó el bolígrafo de Gerry moviéndose rápidamente sobre el papel.

—Seguía intentando contratarme. Así que le dije a Kath que no podía verlo más, y me puso a parir. Me dijo que hiciera mi trabajo. No parecía importarle que me estuviera volviendo cada vez más paranoico, y que su interés en mí se estuviera volviendo obsesivo.

Durante la semana siguiente, lo vi merodeando por mi casa, donde vivía con mi madre. Hasta entonces, solo lo había visto algunos fines de semana por la noche en lugares acordados. Me asustó muchísimo verlo allí a plena luz del día.

—¿Le contó esto a Kath? —Frank apretó sus propias manos bajo la mesa.

—Sí. Y no le importó, pero yo seguí negándome a verlo.

Frank sintió que se le encogía el corazón. Un chico de dieciséis años. Un niño, en realidad. Eso es todo lo que había sido.

—Pasaron un par de semanas —dijo Rob—. Y entonces apareció en mi puerta.

Maldita sea.

—Dos veces —continuó Rob—. La primera vez me dijo que me echaba de menos y me rogó que lo viera. Cuando me negué, dijo que se suicidaría. Volvió dos días después, pero esta vez mi madre abrió la puerta. Ella había presenciado cómo le exigía que se marchara dos días antes, así que lo ahuyentó con un palo de escoba. Y esa fue la última vez que lo vi.

Frank se reclinó en su silla, estudiando el rostro de Rob, buscando cualquier indicio de engaño. Un pesado silencio se instaló en la habitación, roto solo por el tictac de un reloj en la pared. *Bien está lo que bien acaba, ¿eh?* pensó Frank. *No lo creo.*

—Al día siguiente, Kath vino a verme y me exigió que lo viera o perdería mi trabajo. Le dije que se metiera su trabajo por donde le cupiera. Ya había saldado la deuda de mi madre. Me negué a seguir siendo controlado. La mejor decisión que tomé jamás. Cambié mi nombre, no por necesidad, sino porque quería refrescarme y empezar de nuevo. Encontré ese aprendizaje con Wicksy en menos de un mes.

Frank levantó una ceja. —¿Wicksy?

—Steve Wicks.

—Ah. —Frank asintió—. ¿Su madre no se mostró confundida por el cambio de nombre?

—Por supuesto. Pero le dije que lo dejara estar. Entonces ella supuso que tenía que ver con mi vida como traficante de drogas. —

Una sonrisa irónica tiró de sus labios—. Ella estaba feliz de dejarlo pasar.

—¿Visitó alguna vez el Rusty Anchor? —preguntó Gerry.

Rob negó con la cabeza. —Sabía de él. Bastante lejos de aquí. Estoy casi seguro de que nunca fui allí.

—¿Casi seguro? —insistió Gerry.

—*Seguro*. ¡Solo tenía dieciséis años, probablemente ni siquiera había oído hablar de él entonces!

—¿Probablemente? —El tono de Gerry era agudo, cortando a través del lenguaje evasivo de Rob.

—¡Definitivamente! —Una nota de desafío se coló en la voz de Rob.

Gerry tomó notas. El rasgueo del bolígrafo sobre el papel de repente parecía anormalmente fuerte. Frank sabía lo que venía a continuación, así que esperó y dejó que Gerry lo trajera. Ella clavó su mirada en Rob. —El dueño recuerda a Adrian entrando en el pub con un hombre joven. El joven en cuestión habría tenido alrededor de su edad.

Rob se encogió de hombros. —No era yo. —Miró fijamente a Gerry—. Estoy *positivamente* y *absolutamente* seguro de que nunca he estado allí.

—¿Le importaría darnos una foto suya de cuando era joven, a los dieciséis años, para aclarar eso con el dueño? —preguntó Gerry.

Rob asintió. —Por supuesto. Habrá una foto entre las pertenencias de mi madre en el ático. Pero os digo que su asesinato no tiene nada que ver conmigo.

—Si pudiera enviarnos eso por correo electrónico más tarde, sería fantástico —dijo Frank.

—Entonces, si no era usted, señor Johnson —continuó Gerry—, ¿quién más cree que podría estar entrando en el Rusty Anchor con él?

Rob se encogió de hombros. —Ni idea. Como he dicho, él se rindió después de dos visitas a mi casa. ¿Quizás siguió adelante y encontró a alguien más?

—Cierto —dijo Gerry—. ¿Podría haber estado viendo a alguien más mientras lo veía a usted?

—Por supuesto —dijo Rob—. ¡No era exclusivo conmigo! No le hice ninguna promesa. Estoy seguro de que encontraba compañía donde podía.

—¿Y conoce a alguien más con quien trabajó en Sapphire, de su edad aproximadamente, que también podría haber tenido a Adrian como cliente?

Rob negó con la cabeza. —No es como un lugar de trabajo normal. No teníamos reuniones sociales ni nada parecido. Conocí a Kath, y ella me dio trabajo. Y fue una completa zorra cuando la necesité. Perdón por el lenguaje. Y eso es todo, realmente.

Frank sintió que tenían suficiente por ahora. Deslizó una tarjeta sobre la mesa. —Para que nos envíe la foto por correo electrónico.

—Por supuesto.

—Si recuerda algo más, por favor póngase en contacto. Especialmente cualquier cosa relacionada con un hombre joven que pudiera haber estado con Adrian. Ah, una cosa más. ¿Juega a las cartas?

Rob parpadeó, claramente desconcertado por el repentino cambio de tema. —Cartas. No. No es lo mío en absoluto. ¿Por qué?

—Parece que a Adrian le gustaba jugar a las cartas en el sótano del Rusty Anchor.

Rob asintió. —Ya veo. ¿Jugaban a las cartas allí en el sótano?

—Sí. Y ahí es donde encontramos su cuerpo, ¿recuerda? El dueño afirma que el joven en cuestión solía acompañarlo a las partidas.

Rob asintió pensativamente. —Interesante. Ojalá pudiera ayudar más. —Negó con la cabeza y extendió las manos en un gesto de impotencia.

—Si nos está contando todo, entonces su ayuda es apreciada e invaluable. —*Pero no nos está contando todo, ¿verdad?*

Miró fijamente a Rob hasta que este se estremeció. Hubo una tensión alrededor de sus ojos.

—¿Alguna pregunta más, inspectora Carver? —preguntó Frank a Gerry.

—Sí... —dijo Gerry, con su atención aún centrada en Rob—. Dos.

Hizo una pausa para conseguir efecto, esperando a que Rob la reconociera. —Vale.

—Su lugar de trabajo no es una coartada para el 25 al 27 de agosto de 1989. Las partidas de cartas eran por la noche. ¿Tiene una coartada?

—¿Eh? —dijo Rob—. ¿Cómo podría tenerla? En serio.

Frank sabía que era una pregunta casi imposible de responder después de tantos años, pero tenía una manera de desestabilizar a los sospechosos potenciales, poniéndolos a la defensiva. —Bueno, ¿qué estaba haciendo por esas fechas, señor?

—Estaba trabajando duro. Intentando causar una buena impresión. Trabajaba los fines de semana durante el día, así que me habría acostado temprano. Por lo tanto, habría estado con mi madre, pero eso no os ayudará porque, como señalé, ella ya no está.

Gerry asintió. —Segunda pregunta. ¿Qué sabía sobre la vida personal de Adrian?

—No hablábamos de él a menudo. Siempre se trataba de mí.

—¿Así que no discutieron su ocupación? —preguntó Gerry.

—Era trabajador social. —Rob se encogió de hombros—. Le gustaba ayudar a los niños... irónico, ¿no crees? Yo solo era un crío, realmente.

—¿Era consciente de su situación familiar?

—No.

—¿Su historial de abusos?

El ceño de Rob se frunció, con una expresión de genuina sorpresa cruzando su rostro. Se inclinó ligeramente hacia adelante, bajando la voz. —¿Fue abusado?

—Desafortunadamente, sí. —Frank asintió—. Según su hermana, sí.

Negó con la cabeza. —No lo sabía. ¿El abuso fue grave?

—Todo abuso es grave —dijo Gerry.

—Sí, lo sé... lo siento... es que me sorprende.

—¿Por qué? —preguntó Gerry.

Rob se encogió de hombros. —No lo sé. Simplemente no parecía enfadado. Siempre supuse que las personas que han sido abusadas están enfadadas. Hechas un lío, ¿sabes?

—No siempre —dijo Frank.

Gerry no estaba de humor para dejar pasar esto. —Parece bastante sorprendido por esto, señor Johnson.

—Por supuesto. Como usted dijo —entrecerró los ojos, a la defensiva—, el abuso es malo. Nadie debería ser abusado.

—¿Le hace sentir diferente hacia él ahora? ¿Simpatía, quizás? —preguntó Frank—. ¿Culpabilidad, tal vez?

La cabeza de Rob se giró bruscamente hacia Frank, su expresión era de indignación sorprendida. —No sé a qué se refiere. Cualquiera que haya sido abusado merece simpatía, ¿no? Si me está preguntando si aún así habría puesto fin a todo, entonces, joder, sí, lo habría hecho. Esta no era la vida para mí. Y estaba llamando a mi maldita puerta. ¿Es que no me has estado escuchando?

—Lo siento, señor. —Frank decidió que era mejor no presionarlo más.

Gerry, sin embargo, no iba a captarlo. —¿Ha sufrido usted alguna vez abusos?

El rostro de Rob se oscureció, sus ojos brillando de ira. —¿Qué tiene eso que ver con algo?

—Solo estoy estableciendo rasgos comunes entre todos los involucrados en...

—Si fui abusado, lo discutiría con un médico antes de discutirlo con usted, inspectora. ¿Está bien?

—De acuerdo, señor Johnson. —Frank optó por cerrar este intercambio que estaba escalando—. Gracias por hablar con nosotros extensamente.

Mientras caminaban de regreso al coche, Frank se volvió hacia Gerry. —¿Qué piensas?

—Inconsistente —respondió ella sin vacilar.

Frank arqueó una ceja. —¿En qué sentido?

Gerry enumeró puntos con los dedos. —Primero, fue vago sobre si había oído hablar del Rusty Anchor, pasando de "casi seguro" a "definitivamente" nunca haber estado allí. Segundo, su reacción a la historia de abuso de Adrian pareció extraña: sorpresa, luego inmediata actitud defensiva. Y tercero, su lenguaje corporal cambió notablemente cuando le preguntamos sobre su propia historia potencial de abuso.

Frank asintió, impresionado. —Buenas observaciones. Capté algunas de ellas, pero no todas. Me interesaría ver si Rory lo reconoce en esa fotografía que va a enviar.

Gerry asintió. —No lo hará. Rob no sería tan comunicativo si hubiera algún peligro de eso.

—Tienes razón.

—Pero hubo una mentira descarada.

—Continúa.

—Había dos trofeos de golf en la pared a la derecha de la habitación.

—Vale... Te creo. ¿Qué relevancia tienen esos trofeos?

—No esos trofeos, sino el que estaba justo detrás de ellos. Tenía forma de baraja de cartas. Eché un vistazo rápido al salir. Tercer premio en un campeonato nacional de póker.

Frank sintió una descarga de adrenalina. —¿Pensaba que no le gustaban las cartas? —Miró a Gerry con sospecha mientras subían al coche.

—¿Por qué me miras así, Frank?

Él sonrió con ironía. —¿Por qué crees? Vamos. ¿Cómo puede un ser humano poseer habilidades de observación tan agudas?

—No encontrarás las respuestas mirándome de arriba abajo.

—Tienes ojos de halcón, Gerry. Los míos son inútiles en comparación.

—Lo sé. Así que aprovecho esta oportunidad para recordarte que te pongas las gafas. Me di cuenta de que te acercaste demasiado a un ciclista antes.

—Oh. —Se bajó las gafas desde la parte superior de la cabeza, colocándolas en el puente de la nariz con un gruñido. Mientras salía al tráfico, Frank no pudo evitar sentirse tanto impresionado como inquieto por la percepción sobrenatural de Gerry.

41

Con las manos temblorosas, Rob Johnson observó a los dos detectives alejarse en su coche a través de la ventana de su despacho. Desde la llamada de Louise dos días antes, su vida había caído en espiral hacia el caos, y no mostraba señales de mejoría.

Tan pronto como el coche desapareció, corrió hacia el baño contiguo a su oficina y cerró la puerta antes de experimentar la primera arcada. Consiguió arrodillarse antes de la segunda, y su estómago expulsó el desayuno.

Después, Rob se sentó en el suelo del baño, con la espalda contra la pared, respirando pesadamente.

Qué idiota había sido...

Todos esos años creyendo que se podía escapar del pasado.

Eres un completo imbécil, pensó para sí mismo.

Cerró los ojos y dejó que su mente volviera a la noche anterior y a su confrontación con Gideon Blackwell en su salón. Frotándose la frente, recordó el momento en que había considerado empujar la silla de ruedas hacia la chimenea, arrojando al frágil anciano de bruces contra la piedra. *Y destrozándole el cráneo*, susurró una voz oscura en su mente.

¿Habría aliviado parte de la presión que ahora sentía? ¿O la habría intensificado?

Recordó cómo había girado a Gideon. El violador despiadado ahora encogido en su silla. Demasiado débil... demasiado patético...

tan distinto del joven y fuerte político que una vez lo había inmovilizado boca abajo sobre una cama.

Resultaba difícil creer que fuera el mismo hombre.

A pesar del daño causado por el derrame cerebral, Rob pudo ver la confusión en su rostro. —¿De verdad no me recuerdas, verdad?

—No. No le recuerdo —Gideon intentó hablar con autoridad, pero sus palabras arrastradas y su salud deteriorada eran evidentes en cada sílaba.

—¿Cuántos fuimos? —El labio superior de Rob se curvó hacia arriba.

—No sé de qué me habla.

—Ni se te ocurra. ¡Ni se te ocurra negarlo, joder! Me llamo Rob Wake, y tenía dieciséis años. *Dieciséis*. Cuando casi me rompes el brazo. *Dieciséis*.

—Dieciséis años no te hace un niño —dijo Gideon.

Una furia incandescente recorrió a Rob y, antes de poder contenerse, abofeteó a Gideon con el dorso de la mano.

Rob dio un paso atrás, observando cómo el bastardo se reponía del golpe punzante.

Podrías matarlo fácilmente, pensó para sí mismo. *Pero no empeores más las cosas de lo que ya están*.

—Ahora te recuerdo, Rob —Gideon se llevó la mano a la mejilla aturdida—. Tenías los ojos más maravillosos. Azules. Del tono más claro —Miró a Rob—. Todavía los tienes.

El asco se revolvió en el estómago de Rob. —¿Como si pudieras verme los ojos mientras me tenías inmovilizado? Eres un violador enfermo.

—Me parece recordar que volviste. Me parece recordar que la mayoría regresasteis.

—¡Estábamos *desesperados*! ¡Éramos niños! —Rob apretó los dientes, apartando la mirada. Sería más fácil afirmar que no podía creer lo que estaba escuchando, pero por supuesto que podía. El hombre era insidioso y, en sus años más jóvenes, había sido capaz de hacer estas cosas terribles. Se volvió de nuevo—. ¿A cuántos otros niños te aprovechaste?

—Creo que deberías marcharte ahora —respondió Gideon.

—¿No tienes vergüenza?

Gideon respiró profundamente, negándose a apartar sus ojos de los de Rob. Cuando finalmente exhaló, dijo: —Más de lo que puedas imaginar.

Rob nunca esperó escuchar esas palabras. Retrocedió tambaleante, con una sensación fría recorriéndolo.

¿Arrepentimiento? ¿De este monstruo?

Realmente no esperaba enfrentarse a eso.

Negación, sí. El hombre era un político, después de todo.

Pero ¿arrepentimiento? No, nunca.

—Si alguien le hubiera hecho a mi hijo lo que yo te hice a ti —dijo Gideon—, habría sido inaceptable.

—Entonces, ¿por qué?

Gideon se encogió de hombros. —Una de las excusas más viejas, supongo.

—¿Poder?

Gideon negó con la cabeza. —En este caso, no. Quizás comenzó ahí, pero debería haber terminado antes de lo que lo hizo. No. La otra excusa. La impotencia.

—Gilipolleces —La voz de Rob bajó de volumen hasta convertirse en un siseo. La ira hervía dentro de él—. Podrías haberte controlado.

Gideon asintió. —Quizás. Es posible. Si me hubieras mirado, como me estás mirando ahora...

—¿Juzgándote?

—Sí... tal vez.

Y entonces algo se le ocurrió a Rob, y tuvo que contenerse para no doblarse mientras el asco volvía a retorcerse en sus entrañas. —¿Por eso nos dabas la vuelta? ¿Para no ver nuestras caras? Nos hiciste invisibles.

Gideon bajó la mirada.

Con la bilis subiendo por su garganta, Rob negó con la cabeza, girándose otra vez, hablando más consigo mismo que con Gideon. —Debería haberte destruido hace años. Mantenerme en silencio. Fue egoísta por mi parte. ¿Cuántos más sufrieron? ¿Y qué cierre obtuvimos realmente? Queríamos recuperar nuestras vidas —Se volvió para mirar a Gideon de nuevo—. Pero tu sombra nunca nos

abandonó —Sacó la cinta TDK y volvió a enfrentar a Gideon—. Pero has estado viviendo tiempo prestado. Y esto... esto es un regalo de despedida de Bryan. Otro chico de dieciséis años. Él...

—También recuerdo a Bryan. Hablaba muy suavemente... con dulzura. Todavía a veces pienso en su voz.

Rob le señaló con un dedo. —Piensa en esto. Ese chico con la voz dulce se bebió hasta la muerte por tu culpa. Por ese daño.

Rob vio la vergüenza de nuevo en su rostro dañado.

—Pero dejó un regalo de despedida para ti. Para todos —Rob sacó la cinta TDK de su bolsillo interior—. La verdad sobre Sir Gideon Blackwell. ¿Quieres escucharla?

Rob esperaba que Gideon retrocediera conmocionado. Que viera la cinta TDK como un arma del juicio final. Pero hubo poco cambio en su comportamiento. —Innecesario. Sé lo que contiene.

—Pasó su vida en la miseria por tu culpa. Su hija me dio esto. Ella quiere exponer al hombre que destruyó a su padre. También afectó a su vida.

—Qué triste.

—¿Eso crees?

—No hay excusa. Nada puede justificarlo. Pero había una razón por la que solo usaba prostitutas. Para evitar...

—Ni se te ocurra decirlo —le interrumpió Rob—. Si vas a sugerir siquiera que no éramos inocentes.

—Ya lo sé, yo...

—Pagaste por un servicio, ¿verdad? Pagaste para torturar a niños.

Gideon asintió. —Lo siento.

—No quiero disculpas. Ciertamente no obtendrás perdón. Casi me rompiste el brazo. Todavía tengo pesadillas sobre el dolor físico que me causaste. Sentí que me asfixiaba en tu almohada. Y aun así, ¡dejé que me lo hicieras otra vez!

Gideon suspiró. —Usa la cinta.

—Lo haré.

—Bien. Sabes que mi hijo ya no me habla.

—No me importa.

—Me destroza. Por eso te dejé entrar, ¿sabes? Sabía que no estabas aquí para hablar de mi hijo, realmente. De hecho, creo que sabía que pretendías hacerme daño. Pero la desesperación lleva a elecciones que...

—No me hables de desesperación.

—Usa la cinta, Rob, realmente quiero que lo hagas. Probablemente estaré muerto antes de que esa cinta llegue a los periódicos. Sería injusto, lo sé. Pero ya he tenido cuatro derrames. Cada uno llega más rápido que el anterior. Soy frágil.

Rob negó con la cabeza. No había esperado esto. No esperaba que Gideon se escabulliría tan fácilmente.

—Un último engaño, ¿eh? —Los labios de Rob se torcieron en una sonrisa amarga—. Morir antes de enfrentarte a lo que has hecho.

Gideon bajó el rostro. —Puede que no me creas, pero he pensado en las cosas que he hecho cada día de mi vida. No moriré feliz, satisfecho. Soy miserable.

Rob negó con la cabeza y se apartó, dividido entre el asco y una extraña y fugaz compasión. ¿Era este el intento desesperado de un hombre por inspirar simpatía, o era la verdad... autocompasión extrema de un hombre que había destruido las vidas de otros?

Pero con la muerte inminente de Gideon, Rob se dio cuenta de que tenía la oportunidad de evitar que su propia vida cuidadosamente construida se desmoronara. Exponer a Gideon no serviría de nada si iba a morir pronto de todos modos. El riesgo de arruinar su propia reputación y destruir su vida familiar de repente parecía un precio demasiado alto. Decidió que hablaría con Louise, la hija de Bryan, y le explicaría este giro del destino, enfatizando que Gideon moriría amargado, retorcido y solo.

Un golpe seco en la puerta del baño sacó bruscamente a Rob del pasado. Se giró para ver a su esposa, Sarah, de pie en el umbral, con el rostro marcado por la preocupación. En su prisa por llegar al inodoro, había olvidado cerrar la puerta con llave.

—¿Rob? —la voz de Sarah era suave—. ¿Qué está pasando? Por favor, háblame.

—Mi estómago... no mejora —La mentira le supo amarga en la lengua.

Ella suspiró. Había decepción ahí. Sabía que le estaban mintiendo. —¿Qué querían los detectives?

—Solo una confusión. Están investigando el asesinato de alguien de quien no sé nada —Más mentiras. Cada palabra se sentía como una traición.

Sarah entró en el baño, sus ojos escrutando su rostro. —Por favor.

Él no pudo mantener el contacto visual mientras mentía de nuevo.

Ella levantó una cinta TDK.

Rob se puso de pie con dificultad, con el corazón palpitando en su pecho.

—Estaba colgando tu abrigo y se cayó de tu bolsillo. Lo siento.

—¿La has escuchado?

—Pensé que podría ser música, una vieja cinta que encontraste en tu oficina o algo así. Sentí curiosidad... —se detuvo, con los ojos llenos de preocupación—. Desenterré el viejo reproductor de casetes de debajo de la escalera.

Con manos temblorosas, Rob consideró arrebatarle la cinta, pero ¿qué sentido tenía? Era demasiado tarde.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Sarah. —¿Quién está en la cinta?

Él apoyó la cabeza contra la pared del baño.

—¿Quién es? —insistió Sarah, con voz temblorosa. Su mano estaba en la espalda de él—. No eres tú. Esto no tiene nada que ver contigo, ¿verdad? Dime que no.

—Por favor —susurró Rob, con lágrimas ardientes en sus propios ojos—. Por favor... no quieres saberlo. Es horrible.

Suavemente, ella tomó su mano, su tacto era un salvavidas en la oscuridad. —Sí quiero... realmente quiero saberlo. Déjame entrar.

Y con esas palabras, las últimas defensas de Rob se derrumbaron. A través de sus sollozos ahogados, le contó todo, aferrándose a ella mientras el peso de su pasado amenazaba con hundirlo.

42

Reggie estaba impaciente, así que Frank concluyó su informe sobre la entrevista con Rob Johnson y le cedió la palabra.

—Ha sido complicado. Muchos de nuestros jugadores de cartas de los ochenta han fallecido o tienen demencia. Observé que el cáncer de pulmón fue la causa de muchas muertes. Algunos familiares incluso llegaron a mencionar que ese sótano lleno de humo era una trampa mortal.

—Palabras apropiadas —dijo Frank.

—Sí, yo también lo pensé, pero no lo dije —respondió Reggie—. Logré hablar con dos que siguen muy activos, a pesar de estar en sus noventa y pocos años. Terry O'Neil y Bill Hawkins.

Frank se estiró la espalda con cansancio, pensando: Me vendría bien averiguar cuál es su secreto, entonces.

—Tanto Terry como Bill recordaban bien a Adrian —continuó Reggie.

—¿Bien? —cuestionó Sharon—. ¿No se suponía que no era un personaje muy memorable?

—No lo era, y precisamente eso fue lo que lo hizo memorable —dijo Reggie—. La mejor cara de póker de la ciudad, al parecer. Tan callado que no revelaba nada. No lo hacía muy popular. Bill dijo que le iba bien en las noches de póker hasta que Adrian se unió. Después, le costaba llegar a fin de mes.

—Probablemente habría sido una buena excusa para dejarlo —comentó Sharon.

—Sí —dijo Reggie—. Era plenamente consciente de su adicción. Tanto Terry como Bill recuerdan que venía con un joven. Este joven nunca participaba. De hecho, parecía aburrido hasta la médula. Además, según Terry, apenas tenía edad para afeitarse. Bill llegó a preguntar a Adrian si el joven era su hijo. Adrian evitó responder, prefiriendo centrarse en las cartas. Por su actitud avergonzada, Bill no creyó que fuera su hijo. He estado pensando que podría ser este tal Rob después de nuestro avance con Sapphire, pero tú has descartado esa posibilidad con tu entrevista.

—No necesariamente —dijo Frank—. El hecho de que dejara Sapphire y se convirtiera en mecánico no lo descarta. Además, acabamos de recibir la fotografía por correo electrónico del protagonista en cuestión, así que podemos mostrársela a Rory. Tú también podrías enseñársela a Terry y Bill, Reggie.

—Lo haré.

—Pérdida de tiempo —dijo Gerry, sin levantar la mirada hacia los demás.

Frank sintió un destello de irritación por su tono despectivo. Mantuvo su voz serena, pero con un matiz de dureza—. No hace daño intentarlo, Gerry. Pero ya que pareces tan segura, ¿por qué no compartes tus dudas con el resto de nosotros?

—En primer lugar, nos dio su foto voluntariamente. Debe estar seguro de que no será identificado. En segundo lugar, está el trofeo. Dudo que alguien con habilidad para las cartas se quedara simplemente sentado en una partida, aburrido hasta la médula.

—¿Quizá Rob se sentía demasiado intimidado por Adrian y tenía miedo de participar? —sugirió Reggie.

—Pero Rob no sugirió que Adrian fuera intimidante —rebatió Gerry.

—¿Quizá Rob no era jugador de cartas en aquella época? —Fue una rara intervención de Sean—. ¿Tal vez aprendió todo lo que sabía sobre cartas observando a Adrian en el Anchor?

Buen punto, pensó Frank.

—El tiempo lo dirá —dijo Frank, terminando la conversación. Dudaba que Gerry estuviera equivocada sobre la inocencia de Rob.

Su historial hablaba por sí solo. Pero esta discusión estaba haciendo perder el tiempo.

—Sharon. ¿Qué has encontrado? —Frank ya sabía lo que había descubierto, pero quería que lo compartiera con el equipo. Los descubrimientos eran fantásticos. Una prueba más de que había elegido sabiamente al mantener al mismo equipo.

—Adrian solicitó acoger a un niño en noviembre de 1988.

Frank notó que Gerry apartaba su atención del ordenador hacia la sala. No la había puesto al día, así que esta revelación ciertamente habría despertado su interés. No era nada que ella no hubiera descubierto por sí misma si no hubiera estado ocupada entrevistando a Rob; aun así, probablemente se estaría preguntando por qué no había desenterrado esta información antes que Sharon, especialmente dadas sus largas noches y dedicación al trabajo.

—Lucy Bailey trabajaba como cocinera en Sunnybrook House entre 1980 y 1988 —continuó Sharon—. Como madre soltera, a veces traía a su hijo Mike al trabajo, principalmente los fines de semana cuando no estaba en la escuela. Pasaba tiempo con otros niños de su edad bajo supervisión adulta, por supuesto. Lucy falleció repentinamente el 2 de noviembre de 1988, y el padre de Mike había desaparecido hacía mucho tiempo. Mike tendría entonces doce años. Parece que Adrian tenía una relación con Mike durante sus visitas. Adrian se propuso tanto a sí mismo como a su hermana, Rowena, como posibles padres de acogida de Mike.

—Rowena nunca mencionó eso —dijo Gerry.

Frank leyó la irritación en el rostro de Gerry. En cierto modo, era bueno. Una Gerry irritada sería poderosa en los días venideros.

—Haré un seguimiento de esto con una llamada a Rowena en breve —dijo Frank—. A primera vista, parecía una gran oportunidad para Mike Bailey, ¿no? Un trabajador social y una maestra de primaria ofreciéndose a acogerlo. No hay nada mejor que eso... Entonces, ¿qué salió mal, Sharon?

—Bueno, tengo una copia de la solicitud y de la decisión sobre la acogida. —Luego describió cómo funcionaba. En 1988, el proceso de solicitud de acogida era principalmente en papel. El departamento de servicios sociales del ayuntamiento habría tramitado la solicitud,

con un panel de expertos tomando la decisión final. Como parte de su investigación, Sharon presentó una solicitud a los archivos del ayuntamiento, citando la investigación en curso como motivo para acceder a los registros históricos.

—Fue el propio Mike Bailey quien acabó matando la solicitud. Le dijo a un panel que su relación con Adrian no era buena, y que quería vivir con su tío, Carl Moss, el hermano menor de Lucy. El problema era que su tío no estaba entusiasmado al principio. Sin embargo, cambió de opinión. Hay una breve mención de que los incentivos económicos de la acogida influyeron en la decisión de Carl... no obstante, el panel concluyó que Carl era familia y era la mejor opción. Especialmente, cuando añades la confesión de Mike de que Adrian le "asustaba". —Hizo comillas con los dedos.

—¿Le asustaba? —dijo Reggie—. ¿Cómo?

—No se menciona. Mike no debió dar detalles.

—¿Nuestro encantador de caballos asustándolo? —Reggie no podía entenderlo.

—Solo porque sea callado —dijo Gerry— no significa que sea gentil.

—Y que no sea intimidante —añadió Frank.

—Supongo que sí. —Reggie se encogió de hombros.

—Buen trabajo, Sharon. Ahora, Carl falleció, desafortunadamente, ¿en qué año fue?

—En 2014 tras una breve enfermedad, pero he localizado a Mike Bailey. —Su expresión se volvió más sombría—. Y eso tampoco son buenas noticias. Ha tenido graves problemas de salud. Obesidad mórbida hasta el punto de quedarse confinado en casa. Actualmente está en el hospital tras sufrir un ataque al corazón anoche mismo. Hablé con los médicos antes. Con su presión arterial y su estado, es una bomba de relojería. Les sorprendió que sobreviviera a este episodio. Pobre hombre.

—Sí —dijo Frank—. ¿Parecían dispuestos a que habláramos con él sin armar revuelo?

—El médico nos suplicó que lo dejáramos un día o dos para que Mike se estabilizara. Le convencí para que nos dejara hablar con Mike mañana.

—Sharon, eres una joya.

—Excelente trabajo, Sharon. Ahora, Sean, ¿qué tienes?

—He encontrado a tres personas dispuestas a hablar conmigo. Jane Thompson, Tom Roberts y Lisa Parker. Todos estaban en Sunnybrook House cuando Mike estaba allí. Hablaré con ellos mañana.

—Buen trabajo. —Una rara sonrisa asomó a los labios de Frank.

Se volvió para mirar la fotografía de Adrian.

Estamos avanzando, pensó.

El trabajador social altruista... un hombre inocente apuñalado y escondido tras la pared del sótano...

Y sin embargo, tantas incógnitas...

Es hora de que confieses, amigo.

43

A LA MAÑANA SIGUIENTE, después de aparcar, y mientras se dirigían al hospital, Gerry dijo:

—Te he preparado el almuerzo.

Él hizo un gesto de incredulidad, con un cigarrillo liado colgando de su boca.

—¿Eh?

—Sé que las cosas eran diferentes cuando eras joven, Frank. En los colegios no educaban eficazmente sobre alimentación saludable... —Señaló el cigarrillo liado que ahora tenía en la mano—. Ni sobre fumar.

—¿El colegio? Vaya, eso fue hace mucho tiempo. He comido mucho desde entonces y sigo aquí... quizás, ¿acertaron después de todo?

Gerry negó con la cabeza.

—No. No pude dormir anoche, Frank. Pensaba que eran los detalles del caso los que me atormentaban. Pero cuando lo reflexioné bien, era mi preocupación por ti lo que me mantenía despierta. De verdad que no tienes buen aspecto.

—Joder, Gerry, ¿volvemos con esto? —Señaló su ojo—. La hinchazón está bajando. Estaré como nuevo en un par de días.

—No. Es tu salud en general... tu peso... tu bienestar.

—Dios mío, ¿tú y Helen estáis intercambiando notas? —Frank se golpeó el pecho—. Corazón de buey. —Dio una profunda calada a su cigarrillo liado y lo arrojó al suelo. Tosió contra su puño.

Sonó su teléfono. Después de responder, oyó la voz de Sharon. Fue un alivio. Al menos Sharon no examinaba su salud cada cinco puñeteros minutos.

Sin embargo, la información que le comunicó hizo que su presión arterial se disparara.

44

Frank murmuraba para sí mismo mientras navegaba por el laberinto de los pasillos del hospital, haciendo una mueca ante el hedor del desinfectante. —Odio los hospitales.

Tan pronto como lo dijo, supo que su comentario había sido un error.

—Entonces, para evitarlos, te aconsejaría...

—¡Gerry! —Se tragó algunas palabrotas cuando vio a dos enfermeras al final del pasillo que le miraban con ojos entrecerrados.

Murmuró una disculpa a Gerry por elevar la voz, y luego encontraron la planta. Un médico les estaba esperando allí. Mostraron sus placas.

—Detectives. —La voz del médico era baja—. Ha sido informado de vuestra visita. Mike está en un estado delicado. Su corazón está débil y su presión arterial sigue siendo alta. Tuvo suerte la última vez. Podría no ser tan afortunado de nuevo.

—Entendido. —Frank asintió secamente—. Tiene mi palabra. Iremos con cuidado. Si no es nuestro hombre, le dejaremos en paz rápidamente.

El médico les dio las gracias, mirando con sospecha las heridas faciales de Frank, y les condujo a la habitación.

Al entrar en la habitación, Frank titubeó, con la respiración atascada en la garganta.

El cuerpo de Mike se desbordaba por los bordes de una cama de hospital de gran tamaño. Su cara parecía redonda e hinchada, sus

mejillas tenían un color rojo moteado, y sus ojos parecían hundidos, casi desapareciendo en los pliegues de su piel. Las máquinas emitían pitidos y zumbidos a su alrededor, monitoreando sus signos vitales, con un enredo de cables y tubos serpenteando a través de su volumen.

Frank intentó recordar si alguna vez había estado tan cerca de alguien que sufriera tan extremadamente de obesidad, pero se dio cuenta de que solo lo había visto tan avanzado en la televisión. Tragó saliva con dificultad, con una mezcla de lástima y desasosiego retorciéndose en sus entrañas. Inmediatamente comenzó a sentirse culpable por ser tan crítico con su propio peso.

La enfermera sentada junto a Mike se levantó. Le tocó la mano. —Te veré más tarde, Mike.

Él le sonrió. —Gracias, Emma. —Le guiñó un ojo.

Frank notó el miedo en la cara de Emma. Eran cercanos.

—No te preocupes —dijo Mike—. Todavía no he terminado.

Todavía.

Frank reflexionó sobre las palabras del médico afuera.

No hacía falta ser un profesional de la medicina para saber que el tiempo de Mike podría acabarse cualquier día.

Cuando Emma pasó junto a ellos, se detuvo y entrecerró los ojos mientras miraba a Frank. —Es un buen hombre.

Frank asintió. *Te he oído alto y claro.*

Ella salió de la habitación.

Mike fijó su mirada en ellos mientras se acercaban. Cuando estuvieron más cerca, Frank notó un leve sonido sibilante que las máquinas habían ahogado desde la distancia.

Frank sacó su placa. —Soy el DCI Frank Black, y esta es la DI Gerry Carver. Lamento oír lo que ha pasado. Entendemos que está débil, así que no queremos quitarle mucho tiempo. ¿El médico ya ha hablado con usted?

—Sí. —La voz de Mike era fina y débil—. Sobre Adrian Hughes. Encontraron sus restos en la pared del sótano de un pub.

—Eso es correcto. —Frank acercó una silla a la cama. Era pesada, así que no pudo levantarla lo suficiente del suelo, y las patas chirriaron. Se disculpó por el ruido y se acomodó en ella. Gerry

se colocó al otro lado de la cama, que ya tenía una silla lista. Preparó su cuaderno.

—El médico y la enfermera —dijo Frank—, te cuidan la espalda. Debe ser un momento difícil. Es bueno verte en las mejores manos posibles.

Mike dejó escapar una débil risa. El sonido le hizo temblar el pecho mucho después de terminar. —Mírame. Ya no importa demasiado, ¿verdad?

Frank se estremeció. Apartó la mirada y se armó de valor.

No hay tiempo para la compasión. *Sigue manteniendo tu cara de póquer, Frank.*

Pero cuando volvió a mirar, se dio cuenta de que esto iba a ser imposible. Había una profunda tristeza en los ojos de Mike, como nunca había visto antes.

Miró a Gerry, que parecía impasible, preguntándose si al menos consideraba la misma pregunta que él.

¿Qué podría llevar a una persona a tal estado?

—¿Qué os gustaría saber? —preguntó Mike.

Frank no quería ser demasiado duro, por razones obvias. Preguntarle directamente si lo había matado era definitivamente un no rotundo.

—¿Cuándo viste por última vez a Adrian Hughes? —preguntó Frank.

—Cuando tenía doce años. Cuando murió mi madre.

—¿Sería eso en noviembre de 1988?

—Por esa época, sí. Nunca supe que Adrian Hughes había desaparecido hasta que el médico me habló de su cuerpo antes.

Frank asintió, tomando nota, pensando en lo extraño que era que nadie, excepto sus compañeros de trabajo y su hermana, hubiera sido consciente de su desaparición. En 1989, Adrian desapareció de la faz de la tierra, y sin embargo, Rob, que afirmaba haber sido acosado por él, ni siquiera se había dado cuenta. Y ahora, Mike, que casi había terminado bajo su cuidado, tampoco tenía ni idea. Simplemente no sonaba a verdad.

—Sabemos que Adrian trabajaba en Sunnybrook House, y que tu madre era la cocinera allí. —Frank asintió, tomando nota—. ¿Puedes

contarme sobre eso?

—Claro. —La mirada de Mike se desvió—. Solía ir a Sunnybrook a veces, principalmente los fines de semana o durante las vacaciones escolares, con mi madre. Las personas que trabajaban allí eran atentas y sabían que mi madre tenía problemas con el cuidado de los niños. Cuando cumplí once años, podría haberme quedado en casa, pero disfrutaba yendo. Había otros chicos allí también. Podía jugar al fútbol con ellos. —Abrió los ojos—. No siempre fui así, ¿sabes? También jugábamos juegos de mesa. Cluedo, Monopoly, ese tipo de cosas. —Guiñó un ojo—. Incluso tuve una novia una vez. Pero luego, la acogieron en una familia. Después de eso, no me permitieron saber adónde fue. Eso fue un fastidio.

—Una lástima —dijo Frank.

—Así es la vida —dijo Mike—. Pero tenía la sonrisa más encantadora. Aún la recuerdo ahora.

Frank sonrió. —Atesora esos recuerdos. Cuanto más envejeces, más se desvanecen. —Tan pronto como lo dijo, se sintió algo insensible. ¿Había sido desconsiderado? ¿Tendría Mike siquiera la oportunidad de envejecer?

—Créeme, hay algunos recuerdos que preferiría olvidar.

Frank le miró. *¿Y qué quieres decir con eso?*

Al notar el escrutinio de Frank, Mike añadió repentinamente: —Como la desaparición de mi padre cuando tenía seis años. La muerte de mi madre cuando tenía doce, y... —Se interrumpió.

¿Había algo más ahí? ¿Algo que había estado a punto de decir?

—¿Y qué tan bien conocías a Adrian? ¿En Sunnybrook?

—Estaba allí a menudo. Un hombre tranquilo, pero a veces se unía a los juegos. No al fútbol, principalmente juegos de mesa. Le gustaban los cómics. A mí también. Hablábamos de ellos, ocasionalmente.

—¿Algún cómic en particular?

—Marvel, supongo. Spider-Man y similares. No puedo decir que fuera algo con lo que continuara después de esa época.

Gerry se inclinó hacia adelante. Frank sabía que quería hacer algunas preguntas. Pensó en su promesa a la enfermera y al médico.

Ve con calma, Gerry, se dijo a sí mismo. —¿Dirías que se interesaba por ti, Mike?

Mike arrugó la cara. Estaba a la defensiva. —Apreciaba a todos los niños. Ese era su trabajo. Esa era su vocación.

Frank notó que el pitido en una de las máquinas se había acelerado. Miró hacia arriba. La presión arterial de Mike era de 180/120 y su ritmo cardíaco era de 110 ppm.

—¿Te apreciaba más a ti que a los otros niños? —preguntó Gerry.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, intentó acogerte, junto con su hermana, Rowena —dijo Gerry.

Mike suspiró. Frank observaba los monitores de frecuencia cardíaca y presión arterial. Sin cambios.

—Supongo que nos habría acogido a todos si hubiera podido —dijo Mike.

—Pero solo lo intentó contigo.

—Supongo que es porque yo no estaba realmente bajo tutela en ese momento. Creo que esperaba evitar que eso me sucediera. Eso me convertía en una anomalía, supongo. No era el caso de los otros niños. No podía acogerlos a todos.

—¿Crees que te habría ofrecido un hogar adecuado?

El pitido se intensificó. Frank notó que la frecuencia cardíaca de Mike había aumentado a 120 ppm. —¿Cómo podría responder a eso? No fui.

—No, no fuiste —dijo Frank—. ¿Y por qué fue eso?

Mike miró a Frank. —Porque mi tío Carl me acogió.

—¿Y pensaste que esa era la mejor opción? —preguntó Gerry.

—Por supuesto. ¿Tú no? Era mi tío. El hermano de mi madre.

—Tiene sentido —dijo Frank, tomando nota mientras observaba los monitores. Era fascinante. ¿Podrían los cambios en el pulso y la presión arterial mostrar algo? ¿Podría alguien usarlos como una prueba de detector de mentiras? Probablemente no. Aun así, era interesante medir las reacciones de Mike.

—Estaba deprimido. Mi madre acababa de morir. No quería vivir con gente que apenas conocía.

Gerry seguía inclinada hacia adelante. Miró a Frank. Él asintió, dándole vía libre. —En los registros, dice que informaste que Adrian te asustaba. ¿Puedes elaborar sobre eso?

La presión arterial de Mike aumentó de nuevo. Sus papadas temblaron mientras sacudía la cabeza. —Solo me lo inventé. Estúpido, lo sé. Siempre fue un hombre tranquilo y reservado. —Las palabras salieron atropelladamente—. Estaba asustado. Era un niño. Mi madre había muerto, y solo quería estar con mi tío, que siempre fue amable conmigo.

—Nuestro informe sugiere —dijo Gerry— que tu tío no te quería al principio.

Frank se sorprendió por lo directo de su declaración.

Mike miró con ira a Gerry por primera vez. —Eso no es cierto.

—Puede que no lo sea. —Frank miró fijamente a Gerry—. Es la evaluación de un trabajador social. Puede que se equivocaran. —*Pero lo más probable es que no*, pensó.

Aun así, no quería provocarle otro ataque al corazón a este hombre, y todavía tenían que hacer la mayor revelación de todas.

—No me dijeron nada de eso —dijo Mike.

Frank asintió. —No te lo habrían dicho. Háblame de tu tío, Carl Moss. —Esperaba que algunos recuerdos agradables pudieran calmar a Mike.

Mike asintió, su respiración venía demasiado rápido para el gusto de Frank. —Tío Carl, sí. Fue... estuvo bien vivir con él. No era muy paternal, vale, eso es justo, pero nos divertíamos. Siempre charlaba conmigo, jugaba juegos conmigo, veíamos la televisión y esas cosas. Nunca fui una molestia, ¿sabes? Supongo que la única crítica era que no era demasiado estricto, ¿sabes? No le importaba a qué hora llegaba por la noche. Y cuando empecé a faltar a la escuela, no me obligó a ir, solo trató de convencerme. Cuando se metió en problemas por ello, hice lo correcto y volví. Siempre venía en mi ayuda, ¿sabes?

Frank sintió que era hora de compartir lo que Sharon le había dicho antes. —¿Sabes dónde trabajaba tu tío?

—En varios pubs a lo largo de los años —dijo Mike.

—¿Puedes recordar sus nombres? —preguntó Frank.

—No realmente.

El monitor cardíaco aumentó su ritmo de nuevo. La respiración de Mike se volvió más laboriosa. No tenía sentido llevarlo a confesar lo que ya sabía. Era presionarlo demasiado. —Tu tío trabajaba en el pub Rusty Anchor, ¿verdad?

—Sí.

—Donde encontramos a Adrian Hughes... y fue alrededor de la época en que desapareció, también.

Las máquinas estaban sonando con fuerza. La frecuencia cardíaca de Mike había subido a 160 ppm.

Frank tomó el brazo de Mike. —Respiraciones profundas. Está bien.

—No me siento muy bien... —El rostro de Mike perdió el color, dejándolo de un gris enfermizo, con los labios temblorosos.

Frank miró a Gerry. Ella también parecía preocupada ahora.

No sabía si aflojar o presionar. Si aflojaba, podría no obtener nunca las respuestas. Pero las consecuencias de seguir presionando... bueno... no soportaba pensarlo.

Gerry habló primero. —Que tú sepas, ¿tu tío Carl conocía a Adrian, Mike? ¿Podría la presencia de Adrian en el pub haber tenido algo que ver con tu tío?

Una alarma estridente estalló en la máquina. Mike jadeó. —No puedo... —Cerró los ojos y su cabeza se inclinó hacia un lado.

45

Abadía de Whitby. Piedra desgastada. Arcos imponentes.

Ojos rojos taladrando su espalda.

199 escalones. Pantorrillas doloridas.

Su corazón late con fuerza.

Viento salado. Mares embravecidos. Gaviotas chillando.

Su respiración entrecortada.

El casco antiguo de Whitby. Desierto. Callejones sinuosos.

El eco de patas sobre los adoquines.

Church Street. Antiguas casas de pescadores. Tejados rojos. Muros castigados por el tiempo.

Un aliento caliente quema la nuca.

El Puente Giratorio. La salvación. Cruzando el río Esk.

Casi ha llegado.

Una oportunidad.

Ninguna oportunidad.

Adrian bloquea el camino.

Los ojos, que una vez fueron amables y gentiles, ahora brillan con un hambre depredadora.

Boca abierta.

Un abismo de oscuridad-

Adrian se abalanza, sus dedos desgarrando la carne de Mike, arrastrándole de vuelta a la pesadilla de su pasado.

46

La puerta se abrió de golpe, y dos enfermeras y un médico entraron precipitadamente. Frank y Gerry fueron obligados a salir.

Ya fuera, intercambiaron miradas. —Te preguntaría qué piensas —dijo Frank—, pero creo que es bastante obvio. Necesitamos volver a hablar con él.

Podían oír gritos y conmoción procedentes del interior de la habitación. Otra enfermera y un médico se dirigían hacia allí.

—Si es posible volver a hablar con él —suspiró Frank para sus adentros.

Permanecieron allí al menos hasta que las alarmas dejaron de sonar.

Una enfermera salió.

Frank la detuvo. —¿Está bien?

—Estable... de nuevo...

Bien.

—Vale —le dijo Frank a Gerry después de que la enfermera los dejara—. No vamos a volver a entrar ahí pronto. Por ahora, necesitamos todo lo que podamos encontrar sobre Carl Moss. También necesitamos hablar con Rory otra vez, y pronto. Ya hemos superado las coincidencias. Adrian Hughes no estaba en ese pub solo para jugar a las cartas y presumir de una joven acompañante. Estoy seguro. Intentó acoger a Mike, pero Mike lo rechazó por Carl, un hombre que trabajaba en el Anchor. Está conectado... tiene que estarlo.

—No lo discutiría —dijo Gerry.

Cuando estaban de vuelta en el coche, Frank se volvió hacia Gerry. —Cuando veo a alguien así, con un cuerpo devastado por el dolor y el abandono personal, solo hay una conclusión.

—¿Cuál es?

—Una carga. Una carga abrumadora. Suficiente para llevarte a esta sombra de existencia.

47

Frank terminó la llamada y soltó un fuerte suspiro de alivio. Todos en la sala de incidencias levantaron la vista de sus ordenadores. Incluso las orejas de Rylan se irguieron, con sus ojos marrones fijos en Frank con una curiosidad casi humana.

—¿Mike Bailey? —preguntó Reggie.

—Sí. No matamos a nadie.

Gerry frunció el ceño. —No entiendo. No veo cómo habría sido culpa nuestra...

Frank resopló, un sonido entre divertido y exasperado. —Puedes estar segura de una cosa, Gerry. Habría sido culpa nuestra. Siempre es nuestra maldita culpa. Ya he recibido más de una mirada gélida de Donald desde que volvimos.

Gerry asintió, luego alcanzó una bolsa a sus pies. Sacó dos recipientes de Tupperware y los colocó frente a ella. Él recordó su oferta de proporcionar el almuerzo.

Frank dejó el teléfono y se acercó, mirando la ofrenda con sospecha. —¿Almuerzo?

—Sí. —Abrió uno de los recipientes—. Todo natural.

—Dios mío —murmuró Frank, escudriñando el interior como si pudiera morderle—. ¿Estás segura? Es deslumbrante. ¿Debería la comida brillar así?

—Tomates frescos y lechuga fresca. Orgánicos. Y solo de una tienda específica...

—Estaba siendo sarcástico, Gerry. Sé que es una ensalada. Lo que pasa, Gerry, es que no soy un hombre de ensaladas.

—Eso no tiene sentido, Frank. No puedes definirte por un grupo de alimentos.

—Obsérvame —gruñó Frank—. Sí... mira, si mi comida no vivió y respiró en algún momento, no me apetece.

Sean, que estaba escuchando la conversación, se rio.

Ella negó con la cabeza. —Necesitas variedad en tu dieta, Frank. —Le entregó una servilleta, envolviendo un cuchillo y un tenedor.

Frank cogió el recipiente. —Gracias, supongo.

Gerry asintió, con un atisbo de satisfacción en sus ojos. Se puso de pie.

—¿Adónde vas? ¡Si yo tengo que comerla, tú también!

—¡Con mucho gusto! Pero primero, necesito ir al baño. —Y con eso, se marchó.

Tan pronto como ella desapareció de vista, Frank rebuscó en la ensalada con un tenedor, pinchando un trozo de pepino como si fuera una prueba en la escena de un crimen. Vio a Rylan mirándolo. —¿Qué dices, chico? ¿Quieres compartir?

Sostuvo un tomate con los dedos, comprobando que Gerry no estuviera mirando por la puerta. Lo regañaría no solo por escatimar con la ensalada, sino por alimentar a su perro.

Aunque no importó. Rylan olió el tomate y giró la cabeza, nada impresionado.

—Traidor —murmuró Frank—. Estamos en la misma página, ¿verdad, amigo? —Frank se rio, dejando el recipiente a un lado—. Ambos somos más de empanada de salchicha que de rollito de ensalada.

Miró a Sean, que estaba encorvado sobre su ordenador. —¿Quieres esto, Sean?

—No, gracias. Acabo de comer.

—Por favor.

—No, estoy lleno.

Maldición. Frank miró la papelera, preguntándose si podría salirse con la suya deshaciéndose rápidamente de la ensalada.

De repente, Sean se enderezó. —¿Jefe?

—¿Sí? —Frank sintió un hormigueo de emoción—. ¿Has cambiado de opinión?

—Jefe, creo que he encontrado algo.

Frank alzó una ceja. —¿Qué? ¿Qué es, Sean?

—En 1988, una joven llamada Phoebe Turner trabajaba a tiempo parcial en Sunnybrook House. Aparentemente, Adrian Hughes denunció a Phoebe ante el jefe por beber durante el trabajo. Eso fue en octubre de 1988. Al día siguiente, perdió su puesto por ello.

Frank apartó el recipiente con tanta fuerza que casi lo envió resbalando fuera del escritorio, su apetito por la justicia de repente mucho más fuerte que cualquier hambre de comida. Se acercó a Sean. —Entonces, ¿la acusación era cierta?

—Registraron sus pertenencias y encontraron vodka. Caso cerrado. Aparentemente.

Frank miró la foto de Adrian, su fe en la inocencia de su víctima en su punto más bajo. —A menos que alguien lo colocara allí.

—¿Por qué haría eso?

—Bueno, no podemos preguntárselo a él... pero podemos preguntarle a ella. ¿Puedes localizarla para mí?

Gerry regresó del baño.

Frank le puso al día sobre el descubrimiento de Sean.

—Necesitamos hablar con Rory de nuevo. —Frank se levantó—. Y para entonces, deberíamos tener la dirección de Phoebe para hacerle una visita.

Gerry asintió, ya recogiendo sus cosas. —¿Qué pasa con nuestro almuerzo?

—Más tarde —mintió Frank, su mente divagando hacia el aroma celestial de productos recién horneados de Botham's de Whitby. La vieja panadería cerca de las escaleras en el pueblo lo llamaba, ¿y quién era él para ignorar tal canto de sirena?

48

Mientras Sharon conducía para reunirse con el primero de los tres antiguos residentes infantiles del Hogar Sunnybrook, luchaba por calmar su mente acelerada y concentrarse en la carretera. A su lado, Reggie estaba desesperado por entablar conversación. Ella le respondía con monosílabos, pero eso no disuadía al obstinado sargento detective de intentarlo una y otra vez.

En un momento, captó el aroma de su aftershave. Por Dios, ¿se bañaba en esa cosa?

Bajó un poco la ventanilla. El sonido del aire entrando lo mantuvo callado durante unos minutos. Pasó el tiempo mirando alguna tontería en su móvil y riéndose para sí mismo. No compartía la misma sensación de mal presagio que ella tenía, pero, ¿por qué iba a hacerlo? Él no había hablado con ninguno de ellos por teléfono.

Durante cada conversación, los sentidos de Sharon se habían disparado. Había algo allí. Algo desagradable. Una resignación en todas sus voces de que finalmente había llegado el día. La verdad estaba a punto de salir a la luz.

Sharon lo temía, pero Reggie no tenía ni idea. Ella anticipaba su conmoción cuando finalmente revelaran la parte de ellos que estaba oscura y rota.

Después de subir la ventanilla, consideró advertirle, pero sospechaba que sonaría irracional. Sus preocupaciones se basaban en el instinto y no en evidencias.

Sharon y Reggie se detuvieron frente a una modesta casa de ladrillo rojo en una calle tranquila y arbolada.

—¿Puedo tomar la iniciativa, señor? —preguntó ella.

Reggie pareció sorprendido. Después de todo, él era su superior. —¿Estás segura? He hecho esto miles de veces.

Tan condenadamente condescendiente. Su reacción por defecto era desafiarlo en lugar de seguirle la corriente, pero quería llevar la iniciativa. Si tenía razón en sus sospechas, estas personas necesitarían calma y comprensión. Confiaba en sus propias habilidades sociales y expresiones de empatía, y no conocía a Reggie el tiempo suficiente para confiar en él. Así que le siguió el juego. —Por favor, señor. Es una curva de aprendizaje.

—Ah, por supuesto. —Sonrió y le guiñó un ojo.

El orgullo que sintió por mostrar generosidad le dio náuseas, pero no quería distraerse del asunto en cuestión, así que salió del coche sin discutirlo más.

Una mujer de unos cuarenta y tantos les abrió la puerta. Al principio, parecía tranquila, pero después de ver sus placas, una mirada triste y atormentada apareció en sus ojos, y asintió rápidamente. —¿Lydia Thompson? Hablamos por teléfono —dijo Sharon.

—Pasad. —Lydia se dio la vuelta, con los hombros ligeramente encorvados.

No me equivocaba, pensó Sharon. *Algo se avecina.*

Intercambió una mirada con Reggie mientras entraban. Una ceja levantada. Adivinó lo que él estaba pensando. *¿Qué le pasa a esta?*

Al entrar, el aroma de galletas recién horneadas llegaba desde la cocina, un contraste chocante con la pesadez que flotaba en el ambiente.

Fotografías de niños sonrientes adornaban las paredes del salón. El lugar estaba lleno de alegría. Pero Sharon podía sentir que, bajo la superficie, Lydia estaba lejos de sentirse alegre.

—Siento haber sido tan específica sobre la hora a la que vinierais.

—No hay problema, Lydia, nos estás haciendo un gran favor al recibirnos con tan poca antelación.

Suspiró. —Simplemente no quería que nadie más estuviera en casa. —Les indicó que se sentaran en el sofá mientras ella se acomodaba en el borde de un sillón, con las manos fuertemente entrelazadas en su regazo—. Iré al grano. Adrian Hughes. Solo decir su nombre... bueno... —Se interrumpió. De repente, parecía pálida.

—Tómate tu tiempo —dijo Sharon.

—Está bien. Mira, la cuestión es que lo enterré. Todo... Quiero decir, sé que ocurrió. No es como si lo hubiera olvidado. Simplemente no tiene la claridad adecuada, ¿sabes? —Su voz tembló —. Hasta hace unos diez años, cuando volvió con más claridad. No podía confiar plenamente en creerlo por completo. Lo había reprimido durante tanto tiempo. Pero recibí tratamiento, y todo salió a la luz. Adrian Hughes abusó de mí cuando era niña.

—Lo siento mucho. —La voz de Reggie era inusualmente suave, y Sharon de repente se sintió culpable por haber juzgado sus niveles de empatía antes en el coche.

—Empezó con pequeñas cosas. Encontraba razones para estar a solas conmigo, para tocarme el hombro o el pelo. Me leía cómics. Solo tenía once años y no entendía lo que estaba pasando. Mis padres me habían abandonado. ¿Sabes cómo se siente cuando un adulto quiere pasar tiempo contigo después de tal abandono?

—Solo puedo imaginarlo. Siento mucho que te ocurriera eso. — Sharon podía sentir cómo se le rompía el corazón tanto por la joven que Lydia había sido, como por la adulta atormentada que era ahora.

—Puedo decirte exactamente cómo te hace sentir. —Los ojos de Lydia tenían una mirada distante—. Como si te diera una segunda oportunidad de valer algo.

Un nudo se formó en la garganta de Sharon.

—Y a medida que pasaba el tiempo, empeoró —continuó Lydia, con las manos temblorosas en su regazo—. Sus manos empezaron a vagar. Decía que era nuestro secreto especial.

Sharon sintió el peso de las palabras de Lydia golpeándola como un golpe físico. A su lado, Reggie se movió incómodo en su asiento.

—Y nunca dudé de él. Siempre le creí. Tenía una manera. Una manera silenciosa. —Lydia se inclinó hacia delante y susurró—: Y por

primera vez en mi vida, me sentí valorada. ¿Te das cuenta de lo terrible que es eso? Me hacía sentir agradecida por lo que estaba haciendo. Y lo triste es que, desde que sufrí abusos, nunca me he vuelto a sentir así. Sin ninguna sensación de valor. Mi marido se esfuerza tanto y, sin embargo, no puede hacerme sentir como debería sentirme. Especial. Valorada.

Sharon tragó saliva. Pensó en su relación con su padre. Habían sido muy cercanos. Se quedaban despiertos hasta altas horas de la noche cuando ella era adolescente viendo series policíacas clásicas como *The Sweeney*. Se había sentido especial. Valorada. Y como resultado, ahora se sentía culpable.

—Incluso cuando el contacto se volvió doloroso, no quise decir nada. No quería disgustarle, herir sus sentimientos, meterle en problemas. —Bajó la cabeza—. Hace diez años, cuando el psiquiatra sacó la verdad a la luz y lo recordé todo con claridad, me presenté para denunciar a Adrian. Resultó que Sunnybrook llevaba mucho tiempo cerrado. Y él también se había ido hace mucho.

Esto era una novedad para Sharon. —¿Recuerdas a quién se lo denunciaste?

Lydia negó con la cabeza. —No lo recuerdo. Recuerdo que estaban bastante seguros de que estaba muerto. Suicidio, dijeron. No parecía haber mucho interés en remover las cosas. Dijeron que sería difícil investigar con el tiempo transcurrido, pero que lo harían si yo quería. Lo pensé durante un tiempo. Lo hablé con mi marido. Pero pensé que sería una experiencia traumática para mi familia y mis hijos.

Sharon tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener una expresión de disgusto. ¿Cómo podían sus colegas, predecesores, quienesquiera que fueran, haber considerado que era correcto dejar este horror en silencio? ¿Los otros dos residentes infantiles de Sunnybrook con los que iba a hablar también se habrían presentado, solo para ser rechazados? Era atroz considerar la falta de interés en hacer justicia a los muertos, incluso si eso significaba ayudar a aquellos que seguían viviendo con el daño.

—Pero encontré la paz de otra manera —continuó Lydia, mirando fijamente a Sharon—. Perdonándole.

Sharon sintió una fría furia creciendo en sus entrañas: *¿un hombre que se aprovechaba de tal vulnerabilidad merecía perdón?*

—Le perdoné por la enfermedad que le hizo hacerme lo que me hizo, y a los demás. Y sí, eso me dio algo de paz.

—¿Qué más recuerdas de Adrian Hughes? —preguntó Sharon, casi temiendo la respuesta.

—Que un día simplemente desapareció —dijo Lydia—. Y no mucho después, alguien me acogió. Alrededor de la Navidad de 1989.

En lugar de tomar nota, Sharon extendió la mano y tomó la de Lydia. —Lo siento mucho, Lydia. Lo que pasaste es inimaginable... — Respiró profundamente. Al exhalar, dijo—: Con el descubrimiento de su cuerpo, creo que la verdad va a salir a la luz ahora.

Una única lágrima rodó por su mejilla. —Es lo mejor, creo. Aunque se haya ido, la verdad importa, ¿verdad?

—Sí. —Sharon apretó la mano de Lydia—. Sí, no podría estar más de acuerdo. Y me asombra lo fuerte que eres.

—Perdí mucho tiempo por culpa de ese hombre. —Lydia miró las fotos de su familia—. Pero encontré un amor por los que me rodean como no te puedes imaginar.

Al salir de la casa de Lydia, Reggie estaba inusualmente callado. Una vez en el coche, finalmente habló, su voz una mezcla de ira e incredulidad. —¡Estamos tratando de encontrar al asesino de un puto monstruo! No sé tú, pero estoy más inclinado a darle una medalla que a arrestarlo.

Sharon entendió el sentimiento de Reggie, habiendo tenido pensamientos similares durante la entrevista.

—¡Espera a que Frank se entere del hombre por el que está luchando para hacer justicia! —Sacó su teléfono—. Voy a llamarle.

Sharon miró a Reggie, viendo la perplejidad grabada en su rostro mientras golpeaba la pantalla de su móvil. Sabía que Frank, como ella, habría esperado esta revelación. Frank era un viejo policía curtido que lo había visto todo; sabría que los monstruos a menudo se esconden tras fachadas respetables.

Escuchó a Reggie dejar un mensaje para Frank en el buzón de voz.

Mientras conducían para encontrarse con la segunda persona, que bien podría resultar ser otra de las víctimas de Adrian, la mente de Sharon trabajaba a toda velocidad.

¿Habría sido la persona que le quitó la vida a Adrian una víctima? ¿Podría incluso haber sido Lydia?

¿O tenían a un vigilante en la baraja, alguien tratando de librar a la sociedad de uno de sus azotes?

El coche se llenó de un tenso silencio, roto solo por el golpeteo rítmico de los limpiaparabrisas contra una ligera llovizna que había caído. Parecía como si el propio cielo estuviera llorando por Lydia y los demás como ella.

Sharon no podía quitarse la sensación de que estaban al borde de un agujero de conejo muy oscuro. Y estaban a punto de caer en él.

49

Frank y Gerry entraron en el Whitby Arms con Rylan a su lado. Rory levantó la mirada desde detrás de la barra, con una sonrisa dibujándose en su rostro. Nunca había parecido tan contento de ver a Frank antes, así que solo podía suponer que la expresión de alegría del dueño se debía al labrador.

—¡Rylan! —Rory salió de detrás de la barra.

Rylan se puso derecho, dejó colgar su lengua y jadeó. Probablemente recordaba la galleta que le habían ofrecido días atrás.

—¿Nada de alimentar a tu chico, verdad? —Rory miró a Gerry.

—Exactamente.

Frank se apartó discretamente al recordar su pecado anterior de intentar darle un tomate a Rylan.

—¿Os ofrezco un café a los dos? —dijo Rory, que ya estaba cogiendo las tazas. Le guiñó un ojo a Frank—. ¿De la nueva máquina?

A Frank se le hizo la boca agua al recordar el café rico y suave que había disfrutado la última vez. Estaba tentado, pero captó la mirada de desaprobación de Gerry. La cafeína también estaba en su lista negra, y al no haberse comido la ensalada, no tenía crédito en el banco.

—Está bien, Rory —Frank rechazó la oferta con un gesto—. Deja descansar tu máquina nueva. ¿Comprobaste la foto que te enviamos por correo electrónico?

—Hace literalmente diez minutos. No era el joven que vino con Adrian. Lo siento. Sé que fue hace tiempo, pero el chico que me enviaste parecía fornido. Fuerte. Como un jugador de rugby. El chico que recuerdo era delgado como un palo.

Frank asintió. Tal vez Rob estaba diciendo la verdad entonces. Quizás nunca había vuelto a ver a Adrian después de que este fuera a su casa por segunda vez.

—No habéis venido solo por eso, ¿verdad? Siento haberos hecho perder el tiempo si...

—No —interrumpió Frank—. Hay algo más, o más bien alguien. ¿Recuerdas a Carl Moss?

—Por supuesto, sí. No es probable que lo olvide. Trabajó para mí bastante tiempo. No solo eso. Era un colega, ¿sabes? Un tío excelente. Su muerte hace un tiempo me afectó mucho.

Frank asintió. —¿Puedes recordar las fechas específicas en las que trabajó para ti?

—¡Maldita sea! ¡De forma intermitente durante unos quince años! —exclamó Rory—. Era constructor, así que cuando el negocio iba mal, trabajaba conmigo por un tiempo. Hizo algunos períodos largos, si mal no recuerdo. —Miró al vacío con expresión reflexiva—. Sí. Un tío excelente. También hizo toda la ampliación de nuestra casa. Baratísimo.

—¿Y estaba trabajando en el Rusty Anchor el 29 de agosto de 1989?

Rory movió el dedo. —Vamos, vamos, Frank. Te lo digo ahora mismo. Carl no era un asesino. El hombre más suave que jamás hayas conocido. Tranquilo. Ecuánime. El tipo era como un hippie, ¿sabes? Pelo largo. Relajado.

—Pero ¿estaba trabajando aquí por entonces? —preguntó Gerry.

—Déjame pensar... posiblemente... sí... recuerdo haber hablado con él sobre esa pared del sótano, y me había ofrecido arreglarla en algún momento, así que debió de estar por esa época. Pero mirad... ¿Carl? Ni hablar. ¿Qué lo ha puesto en vuestro radar?

—Es el tío de Mike Bailey.

—Sí. Es cierto. Un chico encantador. Al menos lo era entonces. No lo he visto en bastante tiempo. ¿Cuál es la relevancia aquí?

—¿Recuerdas que Carl acogió a su sobrino?

Rory asintió. —Sí. Lo recuerdo bien. Trágico lo que pasó. Sabes, Carl estaba preocupado por la responsabilidad, pero ese chico no daba problemas. Y —Rory guiñó un ojo— ese chico era el mejor recogedor de vasos que jamás hayas visto. Rápido, como...

—Espera —interrumpió Frank—. ¿Trabajó para ti? ¿En el Anchor?

—Bueno, no exactamente. Solo tenía trece o catorce años... no estaba oficialmente en nómina, ya sabes. Hace mucho tiempo. Una familia con dificultades, Frank. Espero que no me vayas a dar un golpe en las manos por eso ahora.

Frank desestimó tal sugerencia con un gesto. —¿Qué ocurrió?

—¿Qué quieres decir con qué ocurrió? —dijo Rory—. Le daba a Carl unas libras extra cuando Mike ayudaba.

Frank miró a Gerry, que había estado inusualmente callada hasta ahora.

Mike nunca había mencionado que trabajaba en el Anchor. ¿Por qué no? ¿Sería porque su acelerado ritmo cardíaco y su presión arterial le habían impedido hablar? ¿O lo había estado ocultando deliberadamente? Difícilmente podría haber afirmado que nunca volvió a ver a Adrian Hughes después del intento fallido de acogida si estaba trabajando en el mismo pub donde Adrian jugaba a las cartas.

—¿Con qué frecuencia trabajaba Mike aquí?

—No era algo constante. El chico tenía escuela, ¿sabes? Pero aparecía, ocasionalmente. Los fines de semana eran los más ocupados, así que era bueno tener una mano extra entonces.

—Entonces, ¿podría haber estado en el Anchor al mismo tiempo que Adrian Hughes?

—Supongo que sí —dijo Rory—. Pero ¿qué tiene que ver eso con el precio de las manzanas?

—Adrian Hughes intentó acoger a Mike.

—¿Eh? —Rory parecía completamente desconcertado.

Frank se lo explicó.

Rory asintió. —Sí, todo eso parece bastante extraño.

—¿Puedes recordar alguna interacción entre Mike y Adrian?

Rory lo pensó un momento, pero estaba claro desde el principio que todo esto era novedad para él. Negó con la cabeza.

—¿Cómo era la relación entre Mike y Carl?

—Buena. Si mal no recuerdo. Como he dicho, Carl era un tío excelente, pero tenía sus maneras, ¿sabes? Un espíritu libre. Carl trataba a Mike más como a un buen amigo que como a un sobrino, o incluso un hijo. Como iguales. Bonito de ver, realmente.

—¿Y entre Carl y Adrian? —preguntó Gerry—. ¿Ocurrió algo allí?

Hubo un ligero ensanchamiento de sus ojos. *Diana*, pensó Frank.

—Ahora que lo pienso, hubo algo. Algo extraño, en realidad. —Rory chasqueó la lengua—. Una vez Carl se enfadó con Adrian en la barra y le dijo que se fuera. Adrian hizo lo que le ordenaron. Pensé en ese momento: "¿De qué va todo esto? El hombre ni siquiera le dice ni mu a una mosca". Carl no quiso hablar de ello. Le dije que no podía prohibir la entrada a Adrian a menos que supiera lo que había hecho. Pero nadie lo volvió a mencionar. Adrian volvió en algún momento. Pero no, Carl no era un hombre violento. Esa fue la única vez que lo vi alterado.

Frank agradeció a Rory su tiempo y condujo a Gerry y Rylan fuera del pub. Su mente daba vueltas con la nueva información. Mike les había mentido. Había estado en el Rusty Anchor, probablemente alrededor del momento de la desaparición de Adrian.

Perdido en sus pensamientos, Frank se dirigió a Botham's of Whitby, donde compró un pastel de carne y se lo devoró fuera de la tienda, mientras fumaba.

—No parece cómodo fumar y comer simultáneamente.

—No es simultáneo. Exhalo. Doy un bocado, trago, luego doy otra calada. Y lo encuentro cómodo, gracias. —Le dio una calada desafiante a su cigarrillo.

—Ya veo. ¿Afecta al sabor?

—Para ser sincero, lo comí tan rápido que apenas lo saboreé.

Mientras caminaban, el teléfono de Frank comenzó a vibrar. Recordó que había vibrado en su bolsillo mientras entrevistaba a Rory. Al revisar la pantalla, notó un mensaje de voz de Reggie, pero antes de que pudiera escucharlo, el nombre de Sean apareció en la pantalla. Frank respondió inmediatamente. —¿Cómo estás, Sean?

—Jefe, tengo algo grande. —La voz de Sean estaba tensa de excitación.

—Nosotros también —dijo Frank.

—Apuesto a que os gano, jefe. Phoebe Turner, la mujer a la que Adrian había despedido de Sunnybrook, mató a alguien anoche.

La boca de Frank se abrió, cayendo al suelo el último trozo de pastel de carne. —Jesús. —Miró a Gerry, que en un raro momento le sostenía la mirada, con una expresión llena de curiosidad—. Bien jugado, Sean. Nos has ganado. Elabora.

50

Gerry accedió a regañadientes a dejar a Rylan en casa de Frank, sin vigilancia, con un cuenco de pienso sin cereales (que siempre llevaba en su bolso) durante un máximo de dos horas. Frank le aseguró que tendría en cuenta el tiempo, reprimiendo un suspiro cuando ella activó un temporizador en su reloj. ¿Era él realmente tan poco fiable?

Ella también insistió en poner algo de música para relajar a Rylan. Frank le mostró su colección.

—¿Tienes algo de Mozart? —preguntó arqueando las cejas.

Frank negó con la cabeza. —No soy tan sofisticado como Rylan. ¿Servirá Led Zep?

Diez minutos después, Frank y Gerry aparcaron frente a la extensa casa victoriana de Phoebe Turner, con la grava crujiendo bajo los neumáticos del coche.

Frank observó los jardines bien cuidados y la imponente fachada. —Menuda propiedad para una directora de una ONG, ¿eh?

Gerry, que había estado revisando la información de antecedentes en su teléfono, dijo: —Es el negocio inmobiliario de su marido lo que les ha hecho millonarios.

—Bueno, me alegro por ella, de cualquier manera. Va a necesitar una buena cantidad de dinero para el abogado. ¿Lista para actuar con cautela? —El bufido que siguió fue de pura burla, una pulla a su conversación anterior con el Comisario Jefe Donald Oxley.

Este había estado tan animado y motivador como siempre. —Frank, ¡se enfrenta a cargos de homicidio imprudente! Con el caso de Julian Sims bajo investigación activa, asegúrate de actuar con cautela. Discute su conexión con Adrian Hughes, nada más, ¿entendido?

—¿Y si la conexión con Adrian Hughes está de alguna manera vinculada con Julian Sims?

Hubo un prolongado silencio, durante el cual Frank casi pudo oír cómo Donald rechinaba los dientes.

Finalmente, Donald dijo: —No lo está —y colgó bruscamente.

—Ese hombre realmente me llena de "ganas de seguir adelante", ¿sabes a lo que me refiero, Gerry?

Un movimiento de cabeza indicó que ella no entendía exactamente lo que quería decir.

Ahora, mientras se acercaban a la puerta principal, Frank consideró los antecedentes de Phoebe. Había llegado lejos desde que bebía en el trabajo. Múltiples premios, cobertura mediática deslumbrante. "Cada niño merece la oportunidad de brillar", había proclamado en una entrevista. "Es nuestro deber proporcionar oportunidades para todos, independientemente de su origen". Difícilmente una candidata para dos asesinatos violentos. Sin embargo, las imágenes de CCTV donde despachaba a Julian Sims podrían interpretarse como una respuesta aterrorizada ante un atraco.

Justo antes de llamar, Frank recordó que había olvidado escuchar el mensaje de voz de Reggie cuando Sean le había distraído con la noticia de la muerte de Julian Sims. Estaba fuera hablando con antiguos residentes infantiles de Sunnybrook junto con Sharon. Obviamente había encontrado algo digno de mención, pero ya era demasiado tarde para devolverle la llamada ahora, la puerta se estaba abriendo.

La actitud despectiva de David Turner fue evidente desde el principio. Después de mostrar su identificación, Frank dijo: —No se trata de los cargos contra su esposa. Es algo no relacionado.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—¿Podemos hablar directamente con ella, señor?

Entró en escena el marido rico y enfadado que estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya. —¡No está en condiciones para esto!

Frank se inclinó hacia delante, para que pudiera oler el tabaco en su aliento. —Aquí o en la comisaría, señor Turner. Y a solas, por favor —se echó hacia atrás, manteniendo su mirada fija en los ojos de David—. Sí, a solas sería lo mejor.

Se apartó, permitiéndoles entrar. Frank sospechaba que fueron los moretones que moteaban su cara lo que había sido el factor intimidante más que su tono de voz áspero.

Phoebe estaba sentada encorvada en el sofá, con el pelo desaliñado y los ojos enrojecidos. Agarraba una copa de vino como si fuera un salvavidas. —Ya os di todo en la comisaría —arrastraba las palabras—. Ni siquiera he dormido todavía. ¡Y volvéis otra vez!

—No se trata de lo de anoche —dijo Frank.

—¿Alguien me atraca, intenta estrangularme, y yo soy la puta criminal?

—No se trata del incidente en el aparcamiento —Frank respiró hondo.

Ella tragó un gran sorbo de vino. —No tengo a mi abogado. No quiero hablar.

Era inútil. Se había desconectado. Frank decidió cambiar de táctica. —Se trata de Adrian Hughes.

Phoebe levantó la mirada. —¿Perdón?

Ahora sí que he captado tu atención, pensó Frank.

—Encontramos su cuerpo —dijo Gerry.

Su boca quedó entreabierta, y miró de uno a otro.

—¿Lo recuerdas?

—Sí... por supuesto. Dios mío. Pero eso fue hace *tanto* tiempo.

Frank asintió. —¿Podemos sentarnos? —Señaló las sillas de enfrente.

Mientras se acomodaban, Phoebe se quitó el reloj para poder rascarse la parte superior de la muñeca. Frank notó un tatuaje en la parte superior de la muñeca de Phoebe: una serie de formas geométricas entrelazadas que formaban un ojo estilizado. Habría desentonado con su apariencia habitualmente pulcra, pero de alguna

manera combinaba con su actual estado desaliñado. Dejó su reloj en el sofá a su lado, optando por no volvérselo a poner.

—Descubrimos sus restos hace varios días. Sospechamos que murió en agosto de 1989.

—Más o menos la última maldita vez que lo vi —Phoebe tragó de nuevo. Después de tragar, debió haberse dado cuenta de cómo debió haber sonado eso—. Mierda... no quería decirlo así. Solo quería decir que fue hace mucho tiempo, por esa época. Yo no lo maté.

—No hemos dicho que fuera asesinado —dijo Gerry.

Phoebe tragó saliva nuevamente. Esta vez, no tenía vino en la boca. —Lo siento... solo lo supuse. Quiero decir, ¿por qué otra razón vendríais?

—Podríamos estar aquí para descartar circunstancias sospechosas —dijo Frank—. Pero sospechamos que fue asesinado.

Phoebe se presionó el puño contra la frente. —¿Y ahora pensáis que yo tuve algo que ver con eso? ¿Por toda esa mierda de anoche? ¿Qué tiene eso que ver con nada?

—No hemos asumido nada de eso —dijo Gerry.

—Bien, porque me está matando la cabeza.

Frank observó la fila de botellas de vino vacías en la cocina.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí?

Frank dijo: —Usted trabajó en Sunnybrook House con él y él...

—Me hizo despedir —interrumpió Phoebe—. Porque era un mentiroso de mierda.

Gerry consultó sus notas. —Despedida. Después de...

—Despedida, querida —dijo Phoebe—. Tenlo claro. Registraron mis pertenencias, dijeron que encontraron alcohol, lo cual no es cierto; y si lo hicieron, fue porque alguien lo puso allí. Luego me escoltaron fuera de las instalaciones. ¿Sabes que me sujetaron de los brazos? Me manosearon. Estaba fuera de control, aparentemente. Un peligro. Completas sandeces, por supuesto. La realidad es que ni siquiera estaba bebiendo.

Los ojos de Frank se posaron en el vaso que tenía en la mano.

Ella resopló y negó con la cabeza. —Me tomaba mi trabajo en serio. Lo hice entonces, y lo hago ahora. Habla con cualquiera que

me conozca realmente.

Puede que acabemos haciendo precisamente eso, pensó Frank.

—¿Luchó contra la acusación? —preguntó Gerry—. Si la sujetaron de los brazos, podría haber presentado una queja.

—¿Sabes en qué año fue esto? —Phoebe miró a Gerry como si fuera estúpida.

Anda con cuidado, muchacha, ¡no podrías estar más lejos de la verdad!

—Por supuesto —dijo Gerry—. Fue en 1988.

—Tus derechos en un lugar de trabajo no son los mismos que ahora. Y había niños involucrados, supongo. Así que, cuando atacaron, lo hicieron con fuerza. Atacaron *incorrectamente*, como sostengo.

—El asalto seguía siendo asalto en 1989 —dijo Gerry—. Si alguien la lastimó...

—No estás escuchando, querida.

—¿Puedo pedirle que se abstenga de llamarme "querida"?

Phoebe entrecerró los ojos. —¿Qué preferirías?

—Inspectora Detective o ID. Puedes acortar a detective si lo deseas. También puedo tolerar "agente". No "querida".

Phoebe entonces sonrió. —En realidad, me caes bastante bien.

—Irrelevante —dijo Gerry—. Esta interacción es puramente profesional.

Phoebe se inclinó hacia delante y puso el vaso sobre la mesa. —Vale. Aquí está la cuestión —cortó el aire hacia abajo con ambas palmas como si intentara restaurar el enfoque y el orden—. Me dijeron que no llevarían a cabo una investigación *si* yo no armaba escándalo. Podría haber acabado con una mancha seria en mi nombre. Una prohibición para trabajar con niños. Al final, pensé que mis perspectivas a largo plazo eran mejores sin entrar en guerra con ellos.

Frank asintió, tomó algunas notas.

Por el rabillo del ojo, Frank notó que Gerry estaba dibujando algo en su cuaderno. Intentó echar un vistazo, pero ella lo había inclinado hacia otro lado.

—¿Por qué Adrian hizo esas acusaciones si no eran ciertas?

—*Y* puso alcohol entre mis cosas? —añadió ella, con una mueca de desprecio en su rostro.

—Si tú lo dices —dijo Frank—. ¿Por qué?

—Porque yo sabía... que era mala noticia. Demasiado amigable con los niños. Poco profesional —sonrió a Gerry, claramente enlazando con su comentario profesional de momentos atrás—. Lo pillé con niños sentados en su regazo mientras les leía esos cómics. Una vez, lo pillé abrazando a una niña de doce años. Sí, estaba llorando, pero él le besaba la coronilla. ¿Eso está bien?

—No —dijo Gerry.

—Era una pregunta retórica, Inspectora. Me acerqué a mi supervisora, Moira, y le expresé mis preocupaciones. Ella habló con Adrian, y dos días después, yo estaba fuera. Moira debió creerse que yo era una alcohólica y que me lo inventé todo. Adrian se había librado.

—Si eso es cierto, parece que él tenía algo que ocultar.

Phoebe asintió rápidamente. —Parece una interpretación justa.

—¿Volvió a ver a Adrian después de eso? —preguntó Gerry.

—No.

—¿Alguna vez fue al Rusty Anchor?

—¿El pub? No que yo recuerde. ¿Por qué?

—Allí es donde se recuperó el cuerpo de Adrian.

—Ah.

—Después de perder ese trabajo, ¿no siguió preocupada por el bienestar de los niños bajo su cuidado? —preguntó Frank.

Phoebe se estremeció ante esto. Bajó la mirada. —Por supuesto.

—¿Nunca consideró más importante tratar de probar sus sospechas que proteger una futura carrera? —insistió Frank.

Su cara se enrojeció. Apuró la copa de vino. —No habría tenido éxito. Simplemente me habrían destruido —la voz de Phoebe era feroz, casi desafiante—. Tenía mis ambiciones, mi impulso para ayudar a más niños. Nunca vacilé —levantó la mirada—. He ayudado a miles de niños.

Frank asintió. *¿A costa de cuántos otros?*

Tomó más notas, hizo algunas preguntas más, pero estaba claro que Phoebe no tenía nada más que ofrecer. Su mente seguía

volviendo a los acontecimientos de la noche anterior, sus respuestas se volvían más erráticas y evasivas.

En la puerta, Phoebe de repente agarró el brazo de Frank, con los ojos desorbitados; la falta de sueño y una tonelada de alcohol la habían dejado trastornada. —Por favor, anoche... con Julian. Me estaba protegiendo. No fue mi culpa.

Frank se desenganchó suavemente. —Eso es para que otros lo decidan, señora Turner. Nos pondremos en contacto si tenemos más preguntas.

Afuera, Frank se volvió hacia Gerry. —¿Qué piensas?

—Creo que conocía a su víctima de anoche.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Dijo: "Anoche... con Julian". Sonó demasiado natural. Podría haber dicho con su atracador, o con Julian Sims.

Frank vio su punto. —Buena observación.

¿Se le escapa algo? pensó, y no era la primera vez.

51

Después de que Reggie y Sharon actualizaran a Frank y Gerry en la comisaría sobre los abusos de Adrian a tres antiguos residentes de Sunnybrook, Frank irrumpió en su despacho dando un portazo. Las persianas traquetearon cuando tiró de ellas hacia abajo.

Su puño golpeó con fuerza sobre el escritorio, haciendo volar papeles y que su taza —«El mejor padre del mundo»— bailara peligrosamente cerca del borde.

—Maldita sea —gruñó, atrapando la taza antes de que se cayera. Veinte años llevaba con esa taza. Veinte años de cafés matutinos y contemplaciones nocturnas. Perderla ahora sería como una patada en los dientes, especialmente con todo lo que estaba pasando.

Se recostó en la silla, cerró los ojos y se masajeó las sienes. En su mente, los veía: las víctimas. Grises, con ojos hundidos, arrastrándose como zombis. Y alzándose tras ellos, la residencia Sunnybrook, un monumento al sufrimiento.

Lo sabía, ¿verdad? En lo más profundo de sus entrañas, lo había sentido venir. ¿Entonces por qué no estaba preparado para esto? ¿Por qué se sentía como un golpe a traición?

Pensó en su último caso relacionado con Charlotte Wilson. Una música. Joven, dulce e inocente. Su muerte le había arañado el alma buscando respuestas. Pero no todas las víctimas son iguales, ¿verdad?

Esto era justicia.

Y no era el primer cabrón malvado por el que se había visto obligado a conseguirla.

La puerta chirrió al abrirse, y no necesitó levantar la vista para saber que era Gerry. Su presencia era tan predecible como, en este momento, inoportuna. Lo cortó de raíz. Poniéndose de pie, señalando la mesa, declaró:

—Era un puto monstruo.

Ella no respondió. Simplemente cerró la puerta y luego lo miró.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Frank.

—No has hecho ninguna pregunta.

—Oh, por el amor de... bueno, ¿era un monstruo o no?

—Sé que hablas en sentido figurado, pero necesito que me definas qué es un monstruo.

La despidió con un gesto.

—Olvídalo.

Ella se acercó al escritorio. Se colocó frente a él, puso las manos en el borde, y luego lo miró.

Frank observó cómo parpadeaban sus ojos.

Buscando en tus bancos de datos, ¿eh, Gerry? pensó. *¿Determinando cuál de tus respuestas aprendidas calmará a la bestia que tienes delante?*

Suspiró, sintiéndose culpable por pensar algo así.

—Mira, Gerry, lo siento. Es que no me parece correcto. ¿Cómo podemos justificar el uso de todos nuestros recursos, los pocos que tenemos... toda nuestra energía... para hacer justicia por un destructor de vidas en serie?

—Porque tenemos el deber de encontrar la verdad. Sabes que el carácter de la víctima es irrelevante.

—Sí —gruñó y se sentó—. Sí, pero no estamos hablando de cualquier delincuente —gruñó Frank—. Este cabrón era un depredador, Gerry. Utilizó su posición para acercarse a niños. ¿No te parece que esta investigación es una completa traición a sus víctimas reales? ¿Y quién sabe cuántas víctimas hay en realidad? ¿Y si estos tres son solo la punta del iceberg? No lo sé... necesito pensar... quiero decir, ¿cómo demonios se supone que vamos a luchar con uñas y dientes por gente como él?

—Es lo correcto. Además, entender lo que le pasó a Adrian podría ayudarnos a prevenir ciclos similares de abuso en el futuro. Y al investigar a fondo, podríamos descubrir más de sus víctimas y ayudarlas también. No se trata solo de Adrian; se trata de todos los implicados.

Se frotó las sienes.

—Supongo. Es que me repugna lo que es.

—Recuerda también, Frank, que si Adrian hubiera obtenido justicia cuando la necesitaba; si quizás su madre, o Rowena, hubieran denunciado al padre, quizás el rastro de destrucción de Adrian nunca habría ocurrido.

—¿Estás sugiriendo que le debemos algo?

—Bueno, en cierto modo, tal vez le debemos por aquel entonces. Él era inocente *entonces*. Y no le ayudamos *entonces*.

—No... no... el hecho de que sufriera abusos no hace aceptable que hiciera lo mismo. Perdió todo derecho a mi simpatía.

—Creo que estás enfadado, Frank. Creo que cuando te calmes, verás las cosas de otra manera.

Volvió a golpear con el puño y la miró fijamente.

—¿Cómo sabes lo que pienso?

Ella dio un paso atrás. No le gustaban las voces alzadas ni la agresividad. ¿A quién le gustan? Aunque era parte de su diagnóstico autista, y Frank, de nuevo, sintió una punzada de culpa por no respetarlo. Vio que su taza había sobrevivido al segundo salto. No sobreviviría a un tercero.

—Frank. Las personas no siempre nacen malvadas. Tú lo sabes. Pueden ser moldeadas. Podemos hacer justicia a Adrian por las cosas horribles que arruinaron quien era y que, finalmente, llevaron a su muerte. Mientras tanto, encontramos la verdad de lo que les sucedió a aquellos dañados por este ciclo vicioso. En última instancia, terminamos con el ciclo. Es lo que hacemos.

—¿Te refieres a ordenarlo todo? No a cortarlo de raíz. ¡Siempre es todo tan retrospectivo!

—Al resolver este caso, podríamos prevenir abusos futuros. Piénsalo: si podemos entender cómo Adrian pasó de víctima a

agresor, podríamos identificar señales de advertencia en otros. Podríamos ayudar a romper el ciclo antes de que comience.

Suspiró y cerró los ojos.

—De acuerdo, necesito un momento a solas.

Después de oír cerrarse la puerta, abrió los ojos.

¡Mierda!

Se recostó en su silla, con la mente dando vueltas a las complejidades del caso. Tal vez ella tenía razón, y el peso emocional de todo esto le estaba presionando demasiado. Se disculparía con ella por la mañana cuando se sintiera mejor, pero por ahora, necesitaba estar solo con sus pensamientos.

52

Esa noche, Frank condujo a Bertha hasta el corazón de Leeds, adentrándose luego en el laberinto sombrío de calles que lo rodeaba, hasta perderse en un laberinto de decadencia y desesperación. El motor del viejo Volvo refunfuñaba, un sonido familiar en un lugar desconocido. Los edificios abandonados se alzaban como dientes podridos, con ventanas destrozadas y paredes cubiertas de grafitis. Las calles estaban llenas de los desechos de vidas rotas —jeringuillas usadas, botellas vacías y los restos andrajosos de sueños olvidados.

Había tantos rostros. Tantas personas perdidas. Condenadas.

Y en tantos rostros, veía a Maddie.

Cada vez que creía reconocerla, se detenía a un lado de la carretera, con las manos temblorosas mientras sujetaba un cigarrillo liado, observando. Su corazón latía con fuerza, una mezcla de esperanza y temor recorriendo sus venas.

¿Era ella la que estaba allí, en la esquina, con el pelo corto?

¿O era ella, con el chubasquero amarillo, acurrucada en el portal?

O, Dios no lo quiera, ¿era ella, discutiendo con su novio maltratador?

Una y otra vez, la respuesta era la misma.

No.

Ni una sola vez salió de su vehículo. Era lo mejor. Su cara, todavía un desastre de moretones y cortes, solo asustaría a esas personas perdidas y condenadas de la calle. Muchos de ellos venían

de una vida de violencia, y muchos aún vivían inmersos en ella. Su rostro sería un recordatorio de la violencia que acechaba por todas partes. No podía arriesgarse a su reacción.

Pasada la una de la madrugada, Frank volvió conduciendo a Whitby y aparcó junto al cementerio. Estaba desesperado por estar cerca de Mary.

Sin embargo, no pudo obligarse a entrar.

Esta noche, su vergüenza era demasiado grande.

En su lugar, se quedó allí sentado, fumando un cigarrillo tras otro, mirando fijamente a la oscuridad, preguntándose si Mary siquiera estaba allí. El humo acre llenó el coche, un pobre sustituto del calor que anhelaba.

Huesos. Eso es todo lo que era ahora. Igual que Adrian Hughes. Igual que Charlotte Wilson, la chica con la voz preciosa.

Huesos.

—Excepto que no olvidada, cariño —dijo en voz alta—. Puede que ya no estés aquí, pero mientras yo esté, no serás olvidada.

Finalmente, a pesar de su desesperación por estar cerca de alguien a quien amaba, se dio cuenta de que no podía serlo y arrancó el motor.

Condujo a casa preguntándose si alguna vez volvería a estar cerca de alguien a quien amase.

¿O su niña se había ido para siempre?

53

A Gerry le costaba mantener el contacto visual la mayor parte del tiempo. Cuando tenía que dirigirse a un público, se obligaba a mirar de una persona a otra, luchando contra la ansiedad. Con las personas cercanas —sus padres, ya fallecidos, y sus colegas más próximos, quizás Frank— lo intentaba con todas sus fuerzas, pero no le resultaba cómodo.

Sin embargo, cuando se trataba de interrogar a testigos y sospechosos, era diferente. No sentía ninguna preocupación por ser juzgada. De hecho, ¡a menudo era ella quien juzgaba! Solo había otra situación en la que se sentía cómoda con el contacto visual.

Y era durante un enfrentamiento con la autoridad.

En esta situación, se dejaba llevar por la frustración. Ser juzgada era lo último que le preocupaba.

Sin conflicto, el contacto visual con el DCI Marcus Holloway era completamente imposible. Rebosaba confianza, disfrutaba dominando las situaciones con su mirada penetrante, y era intimidante como pocos. Ella normalmente mantenía la mirada baja, a pesar de saber que eso la hacía parecer tímida.

Aun así, Marcus era uno de los favoritos de los altos mandos de North Yorkshire, así que era mejor evitar confrontaciones. Sin embargo, a medida que avanzaban las negociaciones, su arrogancia realmente le molestaba. Cierta arrogancia era buena. Sí, estaba de acuerdo. Ella también tenía su buena dosis. Había que tener confianza. ¿Pero *esto*? No, esto era demasiado.

—Así que, déjeme ver si lo entiendo —Marcus se reclinó en su silla, entrelazando los dedos—. ¿Quiere acceder a toda la información que hemos descubierto sobre Phoebe Turner hasta ahora?

—Eso es correcto.

—¿Aunque hayamos determinado que son dos investigaciones separadas?

¿Determinado? ¿Quién lo había determinado? ¿Él? ¿Cómo? A su juicio, había bastantes dudas. —Creo que ayudará.

—¿Por qué?

Ella seguía sin levantar la mirada. —Tenemos pocos recursos. Phoebe podría haber estado implicada en la muerte de Adrian Hughes de alguna manera, y usted ha tenido un pequeño equipo investigándola durante un par de días.

Holloway se inclinó hacia delante. Ella le echó una mirada rápida. Parecía que dedicaba mucho tiempo a peinar su cabello entrecano.

—Mi equipo es el mejor —dijo Marcus—. Si surge algo relacionado con su investigación, será la primera en saberlo. Pero no ha aparecido nada. Hasta ahora —se inclinó hacia delante—. Entonces, ¿no es eso simplemente una confirmación de que nuestras operaciones no están relacionadas?

Ella se lo esperaba. Si no hubiera ido armada con algo, ni se habría molestado en hacer la visita. Hasta ese momento, había querido evitar avergonzarlo, pero parecía que no tenía elección. Quizás era la única forma de comunicación a la que realmente respondía. Era hora de desafiarlo. Sus niveles de frustración estaban al máximo. Fijó sus ojos en él. —No creo que su investigación vaya en la dirección correcta. Si hubiera encontrado lo que yo he encontrado, Phoebe ya estaría de vuelta bajo custodia.

Las cejas de Marcus se dispararon hacia arriba. Tras un momento de silencio, resopló y sacudió la cabeza, rompiendo el contacto visual con ella. Claramente no estaba acostumbrado a que lo desafiaran. —¿Qué podría haber descubierto usted que mi equipo no haya encontrado?

—Primero, señor, quiero que me prometa que puedo tener acceso a su información.

Él pensó un momento, se rió y volvió a mirarla a los ojos. —Si puede decirme algo que no sepamos ya, entonces puede tener todo el acceso que quiera —Una sonrisa irónica tiró de la comisura de la boca de Holloway. Su confianza había regresado.

—¿Tengo su palabra? —preguntó Gerry.

—¿Quiere un documento firmado, Inspector? Mire, soy un hombre ocupado. Nunca he visto que las respuestas lleguen de otro departamento en bandeja de plata... especialmente de un equipo dirigido por el DCI Frank Black —dijo con desdén—. Así que mi paciencia se está agotando.

Sin decir palabra, sacó su tableta del bolso y puso en cola un vídeo. —Imágenes de CCTV del aparcamiento donde tuvo lugar el incidente.

—Lo he visto —gruñó sin mirar—. Obviamente.

Ella giró la tableta y la colocó sobre su escritorio. —Como puede ver, proporciona una vista clara de Phoebe Turner manteniendo una conversación telefónica.

—¿Y qué? —se encogió de hombros—. Estaba llamando a los servicios de emergencia.

—¿Ha hecho que le lean los labios?

—¡Ja! ¿Por qué gastaría dinero en eso? He escuchado la grabación. La grabación es cristalina.

—Lo sé —dijo Gerry—. Yo también la escuché.

—Me alegro. Ahora... —Sus ojos bajaron hasta donde ella señalaba.

La marca temporal: 21.37.

—¿A qué hora se registró la llamada de emergencia? —preguntó ella.

Le sostuvo la mirada completamente mientras su expresión se oscurecía. Él estaba percibiendo la vergüenza. Si no le resultaba obvio que esta inspectora frente a él estaba a punto de revelar algo importante, entonces realmente se había perdido en su propio ego. —Lo comprobaré de nuevo.

Gerry insistió. —Según sus propios registros, la llamada de emergencia se registró a las 21:40 —Avanzó rápidamente el vídeo, los dígitos de la marca temporal se difuminaron hasta que se

establecieron en las 21:40—. Así que, a menos que la marca temporal esté equivocada, esa es la llamada de emergencia.

—Déjeme ver eso —Marcus arrastró el deslizador hacia adelante y hacia atrás—. Mierda.

—Así que llamó a alguien antes que a los servicios de emergencia —dijo Gerry.

—Mierda —repitió.

—Su equipo pasó eso por alto —la voz de Gerry era neutral a pesar del peso de su revelación.

Él la miró con ojos entrecerrados. —Sí. Pasa. *Ocasionalmente*. Haré que lo investiguen. Gracias por ponerlo en mi conocimiento.

—Sugiero una lectura de labios y comprobar las torres de telefonía —dijo Gerry—. Averigüe a quién llamó.

Ahora él la fulminó con la mirada. —Llevo haciendo esto mucho tiempo, Inspector. Más que usted, de hecho.

—Sí, lo sé —Intentó añadir un tono de incredulidad. Su expresión cada vez más sombría sugería que captó el mensaje.

—Pero no la volveríamos a poner bajo custodia basándonos solo en eso, Inspector —dijo—. No. Probablemente llamó a su marido. A veces, las personas llaman primero a familiares cuando entran en pánico.

Gerry asintió. —Sí, pero no he terminado.

Le oyó tomar aire profundamente.

Ella sacó su cuaderno y le mostró el boceto de una serie de formas geométricas entrelazadas que formaban un ojo estilizado. Lo había dibujado el día anterior en casa de Phoebe.

—¿Qué es eso?

—Un pequeño tatuaje en la parte frontal de la muñeca de Phoebe. Lo cubre con un reloj.

—Vale. ¿Y es relevante?

—Sí —dijo Gerry—. Imagino que lo mantiene oculto con ese reloj. Así que me sorprendería que usted o su equipo lo hubieran visto. Pero estaba tanto exhausta como ebria cuando fuimos a verla y cometió un desliz.

Él asintió, pareciendo tranquilizado por la admisión de buena fortuna de Gerry. —No siempre podemos captarlo todo.

Gerry se estiró hacia su tableta y encontró la página web que tenía preparada.

Los ojos de Marcus se agrandaron. —Joder —Se enderezó y arrastró la tableta hacia sí mismo. Era la página de Wikipedia sobre un grupo histórico de activistas llamado Fundación por la Libertad Animal. Su logotipo era idéntico al tatuaje de Phoebe—. No puede ser. ¿Ella? ¿La Señora Caridad 2024? No es posible que estuviera involucrada en la FLA.

Gerry simplemente asintió y encontró notablemente fácil mantener el contacto visual. Más fácil que en mucho tiempo.

—¿La Fundación por la Libertad Animal? —Marcus estaba teniendo dificultades para asimilarlo.

—Bueno, por fuera, la FLA parecía moralista —dijo Gerry—. La moralidad podría haberla atraído desde el principio. Pero eran, en última instancia, militaristas. Fueron responsables de atentados con bombas, actos de vandalismo, rachas de violencia...

—Sí, sé lo que hizo la FLA. Obviamente, la participación anterior de Phoebe es algo para pensar.

Esa era la subestimación del año, pensó Gerry, antes de decir: —Vaya a la siguiente página.

Él se desplazó a la página siguiente. Había una imagen de una Phoebe mucho más joven marchando, sosteniendo un cartel que decía: "¡No Más Tortura en Nombre de la Ciencia!"

Marcus se frotó las sienes.

Ella también le informó sobre cómo había dicho Julian tan casualmente en la puerta el día anterior, como si siempre lo hubiera conocido. —Julian Sims era el líder de la FLA. Cumplió más de treinta años por colocar un coche bomba que mató al científico Felix Delaney y a su pareja en ese momento, Theresa Long. Así que esto no es una coincidencia.

—Estoy de acuerdo —dijo él—. Phoebe está mintiendo. No fue un atraco al azar, después de todo.

Entonces su actitud cambió. Su vergüenza desapareció, y de repente tenía un brillo en la cara que ella no había notado antes. —Eso ha sido impresionante.

—Usted habría llegado a la misma conclusión eventualmente.

—Sí. Sin duda. Pero eso ha sido rapidísimo.

—Solo duermo cuatro horas por noche.

Marcus sonrió. —Eres toda una joya, ¿verdad?

La gente le había dicho esto antes. Siempre respondía de la misma manera. —Simplemente seguí todos los vínculos lógicos tal como se me presentaron.

—¿Te apetecería pasarte a otro equipo en algún momento? Puede que no te hayamos impresionado esta vez, pero normalmente somos muy eficaces. Alguien con tus habilidades encontraría mucho que disfrutar.

—Estoy bien, señor. Gracias de todos modos.

Sonrió con desdén. —¿Debe de ser bastante arcaico allí con Black?

—En realidad, lo encuentro con mentalidad progresista y apasionado. Eso es algo bastante refrescante en un hombre de su edad y al final de su carrera. A veces puede dejarse llevar por la emoción, en lugar del cálculo, lo cual le he señalado que algún día podría llevar a un resultado grave, pero no hay duda de que sus métodos también pueden conducir al éxito.

—Los dinosaurios fueron muy dominantes y exitosos hasta su grave desenlace.

Esperó a que ella sonriera. No lo hizo. Entendía el sarcasmo, simplemente no entendía realmente el sentido, la verdad. Todos estaban en el mismo equipo, ¿no? —Creo que descubrirá que fue una causa ambiental lo que acabó con los dinosaurios, señor, no la emoción.

Él se rió a carcajadas. —Al menos piénsalo.

—Vale —Era una mentira piadosa. Sus padres le habían enseñado a usarlas. Normalmente para proteger los sentimientos de las personas. Aquí ayudaba a cambiar el enfoque—. Entonces, sus archivos. ¿Puedo ver todo lo que tiene sobre Phoebe ahora, por favor?

—No he firmado nada —Hizo una pausa y levantó las palmas de las manos en señal de rendición fingida.

Ella permaneció impasible, esperando que esto fuera un intento de humor pobre.

—Estoy bromeando —dijo.

Sí, humor pobre.

—Te di mi palabra. La misma palabra que te dice que tienes un sitio conmigo, Gerry. Ahora, haré que Cassie suba para llevarte a su oficina y darte acceso, mientras yo hago que recojan a Phoebe —Soltó una carcajada—. ¡Pero dudo que hayamos encontrado algo más de lo que pudieras encontrar por tu cuenta!

—Oh, yo también lo dudo completamente —Gerry lo miró directamente a sus penetrantes ojos azules—. Es para ahorrar tiempo. Eso es todo.

54

Los ojos de Rob recorrieron el salón, absorbiendo el tapiz de su vida familiar: fotografías enmarcadas, dibujos infantiles y muebles desgastados que susurraban de amor y risas. Su mirada se detuvo en cada uno de sus hijos: Sophie, su talentosa actriz; Nathan, el científico en ciernes con una mente afilada; y Lily, su dulce artista.

El peso de su secreto le oprimía el pecho como un tornillo. Agarró la mano de Sarah, anclándose a sí mismo. Si le estaba haciendo daño, ella no lo demostró.

Los ojos de los niños estaban abiertos, rebosantes de curiosidad y una expectación que aceleraba el corazón de Rob. Nunca los había visto así, pendientes de cada una de sus respiraciones.

Sophie, siempre la más segura, dijo:

—Papá, estamos escuchando.

Él sonrió.

—Lo sé, cariño —miró a todos—. Sois todos unos grandes oyentes. Todos sois muy especiales para mí, y lo sois los unos para los otros —miró a su esposa y sonrió. Ella tenía una lágrima en la comisura del ojo. Le guiñó—. Vuestra madre se aseguró de ello.

—Tú tampoco lo has hecho tan mal.

Respiró hondo, asintiendo mientras se volvía para mirar a sus hijos. Su corazón martilleaba contra sus costillas mientras se encontraba con cada una de sus miradas, reconociendo el amor y la confianza que veía en ellas.

Ahora o nunca, pensó.

—Necesito pediros perdón... —su voz temblaba. Echó los hombros hacia atrás, armándose de valor—. Os he ocultado la verdad durante demasiado tiempo. Pero vuestra madre, siempre la mejor de nosotros, me ha hecho darme cuenta de que esta es la única manera en que encontraré la paz —volvió a apretar su mano.

Los niños intercambiaron miradas, buscando consuelo los unos en los otros. Rob sintió un destello de orgullo por su vínculo inquebrantable, un testimonio de la familia que habían construido. Tragó saliva y luego, en un arrebato sin aliento, les contó sobre su infancia problemática, sobre el abuso que había sufrido a manos de Gideon Blackwell y sobre su etapa como prostituto adolescente.

El silencio atónito que siguió fue ensordecedor, aunque inevitable.

El pánico arañaba las entrañas de Rob, pero se había propuesto ser paciente. Bajó la mirada, dándoles tiempo para asimilarlo.

—Oh, papá —susurró Sophie.

Él la miró.

—Lo siento.

—Deja de pedir perdón.

Asintió y volvió a bajar la mirada.

Oyó sus suaves pasos acercándose, y luego sintió su brazo posarse sobre sus hombros encorvados. Su ligero contacto fue un bálsamo, y por un momento, se atrevió a esperar que la carga se estuviera aligerando.

Miró a Sophie a sus ojos llorosos.

—Voy a ir a la policía —asintió rápidamente—. Tengo pruebas. Sé que esto traerá escrutinio a nuestra familia, pero Gideon debe afrontar las consecuencias de sus actos. No puede morir pensando que ha escapado de lo que ha hecho —miró entre las caras de sus otros dos hijos y les ofreció también rápidos asentimientos.

Sintió los labios de Sophie rozar su mejilla mientras se apoyaba en su hombro.

—Eres muy valiente, papá —su voz resonaba con convicción. Rob contuvo las lágrimas, queriendo mantener este momento estoico, como un simple hecho. Pero la vida real rara vez coopera con tales

planes. Esto era crudo, y su familia cerró filas a su alrededor, abrazando la tragedia como propia.

—Estamos todos contigo, pase lo que pase —dijo Nathan, sentándose a su lado.

Luego Lily estaba a sus rodillas, apoyando su cabeza sobre ellas.

—Te quiero, papá.

Lloró entonces, rodeado por su familia, envuelto en su amor y apoyo. La carga se aliviaba, aunque solo fuera temporalmente, pero se sentía monumental.

Después de que los niños se marcharan, Rob abrazó a Sarah, presionando un beso en su frente.

—Tenías razón —murmuró. Pero incluso mientras las palabras salían de sus labios, un recuerdo no compartido emergió: el sótano del Rusty Anchor. El secreto final y condenatorio que había mantenido enterrado.

55

Aunque Mike había evitado por poco un segundo ataque al corazón, la entrevista con la DCI Black y el DI Carver le había dejado completamente agotado. Cada vez que se despertaba, intentaba leer, pero el pitido constante del monitor cardíaco rápidamente le hacía volver a dormirse. Durante uno de sus momentos más lúcidos, mientras observaba la luz de la mañana filtrarse a través de las cortinas, Emma llegó para visitarle.

Él sonrió. —Perdona, olvidé nuestra cita en el gimnasio.

Su intento de humor cayó en saco roto. La cara de Emma permaneció estoica, sin el más mínimo asomo de sonrisa. Algo no iba bien.

Se sentó a su lado y tomó su mano entre las suyas. Aún no había hablado, pero la gravedad de su silencio lo decía todo. —¿Qué ocurre? —preguntó Mike.

Ella negó con la cabeza y bajó la mirada.

—Siento si te he dado otro susto, pero ahora estoy bien.

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

Emma permaneció en silencio, con la mirada fija en sus manos entrelazadas.

—No hay por qué preocuparse. He pasado por el infierno y he vuelto. Siento que a partir de ahora solo puede ir a mejor...

Ella levantó la mirada hacia él, con los ojos llenos de una tristeza que hizo que las palabras se le atascaran en la garganta.

—Vale, ahora sí que me estoy preocupando. —El ritmo cardíaco de Mike se aceleró ligeramente—. Como probablemente puedas notar por el pitido.

Ella negó con la cabeza. —Por eso no quieren decírtelo... por eso no quieren que te lo diga...

Respiró hondo, exhalando lentamente. *No hay necesidad de entrar en pánico*, pensó. Ya sabía que su salud estaba jodida, no tenía sentido asustarse ahora. —Mira... si has venido para decirme que nunca voy a salir de aquí, probablemente no sea una novedad. Quizás, mejor cuéntame tus planes para hoy... quizás podrías pasarte por aquí a la hora de comer...

—No se trata de ti.

Él arqueó una ceja, desorientado por sus palabras. Durante tanto tiempo, todo había girado en torno a él: su dieta, su presión arterial, su corazón, su deber como padre. Este cambio de enfoque era desconcertante. Entonces sintió que se le revolvía el estómago. —Emma, ¿qué ha pasado? ¿Eres tú? ¿Te ha pasado algo a ti? ¿A tu familia?

Ella negó con la cabeza. —Mi familia está bien. —Su voz apenas superaba un susurro.

Si no era ella, ni su familia, solo quedaba una posibilidad. El ritmo cardíaco de Mike volvió a acelerarse. Emma se puso de pie, con el pánico grabado en su rostro. —He cometido un error. Soy una idiota. —Apartó su mano, pero Mike la alcanzó y la agarró—. Está bien... —Mike cerró los ojos, obligándose a estar tranquilo, respirando lenta y profundamente. Si no lo hacía, no recibiría la noticia. Y cuando la recibiera, sabía que tenía que aceptar lo que fuera, sin importar lo devastador que pudiera ser.

Finalmente, su corazón se desaceleró ligeramente.

—No sueltes mi mano. —Su voz apenas era audible sobre el pitido de las máquinas. Emma volvió a sentarse, sus dedos firmemente entrelazados. Se concentró en su respiración, encontrando una paz frágil dentro del caos—. Querías contarme lo que sea porque era lo correcto —dijo, con los ojos aún cerrados—. Te lo agradezco, Emma. Y quiero que sientas que estás haciendo lo correcto.

Mantuvo los ojos cerrados, concentrándose en su respiración, en la mano de ella en la suya, en el hecho de que para saber y afrontar lo que fuera, tenía que mantener la calma.

—Es tu hijo —dijo Emma—. Le ha pasado algo a Noah.

56

Frank entró pesadamente en la sala de incidentes, agarrando dos ensaladas preenvasadas que había conseguido en la gasolinera. Se dirigió directamente hacia Gerry, apostada en su rincón habitual.

—Ofrenda de paz —dejó caer las ensaladas sobre su escritorio—. Por ser un cabrón malhumorado. Y mira, voy a comerme una yo también.

Había elegido una César para sí mismo (tenía que haber algo de maldito sabor), mientras que la de Gerry era tan sosa como su expresión.

Ella examinó las ofrendas con la mirada.

—Gracias. Estás perdonado. Entiendo que has estado pasando por momentos difíciles. También intentaré ser más paciente cuando trate de mejorar tu estilo de vida.

Frank asintió, con una pequeña sonrisa tirando de sus labios. Típico de Gerry expresar su aceptación como si estuviera leyendo un guion.

—Pero, para futuras ocasiones —dijo ella—, no como comida preenvasada.

Las cejas de Frank se dispararon hacia arriba.

—Es ecológica, joder —pinchó con el dedo la etiqueta de la ensalada de ella—. Me ha costado dos libras más.

—Sí, Frank, pero no puedo comer comida preenvasada. Los conservantes y aditivos pueden desencadenar mis sensibilidades y alterar mi sistema digestivo. Además, en una ensalada, el número

máximo de ingredientes mezclados que puedo tolerar es dos. En esta hay cinco.

Pues a la mierda con esto, pensó Frank. *Si tú no te comes la tuya, yo tampoco me comeré la mía. Podría haberme pillado un bocadillo de beicon.*

—En fin —dijo, cambiando de táctica—. Recibí tu mensaje de que ibas a ver a Holloway. ¿De qué iba todo eso? Menudo capullo pomposo. Ojalá te hubiera pillado por teléfono para advertirte. No me cae nada bien ese tipo.

—A él tampoco le caes bien —contestó Gerry con su habitual franqueza.

Frank resopló.

—Supongo que no nos sentaremos juntos en la fiesta de Navidad, entonces. Qué pena.

—En realidad, se refirió a ti como un dinosaurio.

—Los dinosaurios fueron una potencia durante mucho tiempo.

—No creo que estuviera usando el humor de esa manera.

—¿Tú crees?

—También me ofreció trabajo.

—Menudo mequetrefe.

—¿Qué es un mequetrefe?

—No lo sé. Simplemente dime qué le contestaste.

—Le dije que no.

—Qué extraño. Pensaba que estarías deseando largarte de aquí después de que yo jugara la carta de gilipollas anoche.

—¿Por qué querría eso? —preguntó Gerry—. Eres uno de los detectives más dedicados y apasionados con los que he trabajado. Tus métodos pueden ser poco ortodoxos, pero consiguen resultados. No tengo intención de dejar este equipo.

Frank sintió que su cara se calentaba, con un raro rubor extendiéndose por sus mejillas. Miró a su alrededor, notando las miradas curiosas de sus otros colegas. Rylan eligió ese momento para frotar su mano con el hocico.

—A Rylan también le caes bien, lo que es un plus enorme.

Aclarándose la garganta, Frank dirigió la conversación de nuevo hacia los asuntos laborales. Gerry le explicó el motivo de su visita.

Que la muerte de Julian Sims no se debía a un atraco que salió mal. Phoebe Turner tenía historia con el AFF, un grupo que estaba detrás de algunos incidentes violentos y un asesinato.

—Madre mía —dijo Frank—. Y parecía un angelito, ¿eh? Todo por los niños. Me pregunto si aquel científico que explotó en el coche tenía hijos.

—Bueno —dijo Gerry—, la mayor parte de lo que me dieron a cambio fue inútil... hasta que llegué a esto.

Le entregó una hoja impresa.

Los ojos de Frank casi se salieron de sus órbitas.

—Jesucristo. No puede ser.

Gerry asintió.

—Sí.

—Tenemos que hablar con Phoebe otra vez ahora mismo. ¿Es que nadie con quien hablamos dice la puta verdad? —Miró alrededor de la sala, observando las caras sorprendidas por su repentino arrebato—. No me miréis así... dedicado y apasionado, ¿recordáis? —Le lanzó una sonrisa a Gerry—. Aderezado con un poquito de heterodoxia.

57

El DCI Marcus Holloway confrontó a Frank en la puerta de la sala de interrogatorios, con el pecho hinchado como un pavo real en temporada de apareamiento.

Marcus era un hombre alto, de hombros anchos que frecuentaba el gimnasio para levantar pesas. Sin ganas de entrar en una competición de meadas, Frank invadió el espacio personal de Marcus y esperó a que se apartara.

No lo hizo.

—¿Has hablado con el comisario jefe? —preguntó Frank.

—Sí.

—¿Entonces por qué estás en mi camino?

—Solo quiero advertirte que no me jodas el caso.

Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios. —Vale, supongo que con una advertencia vienen consecuencias... ¿cuáles son las consecuencias? Gerry —le hizo un gesto para que se acercara—, ¿puedes anotar las consecuencias para que pueda consultarlas mientras estamos en esa sala? A los sesenta y cuatro años, puedo ser un dinosaurio bastante despistado.

—Listillo —dijo Marcus, apartándose.

Frank no pudo resistir una última pulla. —Para ser sincero, no entiendo tu actitud. Si no fuera por mi leal miembro del equipo —hizo una pausa, dejando que el énfasis en "leal" quedara en el aire —, no tendrías a Phoebe en esa sala. Seguiríais dando vueltas en círculos. ¿Ya habéis descubierto a quién hizo la primera llamada? —

Levantó una ceja—. No te preocupes, hijo. De la misma manera que todos tenemos que cagar, todos tenemos que cometer errores... no te avergüences por ello. Quizás solo deberías estar agradecido. —Le guiñó un ojo.

Marcus sonrió con desprecio. —Buena suerte. La vas a necesitar. Tiene un abogado y está jugando la carta del "sin comentarios".

Frank miró a Gerry. —Y yo que pensaba que estábamos todos en el mismo bando y que nos estarías apoyando.

Oyó a Marcus murmurar algo que sonaba sospechosamente como "gilipollas" mientras entraban en la aséptica sala de interrogatorios.

Phoebe estaba irreconocible respecto al día anterior. Estaba sentada a la mesa, correcta y formal, como si acabara de salir de una maldita revista de moda. Su rostro era una máscara de compostura. Tenía una expresión altiva que sugería que estaba harta de la policía.

Un abogado, que parecía haber sido embutido en su traje, sorbía de una taza de café y respiraba profundamente mientras tomaba notas. Frank observó que los botones de su camisa estaban tensos. Esto le hizo mirar su propia camisa, que le quedaba bien.

Puede que estés gordo, Frank, pero al menos sabes lo que eres, pensó para sí mismo. *Aquí no necesitamos trajes que parezcan fundas de salchichas.*

Frank se dio cuenta de que necesitaba recordarle que su objetivo difería de los que ya la habían confrontado en esta sala. No estaban allí para discutir la posibilidad de homicidio involuntario. Era probable que fuera algo no relacionado, aunque no se podía descartar por completo. —Hola de nuevo, señora Turner. No estamos aquí por Julian Sims...

—Ya dijo eso ayer —interrumpió Phoebe—. Sin embargo... —Miró a Gerry—. Usted dibujó el tatuaje de mi muñeca, y ahora mire dónde estamos.

Obviamente, Marcus le había dicho que fue Gerry quien había unido las piezas de su narrativa. *Fantástico*, pensó Frank, *muy útil por tu parte, Marcus. Recuérdame enviarte una cesta de frutas.*

—Señora Turner, teníamos curiosidad. En última instancia, puede que no sea relevante para nuestra investigación, pero tenemos el deber de informar sobre ello.

El abogado levantó la vista de sus notas y miró a los ojos de su clienta. Era una mirada de "te lo dije". Una que decía: "No importa lo que te pregunten, de qué se trate, no digas nada".

—Mire —dijo Frank, tratando de salvar la situación—. No estamos grabando esto. —Señaló con la cabeza hacia la cámara—. Ni filmándolo. —Aunque esto no estaba confirmado y podría meterle en problemas, simplemente borraría la cinta después. Que Dios ayudara a quien se interpusiera en su camino.

Hizo un gesto a Gerry, quien deslizó la impresión sobre la mesa. El abogado la tomó primero, mirándola por encima de sus gafas. Se la entregó a Phoebe, quien la examinó, sus ojos abriéndose, su expresión cambiando por primera vez. El abogado la miró, completamente confundido por lo que era.

—El asunto es —dijo Frank—, que sabemos que anoche estabas desconsolada. En estado de shock. Nuestra conversación sobre Adrian Hughes probablemente sea un borrón... En un momento, te preguntamos sobre el Rusty Anchor. Nos gustaría que reconsideraras tus respuestas a esa pregunta.

Phoebe abrió la boca para hablar, pero el abogado levantó la mano, indicándole que permaneciera callada. —Estoy confundido sobre qué es esto —dijo.

Gerry se inclinó hacia delante. —Es una solicitud de hipoteca de Halifax, fechada el 13 de marzo de 1989.

—¿Y cuál es su relevancia? —preguntó el abogado.

—Los dos nombres en la solicitud —dijo Frank—. Phoebe Sawyer y Carl Moss. Sawyer es su apellido de soltera, ¿verdad?

—Sin comentarios —dijo Phoebe.

—Es un hecho —dijo Gerry—. No necesita comentario.

—¿Podría decirme el propósito de esto? —preguntó el abogado.

—Bueno, en realidad esperamos que su cliente pueda darnos el propósito —dijo Frank—. Por ahora, solo buscamos ayuda. Esto no está relacionado con su ámbito de trabajo.

—Mi ámbito de trabajo es proteger a mi cliente, DCI.

—Sí. —Frank sonrió y miró a Phoebe—. Carl Moss trabajó en el Rusty Anchor durante un período considerable, y coincide con el momento en que Adrian Hughes fue víctima de asesinato y se escondió en una pared del sótano. —Frank señaló el papel—. Phoebe, ¿mantenías una relación con Carl?

Ella miró al frente. —Sin comentarios.

—¿Cuándo os conocisteis?

—Sin comentarios.

Frank podía sentir cómo crecía su irritación.

—La solicitud fue retirada —dijo Gerry—, antes de ser aprobada o rechazada. ¿Esto indica que vuestra relación terminó?

—Sin comentarios.

El abogado se inclinó y le susurró algo al oído.

—¿Tuvo Carl algo que ver con el AFF?

Ella negó con la cabeza.

—¿Eso es un no?

El abogado miró con dureza a Phoebe.

—¿Sabía él sobre su participación en el AFF?

—No. El AFF vino después... —Bajó la mirada.

—¿Después de qué? —preguntó Gerry—. ¿Del final de su relación?

El abogado tomó del brazo a Phoebe. Ella se apartó y lo miró con irritación.

—Solo estamos aquí por la verdad —dijo Frank—. Va a salir a la luz, señora Turner. Esperaba realmente que pudiera ponerse del lado correcto.

Nada.

Frank se inclinó hacia delante, con voz baja y seria. —Si esto no tiene nada que ver con usted, y aun así se niega a ayudar, ¿cómo cree que se verá en su otra situación?

Ella suspiró y levantó la mirada. —Quiero hablar con mi abogado a solas.

El abogado le susurró al oído nuevamente.

—No —le siseó Phoebe—. Necesito hablar contigo a solas.

El abogado asintió y miró a Frank con cara de pocos amigos. —Ya la ha oído.

Frank y Gerry se levantaron.

—Les haré saber en breve cuál es mi decisión. —Phoebe intentaba dar la impresión de ser alguien que tenía todas las cartas en la mano.

Por supuesto que no las tenía, pero Frank se mordió la lengua. Prefería llegar al punto cuanto antes. —Gracias, señora Turner. —Le costó decirlo—. Háganos saber cuándo esté lista.

58

Bip-bip-bip

Una vez carga hipnótica que le sumía en un ir y venir de la consciencia, el monitor se había transformado en una reconfortante sinfonía de vida.

Porque ahora tenía que seguir adelante.

Después de las noticias que Emma le había dado, simplemente no tenía otra opción.

Bip-bip-bip

Incluso después de enterarse de que Noah estaba luchando por su vida, la presión arterial y el ritmo cardíaco de Mike no se habían disparado como durante la visita de los detectives. Se había concentrado intensamente en mantener la calma, sabiendo que no entrar en pánico —y mantenerse vivo— era la mejor manera de estar ahí para Noah.

Bip-bip-bip

Anoche, otro chico involucrado en el narcotráfico entre condados había apuñalado a Noah, su hijo de catorce años. Una guerra territorial que acabó en sangre. El otro muchacho, el hijo de otra persona, estaba bajo custodia. Noah había pasado la noche en cirugía con laceraciones en el hígado. Contra todo pronóstico, su hijo había luchado por sobrevivir y lo había logrado.

Cierto, aún no estaba fuera de peligro. Había recibido una transfusión de sangre y todavía estaba inconsciente en la UCI, pero

los médicos tenían cierta esperanza. Al parecer, cuando ingresó por primera vez, tenían muy pocas.

Bip-bip-bip

Así que ese sonido era ahora el más reconfortante del mundo. Un recordatorio auditivo de que seguía ahí, aún luchando.

Y mientras esperaba, revivía todos aquellos recuerdos de su niño. Construyendo muñecos de nieve en el jardín, la risa de Noah resonando mientras hacían rodar enormes bolas de nieve. Enseñándole a pescar, el orgullo en la cara de Noah mientras recogía su primera captura. Los recuerdos le dibujaban una sonrisa en el rostro y mantenían ese latido constante.

Estaré aquí cuando despiertes, hijo.

Estaré aquí.

Así que, por primera vez en lo que parecía una eternidad, Mike Bailey estaba luchando deliberadamente por su vida. Emma se había marchado hace casi una hora. Había prometido volver tan pronto como hubiera alguna noticia.

Le hizo prometer que volvería para decirle si Noah despertaba o, Dios no lo quisiera, fallecía. Que continuaría su propia lucha si ella le prometía esto, y lo hizo.

Bip-bip-bip

Sí. El Barghest seguía ahí. Pero no le prestaba atención. Se mantenía en algún rincón de la mente de Mike. En lugar de su propia sangre, ahora la de Noah goteaba de sus dientes. Sus intenciones eran obvias. Quería recordarle sus propios fracasos, aplastarlo con el hecho de que había fallado a su hijo en todo lo que importaba.

Bip-bip-bip

Pero no ganarás. Después de todo, no existes realmente, ¿verdad?

Es hora de que te vayas.

Necesito cada gramo de fuerza para mi chico.

Para Noah.

Así que prepárate, Barghest, nuestro ajuste de cuentas final está cerca.

Miraré profundamente en esos ojos rojos y te venceré.

Seré un padre para mi chico.
El padre que debería haber tenido desde el principio.
Bip-bip-bip.
Si es que despierta, claro.

59

El abogado, Peter Booth, era la viva imagen de la angustia. Su rostro había palidecido y mantenía los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho. Cada palabra de Phoebe lo enviaba a otra vuelta en su montaña rusa emocional. Un momento entornaba los ojos, sacudiendo la cabeza con disgusto; al siguiente, su mirada recorría nerviosamente el lugar, con los labios temblorosos.

—Conocí a Carl aproximadamente un año antes de involucrarme con la AFF —la voz de Phoebe era firme, pero sus dedos jugueteaban con el vaso de agua frente a ella—. Por entonces trabajaba en Sunnybrook. Él venía a veces a recoger a Mike cuando su hermana hacía un turno largo. Hablábamos, era divertido y simplemente congeniamos. Nunca pareció algo serio. No creo que ninguno de los dos quisiera eso. Carl ciertamente no quería nada serio. Era feliz con una vida muy simple. Yo tenía veintidós años, más o menos. Joven y llena de ambición. Aunque, en última instancia, su falta de ambición nos condenó desde el principio —sonrió y asintió—. No hay nada malo en no ser ambicioso si eso te hace feliz, supongo, y Carl era feliz. *Muy* feliz. Pero no era así como yo veía el resto de mi vida... aun así, al principio, estaba loca por él. Esto fue en 1988, un par de meses antes de que perdiera mi trabajo en Sunnybrook.

Frank se inclinó hacia delante, con el interés despertado.

—Entonces, ¿ya ibas al Rusty Anchor desde 1988?

Phoebe asintió.

—Pero rara vez. Vivía en casa con mis padres y Carl tenía un estudio. Normalmente pasábamos el tiempo allí cuando él no estaba trabajando. Los primeros meses de la relación fueron divertidos. Solo después de que sospechara que Adrian Hughes tramaba algo en Sunnybrook empecé a agitarme más. No estaba bebiendo... bueno, no más de lo habitual... pero me costaba dormir. Y a mis padres no les interesaba escuchar mi paranoia; para ser sincera, nunca habían estado demasiado interesados en mí. Carl era una persona despreocupada, así que no lo agobié con eso, simplemente porque no era el tipo de persona a quien se le carga con nada. Vivir la mejor vida posible con el menor estrés —se detuvo para beber un sorbo de agua—. Así que me obsesioné un poco con Adrian Hughes. No por haberme despedido. No. Me preocupaba lo que estaba tramando. Me dolió ayer, inspector jefe, cuando dijo que me preocupaba más mi carrera. No se trataba de eso en absoluto. Simplemente no tenía pruebas. Así que pasé los siguientes meses intentando conseguir alguna. Empecé a seguirlo.

Las cejas de Frank se dispararon hacia arriba, e intercambió una rápida mirada con Gerry. Esto se estaba poniendo interesante.

—Señor —murmuró Peter por lo bajo. El abogado parecía a punto de sufrir un infarto, pensando claramente que su clienta se estaba autodestruyendo.

Phoebe miró a su abogado.

—Mire, antes de decir nada más, quiero dejar una cosa clara. No maté a Adrian. Todo esto es porque me preocupan mucho los niños. Lo seguí porque estaba preocupada. Esa es la verdad. Lo vi en el Anchor más tarde, pero nunca me comuniqué con él. Lo único que quería era una pizca de prueba, algo. Cualquier cosa que pudiera demostrar que tramaba algo. Si la hubiera conseguido, habría sacrificado mi carrera, habría ido a la policía y habría enfrentado a Sunnybrook por protegerlo también —el vaso temblaba ligeramente en su mano—. Pero no conseguí nada.

—¿Nada en absoluto? —preguntó Frank, con un tono de escepticismo.

—Bueno, nada relacionado con niños. Descubrí cosas sobre él. Su incompetencia social no era una actuación. Era un hombre torpe en

todos los aspectos de la vida. Rara vez salía. Principalmente a tiendas. Algunos fines de semana iba a un bar o restaurante. Se reunía con hombres jóvenes, pero no con menores de edad. Me obsesioné intensamente. Fue lo mismo un año o así después con la AFF. Cosas que simplemente me consumían...

Peter tosió. Luego sus ojos se movieron entre Phoebe y los detectives, con pánico escrito por toda su cara. La perspectiva de que ella confesara su culpabilidad en un asesinato lo estaba devorando.

Phoebe lo desestimó con un gesto.

—Algo dentro de mí simplemente se enciende, ¿sabe? Y entonces me lanzo... con determinación. Imagínese mi sorpresa una noche cuando lo seguí hasta el maldito Rusty Anchor, ¡donde trabajaba Carl!

—¿Y? —Frank se inclinó de nuevo hacia delante.

—Jugaba a las cartas. Abajo. Probablemente la razón por la que nunca lo había visto allí antes cuando visitaba a Carl.

—¿Cuándo fue esto? —preguntó Frank.

—A principios de 1989, creo.

—¿Con quién estaba?

—Solo. Al principio. No trajo a nadie con él hasta mucho más tarde.

Gerry, que había estado observando en silencio, intervino.

—¿Le preguntaste a Carl qué pensaba de Adrian?

—Sí. Le señalé que trabajaba en Sunnybrook con su hermana, pero no recordaba haberlo visto nunca cuando iba a recoger a Mike. Dijo que era un tipo bastante extraño. Creo que esas fueron sus palabras. Creo que incluso le preguntó a su hermana sobre él una vez, y recibió una respuesta similar. La gente pensaba que Adrian era peculiar. Desafortunadamente, solo era yo quien pensaba que estaba ocurriendo algo más siniestro. Carl dijo que era un jugador de cartas bastante habitual. Al menos dos fines de semana al mes.

—¿Alguna vez viste a Adrian interactuar con alguien más durante esas visitas?

—Solo en la barra. Pasaba la mayor parte del tiempo en el sótano —respondió Phoebe, negando con la cabeza.

—Supongo que él debió verte —preguntó Frank.

—No realmente. Como dije, no iba con frecuencia y, cuando lo hacía, tenía cuidado. No puedo asegurar que nunca me viera, pero nunca hablé con él, ni me encontré cara a cara con él en una situación incómoda. Típicamente, me sentaba en el reservado, que quedaba oculto al entrar por la puerta principal. Sabía que él estaba allí, sin embargo. Podía ver hacia fuera desde donde me sentaba, y siempre vigilaba quién entraba. Mi intención nunca fue ser sorprendida desprevenida. Probablemente habría pasado de largo junto a mí, pero no me apetecía arriesgarme a conversaciones incómodas. Con el tiempo, me volví menos obsesiva. Se reunía con hombres jóvenes para citas, y a veces se alojaba en hoteles con ellos, pero nunca los llevaba al Anchor. Empecé a creer, y a esperar, que podría haberme equivocado respecto a él y los niños pequeños.

—¿Qué pasó con la solicitud de hipoteca en marzo? —preguntó Frank.

—Lo que parece, realmente. Carl tenía mucho dinero ahorrado debido a una herencia de su padre y dijo que quería vivir conmigo. De todos modos, pasaba la mayoría de las noches con él en el estudio. Era estrecho. Así que solicitamos la hipoteca.

—¿Pero luego retiraron la solicitud en mayo? —preguntó Frank.

—Sí —dijo Phoebe—. Porque las cosas se estaban jodiendo.

—¿Cómo así?

—Bueno, primero, Lucy, la hermana de Carl, murió de repente y Mike se quedó en el estudio con él. Yo conocía a Mike de mi tiempo en Sunnybrook; no muy bien, pero habíamos hablado. Un chico agradable. Siempre intentando socializar con otros niños. Algunos de esos niños estaban realmente luchando. Sin embargo, él siempre lo intentaba... —miró al vacío—. Me pregunto qué pasó con Mike. Sabe, siempre tenía una mirada distante en los ojos. Estaba ansioso por ayudar y ser amistoso, pero tenía sus propios demonios. Sus propios problemas.

—¿Acabas de decir que no lo conocías muy bien? —dijo Gerry.

—No en Sunnybrook. Pero llegué a conocerlo en los meses posteriores a la muerte de ella. Verá, Carl era su único familiar vivo. Al principio, Carl veía todo como temporal. Que de alguna manera

Mike encontraría un nuevo hogar que le encantaría. Mike quería quedarse con Carl, pero no creo que Carl pudiera enfrentarse a esto. Pasó unos meses en negación. Su vida era despreocupada y le gustaba así. También creía que sería una figura paterna desastrosa. Intenté no involucrarme demasiado en este punto. Hasta que... bueno, hasta que escuché que Adrian estaba intentando acogerlo. Dios mío... —miró entre las caras de los detectives—. ¿Pueden imaginar mi horror? Bueno, me involucré entonces, ¡se lo aseguro!

—¿Le contaste tus temores? —preguntó Frank.

—No exactamente, no. Resultó que una de las principales preocupaciones de Carl sobre acoger a su sobrino era que me alejaría. Que compartir una casa con él y un adolescente no sería lo mío. A decir verdad, no lo era. Pero aún así lo convencí de que podía vivir con ambos. Lo que fuera necesario. No podía dejar que Mike fuera con Adrian. Simplemente no podía. No con todas esas dudas que había tenido sobre él. Finalmente, Carl estuvo feliz de acceder. Recuerde, él sabía que podía ser un tipo extraño por servirle en el Anchor, así que creo que se sintió aliviado de poder enfrentar esta responsabilidad, eventualmente.

—Sin embargo, luego resultó que la solicitud de Adrian se estaba tomando en serio. Al fin y al cabo, era un trabajador social cualificado. La alternativa, Carl, era un camarero que vivía en un estudio. Estaba a punto de comprar una casa con una novia de menos de un año; aunque me habían dicho que mi despido no había quedado en un registro permanente, no podía estar absolutamente segura de que la información no se hubiera filtrado de alguna manera a los departamentos relevantes. Un comentario extraoficial habría sido suficiente. Así que no parecía bueno. Me retiré de la casa, y Carl consiguió un hogar por su cuenta para poder vivir con su sobrino si obtenía la custodia. Al principio, todavía estaba indeciso, pero entonces fue el propio Mike quien detuvo la reclamación de Adrian. Declaró que Adrian era intimidante y que no viviría con él. Ni Carl ni yo presionamos a Mike para que dijera eso —hizo una pausa y miró a los ojos de Frank—. Sé lo que está pensando.

—¿Lo sabe? —preguntó Frank, su voz neutral pero sus ojos agudos.

—Está pensando qué había estado haciendo Adrian con Mike.

La mandíbula de Frank se tensó. —Prefiero atenerme a los hechos por ahora.

—Bueno, era exactamente lo que yo pensaba, inspector jefe. Adrian Hughes estaba completamente equivocado. Las preocupaciones de Mike eran otra señal de advertencia.

—En fin, Carl obtuvo la custodia y Mike se mudó. Yo seguí viviendo con mis padres. Mike recogía vasos en el Anchor. Oficialmente, era un poco joven para estar haciendo eso, pero le ganaba dinero de bolsillo y ayudaba a Carl, que ahora tenía una hipoteca, así que parecía una buena cosa. Esto fue a mediados de año.

—¿Y Adrian? —preguntó Frank.

—Continuó viniendo a jugar a las cartas.

—¿Adrian habló alguna vez con Mike? —preguntó Gerry.

—Solo supe de una vez —el vaso en su mano ahora temblaba fuertemente—. Hasta ese momento, sus caminos nunca se habían cruzado. Aunque Mike trabajaba las noches de fin de semana, Adrian estaba principalmente en el sótano. Era fácil para ellos mantenerse alejados el uno del otro. Sin embargo, una noche, Adrian estaba pidiendo en la barra de arriba. Esto era inusual, ya que normalmente les bajaban las bebidas. Carl estaba sirviendo mientras Mike estaba llenando la nevera detrás de él. No sé qué se dijo. Carl no me lo contaría. Pero hubo un altercado. Carl escoltó a Adrian fuera del pub. Lo hizo con calma, como era su comportamiento habitual. En retrospectiva, podría haber sido mejor si Carl hubiera entrado con todas las armas. Haberlo vetado. Porque aproximadamente dos semanas después, volvió. Creo que esto fue alrededor de julio, y esta vez no estaba solo. Trajo a alguien con él.

¿El joven? pensó Frank, con el pulso acelerándose. *¿El trabajador sexual de Sapphire? ¿Sabía Phoebe quién era?*

Phoebe continuó:

—Este no era el que vi con él con bastante regularidad meses antes mientras lo seguía. Este chico era más delgado. Parecía *incluso*

más joven, para ser honesta. Me preocupó un poco. *Me dio náuseas*. No recuerdo que el camino de Mike se cruzara con Adrian de nuevo, aun así, no lo habría querido en ningún lugar cerca. Pero entonces ese era Carl completamente, realmente. Nunca quería armar alboroto, así que no iba a pedirle a Rory que lo vetara.

—¿Mike te contó alguna vez lo que pasó entre él y Adrian? —preguntó Gerry.

—Lo intenté mucho. Quería que se abriera conmigo. Estaba desesperada por saber la verdad. Puede estar segura, si Mike me hubiera contado alguna vez lo que sospechaba, lo habría convencido de ir a la policía. Sin embargo, eventualmente, las cosas salieron mal con Carl. Nunca estuvimos realmente hechos el uno para el otro. Me enteré de su fallecimiento hace un tiempo, y me sentí más abrumada ese día que el día que rompimos. Lloré durante días. Creo que separarme de Carl se sentía emocionante en ese momento, pero años después, me di cuenta de que tal vez era su fuerza lo que lo hacía tan gentil. Tal vez era su resiliencia y calma lo que lo hacía el mejor de nosotros. Solo cuando murió me pregunté si había cometido un error todos esos años atrás. De hecho —miró a su abogado—, me pregunto si el error va a ser más costoso de lo que jamás podría imaginar.

—¿Qué pasó después de que os separarais? —preguntó Frank.

—Phoebe —interrumpió el abogado—. Discutimos esto.

Ella levantó una mano.

—Terminaré, Peter. Eso es lo que discutimos.

Peter, el abogado, fulminó con la mirada.

Phoebe dijo:

—Pedí mantener el contacto con Mike, pero Carl no pensó que fuera una buena idea. Carl conocía mis sospechas sobre Adrian, pero nunca les dio mucho crédito, y yo nunca las había elaborado. Nunca había sido lo suficientemente blanco y negro para él. Solo sospechas, decía. Después de julio, nunca volví al Rusty Anchor, y nunca volví a hablar con Mike, Carl o Adrian.

El abogado asintió, como para sugerir que eso era todo.

—Bien hecho, Phoebe... ahora...

Frank no iba a dejar pasar esto. Se inclinó hacia delante, su voz intensa.

—¿Crees que Carl podría haber matado a Adrian?

Phoebe negó con la cabeza.

—He pensado en ello desde que me contó sobre el cuerpo, pero no puedo verlo. Carl simplemente no tenía eso en su carácter. Incluso esa noche que echó a Adrian... bueno, estaba muy tranquilo.

Frank insistió, sus instintos le decían que había más.

—¿Incluso si Mike le contó a su tío lo que había sucedido, y era como sospechabas? *Después de todo, tales revelaciones podrían llevar a los individuos más sensatos y tranquilos a un frenesí.*

Phoebe lo pensó.

—No... no puedo verlo. Podría ir a la policía, pero ¿enfrentarse a él, pelear con él? ¿Matarlo? —negó con la cabeza firmemente—. Simplemente no era quien él era.

Frank tomó nota mental. No iba a tachar a Carl de la lista. Ni de broma. Seguía siendo el sospechoso más fuerte.

—Supongo que nunca hablaste con ese joven que Adrian trajo al pub.

—Por supuesto que lo hice.

Los ojos de Frank se agrandaron. No pudo ocultar la brusca inhalación que siguió. Esta podría ser la revelación.

—Lo llevé aparte y le pregunté sobre Adrian —dijo Phoebe—. Al principio, no quería hablar conmigo. Quiero decir, ¿por qué lo haría? No me conocía de nada.

Frank sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Al principio?

—Sí... le dije directamente lo que sospechaba. Y... lo vi en sus ojos, inmediatamente. Yo tenía razón. Siempre había tenido razón.

Frank sintió que la sangre le subía a las sienes.

—¿Qué dijo?

Ella suspiró.

—Nada entonces. Se puso todo gris y dijo que no podía hablar ahora. Anoté mi número de casa. Le dije que me llamara.

—¿Lo hizo?

—Una vez.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que Adrian le había contado cosas. Cosas que había hecho.

—Continúa.

—No quiso ser específico...

¡Mierda! pensó Frank, sus esperanzas momentáneamente destrozadas.

—Pero dijo que iba a grabarlo, y luego volvería a contactarme.

—¿Y?

Phoebe suspiró y luego negó con la cabeza.

Frank sintió ganas de golpear la mesa. No había ninguna taza sentimental para romper aquí, pero podría destrozar su dignidad, así que se contuvo. Cerró los puños en su lugar, sus uñas clavándose en las palmas.

—Si no fuera por lo que pasó después —Phoebe bajó la mirada —. La distracción con la AFF. Mi encuentro... con Julian... —miró al abogado de rostro enrojecido y suspiró—. Podría haber vuelto y haberlo seguido. Pero lo dejé. Es casi vergonzoso ahora, mirando hacia atrás. Es vergonzoso, de hecho. Debería haber vuelto y haberlo visto.

Frank sentía como si su corazón fuera a salirse de su pecho.

—¿Cómo se llamaba? —se estaba inclinando tanto hacia delante que su gran estómago se aplastaba contra el escritorio.

—Fue hace tanto tiempo... —cerró los ojos, reflexionó. Luego se abrieron de golpe—. ¡Bryan!

Era algo, pero no suficiente. *Su apellido... Necesito eso. Por favor, piensa.*

Parecía estar pensando profundamente, pero luego lentamente negó con la cabeza.

Frank contuvo un grito de *¡Joder!* y dejó caer los hombros.

De repente ella levantó la mirada. Sus ojos se agrandaron, un destello de reconocimiento los iluminó.

—Bryan Parkes.

Frank sintió que su corazón se saltaba un latido.

60

Kath Fielding, la antigua propietaria de Sapphire Companions, dudó cuando Frank mencionó a Bryan Parkes por teléfono. Su voz tembló al confirmar que tenía dieciséis años en aquel entonces. No quiso confirmar si Bryan se convirtió en el cliente habitual de Adrian tras la renuncia de Rob a Sapphire. Pero Frank intuyó que había más en la historia de lo que su supuesta memoria deficiente le permitía recordar. Tampoco pudo recordar si el Rusty Anchor era un lugar al que Adrian llevaba a alguna de sus citas.

Antes de llegar a la casa adosada desteñida por el sol de Bryan, Frank y Gerry habían reconstruido un sombrío retrato de su vida. Nacido en 1973 de madre soltera con problemas de adicción, Bryan había entrado y salido de hogares de acogida durante la mayor parte de su infancia. Su vida adulta parecía un caso clásico de alguien a quien el sistema había fallado: prostitución en sus veinte; una serie de hurtos y robos menores en sus treinta. La lista continuaba: cargos por agresión, embriaguez y alteración del orden público, conducción bajo los efectos del alcohol. Había pasado por varios trabajos: mensajero, operario de fábrica, repartidor de pizzas. Un breve matrimonio a finales de sus treinta había producido a su hija, Louise, quien vivía con él desde que tenía ocho años. Ahora tenía diecinueve y vivía en esta casa. El estómago de Frank se retorció al contemplar qué tipo de vida podría haber tenido Louise.

Mientras se acercaban a la puerta principal, Frank se preparó para lo peor. Había visto este ciclo demasiadas veces: padres rotos

criando hijos rotos.

Frank llamó a la puerta. Para su sorpresa, Louise abrió, una joven que parecía desafiar sus circunstancias. Su atuendo sofisticado y su comportamiento sereno contrastaban con la problemática historia que Frank había imaginado.

—DCI Frank Black y DI Gerry Carver —Frank mostró su placa—. Lamentamos la reciente pérdida de su padre, Bryan. Nos gustaría hacerle algunas preguntas. ¿Le parece bien?

Ella asintió.

—Por supuesto. ¿Podría preguntar de qué se trata?

Frank abrió la boca, pero Gerry, siempre directa, se le adelantó.

—Estamos investigando un asesinato —dijo Gerry—. Recuperamos un cuerpo en un pub llamado el Rusty Anchor. Creemos que el asesinato pudo ocurrir en agosto de 1989, y existe una alta probabilidad de que su padre estuviera presente.

El color desapareció del rostro de Louise, y Frank se estremeció internamente ante la brusquedad de Gerry.

—Louise —dijo Frank, con un tono más suave—, no estamos aquí para acusar a su padre de nada. Solo queríamos ver si, tal vez, usted sabía algo que pudiera ayudarnos con nuestras investigaciones.

—¿De 1989?

—Lo sé —dijo Frank—. Es poco probable... bonito lugar, por cierto —añadió, esperando aliviar la tensión.

—Mi padre era muy cuidadoso con la casa. Creía que la forma en que mantenías tu hogar reflejaba quién eras. Pasad.

Al entrar, Frank levantó las cejas ante la decoración moderna: líneas elegantes, muebles minimalistas y un esquema de colores en gris y blanco. Era muy diferente del caos que había esperado basándose en la historia de Bryan.

En la cocina, Louise se ocupó de la tetera mientras Frank y Gerry contemplaban los electrodomésticos de alta gama y las brillantes encimeras de mármol.

—Ojalá pudiera hacer que mi cocina se viera tan bonita como la suya, señorita Parkes —dijo Frank.

—Louise —corrigió ella, con una pequeña sonrisa en los labios—. Y todo esto es obra de mi padre. Era bueno con las manos. Como dije, era un hombre orgulloso —Se sentó, respiró hondo y suspiró—. No le gustaba que yo cuidara de él. De hecho, no le gustaba que nadie cuidara de él. Y sentía mucho dolor. Pero siempre fue amable... hasta que falleció. Espero ser tan compasiva con quienes me rodean cuando llegue mi momento —Sus ojos brillaron con lágrimas contenidas.

—Parece que él tuvo mucha suerte de tenerte a su lado —dijo Frank.

—No tuvo suerte. Se merecía todo. Siempre que le necesité, estuvo ahí para mí.

Frank asintió, sintiendo una punzada de culpabilidad al pensar en Maddie. Aquí había un hombre con un pasado problemático que había logrado estar ahí para su hija, mientras que Frank...

—Su padre era alcohólico —dijo Gerry.

Louise asintió.

—Muchos alcohólicos tienen dificultades en las relaciones familiares y en la sociedad —continuó Gerry.

La mandíbula de Louise se tensó ligeramente.

—Mi padre luchaba. Eso no significa que no tuviera éxito. Al menos en algunas áreas.

—Pero usted debía conocer su dolor, ¿verdad?

—Por supuesto —Una lágrima se deslizó por la mejilla de Louise —. Había demonios. Sus pesadillas eran indescriptibles. Gritaba, sudaba. Y la bebida, por la noche, era terrible. Pero nunca me puso una mano encima. Siempre fue amable e interesado en mí. Nunca falté un día a la escuela, y luchó duramente por mí en cada dificultad que encontré.

—Suena como un hombre maravilloso —dijo Frank.

—Lo era —insistió ella—. Aunque nadie lo cree nunca —Se encogió de hombros—. Me gustaría ver a otros mantenerse tan bien como mi padre con las cosas que él había experimentado.

Frank se inclinó hacia delante.

—¿Podría hablarnos de alguna de esas experiencias?

—Con gusto. Aunque él nunca quiso que lo hiciera. Nunca quiso que absorbiera los horrores de su vida en la mía. Pero estáis aquí, preguntando, así que os lo diré. Sir Gideon Blackwell.

Frank sintió que su estómago se encogía.

—¿El ex diputado?

—Sí. Ese hombre violó a mi padre. Varias veces. Con violencia.

Frank luchó por mantener una expresión neutral, incluso mientras la rabia hervía dentro de él.

—Lo siento —logró decir, con la voz tensa.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Gerry.

—Cuando tenía quince años.

Frank apretó los puños bajo la mesa, obligándose a mantener la compostura.

—Mi padre no fue el único al que Gideon abusó. Hubo otros.

—¿Cómo conoció su padre a Gideon? —preguntó Frank.

—A través de Sapphire Companions —dijo Louise.

La mente de Frank volvió a su conversación con Kath Fielding, su insensible indiferencia ante la vulnerabilidad de los chicos. Reprimió el impulso de salir corriendo y confrontarla de nuevo.

—La verdad siempre sale a la luz, ¿no es así? —dijo Louise—. Se lo dije. Pero él no lo veía como un consuelo. Su única preocupación era protegerme. Intenté convencerle de que expusiera a Gideon... tenía pruebas, ¿sabe?... pero no quiso hacerlo.

—¿Qué pruebas? —preguntó Gerry.

—Grabaciones.

—¿Dónde están, Louise?

—Las he entregado. A otra persona.

—¿A quién?

Louise bajó la cabeza.

—No puedo decirlo.

—¿Por qué no? —preguntó Frank.

—Porque se lo prometí a mi padre. No podía vincularme a ello. Él no quería que yo presentara las pruebas. Esperaba que lo hiciera otra persona. Alguien que le debía algo.

—¿Quién? —insistió Gerry.

—Por favor —dijo Louise—. Dejadme honrar sus deseos.

—Esto es una investigación de asesinato —dijo Gerry—. Lo que significa que tienes un deber.

—Pero haciendo esto, ahora, estoy haciendo todo lo que él no quería. Me estoy involucrando. Valoro las promesas que le hice.

Frank lanzó una mirada a Gerry, pidiéndole silenciosamente que retrocediera.

—De acuerdo, ¿podemos hacer algunas preguntas más? —Mantuvo un tono suave, intuyendo que Louise estaba cerca de revelar más.

—Dejando a Gideon Blackwell a un lado por el momento. ¿Tu padre alguna vez habló de su pasado? ¿De su tiempo en Sapphire Companions, o su relación con Adrian Hughes?

Louise negó con la cabeza.

—No. Solo me contó sobre Gideon. Le había escuchado gritar su nombre por la noche en sueños. Sabía de Sapphire, pero no mucho más. No le gustaba hablar de esa época de su vida. Para ser sincera, nunca hablaba mucho sobre su vida. Trabajaba duro para criarme y bebía duro. Se desesperaba, infringía la ley, pero luego siempre volvía al camino correcto... temía ir a prisión... temía dejarme sola.

—¿Alguna vez te mencionó el Rusty Anchor? —preguntó Gerry.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento.

—¿Crees que había algo más que le atormentaba, de la misma manera que los incidentes con Gideon Blackwell?

Louise se estremeció, y Frank se inclinó hacia adelante, intuyendo que estaban al borde de algo importante.

Ella cogió un pañuelo, secándose los ojos.

—Había algo. Me dijo que me lo contaría algún día. Cuando estuviera cerca del final. Para desahogarse. Pero nunca lo hizo. Se debilitó demasiado, e incluso cerca del final dijo que no podía... simplemente no podía. Creo que le aterrorizaba destruir lo mucho que yo le adoraba.

La mente de Frank trabajaba a toda velocidad. ¿Podría Bryan haber estado involucrado en la muerte de Adrian? Miró a Gerry, pero su expresión permaneció impasible.

—Me preguntaba si tendrías una foto de tu padre cuando era más joven —dijo Frank—. Algo que podamos usar en nuestras investigaciones. Siento mucho tener que pedirlo, pero es posible que estuviera presente cuando ocurrió este asesinato, y esto nos ayudará a descartarlo.

—Por supuesto —Salió de la habitación, sus pasos resonando en la casa silenciosa.

Frank miró a Gerry. Susurró:

—¿El secreto que nunca le contó? ¿Crees que lo mató?

—Está involucrado —dijo Gerry—. Necesitamos la identidad del hombre en quien confiaba.

—Estoy de acuerdo. No nos iremos sin saberlo, Gerry. Ella quiere decírnoslo. Llegará.

—¿De verdad? Parecía decidida.

—Lo está —Frank se recostó en su silla, con expresión pensativa.

Louise regresó con una fotografía desgastada en la mano. Cuando Frank la tomó, se le cortó la respiración.

Dos jóvenes sonreían a la cámara, con los brazos sobre los hombros del otro.

Uno era corpulento y fuerte; el otro delgado, de aspecto frágil, casi desnutrido.

—Este es Rob Johnson, ¿verdad? —Frank señaló al chico más grande.

Louise tragó saliva.

—Sí.

La mente de Frank daba vueltas. Las piezas estaban encajando.

—¿También fue violado por Gideon Blackwell?

Louise se quedó inmóvil, con la cara pálida. Frank estudió la imagen, con el corazón pesado. Dos vidas, dos destinos, alterados para siempre por la crueldad de un individuo poderoso. Y en el centro de todo, Adrian Hughes, otro depredador que había saqueado Sapphire Companions de almas rotas.

—Le diste las pruebas a Rob, ¿verdad? —preguntó Frank.

Después de un largo momento, Louise asintió, su voz apenas un susurro.

—Se consideraban hermanos.

61

Fuera, en el coche, Frank miró a Gerry. —Por el amor de un hermano, ningún agua es demasiado profunda.

—¿Perdona?

—Es un proverbio egipcio. Recuerdo haberlo escuchado una vez. Yo tenía un hermano cuando era pequeño. Murió joven. Necesitamos hablar con Rob de nuevo. Creo que él conoce la verdad de lo que le pasó a Adrian en el sótano.

—¿Crees que Rob mató a Adrian?

Frank se frotó la barbilla. —No lo sé, Gerry. Pero está ocultando algo, eso es seguro. La forma en que intentó evitarnos... ¿cómo no vamos a sospechar?

Arrancó el coche, con el motor rugiendo al tomar vida. Mientras se alejaban de la casa de Louise, el peso de sus descubrimientos se asentó pesadamente sobre los hombros de Frank.

—Sabes —dijo, rompiendo el silencio—, cuando vi a Louise por primera vez, esperaba encontrar a una joven destrozada. Alguien cargando con el peso de los problemas de su padre. Pero ella era... diferente.

Gerry le miró de reojo. —A menudo encuentro a la gente predecible, Frank, pero a veces hay sorpresas.

—Sí, la gente puede sorprenderte. ¿Qué piensas de esta conexión entre Rob y Bryan? —preguntó.

Gerry permaneció callado un momento, reflexionando. —Sin hablar con él, es difícil saberlo, pero ¿por qué le daría las pruebas a

él? El vínculo es obviamente fuerte. Sabía sobre Gideon Blackwell.

Frank asintió. —Y también podría estar involucrado él mismo. ¿Sería también una de las víctimas de Gideon? Es un maldito lío, Gerry. Un auténtico maldito lío.

Condujeron en silencio durante un rato, con el paisaje pasando rápidamente por las ventanillas. La mente de Frank trabajaba a toda velocidad, intentando conectar los puntos entre Rob, Bryan, Adrian y Gideon.

—Necesitamos pisar con cuidado aquí —dijo finalmente—. Rob tiene una familia, un negocio exitoso. No queremos entrar con las armas desenfundadas. Pero vamos a hablar con él. Y, después de eso, con Gideon.

Frank llamó a Rob y, esperando recibir una fría respuesta, se sorprendió cuando contestó casi inmediatamente.

Rob accedió a contarle todo lo que sabía, pero solo en un banco específico, y solo a él. No quería ser interrogado. Quería mantener la conversación al aire libre, y no sudando en un ambiente sofocante. Frank había percibido una extraña tensión en la voz de Rob por teléfono, un nerviosismo que iba más allá de la gravedad de la confesión que había prometido.

Mientras Frank conducía, no podía quitarse de la cabeza la imagen de aquellos dos jóvenes en la fotografía, con los brazos alrededor del otro, sonriendo a pesar de los horrores que Bryan había sufrido. Rob, también, quizás. ¿Y cómo se conectaban estos horrores con una partida de cartas a altas horas de la noche en el Rusty Anchor?

62

Más adelante, Frank podía ver a Rob Johnson sentado solo, con sus anchos hombros encogidos contra el frío de los vientos azotadores, contemplando el Mar del Norte. El cielo era de un gris plomizo, cargado con la promesa de lluvia, y las olas se estrellaban contra las rocas de abajo con una furia implacable, su espuma llevada por el viento mordiente. Después de terminar un segundo cigarrillo liado, Frank respiró hondo, saboreando el aire salado en lugar de un caldo de cancerígenos en sus pulmones.

Frank se acomodó en el banco junto a él, la madera áspera fría y húmeda bajo sus manos. Miró hacia Rob, quien continuaba mirando fijamente al frente. Rob tenía las manos fuertemente entrelazadas en su regazo, y Frank notó una mancha de lo que parecía sangre en el dorso de una de ellas. —¿Señor Johnson?

—Rob, por favor. Estoy a punto de contarte cosas terribles. Quería estar lejos de la casa. De mi familia. Espero que lo entiendas.

—Por supuesto. ¿Es eso sangre en tu mano?

Rob bajó la mirada. —Sí. Debe ser. Me corté al afeitarme esta mañana. No dejo de limpiarla.

Frank entrecerró ligeramente los ojos. Rob estaba bien afeitado, pero no podía ver ningún corte evidente. Sus instintos se activaron, sintiendo que había algo más que un simple accidente de afeitado, pero lo dejó pasar por ahora.

—Este lugar era especial para Bryan y para mí —dijo Rob—. ¿Tienes tú algún lugar especial?

—Tenía. Hace ya mucho tiempo. Con mi hija, Maddie. Un estanque de patos. Íbamos allí cuando ella se sentía mal, cuando el mundo parecía demasiado pesado para sus jóvenes hombros. Había un sauce. Nos sentábamos bajo ese árbol durante horas, solo hablando, mirando los patos. ¿Y este es el lugar al que venías con Bryan?

Asintió. —Mi hermano.

Frank recordó las palabras de Louise: se consideraban como hermanos.

Los ojos de Rob estaban llorosos, ya fuera por el viento cortante y amargo del mar o por su tristeza. Frank no podía estar seguro de cuál, pero sospechaba que era un poco de ambas cosas.

Hubo un largo momento de silencio. Rob miraba a la distancia, como si se hubiera perdido en las profundidades de sus propios recuerdos. Frank fue paciente. Era muy consciente de la lucha por expresar verdades que había mantenido dentro durante mucho tiempo.

Finalmente, Rob tomó un respiro profundo y tembloroso. —En este banco, nos contábamos todo, Frank. Dos chicos de dieciséis años, ¿eh? ¡No es lo que esperarías de un adolescente normal! Pero en ese momento, sentíamos como si hubiéramos vivido tantas vidas dolorosas. Y compartíamos tanto dolor. Todo por culpa de un hombre en particular... Gideon Blackwell.

El estómago de Frank se revolvió al oír el nombre, la bilis subiendo por su garganta. A lo largo de los años, había oído rumores sobre Gideon Blackwell, rumores oscuros que nunca llegaron a confirmarse. Pero la mirada en los ojos de Rob, la agonía cruda que brillaba allí, no dejaba dudas en la mente de Frank de que los rumores eran ciertos.

—Al principio, estábamos demasiado avergonzados para contárnoslo. Nos pasaba con frecuencia a ambos. Nuestras historias eran similares. Empujados por Kath Fielding a volver una y otra vez. Cuatro veces antes de que se cansara de nosotros.

Frank apretó los dientes. El pensamiento de esa mujer utilizando niños para obtener beneficios. Se había librado tan fácilmente. Una corta sentencia en prisión, y ahora el mejor cuidado del mundo,

mientras pasaba el resto de sus días. La injusticia de todo ello le hacía hervir la sangre.

—Pero, aquí, finalmente, compartimos nuestro dolor. Creo que fue eso lo que nos permitió sobrevivir.

Frank extendió la mano, apoyándola sobre su hombro, un gesto silencioso de apoyo. Podía sentir la tensión vibrando a través del cuerpo de Rob. Mantuvo la mano allí un par de segundos y la retiró.

—No puedo creer que Bryan esté muerto.

—Lo siento, Rob. De verdad.

El labio de Rob tembló, y apartó la mirada, parpadeando furiosamente. —Todos esos años, todo ese dolor... y al final, fue el alcohol lo que acabó con él. La única cosa de la que no pudo escapar.

—El tiempo de Gideon se ha acabado —dijo Rob después de un momento, su voz endureciéndose—. Se terminó.

Frank sintió que la preocupación se agitaba dentro de él. Había habido mucha finalidad en esas palabras. Recordó la sangre en la mano de Rob, la extraña tensión en su voz por teléfono. ¿Había ocurrido algo?

Estaba a punto de preguntar por Gideon cuando Rob habló de nuevo. —Siento no haberte contado lo que le pasó a Adrian Hughes. Estaba tratando de proteger a Bryan, pero sé que es demasiado tarde para eso.

El corazón de Frank se aceleró. Estar tan cerca de la verdad lo llenaba de adrenalina. —Dímelo ahora, Rob.

Rob cerró los ojos, su rostro contorsionándose como si sintiera dolor físico. Luego, con un suspiro tembloroso, Rob habló. —Están fragmentados... mis recuerdos. Pero te contaré lo que pueda, lo que sé con certeza...

Hizo una pausa y se pasó una mano por la cara, con los dedos temblando ligeramente. Frank esperó, conteniendo la respiración, sabiendo que lo que Rob estaba a punto de decir lo cambiaría todo.

—Bryan vino a verme esa noche. A finales de agosto. Sobre las tres de la madrugada. Un fin de semana. No recuerdo qué día. Cubierto de sangre. Estaba temblando, con los ojos desorbitados, como un hombre poseído. —Rob lo miró, y Frank sintió que se le

helaba la sangre. Había algo de sangre manchada en la mejilla izquierda de Rob, la misma sangre que Frank había notado momentos antes en su mano.

—Adrian le había confesado a Bryan que había abusado de chicos más jóvenes. Y después de lo que pasó con Gideon, eso desencadenó algo en Bryan. Siempre llevaba una navaja para protegerse. Después de que los otros jugadores se marcharan, Bryan no pudo contenerse más. Lo amenazó con ella en el sótano, y antes de darse cuenta... bueno... ya sabes el resto.

La mente de Frank daba vueltas ante el hecho de que la verdad estaba saliendo, pero ahora había otro problema en juego. Uno más urgente. —Rob. Para y escúchame. Tienes sangre en las manos. En la cara. No es de afeitarte. ¿Qué ha pasado?

Rob se estremeció y apartó la mirada.

—¿Hay alguien herido? ¿En peligro?

Rob se cubrió los ojos con las palmas de las manos mientras continuaba. —No... no... querías saber sobre Bryan. ¡Pues escucha! Estaba aterrorizado, perdido, *después de* que viniera a mí porque no tenía adónde ir.

Frank se puso de pie y sacó su teléfono. Necesitaba informar de esto. Algo no cuadraba aquí.

—Después de todo lo que había pasado —continuó Rob, todavía cubriéndose los ojos—. No podía soportar la idea de que pasara el resto de su vida en la cárcel por culpa de ese cabrón, así que yo... —Bajó las manos—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy llamando para pedir ayuda, Rob. ¿Vale? Esa sangre. No es tuya, y necesitas decirme de quién es...

Una sirena en la distancia ahogó el sonido estruendoso del Mar del Norte y el aire silbante.

Rob dijo: —Fui a casa de Gideon antes de que me llamaras.

—¿Por qué?

—Para decirle que había decidido. Que iba a entregar las pruebas. Iba a destruirlo. Fui la otra noche y lo dejé con algunas dudas. Hoy, quería dejarlo sin ninguna duda.

El coche de policía se acercó velozmente por la carretera hacia ellos, con las luces parpadeando.

—¿Es esa la sangre de Gideon? —Frank podía sentir una sensación de hundimiento en sus entrañas.

Rob asintió, con los ojos atormentados.

Las puertas se abrieron y dos agentes salieron.

Se acercaron. El más alto de los dos, un hombre de hombros anchos con el pelo rapado, tenía la mano sobre su táser, listo para sacarlo en cualquier momento. Su compañera, una mujer delgada de ojos perspicaces, hizo un gesto a Frank para que retrocediera, con la otra mano apoyada en su porra. Rob levantó las manos. Frank ahora podía ver algo de sangre en sus mangas y en el cuello de su camisa.

—Rob —dijo Frank, percibiendo la disposición del agente a disparar—. Túmbate.

—No estoy armado —dijo Rob, obedeciendo. El agente se arrodilló, con la rodilla presionando la espalda de Rob mientras le colocaba las esposas alrededor de las muñecas. Con un gruñido, levantó a Rob, el metal de las esposas brillando en la luz gris. Después de que los agentes le leyeran sus derechos, Frank dio un paso adelante y se dirigió a ellos. —¿Cómo sabíais que estábamos aquí?

Rob respondió antes que los agentes. —Después de que me contactaras. Ya había salido de casa de Gideon. Un vecino me vio. De alguna manera sabía que esto iba a pasar. Llamé a mi mujer y le dije adónde iba. Mi intención era evitar que ella se metiera en problemas.

—¿Mataste a Gideon? —Frank mantuvo su voz firme a pesar del temor que lo invadía.

—No. —Rob negó con la cabeza—. No.

Frank miró a los agentes. —¿Qué ha pasado?

—Todo lo que sabemos es que había una única herida de bala en la cabeza.

—Suicidio —dijo Rob—. Llegué allí. La puerta estaba abierta. ¡Entré y lo encontré así!

Frank volvió a mirar a los agentes.

—No lo sabemos, señor. Como he dicho, eso es todo lo que sabemos, y simplemente se nos pidió que lo recogiéramos como un asunto de emergencia.

Frank fijó su mirada en Rob. —Si tú no... bueno... ¿cómo te has manchado con toda esta sangre?

—Lo vi allí. —Había lágrimas en sus ojos—. Encogido en el suelo junto a su silla de ruedas. El pánico me invadió. Fui allí la otra noche, ¿sabes?, para decirle que Bryan estaba muerto, y que lo iba a hacer rendir cuentas. Me preocupaba que me echaran la culpa. Así que, cuando lo vi tumbado allí, con sangre alrededor de su cabeza, intenté ayudarlo a subir a su silla, pensando lo mismo. Que esto recaería sobre mí. —Gimió—. Fue solo cuando me arrodillé y lo sujeté que vi la pistola, y entonces me di cuenta de que la sangre provenía de un agujero de bala... en el lado de su cabeza. Estaba completamente muerto. Y nunca lo habría tocado si lo hubiera sabido.

—Dios mío. —Frank se pasó una mano por la cara—. ¿Por qué no llamaste a la policía de inmediato? ¿Qué te hizo elegir venir aquí primero? ¿Por qué?

Otro coche de policía había aparecido detrás del otro.

Rob se encogió de hombros.

—Mirad. —Frank se volvió hacia los dos agentes—. Necesito otros cinco minutos.

Se miraron entre ellos con dudas. —Señor...

—No, en serio. Cinco minutos en la parte trasera del vehículo. Esto no se trata de Gideon Blackwell.

—Señor, yo...

—Insisto —gruñó Frank.

Los agentes se miraron entre sí y luego cedieron.

63

En la parte trasera del vehículo, Frank tuvo que esperar a que Rob dejara de llorar.

—Lo he arruinado todo... —Se sonó la nariz y luego se limpió los ojos, con voz ronca—. Mi familia... Yo solo quería hacer lo correcto. Tienes que creerme. Y ahora... Dios, ahora voy a ir a la cárcel por algo que ni siquiera hice.

—No irás a la cárcel *si* no lo mataste, Rob. La verdad saldrá a la luz. Puedes estar seguro. Pero Rob, solo necesito que mantengas la cabeza fría un momento más. No terminaste tu historia. Bryan mató a Adrian. ¿Es eso correcto?

—Sí —La voz de Rob se estabilizó mientras continuaba—. No lo planeó. Lo amenazó con el cuchillo, le dijo que debería entregarse a la policía. En ese momento, toda su rabia contra Gideon salió a flote. Que nunca había tenido agallas para enfrentarse a él. Casi parecía una segunda oportunidad para contraatacar. Pero Adrian lo despreció. Lo desestimó con un gesto. Y entonces perdió el control. Arremetió con el cuchillo. En cuanto lo hizo, se dio cuenta de su error. Soltó el cuchillo inmediatamente. Demasiado tarde, supongo. Solo hace falta un golpe.

Frank casi podía verlo: Bryan, con el rostro retorcido de rabia y dolor, el cuchillo brillando en la tenue luz del sótano del pub. Y Adrian, con los ojos abiertos de shock y horror, derramando su sangre vital sobre el frío suelo de piedra.

—Cristo —murmuró Frank, frotándose las sienes.

—Vino a mí y estuvo en mis brazos. Inconsolable... aterrorizado... perdido. Vino a mí porque no tenía otro lugar adonde ir —Se golpeó el pecho con el pulgar—. Yo era su hermano. Y sé esto con certeza... ese hombre no merecía ir a la cárcel. ¿Adrian Hughes? Había abusado de niños en ese hogar para jóvenes, detective. Lo admitió abiertamente. ¿Te das cuenta de esto?

—Sí —Frank suspiró—. Pero ese no es el punto aquí.

—Debería ser el único punto —dijo Rob.

—Ese —dijo Frank— es tu punto de vista. La sociedad se construye sobre uno diferente. ¿Qué pasó después, Rob?

Bajó la voz. —Le ayudé a destruir su ropa, me deshice de cualquier evidencia que pudiera relacionarlo con el crimen.

No es bueno, pensó Frank. —¿Pero el cuerpo?

—Le pregunté lo mismo a Bryan —Se frotó la frente con agresividad.

—¿Y?

Rob cerró los ojos mientras se frotaba. —Mi cabeza. Siento como si mi cabeza estuviera a punto de partirse en dos.

—Termina, Rob —dijo Frank—. Es importante.

—¿Por qué debería? Bryan merece justicia. Yo también. Ahora los dos estamos a punto de quemarnos.

—Di la verdad —dijo Frank—. Di la verdad y te juro por Cristo que me aseguraré de que todo llegue al resultado correcto.

Rob tragó saliva. —Alguien más estuvo involucrado, ¿vale?

Frank respiró profundamente, su mente dando vueltas.

—Alguien que le ayudó a esconder el cuerpo —continuó Rob—. En la pared.

—¿Quién?

—Ahora esto es la verdad —Bajó las manos y forzó la apertura de sus ojos a pesar del evidente malestar en su rostro—. No quiso decirlo.

Frank negó con la cabeza. —Rob...

Rob lo fulminó con la mirada. —Escucha, o hemos terminado. No lo quiso decir, ¿vale? Dijo que si los papeles estuvieran invertidos, sería lo mismo. Que yo no lo diría.

—¿Carl Moss? —dijo Frank—. ¿Fue Carl quien le ayudó?

—Escucha, no conozco a ese hombre, y juro por mi familia que no sé quién fue.

Frank respiró hondo y cerró los ojos. Habían encontrado al asesino, pero ¿quién ayudó con el ocultamiento del cuerpo? El misterio se profundizaba, aunque algunas piezas encajaban. Se le ocurrió algo. Abrió los ojos. —Dijiste que arremetió con el cuchillo y que en cuanto se dio cuenta de su error, lo soltó.

—Así es —dijo Rob.

—Adrian fue apuñalado dos veces.

Rob palideció y apartó la mirada.

La mente de Frank volvió a la observación anterior de Gerry sobre las dos heridas de cuchillo. No había parecido significativo, pero ahora... Se maravilló de su capacidad para considerar ángulos que otros podrían descartar. —¿Sabes algo más, Rob?

Suspiró. —Mira, pasaron años antes de que Bryan me dijera que había habido una segunda persona. Aquella noche, Adrian había vuelto a por Bryan como un poseso después de que lo apuñalara. Tenía las manos alrededor de su cuello. Si no hubiera sido por otra persona, habría estado acabado.

—Entonces, ¿alguien más asestó la puñalada mortal?

—Aparentemente. Pero, mira, nunca me dijo quién era. Tienes que creerme. Simplemente dijo que esta otra persona era otro de sus hermanos. Y los hermanos nunca se traicionan entre sí. ¿Quién era yo para discutir eso?

Después, Frank se quedó solo en los acantilados azotados por el viento, el caso adquiriendo dimensiones adicionales en su mente. Bryan Parkes, el chico abusado por Gideon Blackwell, convertido en asesino. Rob Johnson, el amigo leal cargado con el oscuro secreto. Y el misterioso tercer hombre, aquel que había asestado el golpe final a Adrian Hughes y ayudado a ocultar su cuerpo.

El apuñalamiento había ocurrido después de las horas de cierre. ¿Habría estado Carl Moss allí fuera de horario? ¿Encargado de cerrar? Podría haber sido Rory u otro empleado, pero la idea de Carl como constructor tenía más sentido. Sabría cómo cerrar esa pared.

Frank respiró hondo.

Si hubiera sido Carl, entonces ambos asesinos estarían muertos y no enfrentarían un juicio por el asesinato de Adrian Hughes. El alivio que invadió a Frank le sorprendió. Le siguió rápidamente la culpa. Era un detective, juramentado para defender la ley, no para juzgar quién merecía justicia y quién no. Y, sin embargo...

64

Después de que Frank contactara con Gerry para ponerla al día, pasó el viaje de vuelta a la central intentando averiguar más sobre la muerte de Gideon Blackwell, pero encontró la mayoría de las vías de investigación ocupadas. El descubrimiento del cuerpo era aún reciente, y la información escasa. Era imposible para él saber con certeza en esta fase cuán sombría era la situación para Rob Johnson, pero en el fondo, Frank le creía. Había habido una cruda honestidad en los ojos de aquel hombre.

Dirigió su atención a Carl Moss.

Tenía todo el sentido.

Contactó con Rory. Para su frustración, la llamada fue directamente al buzón de voz. Dejó un mensaje pidiéndole que le devolviera la llamada. Estaba ansioso por hablar de nuevo sobre el fin de semana del 25 de agosto de 1989 para establecer a qué hora había cerrado el pub esas noches de fin de semana y reabierto los días posteriores. Establecer una cronología del asesinato real y la posterior ocultación del cuerpo podría situar a Carl en el marco. Frank también mencionó a Carl por su nombre, y preguntó si había tenido su propia llave para cerrar, o si había usado la de Rory y luego se la había devuelto después.

Una vez en la central, se sintió menos nervioso. El final estaba cerca. Si podían confirmar que fue Carl, entonces ambos asesinos estaban muertos. No habría necesidad de arrastrar a nadie por los tribunales ni encarcelarlos por librar las calles de un depredador.

Aunque Rob era culpable de ocultar la verdad, Frank no presionaría para su detención. En última instancia, podría ser inevitable, pero sospechaba que sus superiores no tendrían ningún interés en procesar a este hombre.

Cuando entró en la sala de incidencias, algo golpeó el marco de la puerta por encima de su cabeza.

—¿Qué demo...? —Se interrumpió cuando vio a Rylan corriendo hacia él. Al principio, pensó que el Labrador lo iba a derribar, pero Rylan viró a la derecha, agarró un hueso de juguete y regresó junto a Reggie, que estaba de pie junto a su escritorio, con los ojos como platos y los dientes apretados.

—¿Reggie? —gruñó Frank.

—Lo siento —Reggie se agachó, con la cara roja, recogió el juguete y lo puso sobre el escritorio.

Frank miró alrededor de la habitación. Ni rastro de Gerry o Sharon. Sean tenía la cabeza agachada, pero Frank podía ver la sonrisa que intentaba ocultar.

Frank se acercó al escritorio de Reggie, puso ambas manos sobre él y miró fijamente a su sargento detective. Reggie se sentó, con aspecto muy incómodo.

Frank respiró hondo y miró a los dos. Cogió el hueso de juguete y lo pasó entre sus manos como si fuera una maza, decidiendo a cuál de ellos golpear. —Y cuando algo se rompa —dijo, con voz baja y peligrosa—, ¿quién va a pagar?

—No volverá a ocurrir, señor —dijo Reggie.

—Eso es lo que dijiste la última vez, Reggie. Sin embargo, sigue ocurriendo. Entonces, ¿quién va a pagar?

—Yo, señor.

Frank sonrió. —¿Por qué no lo dijiste antes? —Se giró y lanzó el hueso a través de la habitación. Rylan salió disparado tras él como un misil peludo—. Buen chico.

He de admitir, pensó Frank, *que eso se siente bien.*

65

Sharon regresó, y Frank puso a todos al día sobre lo que había averiguado de Phoebe, Louise y Rob. El equipo escuchó con atención, sus expresiones mezclaban asombro y alivio mientras Frank relataba la muerte de Gideon. La sensación de cierre se percibía en el ambiente.

Gerry entró. Rylan trotó para saludarla. Ella se arrodilló, le acarició la cabeza, y luego se dirigió rápidamente a su escritorio, con un expediente aferrado en la mano.

—¿Qué tal, Gerry? —llamó Frank desde el otro lado de la habitación.

La observó con curiosidad. Era inusual que Gerry estuviera tanto tiempo alejada de su escritorio o de Rylan.

Ella se sentó y abrió el expediente.

—¿Gerry? —insistió Frank.

—Helen llamó mientras estabas con Rob Johnson —dijo Gerry, sin levantar la mirada.

—¿Y?

—El análisis forense del mortero utilizado en la reparación de la pared del sótano del pub reveló una composición química única. La firma espectroscópica sugiere una mezcla patentada de cemento Portland, cenizas volantes y humo de sílice, con rastros de un acelerante distintivo. Es una fórmula específica de un proveedor local de Yorkshire popular entre los constructores. Tres tiendas de materiales: Builders Hub, Yorkshire Building Supplies y Hanson's

Hardware. Contacté con estas tiendas. No todas llevaban registros meticulosos... predeciblemente. Todas excepto Hanson's Hardware. Carl Moss compró exactamente este producto el 26 de agosto de 1989, junto con un juego nuevo de ladrillos.

Frank sintió una oleada de adrenalina. Era esto. Carl Moss era el segundo hombre.

Se giró hacia el tablero y habló. —En la noche del 25, o más bien en la madrugada del 26, la partida de cartas terminó, y los jugadores se fueron, escoltados por Carl Moss. Carl debe haber regresado al sótano y presenciado el final de la lucha, con Bryan tratando desesperadamente de defenderse de un Adrian herido. Estaba siendo estrangulado, según Rob. Carl debió de coger el cuchillo y apuñalar a Adrian.

—Siento hacer de abogado del diablo, jefe —dijo Reggie—. Pero parece extremo. ¿No habría intentado primero darle con un ladrillo suelto en la cabeza?

—Había habido un altercado entre ellos, ¿recuerdas? Tenía algo que ver con su sobrino, Mike... —Frank se giró—. ¿Fuera lo que fuese, podría haberle proporcionado una excelente oportunidad para clavarle el cuchillo? ¿Tanto literal como figuradamente?

—O —dijo Sharon—, tal vez las emociones estaban a flor de piel. Habría sangre, o quizás Adrian podría haber estado apretando el cuello de Bryan con mucha fuerza. Como con un perro mordiendo, eso puede ser difícil de romper.

Frank asintió a su audiencia. —Sí. Tengo la sensación de que hay algunos detalles que nunca sabremos. Sin embargo, ahora sabemos que Carl debió salir a primera hora del sábado por la mañana para conseguir el mortero y los ladrillos y reparar la pared. Me pregunto si Carl convenció a Rory para poner fin a esas partidas ese mismo día, y la puerta quedó cerrada. Tal vez Carl prometió ocuparse de la pared en su momento, y luego simplemente "olvidó" mencionarlo durante un tiempo hasta que desapareció del radar de Rory. El recuerdo que tiene Rory de todo esto es vago. Recuerda haber estado preocupado por la pared dañada, y supongo que Carl simplemente estimuló esas preocupaciones para conseguir que cerraran el sótano.

Frank se volvió hacia el tablero, fijando su mirada en la foto de Adrian. Sus pensamientos eran una mezcla de satisfacción y melancolía. *Prometí llegar a la verdad, y lo hice. Pero me alegro de que nadie vaya a responder ante un tribunal por lo que te pasó. Arruinaste vidas, Adrian. Entiendo que tú también sufriste, pero no puedo permitir que eso justifique lo que les hiciste a otros.*

Oyó a todos felicitándose entre sí detrás de él. En ese momento, su teléfono vibró en su bolsillo. Se dio la vuelta para ver a Reggie aplaudiendo y anunciando una visita al pub, luego se retiró a un rincón para contestar la llamada. Se puso un dedo en un oído mientras intentaba escuchar.

Frank saludó a un colega de Leeds.

Lo que escuchó a continuación le golpeó como un puñetazo físico.

Trastabilló, su mano libre buscaba el borde de su escritorio para estabilizarse. Tomó una respiración profunda, agarró sus llaves y se tambaleó hacia la salida.

Sintió a Reggie detrás de él. —Frank, ¿pub?

—Ahora no. —Siguió caminando. Su mente daba vueltas, emociones que no podía nombrar se encendían dentro de él.

—Frank, ¿qué ocurre? —insistió Reggie.

Frank sintió una oleada de irritación y apretó el puño. *Tranquilo, Frank*. —Te llamaré más tarde.

Fuera, en el pasillo, Gerry le dio alcance.

—Gerry, por favor... ahora no. —Siguió tambaleándose.

—Ha pasado algo. ¿Qué es?

—Aún no lo sé. —Se secó las lágrimas y aceleró el paso.

Ella alargó la mano y le agarró del brazo.

Él se detuvo.

—Dímelo —dijo ella—. Es lo que hacen los compañeros.

Él se giró.

—Te vi recibir la llamada —dijo Gerry—. Vi cómo cambiaba tu expresión.

Por supuesto que sí, pensó. *Nunca se te escapa nada. Pero si lo que acabo de oír es cierto, ¿importa algo ya?*

La miró, con ojos atormentados. —Han encontrado a una chica que coincide con la descripción de Maddie. Está muerta. Sobredosis. Leeds. Voy al hospital.

—Hay muchas chicas que coinciden con la descripción de Maddie.

—Sí... —Frank sintió que se le oprimía el pecho con temor—. Pero ¿cuántas de ellas tendrían su monedero?

La voz de Frank se quebró en la última palabra, la realidad de lo que acababa de decir cayendo sobre él como una ola. La mano de Gerry se apretó en su brazo, un ancla silenciosa en la tormenta.

66

Mike abrió los ojos de par en par. —¿Está Noah despierto?

—Entra y sale de la consciencia. —Emma le apretó la mano.

Mike hizo un esfuerzo por incorporarse, su cuerpo enorme protestando con cada movimiento. —Quiero verlo.

Hubo una larga pausa. Aquello lo decía todo. La mirada de Emma bajó al suelo, evitando los ojos desesperados de Mike.

—Es mi hijo —insistió él.

—Lo sé. —Ella le sostuvo la mirada—. Todavía no está fuera de peligro. Necesita descansar, Mike.

Un destello de ira brilló en sus ojos. —¿Y creen que yo le alteraré?

—No... no creo que sea eso.

—¿Su madre le ha visto?

Otra larga pausa. El silencio confirmó sus sospechas, cada segundo sentía como un puñal retorciéndose en sus entrañas. —¿Dónde está?

La respuesta de Emma fue suave, casi como una disculpa. —UCI, planta 3.

—¿Y eso dónde queda?

—En el mismo pasillo que este. Al otro extremo. A unos cinco minutos.

¡Cinco minutos!

—Tan cerca. —La voz de Mike apenas superaba un susurro, ahogada por el anhelo y la frustración.

Ella le apretó la mano otra vez. —¿Te ayuda saber que está cerca?

—Por supuesto —mintió.

Porque cinco minutos, para Mike Bailey, con sus 215 kilos y un corazón al borde del colapso, bien podrían haber sido el otro lado del mundo.

67

Los recuerdos inundaron su mente.

Una manta rosa. Un bulto suave y agitado. Un mechón de pelo negro.

Pequeños puños apretados. Largos tragos del pecho de su madre.

¿Qué importa ya?

Nada. Ni las largas horas en el trabajo. Ni el peso del mundo fuera de estas paredes. Nada de eso.

Todo lo que existe somos nosotros tres.

Acurrucados juntos.

—Tiene tus ojos, Frank.

Sin aliento, Frank se apoyó en Bertha. El hospital —un monolito de hormigón— se cernía sobre ellos. —Vamos —dijo mientras corría hasta llegar a la puerta principal. Se dobló, inhalando aire, y casi vomitó. El bolso. No podía ser de ella. Tenía que ser un error.

Hierba salpicada por el sol. Piernas regordetas. Brazos extendidos. Un gracioso tambaleo al andar. Una sonrisa desdentada. El mundo es perfecto. Recogiéndola entre sus brazos. Riendo. Llorando. Maravillado ante el milagro. —Papá. Nuestro capullo protector.

Conteniendo las lágrimas, luchando contra el sudor y el agotamiento, Frank recorrió los pasillos del hospital. El linóleo brillaba bajo el resplandor enfermizo de las luces fluorescentes. Médicos y enfermeras pasaban a su lado con rostros borrosos y

voces amortiguadas, distantes. Uno se detuvo para preguntarle si estaba bien. Frank no lo sabía. Apenas era consciente de las palabras que usaba. Todo era confuso. Nunca se había sentido tan pesado.

Preguntas curiosas. Una mente hambrienta. Una voluntad de conocer y pertenecer. Su mano aferrada a la suya. Ojos que lo escudriñaban. Él podía darle lo que necesitaba, lo que anhelaba. Un lugar en el mundo. Su mundo perfecto. Todo juntos. Protegidos. Perfectos. Una taza con la inscripción "El Mejor Padre del Mundo".

Hundiéndose en las profundidades del hospital, se apoyó contra la pared del ascensor. Ya no estaba seguro si su rostro estaba cubierto de sudor o de lágrimas. No estaba seguro de que realmente importara. Era tan difícil apartar ahora los recuerdos de sus errores. ¿Había luchado demasiado poco cuando ella solía volver tan tarde por la noche, apestando a alcohol y marihuana? ¿Fueron suficientes los gritos? ¿Fueron suficientes los castigos? O, tal vez, ¿había sido demasiado? ¿Había luchado *con demasiada dureza*? ¿La había alejado?

¿Postergando el problema hasta este jodido momento?

Sombras en su dormitorio. Diferentes callejones y diferentes caminos. Manos temblorosas. Decisiones desesperadas. Necesidad. Un capullo roto. Fuera, el mundo no era tan perfecto. Y su voz ya no era la suya. —Lo siento, papá, lo haré mejor, te lo prometo.

No le quedaba nada en el cuerpo. Tocó el timbre. —Inspector Jefe Black —apoyó la cabeza contra la pared.

—Lo siento, Mary —dijo en voz alta.

Se oyó un chasquido. La puerta de la morgue se abrió. Frank despegó la cabeza de la pared. *Bienvenido al fin de todo, Frank.* Un médico lo miró. Llevaba una mascarilla, pero la compasión en sus ojos era lo suficientemente intensa. Frank no necesitaba ver toda la expresión facial. —Por aquí, por favor, Inspector —las palabras parecían venir desde debajo del agua. La puerta de la morgue se sentía fría e inflexible. El sudor que lo cubría solo intensificaba el escalofrío. Dentro, el aire estaba cargado con el aroma de la descomposición y el desinfectante. Lo agarró con fuerza. El médico señaló una mesa en el centro de la sala, una forma cubierta por una

sábana yacía inmóvil sobre ella. *Tiene tus ojos, Frank.* —Dios, no —murmuró—. Por favor, que no sea ella.

Pesada junto a la puerta. Girando, caminando, queriendo entrar. Sin embargo, queriendo alejarse. De vuelta a casa. A donde todo comenzó. Necesitando ayuda. De vuelta con papá. El Mejor Padre del Mundo. Entra, Maddie, vamos a curarte. —No la cagues, Frank.

El médico retiró la sábana. Pálida e inmóvil. Facciones relajadas. Se había ido. Solo una cáscara. Frank retrocedió tambaleándose, vislumbrando la silla justo a tiempo... Se desplomó. *Cayó pesadamente.*

68

Durante más de una hora, Mike contempló el techo, el pitido rítmico de las máquinas ya no lo adormecía. A pesar de todo lo ocurrido, se sentía más alerta de lo que había estado en meses.

Despierto, de hecho.

Después de informarle sobre la ubicación de Noah, Emma le había dejado una advertencia final. —Aún tienes que estar preparado, Mike. La confianza es mayor, pero todavía no hay certeza.

Y sin embargo, con la posibilidad de la muerte de su hijo aún pendiendo sobre ellos, le habían negado la oportunidad de ver a Noah. Su niño. Su sangre de su sangre.

Lo único de él que valía algo en este maldito mundo.

¿Cómo se atreven a retenerme?

Si, Dios no lo quiera, Noah muriera, entonces nunca lo volvería a ver. ¿Quién tenía derecho a tomar decisiones tan crueles?

Se sentía aliviado de que su hijo estuviera luchando, de que sus posibilidades fueran mejores que nunca, pero no podía quitarse de encima ese denso manto de desesperación que se volvía más asfixiante minuto a minuto.

Y con tal melancolía, los viejos demonios eran inevitables.

¿Y qué mejor demonio para hacer acto de presencia que Adrian Hughes?

Como niño que acababa de perder a su madre, Mike se había culpado a sí mismo por lo que Adrian le había hecho a puerta

cerrada.

Así que nunca se lo había contado a nadie.

Había sido un niño vulnerable y solitario, y había admirado a ese demonio como si fuera un hombre amable. Un hombre compasivo que siempre tenía tiempo para los niños que luchaban con las cartas que les había repartido la vida.

Pero no lo era. En realidad, era un hombre manipulador. Un hombre abusivo.

La culpa, el dolor y la angustia siempre habían sido demasiado.

¿Y qué había hecho él, Mike Bailey, con el dolor y la angustia? ¿Con la falsa culpa de que esto era de alguna manera culpa suya?

Interiorizarlo, eso había hecho.

Como muchos otros antes que él, y muchos otros en los años venideros.

Las consecuencias siempre eran destructivas, pero para él, habían sido particularmente duras. Lo había carcomido, consumido y convertido en —levantó sus dedos deformes y carnosos frente a sus ojos— este monstruo. Y eso podría haber estado bien. Quizás. Si solo él hubiera sufrido por ser un cobarde. Pero no, ese no era el caso, ¿verdad?

Porque la podredumbre se extiende.

Y alguien en la Sala 3 de la UCI estaba sufriendo debido a su debilidad.

Miró el monitor que emitía pitidos.

No quiero ser un cobarde nunca más.

Con un gruñido, levantó su enorme cuerpo, luchando contra la gravedad, ignorando todos sus músculos y huesos ardientes. Cada costilla se sentía como si fuera a partirse, y sus extremidades temblaban sin piedad.

No quiero ser débil.

Manoseando con dedos torpes e hinchados, Mike arrancó los cables y tubos que lo ataban a las máquinas.

Las alarmas sonaron. Apretó los dientes y balanceó las piernas sobre el costado de la cama. Frente a él, divisó el andador. Podrían haber sido apenas unos metros, pero bien podrían haber sido kilómetros.

A la mierda, pensó. *Nadie me dirá si puedo sostener la mano de mi hijo o no.*

Tensándose, se deslizó de la cama, esperando caer. Hubo un golpe sordo cuando el suelo recibió su peso excesivo, y sus piernas temblaron. Pero se mantuvo erguido, aunque con la ayuda de una mesita de noche.

Detrás de él, las máquinas armaban un alboroto infernal.

Alguien abrió las cortinas de golpe. Pudo ver varias caras familiares. Enfermeras. Un médico. No le importaba. Ya había iniciado el viaje.

El sudor le corría por la cara, escociendo sus ojos y goteando de su barbilla. Su respiración se volvió entrecortada; el esfuerzo de mover su enorme cuerpo desde la cama hasta esta posición erguida había sido más de lo que podía soportar. Sabía que su corazón podía fallar en cualquier momento. Que podría caer muerto al suelo.

Pero no, pensó. *Te has tumbado y lo has aceptado durante demasiado tiempo. Ahora esto es por Noah. Es por lo que le debes a tu hijo.*

Podía oír a los profesionales suplicándole, sus voces urgentes, sus manos suaves pero firmes mientras lo rodeaban.

—¡Apartaos de mí! —Se alejó tambaleándose de la mesita de noche, medio esperando darse de bruces contra el suelo...

Sus manos encontraron el andador.

Había parecido imposible.

Por Noah, puedo hacer cualquier cosa. Cualquier cosa.

Un joven enfermero amable llamado James le suplicó. Tenía las manos frente a él, unidas como si rezara. Temblaba por completo. —No eres lo suficientemente fuerte, Mike. Podrías hacerte daño.

—James, has... sido... bueno... conmigo... —Mike aspiró aire—. Pero necesitas... quitarte... de mi... puto... camino.

Avanzó poco a poco con el andador.

James se mantuvo firme.

Mike tomó aire profundamente y empujó su peso corporal hacia adelante. Las ruedas lo llevaron. Al darse cuenta de que existía un peligro real de que ambos cayeran al suelo, James se apartó de un salto.

Mientras rodaba, podía oír a las enfermeras hablando detrás. Alguien sugirió llamar a Emma, pero ella estaba haciendo sus rondas por la ciudad. No pasaría mucho tiempo antes de que intentaran sedarlo, pero necesitarían conseguir algunos celadores fuertes para sujetarlo y evitar que se partiera la cabeza en dos contra el suelo.

Jadeando, siguió adelante. Progreso lento, pero algún progreso. Llegó al final de la sala. El olor penetrante a antiséptico asaltó sus fosas nasales, mezclándose con el olor rancio del sudor y la desesperación. Un médico se acercó a su lado. —¿Qué está haciendo, señor Bailey?

—Voy... a ver... a mi hijo. —Jadeaba tan fuerte que forzar las palabras era casi imposible. *¿Es así como se siente ahogarse?* se preguntó, con los pulmones ardiendo con cada respiración laboriosa.

—Lo entiendo. Si vuelve a la cama, le ayudaremos con eso, veremos qué podemos hacer.

—No... confío... en... vosotros.

Estaba perdiendo energía, pero divisó el final de la sala. La puerta del pasillo estaba entreabierta. A nadie se le había ocurrido cerrarla con llave. Una solución tan simple.

No se habían molestado porque no pensaban que Mike llegaría tan lejos.

Probablemente tenían razón.

—A menos que se detenga ahora —dijo el médico—. Podría morir.

Llevo mucho tiempo muerto. Mike gruñó y empujó con todas sus fuerzas. *Es hora de vivir.* Logró avanzar casi un metro, exhalando. Aspiró otra bocanada profunda de aire y fue a por otro metro consecutivo.

En ese momento, el médico había decidido que cerrar la puerta era una buena idea. La anticipación de Mike hizo que girara ligeramente su andador, atrapando el pie del médico y enviándolo apresuradamente contra la pared. Mike entonces se lanzó en los últimos metros para alcanzar la puerta.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio el cartel en el pasillo.

Sala 3 de la UCI. Siguiendo la línea roja a su izquierda.

Podía sentir su corazón latiendo en cada parte de su cuerpo. Supuso que podría ser la confirmación de que todavía bombeaba sangre por su pesado y deteriorado cuerpo. Aunque no sería por mucho tiempo. Ya podía sentir el dolor. Una agonía candente y blanca que irradiaba desde su pecho, bajando por su brazo izquierdo.

Cada centímetro de su ser gritaba en protesta, rogándole que se detuviera, que descansara.

Pero no podía. No ahora. No cuando estaba tan cerca.

Vamos... por tu hijo. Le fallaste a Noah antes. Ahora no. No cuando más importa.

Escuchó a una multitud reuniéndose detrás de él, llamando su nombre, exigiendo su atención. Manteniendo la mirada al frente, intentó ignorarlos.

Sabiendo que su cuerpo estaba al borde del colapso catastrófico, centró su atención en momentos más fuertes de su vida. Recuerdos más felices. Para intentar seguir adelante.

La risa de Noah. Una pequeña mano agarrando la suya. El asombro en los ojos de Noah mientras veían los fuegos artificiales explotar en el cielo nocturno, el rostro del niño pintado en tonos de rojo, verde y dorado. Cada momento precioso, cada destello de alegría, mantenía su mente girando, permitiéndole avanzar incluso cuando su cuerpo clamaba por descanso, y el sudor empapaba su rostro y bata blanca.

Delante había más enfermeras y médicos ahora. El murmullo de sus voces, el chirrido de sus zapatos de suela de goma contra el linóleo.

Lo distrajeron de sus recuerdos, y se sintió de nuevo en su pesado cuerpo. Se inclinó sobre el andador absorbiendo aire. Su visión se nubló, oscureciéndose por los bordes. Cerró los ojos.

Noah... Noah...

Al pensar su nombre una y otra vez, intentó desesperadamente aferrarse a su hijo, que lo esperaba a unos minutos de distancia.

Noah... ya voy—

Había una mano en su hombro. El agarre era firme. *Inapropiado.*

Vio a Adrian Hughes sonriendo desde la esquina de su despacho. Un juego de mesa preparado. Ven a jugar, Mike.

—¡Aléjate de mí, joder! —gritó Mike a pleno pulmón. Se sacudió la mano y sus ojos se abrieron de golpe.

Un celador retrocedió unos pasos, mostrando las palmas. —Lo siento, señor Bailey, pero esto es suficiente. Estamos aquí para escoltarlo de vuelta a su cama.

—Solo... inténtalo. —Abrió los ojos, sintiendo una oleada de desafío surgiendo dentro de él.

Y entonces siguió avanzando. Aspirando bocanadas de aire. Tambaleándose mientras exhalaba. Una vez... dos veces... tres veces. Cada paso era una batalla, una guerra librada entre su voluntad de hierro y su cuerpo desfalleciente.

La UCI no podía estar a más de un par de metros.

Por favor, le suplicó a su cuerpo. *Por favor.*

Pero su visión se estrechó, y ahora había perdido el control completo de su respiración.

Ya no necesitaba a un médico para decirle que su corazón estaba a punto de estallar.

Un dolor punzante atravesó su rodilla izquierda, casi enviándolo al suelo. Apretó los dientes, agarrando el andador con una intensidad que le dejó los nudillos blancos.

Otra mano lo agarró de nuevo.

—Dejad... —No pudo pronunciar la siguiente palabra.

Alguien le tomó del otro hombro.

Esta vez logró decir dos palabras. —¡Mi... hijo!

—Por favor, señor Bailey. No lo haga más difícil.

Mike soltó el andador y levantó bruscamente su brazo derecho.

Contactó con la cara del celador.

Hubo un jadeo de los espectadores.

Mike no podía creer que sus manos volvieran a caer sobre el andador. No es que importara. Sus brazos temblaban, los músculos vibrando de fatiga. Quedaba muy poco.

A través de una visión en túnel, vio la puerta de la UCI. No podía estar a más de un metro...

Había otra mano en su otro hombro.

De nuevo, golpeó, pero esta vez, falló. Perdió el equilibrio, así que cuando volvió a llevar su mano hacia atrás, no logró agarrar el mango y se desplomó hacia adelante. Su cuerpo, empujado más allá de sus límites, se negó a enderezarse. Perdió el control de sus rodillas. Todo su peso corporal se derrumbó sobre el andador.

Giró y cayó sobre su espalda, con su vehículo cayendo encima de él.

Cuando abrió los ojos, su visión nadaba, manchas negras bailando en los bordes. Miró hacia abajo a su enorme pecho jadeante. Podía sentir su corazón latiendo en un ritmo frenético y errático dentro de él.

—Noah... —dijo.

Cerró los ojos e imaginó el rostro de Noah, pálido y demacrado, pero vivo. Esperándolo.

—Noah...

Se permitió imaginar un futuro donde estaba sano, donde estaba allí para Noah en todas las formas que importaban. Los vio pescando juntos; el sol brillando sobre la superficie tranquila del lago. El rostro de Noah, ya no demacrado y atormentado, sino lleno de vida y risas. Imaginó que reían juntos, compartiendo historias y sueños, y reparando el vínculo que años de negligencia habían roto. Era un hermoso sueño, un destello de esperanza en la oscuridad, y Mike se aferró a él con todas sus fuerzas.

69

El trayecto desde el hospital de Leeds hasta el hospital de Whitby había hecho poco por aclarar la mente de Frank. Todavía se sentía desorientado y emocionalmente abrumado por su experiencia en el depósito de cadáveres. Sin embargo, una llamada telefónica de Rory lo había cambiado todo respecto al caso de Adrian Hughes y las conclusiones a las que ya habían llegado.

Lo que le recibió en el pasillo del hospital lo arrancó de su propio caos, aunque la escena que tenía ante él no era menos frenética.

Más adelante, una multitud congregada bloqueaba el pasillo.

Frank aceleró el paso. La cacofonía de voces alzadas crecía con cada paso, una sinfonía discordante de urgencia y preocupación. El fuerte olor a antiséptico se mezclaba con el empalagoso hedor del miedo y la desesperación, revolviendo su estómago.

Médicos, enfermeras y celadores corrían de un lado a otro, tanto junto a Frank como delante de él. Un hombre corpulento yacía en el centro de todo. A medida que Frank se acercaba, se dio cuenta de que el hombre corpulento era la persona que había venido a ver. Mike Bailey, tendido boca arriba, agitando los brazos, exigiendo a todos que se alejaran de él.

Frank, aún exhausto por su descenso a los infiernos del hospital anterior, respiró hondo y usó una descarga de adrenalina para impulsarse hacia delante, abriéndose paso entre la multitud.

A un metro más o menos de Mike, Frank vio a dos médicos que lo rodeaban; ambos sostenían jeringuillas. Estaban buscando una

oportunidad. A Frank le parecía algo bárbaro, como depredadores acorralando a una presa.

Los celadores también se acercaban rápidamente, intentando agarrar los brazos de Mike. Sus intenciones estaban claras. Querían inmovilizarle los brazos para las inyecciones.

—¡Alto! —Frank sacó su placa, la sostuvo en alto—. Inspector jefe Frank Black, Policía de Scarborough. ¿Qué está pasando aquí?

Se hizo el silencio. Los médicos y celadores se quedaron inmóviles, girándose para mirarlo con expresiones de sorpresa y confusión. Mike dejó de gritar.

Frank se volvió, mirando cara a cara, esperando que alguien hablara.

—¡Mi hijo! —gritó Mike de repente.

Frank se giró y lo miró. Su rostro ancho y enrojecido brillaba. Sudor, lágrimas, o potencialmente ambos—. Alguien lo ha apuñalado.

Frank sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Se puso en cuclillas, agarrándose las rodillas, mientras los recuerdos recientes del hospital anterior lo abrumaban.

Su corazón se encogió al revivir el miedo asfixiante, el horror nauseabundo, los pasillos estériles del hospital...

Cada fibra de su ser tensándose hacia el depósito de cadáveres...

Una voz lo sacó de sus recuerdos.

—Soy James.

Frank levantó la mirada hacia el rostro de un enfermero novato.

—Dame un momento, hijo.

Cerró los ojos y respiró hondo, esperando que las náuseas pasaran, pero seguía luchando.

El rostro pálido e inmóvil sobre la mesa del depósito... facciones relajadas en la muerte.

Puede que no fuera Maddie, pero seguía siendo una vida truncada.

Otra tragedia.

Y un recordatorio.

Aquí había una vida que fácilmente podría haber sido la de su hija, si no la encontraba a tiempo.

Apretó los dientes. *Contrólate, Frank.*

Se levantó, gimiendo, con la espalda crujiendo, y se dirigió al enfermero.

—James, ¿qué ha ocurrido?

—El señor Bailey ha estado intentando llegar a la habitación de su hijo en la UCI, pero no está en condiciones de moverse. En ninguna condición, en absoluto...

—¿Así que queréis empeorarlo llenándolo de esa mierda? —Frank señaló a uno de los médicos que blandía una jeringuilla.

—Por su propia seguridad —dijo el médico.

Frank cuadró los hombros. Miró entre los dos médicos, con la mirada firme e inquebrantable.

—¿Representa un peligro para su hijo?

—No, por supuesto que no, ¡pero sí para sí mismo!

—Entonces retírense. —La voz de Frank era baja pero firme—. Si no ha hecho nada malo, no tienen derecho a interponerse entre un padre y su hijo.

—Tengo un deber de cuidado —dijo el médico.

—Entonces cuídelo, hombre. —Frank negó con la cabeza—. Si puede ver a su hijo, tocar a su hijo... ¿sabe qué regalo es eso? ¿Tiene alguna idea? —La voz de Frank se quebró, con lágrimas brotando en sus ojos mientras bajaba la mirada, recordando sus brazos alrededor de Maddie mientras ella temblaba en su dormitorio todos aquellos meses atrás. Volvió a mirar hacia arriba—. Sin olvidar lo que podría significar para su hijo.

Un silencio atónito se asentó en el pasillo.

Frank entrecerró los ojos.

—Ayúdenle a levantarse. —Su tono no admitía discusión—. Denle unos minutos con su hijo...

Los médicos se miraron entre sí.

Frank respiró hondo y gruñó.

—Insisto.

Los celadores dudaron, mirando a los médicos en busca de orientación. Después de un largo y tenso momento, el médico con el "deber de cuidado" asintió.

—Puede tener cinco minutos.

Frank se movió al lado de Mike y se arrodilló, con la espalda hecha un nudo.

—Ayudadme, entonces.

Juntos, Frank y los celadores levantaron a Mike. Frank apretó los dientes mientras todos sus músculos envejecidos ardían. James enderezó el andador y consiguieron que Mike se acercara a él.

—Vamos —siseó Frank a los otros celadores—. Terminemos con esto. —Tomaron posiciones a ambos lados de Mike, sosteniéndolo. Frank estaba debajo del brazo derecho de Mike, mientras que otro celador estaba bajo su izquierda, y los dos médicos y James ayudaban desde atrás.

Lenta y dolorosamente, reanudaron el viaje de Mike. Medio cargándolo, medio empujándolo. Frank miró a su alrededor, notando todos sus rostros fijados en determinación mientras ayudaban a soportar el peso de Mike. Un cambio tan radical respecto a momentos antes. De repente, todos estaban con él, en lugar de contra él. Frank podía sentir el cuerpo de Mike temblando contra el suyo, cada respiración trabajosa era un testimonio de su inquebrantable resolución.

—Quédate con nosotros, Mike —murmuró Frank, con voz baja y alentadora—. Ojos en la meta.

—Noah —murmuró Mike.

—Sí, Noah. Un poco más. A segundos, compañero.

Las respiraciones de Mike eran ahora entrecortadas y tensas, y su cabeza rebotaba con el movimiento.

El viaje se volvió más difícil al entrar en la planta, pero Frank no estaba seguro de si era debido a su propio cansancio o al hecho de que Mike se estaba desvaneciendo rápidamente. Imaginaba que era una combinación de ambos.

En ese momento, dos enfermeras se acercaron a ellos, empujando una cama.

—Buena idea —dijo Frank—. Vale, chicos, listos.

Frank se volvió para mirar a los ojos de Mike. Estaban medio cerrados.

El inspector jefe agarró las mejillas húmedas del hombre corpulento.

—Mírame, Mike.

Sus ojos se abrieron ligeramente.

—Tu hijo está a metros de ti, compañero. Necesitas subir a esta cama.

—Gra... cias... —dijo Mike.

—Basta de agradecimientos, ponte en marcha de una vez.

Juntos, llevaron a Mike hasta la cama. Hizo falta varias personas para sujetar el bastidor, evitando que se moviera bajo el puro peso que se avecinaba, pero finalmente consiguieron que Mike se sentara en el borde. El más joven y fuerte de los celadores tomó sus piernas, mientras que el otro sostenía su espalda mientras lo acostaban.

Frank puso su mano en el ancho pecho de Mike.

—Misión cumplida, compañero. Misión cumplida.

Frank se quedó a un lado mientras las enfermeras lo empujaban hacia una habitación. Una vez dentro, Frank se volvió y miró a la multitud, asintió, y luego siguió a los dos médicos.

Una mujer pasó corriendo junto a él y lo rozó.

—Perdón —dijo ella.

—¿Señora?

Ella se giró.

—Perdón... necesito verle. Soy su enfermera. Emma Holloway.

La reconoció de la entrevista del otro día.

—La recuerdo. —Entró en la habitación junto a ella.

Había un joven con vendajes en la cama junto a Mike. Tenía máquinas conectadas a él, pero mantenía los ojos abiertos y miraba a su derecha lo que estaba sucediendo.

Mike, mientras tanto, tenía los ojos cerrados, tumbado hacia atrás. Un médico estaba comprobando sus constantes vitales.

Frank tragó saliva. *¿Habían llegado demasiado tarde?*

Emma le agarró el brazo.

Vamos, compañero.

El médico levantó la mirada, con alivio grabado en su rostro.

—Sigue con nosotros. Vamos a conectarlo.

Frank suspiró, permitiendo a los médicos y enfermeras pasar junto a él para recoger más equipos para monitorear las constantes vitales de Mike.

Emma soltó su mano.

—¿Qué ha pasado?

Frank abrió la boca para explicarlo cuando los párpados de Mike comenzaron a agitarse.

—¿Mike? —dijo Frank, avanzando a grandes zancadas. El médico le permitió el acceso.

Emma lo siguió.

—Está cansado... quizás no deberías.

Él la miró y leyó su expresión.

No sabemos cuántas oportunidades más le quedan.

Ella asintió.

—Permíteme. —Se deslizó alrededor de Frank y tomó la mano de Mike—. Tu hijo, Mike. Está aquí. Noah está a tu izquierda.

Mike no abrió los ojos, pero había una leve sonrisa en su rostro.

Frank se acercó al joven, que parecía tanto exhausto como confundido.

—Parece que has pasado por un infierno, joven.

Noah tragó saliva.

—¿Qué... ha pasado? —Su voz apenas era más que un susurro. Estaba débil, y lejos de encontrarse bien él mismo.

—Algo que nunca olvidaré. —Frank sonrió al muchacho—. *Y algo que estoy seguro que tú tampoco olvidarás cuando escuches todos los detalles.*

—No entiendo. —Sonaba muy débil.

—Ha llegado hasta ti, Noah. Eso es todo lo que necesitas saber por ahora. Ha llegado hasta ti porque te quiere más que a nada. Ahora necesitas descansar.

Se giró con lágrimas en sus propios ojos.

Ojalá pudiera llegar a ti, Maddie.

70

Frank estaba de pie fuera de la habitación de Noah cuando sonó su teléfono.

—¿Reggie?

—Jefe, estoy en el aparcamiento del hospital, buscando sitio —dijo Reggie—. Estaré ahí en un minuto.

Frank movió los hombros, intentando enderezar la espalda. Le dolía por haber ayudado a Mike. —No hace falta. —Su voz estaba cargada de agotamiento.

—¿Eh? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? Dijiste que nos equivocábamos con Carl Moss, y que...

—Falsa alarma. Teníamos razón desde el principio.

—Pero jefe, yo...

—Teníamos razón, ¿vale? —interrumpió Frank, con la mirada desviada hacia la habitación de Noah a través de la ventana. Mike y Noah estaban ambos dormidos. Habían acercado sus camas para que pudieran cogerse de la mano durante un rato. Incluso desde aquí, Frank podía oír las máquinas a ambos lados de los pacientes pitando constantemente, un ritmo tranquilizador que parecía hacer eco al latido del propio corazón de Frank.

En la habitación, Emma se movió hacia el centro para separar sus manos y evitar calambres. Luego arropó a Mike mientras dormía, con movimientos eficientes y practicados.

—¿Entonces no me necesitas? —preguntó Reggie.

—Oh, te necesito. Todo lo que queda es el informe. Y ahí es donde entras tú.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea, roto solo por el sonido distante del tráfico.

—¿Reggie?

—Gracias, jefe. —Había frustración en su voz.

—No te preocupes, se te da bien. Dime, ¿hiciste lo que te pedí? Cuando te dije que vinieras aquí.

—Sí, jefe. No se lo dije a nadie. Lo mantuve en silencio.

—Y así debe seguir.

Otra pausa, más larga esta vez. Frank casi podía oír los engranajes girando en la cabeza de Reggie mientras sopesaba las implicaciones de las palabras de Frank.

Frank rompió el silencio. —Sabes que esto es lo mejor.

—Lo sé, jefe. ¿Pero Gerry?

—¿Qué pasa con ella?

—Puede que lo descubra.

—No lo hará porque nunca le conté lo que Rory me dijo.

—¿Estás seguro de que es lo correcto?

La mirada de Frank se posó sobre Mike y Noah, sus pechos subiendo y bajando al unísono.

—Nunca he estado más seguro de nada. —Su voz apenas era un susurro.

Más tarde, mientras tomaba un café en la cafetería del hospital, la mente de Frank volvió al momento que le había traído hasta aquí. La llamada telefónica de Rory, respondiendo al mensaje anterior de Frank sobre Carl cerrando después de las noches de cartas.

—Lo que dijiste me hizo pensar. Recordé algo. Siento no haberlo pensado antes, pero fue hace tanto tiempo. Pero puede ser relevante.

Y había sido relevante. *Muy relevante.*

—Hubo una vez que discutí con Carl por cerrar el local. Pillé a Mike metiendo la llave por debajo de mi puerta en casa de madrugada. Mike admitió que su tío no siempre cerraba los fines de semana después de las partidas de cartas. Que a veces estaba demasiado ocupado saliendo de juerga.

La revelación casi detuvo el corazón de Frank en seco.

—Le eché una buena bronca a Carl —había continuado Rory—. Apenas era una paternidad responsable, ¿eh? Mike era demasiado joven para estar despierto hasta tan tarde, y menos para encargarse de cerrar. Sí, estaba cabreado, pero honestamente, nunca volvió a surgir ya que luego paramos las noches de cartas. Llevaba tiempo planeando pararlas, de todos modos. A él le pareció bien la idea. Supongo que por eso se me olvidó mencionártelo antes. Hasta tu mensaje sobre la llave, simplemente no figuró en mis recuerdos.

En el silencio de la cafetería, Frank cerró los ojos, con la escena reproduciéndose en su mente con vívida claridad. Podía ver a Adrian y Bryan en el sótano, sus voces elevadas por la ira. El destello del cuchillo al clavarse en el pecho de Adrian. Adrian, sangrando, con las manos alrededor del cuello de Bryan, exprimiéndole la vida. Y luego Mike, la única otra persona en el pub esa noche, irrumpiendo, intentando desesperadamente apartar los dedos de Adrian del cuello de Bryan. Al final, no había tenido elección. Había cogido el cuchillo ensangrentado y lo había hundido profundamente en la carne de Adrian, poniendo fin a la lucha de una vez por todas.

Quizás no había sucedido exactamente así. Quizás Mike lo había hecho por ira y amargura. Phoebe había sospechado que Adrian había abusado de Mike en el pasado en Sunnybrook.

Aunque esto no era seguro, una cosa sí lo era. El cuerpo de aquel abusador en serie había sido ocultado detrás de esa pared. Y Carl, después de conocer la verdad por parte de Mike, había vuelto al día siguiente para comprar los materiales y sellar a Adrian para siempre.

¿Y ahora qué?

Ya no habían desaparecido todos los involucrados en la muerte de Adrian. Quedaba una persona.

Si Phoebe tenía razón, y parecía más que probable que así fuera, entonces Mike era otra persona más que había sufrido un trauma.

Una persona que quizás había querido morir, que había estado lista para dejarse ir.

Una persona que había luchado a través de la agonía y la desesperación para llegar hasta su hijo, para abrazarlo una última

vez.

Frank no estaba de humor para enterrar a Mike Bailey.

Había perros dormidos. Y este era uno al que definitivamente necesitaba dejar descansar.

Epílogo

Sola en su celda, Phoebe abrió el sobre, con los dedos ligeramente temblorosos. Mientras desdoblaba el crujiente papel blanco del interior, una pequeña fotografía se soltó y revoloteó hasta el suelo. Se agachó para recogerla, abriendo mucho los ojos al contemplar la imagen de una joven, vestida para su graduación, de pie frente a la Radcliffe Camera en la Universidad de Oxford.

El rostro de Amelia Okonkwo resplandecía de orgullo, con sus ojos oscuros brillantes mientras sostenía en alto su título.

La mente de Phoebe viajó al día en que conoció a Amelia por primera vez. Amelia había sido una niña de origen desfavorecido que había ganado una beca completa para estudiar ciencias en Oxford gracias a la organización benéfica de Phoebe, Brighter Horizons. En esta carta, Amelia esbozaba sus sueños de convertirse en investigadora, de encontrar curas para las enfermedades más mortíferas del mundo. Mencionaba específicamente su ambición de desarrollar nuevos tratamientos para la malaria, que todavía asolaba a muchas comunidades en el país de origen de sus padres, Nigeria. Una y otra vez, agradecía a Phoebe y a Brighter Horizons por darle la oportunidad de perseguir sus pasiones.

Phoebe apretó la carta contra su pecho y sonrió, con un dolor agridulce llenando su corazón, y se recostó en su litera.

Más tarde esa noche, las paredes de su celda parecían cerrarse sobre ella, asfixiándola y se preguntó entonces si alguna vez saldría de debajo del peso de sus propias acciones - las muertes de Felix

Delaney y Theresa Long en aquella explosión del coche - o los años de mentiras, o su fracaso en exponer a Adrian Hughes. De hecho, su condena por el homicidio imprudente de Julian parecía bastante leve considerando sus pecados.

Guardó la carta bajo su almohada mientras dormía.

Al menos podía estar orgullosa de esto.

Niños como Amelia que habían recibido una oportunidad que de otro modo no habrían tenido.

Algo a lo que aferrarse. Algo de luz en la oscuridad.



Sophie Johnson estaba en el centro del escenario bajo el foco. Su voz era clara, fuerte y sincera. Rob sonrió. *Sincera. Verdad.* Cuánto había necesitado eso en su vida desde que tenía memoria. Y ahora aquí estaba, en todo su esplendor. La ligereza era indescriptible.

La interpretación de Sophie como Elizabeth Proctor en *Las brujas de Salem* era cautivadora. Su retrato de una mujer que luchaba con el peso de las mentiras y la búsqueda de la verdad resonó profundamente en Rob. Mientras ella pronunciaba sus líneas con una convicción inquebrantable, Rob sintió una profunda conexión con los temas de honestidad y redención que se desarrollaban en el escenario.

A su lado, su esposa Sarah le apretó la mano. Él le susurró al oído, —Estoy orgulloso de ella.— Ella le clavó la mirada y articuló, silenciosamente, —Estoy orgullosa de ti.— Él se enjugó una lágrima y luego dirigió su sonrisa a la persona que tenía al otro lado. Louise Parkes. Ella tenía las cejas arqueadas. Susurró, —Es muy buena.—

Cuando la escena final llegaba a su fin y el público estallaba en aplausos, Rob sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Se puso de pie con el resto de la multitud, aplaudiendo hasta que le dolieron las manos.

Solo había pasado un mes desde que había podido dejar atrás el suicidio de Gideon Blackwell de una vez por todas. Las grabaciones de las cámaras le habían exonerado. Las cámaras fuera de la casa

de Gideon mostraban su llegada en la primera visita. Esa noche, Gideon le había acompañado a la salida, o al menos había estado en la puerta, indicándole que se marchara tras la confrontación. La segunda visita también había sido captada por las cámaras de Gideon. Fue cuando lo encontró muerto. El patólogo determinó que Gideon llevaba muerto más de veinticuatro horas en ese momento, y la herida de bala era claramente autoinfligida.

Desde entonces, la vida había ido en ascenso.

Después del espectáculo, esperaron a Sophie en el vestíbulo. Ella irrumpió por las puertas, con la cara enrojecida de emoción. Rob se acercó a ella y la abrazó. —¿Me viste, papá?— Rob la abrazó con fuerza, respirando el aroma de su pelo, el calor de su abrazo.

—Cada segundo.—

—¿Y?—

—Me encantó, cariño. Estuviste increíble.— Sophie se apartó, con los ojos brillantes. Entonces, notó a Louise junto a su madre. Y pareció confundida. Sarah llevó a Louise hacia delante. —Sophie, hay alguien a quien me gustaría que conocieras— Rob vio la timidez en los ojos de su hija. —Alguien muy especial para todos nosotros.—

—Creo que ya lo sé.— Sophie se acercó a Louise. —¿Eres la hija de Bryan?—

—Lo soy— dijo ella. —Y estuviste genial.—

—Gracias.— Sophie se sonrojó. Sonrió a su padre y luego miró a Louise otra vez. —Estoy encantada de conocerte, *prima*.—

Rob tomó la mano de Sarah y la apretó con fuerza. *Gracias, Bryan*, pensó. *Estoy tan feliz de que encontráramos un camino de vuelta el uno al otro.*

Mientras observaba a Sophie y Louise charlando animadamente, una calidez se extendió por el pecho de Rob. El peso de los secretos que había cargado durante tanto tiempo parecía levantarse, reemplazado por la alegría de esta nueva conexión, esta extensión de la familia.

Y por primera vez en más tiempo del que podía recordar, Rob sintió que una sensación de paz se apoderaba de él.

~

El sol golpeaba con fuerza el estadio abarrotado.

En la pista, una línea de jóvenes se agachaba en los bloques de salida, con los músculos tensos y listos.

En las gradas, Mike Bailey estaba sentado en su silla de ruedas; el aire que le rodeaba estaba cargado con el olor a sudor y anticipación. Toda su atención estaba en la Calle 4.

¡Bang!

Los corredores salieron disparados de los bloques. Sus piernas bombeaban. Jóvenes talentosos volaban por la pista.

Pero era la Calle 4.

Eso era lo que importaba.

Todo lo que importaba.

Mike agarró los reposabrazos de su silla mientras veía a Noah adelantarse al grupo.

Diez metros para el final, cinco, tres, un metro...

No pudo evitar pensar en su propia "carrera" por aquel pasillo del hospital hacía tantos meses. El recuerdo de ese viaje desesperado, impulsado por el amor y la determinación, le inundó de nuevo.

Cuando Noah cruzó la línea de meta, con los brazos levantados en señal de triunfo, la multitud estalló en vítores y Mike, con una fuerza que había trabajado incansablemente por recuperar, hizo el esfuerzo de levantarse de su silla para poder aplaudir y gritar por su hijo.

Durante la ceremonia de entrega de premios, mientras Noah se dirigía al podio, con la medalla de oro brillando alrededor de su cuello, la mente de Mike volvió a aquel día en el hospital, al momento en que había abierto los ojos para encontrar la mano de su hijo agarrada a la suya.

Fue en ese momento cuando hizo una promesa. Un juramento. Estaría ahí para su hijo, pasara lo que pasara. Y eso había empezado con su salud, un viaje que había sido tan desafiante como gratificante.

Noah se acercó al micrófono, y Mike sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Quiero dar las gracias a mi padre. Sin él, no habría entrenado, y no estaría aquí.—

La visión de Mike se nubló con lágrimas.

Cuando el organizador del evento le preguntó a Noah qué le motivaba durante el entrenamiento, respondió con, —Fácil. Ver a papá luchar cada día, verle perder 65 kilos y seguir adelante, sin importar lo difícil que se ponga. Lo que pasa con los nutricionistas y fisioterapeutas... bueno, mi entrenamiento no es nada en comparación.—

Mike sintió una mano en su hombro. Levantó la mirada para ver a Emma de pie junto a él, con los ojos brillantes de lágrimas. —Increíble— dijo ella.

—Lo es.— Mike se limpió una lágrima.

—Hablaba de ti.—

—No.— La apartó con un gesto. —Este es su momento.—

—¿Lo es?— preguntó Emma. —Creo que tú también te lo mereces.—

Mike sonrió. —Su momento— enfatizó. —Y puede tener todos los que quiera. Y a través de cada uno de ellos, seré el hombre más feliz del mundo.—

Mientras los vítores de la multitud le envolvían, Mike no podía negar que aún sentía la presencia de aquellos ojos rojos brillantes. Sin embargo, en lugar de sentir el aliento del Barghest en la nuca, Mike ahora lo percibía acechando a distancia. Sabía que siempre estaría allí, pero también sabía que ahora tenía la fuerza para mantenerlo a raya. Con los *momentos* de Noah llegando uno tras otro, Mike se sentía preparado para enfrentar cualquier desafío que la bestia pudiera tener para él en el futuro. Es cierto que el Barghest podría no desaparecer nunca del todo, pero ya no tenía el poder de consumirle, y eso le hacía sonreír.

De oreja a oreja.

~

Gerry estaba en su cocina, colocando meticulosamente los cubiertos. Consultó su reloj. Cincuenta y siete minutos hasta la llegada de Tom. Tenía tiempo de sobra para preparar la comida.

Llegó con tres minutos de retraso, pero era un margen aceptable, así que después de abrir la puerta, decidió no mencionarlo.

Tom estaba al otro lado, con un ramo en la mano. Sonrió al verla. —Estás preciosa.—

Gerry asintió, aceptando el cumplido como una observación objetiva. —Gracias— respondió, apartándose para dejarle entrar. —Y gracias por las flores.—

Mientras se dirigían al salón, la mirada de Tom cayó sobre una fotografía enmarcada en la repisa de la chimenea. Mostraba a una Gerry más joven, con los brazos alrededor de una pareja mayor, sus rostros marcados por la risa.

—¿Son tus padres?— preguntó Tom, con voz suave.

Gerry asintió. —Fallecieron hace unos años en un accidente de navegación.—

Tom's face fell. —Lo siento muchísimo.— Su mano se extendió para apretar su hombro. —Eso debe haber sido increíblemente difícil.—

—Me impactó. Fue un suceso estadísticamente improbable. La probabilidad de que ambos padres mueran simultáneamente es bastante baja.— Suspiró. —Eran buenas personas.—

Tom asintió, con una expresión de comprensión.

Mientras se acomodaban en la mesa, Tom elogió la cocina de Gerry'. Ella asintió. Le parecía ridículo recibir alabanzas por cocinar. Simplemente seguía las recetas con precisión. El resultado nunca estaba en duda. Aun así, quería mantener un ambiente agradable, y la etiqueta era el verdadero desafío para ella en este caso.

En general, no podía negar que la conversación entre ellos fluía con más facilidad, y sentía cada vez menos necesidad de interrogarle. Era una señal positiva. Así que, mientras terminaban su comida, dijo: —Tengo una pregunta para ti.—

Tom arqueó una ceja. —Vale,— respondió. —Ya hacía tiempo. Adelante.—

Gerry miró a Tom con una mirada fija. —¿Estás listo para tener relaciones sexuales?—

Tom se atragantó con su vino, abriendo los ojos de par en par por la sorpresa. Tosió, balbuceando mientras intentaba recuperar el aliento. —¿Perdona?—

Gerry inclinó la cabeza, con una expresión de ligera confusión. —Te pregunté si estás listo para tener relaciones sexuales,— repitió, con voz pragmática. —Te encuentro atractivo, y creo que tenemos una fuerte conexión. Parece el siguiente paso lógico.—

Tom la miró fijamente, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua. —Yo... bueno... sí, por supuesto,— balbuceó, sonrojándose. —Es que no me esperaba... quiero decir, me has pillado desprevenido.—

Gerry asintió, tomando nota mental. —Ya veo. Estás sorprendido. En el futuro, te' avisaré antes de abordar temas de naturaleza sexual. ¿Son cinco minutos tiempo suficiente de preparación?—

—Bueno, no puedo discutir con eso,— respondió. Respiró hondo. —Estoy listo.—

Mientras subían las escaleras, con Rylan caminando detrás de ellos, Tom miró por encima del hombro al perro. —¿Tiene que venir con nosotros?— preguntó, con voz insegura.

Gerry se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta del dormitorio. Miró a Rylan, luego a Tom, con expresión seria. —Sí,— respondió con firmeza. —Rylan es una parte esencial de mi vida. Me proporciona apoyo emocional y me ayuda a navegar en situaciones sociales. Si quieres estar conmigo, tienes que aceptar que él'forma parte del paquete.—

Tom asintió. —Por supuesto. Supongo que Rylan está bien. Debería estar agradecido de que no estés invitando a Frank a unirse a nosotros.—

—¿Por qué haría eso?—

—Hablas mucho de él.—

—Es' mi colega.—

—Está bien, Gerry, no quería decir nada con eso. Solo era humor. —

—Ya veo. A veces me cuesta un poco con el humor.—

Él tomó su mano. Al principio la hizo sentir incómoda, pero se armó de valor y se adaptó a la sensación de su piel contra la suya.

Al entrar en el dormitorio, Gerry se volvió hacia Tom. —Debo informarte de que he preparado una lista de actividades sexuales que me gustaría probar.—

Los ojos de Tom'se abrieron, con una mezcla de sorpresa e intriga en su rostro. —Eso suena emocionante, pero ¿empezamos con lo básico?—

Gerry asintió. Se sentía extrañamente emocionada. Antes de esta noche, había considerado que eran un 87 por ciento compatibles. Ese número crecía por minutos.

Mientras se desabrochaba la camisa, observó a Rylan acomodarse en su cama en el rincón.

Se preguntó si Frank estaría orgulloso de su progreso en la interacción humana. Se lo contaría todo mañana.

Al fin y al cabo, eso era lo que hacían los colegas.



La garra destrozó el tejado del pub Rusty Anchor. Ladrillos y mortero volaron por los aires. Una nube de polvo se elevó, oscureciendo la estructura que se desmoronaba. Frank se mantuvo a una distancia segura, habiendo optado por prescindir del engorroso equipo de seguridad. Hoy no estaba de humor para tales precauciones.

Mientras el viejo pub se derrumbaba, pensó en la cara de Rowena Hughes' cuando le había explicado las razones de la muerte de su hermano menor'. No le dio los detalles de sus abusos en serie en Sunnybrook, centrándose en cambio en la relación con el joven trabajador sexual masculino que había salido mal. Ella no era tonta, y se dio cuenta de que él le había ocultado muchos secretos, muchos de los cuales serían desagradables.

Estas revelaciones la conmocionaron profundamente, pero no había'dejado que la destruyeran. Tanto ella como Frank habían hablado extensamente sobre cómo culparse a sí misma por las decisiones de Adrian'era una tontería. Sí, podría haber hablado sobre

lo que su padre le había hecho a su hermano, ahorrarle años de miseria, pero había'estado demasiado asustada incluso para defenderse a sí misma. No se podía culpar a los niños por estar atrapados en ese ciclo de dolor. Y no había garantía de que hubiera marcado la diferencia, de todos modos.

La garra golpeó de nuevo. Las tejas cayeron en cascada, rompiéndose en el suelo. El pub gimió mientras su integridad estructural se debilitaba aún más. Frank se encontró lidiando con preguntas difíciles. ¿El trato que Adrian'recibió a manos de un monstruo le convirtió inevitablemente en uno él mismo? No había respuestas fáciles para preguntas como estas. ¿Era inútil mirar hacia atrás de esta manera? Así como el Rusty Anchor estaba siendo reducido a polvo, ¿era el pasado también irreparable? ¿Eran todos sus esfuerzos por descubrir la verdad finalmente fútiles?

Frank se apartó de la demolición, listo para seguir adelante. No se podía hacer del mundo un lugar mejor viviendo en el pasado. Era hora de dejar ir el dolor y centrarse en el futuro.

Se detuvo, su mirada recorriendo la vasta extensión de los North York Moors. El paisaje abierto parecía reflejar sus propios sentimientos de culpa e incertidumbre. Pensó en Mike acostado en esa cama de hospital, sosteniendo la mano de su hijo', y cómo eso le había llevado a guardar un secreto que podría destruir su relación con Gerry si alguna vez lo descubría. Iba en contra de todo lo que defendían como policías. Pero Frank sabía que había'tomado la decisión correcta. Mike merecía una oportunidad para sanar y reconstruir su vida. Y si eso significaba mantener la verdad enterrada, si significaba cargar con el peso de ese conocimiento él mismo, que así fuera.

Miró hacia atrás una última vez. El viejo pub ya no existía. A veces, lo más amable que podemos hacer es dejar que el pasado permanezca en el pasado.

Mientras subía a Bertha, los pensamientos de Frank'se desviaron hacia su propia hija, Maddie. Ella no estaba en el pasado. Estaba muy en el *ahora.* Perdida en algún lugar del vasto mundo. La encontraría sin importar el costo. No permitiría que se convirtiera en otro oscuro secreto enterrado, como todos los demás.

En el sótano de un pub abandonado.

Continúa descubriendo las oscuras verdades de Las Víctimas Olvidadas de Whitby. El DCI Frank Black y el DI Gerry Carver regresan en *Almas Olvidadas*...

Ningún alma está en silencio, pero el grito del alma olvidada es imposible de ignorar.

Cuando el mar arroja un macabro descubrimiento en la costa de Whitby, el DCI Frank Black escucha el inquietante grito de Greg Lyle —un vulnerable niño de 13 años fascinado por las criaturas marinas, visto por última vez paseando a su querido perro, Buddy, hace veintiséis años.

Junto a su compañero autista, el DI Gerry Carver, Frank persigue este grito a través de un laberinto de hogares destrozados, identidades ocultas y obsesiones religiosas.

En Greg, Frank reconoce la vulnerabilidad de Gerry. En Simon Lyle, ve reflejados sus propios fracasos como padre.

A medida que salen a la luz verdades enterradas, la determinación de Frank solo se fortalece.

Responderá al grito de esta alma olvidada.

Aunque le cueste la suya propia.

Agradecimientos

Volver a las calles atmosféricas de Whitby para esta segunda entrega ha sido un placer. La ciudad continúa sorprendiéndome e inspirándome, ofreciendo nuevos misterios en cada visita. Su rica historia y sus paisajes sombríos han proporcionado una vez más el telón de fondo perfecto para las investigaciones de Frank y Gerry.

Estoy profundamente agradecido a mis lectores que han acogido a Frank y Gerry, permitiéndoles entrar en sus vidas y siguiendo su viaje. Vuestro entusiasmo y apoyo han sido el viento en mis velas, impulsando esta serie hacia adelante.

Mientras Frank y Gerry profundizan en los secretos de Whitby, me encuentro cada vez más asombrado por su resiliencia y determinación. Frank continúa trazando su propio camino, sorprendiéndome a menudo con sus acciones y perspectivas. Su relación en evolución con Gerry sigue siendo una fuente de fascinación.

Mi más sincero agradecimiento a mi familia: Jo, Hugo y Bea. Vuestro inquebrantable apoyo, paciencia y capacidad para mantenerme con los pies en la tierra (y riéndome) son los cimientos sobre los que se construyen estas historias.

Debo una deuda de gratitud a los increíbles blogueros literarios y reseñadores que han defendido esta serie. ¡Vuestra pasión por los libros y disposición para difundir nuevas historias es la savia vital de esta ocupación!

A la gente de Whitby, gracias por acogerme a mí y a esta serie en vuestra comunidad. El encanto único de vuestra ciudad, desde los sótanos de sus antiguos pubs hasta sus páramos azotados por el viento, continúa siendo una fuente inagotable de inspiración.

Por último, pero no menos importante, a mis lectores: gracias por uniros a Frank y Gerry en este viaje. Vuestra voluntad de seguirlos

por callejones oscuros y en las sombras del pasado hace que todo esto sea posible.

Espero con ansias nuestra próxima aventura en Whitby, donde el grito de un alma olvidada espera a Frank, Gerry y al equipo...

Si has disfrutado leyendo ***Vidas Olvidadas***, por favor tómate unos momentos para dejar una reseña en Amazon, Goodreads o BookBub.